GIOVANNA RENI



SUSTANCIAS INCOMPLETAS

SUMA de Letras

SUSTANCIAS INCOMPLETAS

GIOVANNA RENI

SUSTANCIAS INCOMPLETAS



La sustancia incompleta está destinada a unirse con otra sustancia para existir y actuar.

ARISTÓTELES

Amor mío, no sé quién eres, pero yo soy tú.

PAUL ELUARD

1

MARION, 1996

—Tómatela toda, Marion. ¡Hasta el fondo!

Levantamos todos nuestros vasos y, después de hacerlos chocar, me llevé el mío entre los labios para dejar pasar ese sorbo amargo, que rozaba veloz el interior de mi boca, hasta perderse al bajar por mi garganta. Apenas terminé, me recorrió una vibración guiada por los *beats* de la música que golpeaban inclementes nuestro pecho.

Éxtasis.

He dedicado buenos ratos a pensar qué otro nombre podría llevar esta sustancia y no hay uno solo que pueda describirla mejor. Una experiencia cercana al misticismo que, si bien lo explica el diccionario al buscar su definición estricta, obedece a la contemplación y una disminución de todas las funciones orgánicas.

La espera me alteraba.

Latidos descompasados y potentes me dominaron y mi cuerpo parecía haber sido secuestrado por la emoción y el miedo. Abres la cápsula y dejas caer el polvito mágico en el agua. Lo ideal es no mezclar con ninguna bebida alcohólica, en esto hay que ser puristas. Tomas el vaso por la parte superior y lo haces girar hasta que el remolino que produce el movimiento termine de mezclar hasta la última partícula. ¡*Voilá*! Contenida en no más de cuatro sorbos toda una experiencia que dura lo que te tomaría ver tres películas, pero que se queda a vivir en la memoria de tu cuerpo mientras permanezca vivo tu latido.

El previo es de una intensidad poco usual, parecido a lo que podrías sentir antes de saltar de un *bungee*, antes de subirte a una

montaña rusa, antes de dar un discurso en público. Es esa sensación del *antes de*. Adrenalina y misterio en su forma más pura corriendo en turbo por todo tu cuerpo. Un vértigo consciente y premeditado, lo que promete el riesgo y el peligro cuando sabes que no estás dispuesto a renunciar a ello y que cualquier cosa que implique la asumes a cualquier costo.

¿Qué nos depara esto a nivel mental y corporal? Desafiar la norma representa un reto. Decidir tomar una sustancia que desencadena un efecto desconocido en el infinito y misterioso campo cerebral, los químicos que de forma natural se encuentran en él y que se liberan durante este tiempo bajo la influencia de la sustancia, mezcladas con lo que traes ahí —gracias a todas las experiencias que has pasado—, puede convertirse en el mejor viaje de tu vida (o en el peor, no hay que descartar esta posibilidad) sin necesidad de moverte de un mismo sitio.

Pasó un rato, estaba nerviosa, mi cuerpo presentía el inicio de algo fuera de lo normal.

Con una sutileza casi imperceptible comenzó el *rush* que escalaba y se manifestaba en algo tan simple como sentir el correr de la sangre por todo mi cuerpo. Sí, simple, pero jamás lo había notado. El cuerpo es silencioso porque dejas de prestarle atención y pierdes esa agudeza.

Al ser consciente de esa sensación, pasé a la siguiente. No solo era la sangre que corría por todos lados, podía sentir un temblor que me hacía vibrar por donde pasaba. Mientras intentábamos bailar, no podíamos dejar de comentar las sensaciones, era una especie de reacción involuntaria por instinto para mantenernos conectados en conciencia a la realidad.

—¿Es normal este temblor? —pregunté mientras masajeaba con los dedos los dos extremos de mi mandíbula como para destrabarla, se sentía como despertar después de haber apretado los dientes toda la noche.

—¡Sí! —me respondían dos o tres a gritos en el oído en la pista de baile.

De repente, explotaron, exponenciadas, todas las sensaciones en mi cuerpo. Suspiros involuntarios, una nausea que no era del todo desagradable porque es justo lo que sientes cuando algo te emociona, mi cara empezaba a tener sensaciones distintas, y poco a poco perdía energía en el cuerpo, me movía en un absurdo intento de seguir el ritmo de la música. No podía evitar sonreír por nada. El aire acariciaba mi cara. Gesticulaba. Bebía agua. Hacía buches disfrutándola como nunca antes lo había hecho. Sin pena. Sin miedo al juicio o a las miradas extrañas. Enseguida Paris se acerca para besarme e hizo pasar el agua helada de su boca a la mía. La sensación fue sublime.

—¡No mames con el agua! —grité eufórica.

La sentía pasar por mi boca y luego por la garganta, y así la sentía avanzar y acariciar cada lugar que tocaba, ¡deliciosa!

Era perfecto, los sentidos del todo agudizados, pero en armonía. Sentía en la piel una especie de estática que provocaba que cada pelito se elevara como si estuviera a punto de ser alcanzada por un rayo. Sudaba. Podía percibir la brillantez y la magnificencia de cada cuerpo y cada sonrisa a mi lado. La gente alrededor. Igual que yo, sentían el aire que respiraban desde la nariz hasta llenar los pulmones. Bebían agua. Levantaban los brazos y giraban como derviches. Entraban en un estado parecido a un trance en el que todo fluía con tanta paz. Se acariciaban la cara. Se abrazaban y sonreían con una felicidad incontenible.

Cansados, Paris y yo nos alejamos un poco del lugar donde todos bailaban y encontramos un rinconcito en el suelo (sucio y mojado) en el que nos sentamos uno frente al otro y nos miramos por un largo rato. Podrían haber sido segundos, minutos, horas: el tiempo perdía todo sentido. Sin emitir un solo sonido, una sola palabra, de forma intuitiva, podíamos comunicarnos. Quién sabe si en realidad había coherencia en esa comunicación. Nosotros sentíamos que sí.

Desde la primera vez que coincidimos, siendo apenas adolescentes, hubo algo desconocido que se transmitía entre nuestros cuerpos de manera involuntaria, algo que, sospecho, tenía que ver con la forma

en que estábamos construidos, algo que yo percibía en él, y él en mí, y que no podíamos explicar. Que, si bien podía ir en contra de nuestra voluntad y nuestra consciencia, permanecía, existía desde siempre; era algo a lo que no podíamos renunciar y que persistía innegociable; algo, dentro de la constitución química de cada uno de nosotros, que nos impelía sin remedio a estar juntos.

Como si esto no bastara, esta sustancia, el MDMA, logró conectarnos a un nivel de conciencia distinto, alterno a la realidad, más elevado, en el que fluía la información por otros canales desconocidos para nosotros hasta esa noche.

Es importante mencionar que, cuando quise saber qué fue lo que había consumido, me enteré de varios detalles interesantes: MDMA, el componente mágico del éxtasis; su nombre científico, 3,4-metilendioxi-metanfetamina.

Resulta que hay registros sobre esta sustancia, desde principios del siglo XX, que hablan de los usos que le daban, por ejemplo, como supresor del apetito, como un medio para obtener información en la guerra, pues al obligar a los prisioneros a ingerirla, soltaban toda la sopa. Más recientemente se descubrió que tiene un efecto terapéutico sobre el estrés postraumático, ya que aumenta la actividad de al menos tres neurotransmisores, los mensajeros químicos de las células: serotonina, dopamina y norepinefrina. Entonces, si se te ocurre tomarla, estos neurotransmisores se liberan a lo bestia, el cerebro bloquea su reabsorción, y es en ese momento en el que quedas en un estado exacerbado de placer, empatía y amor, debido a que la serotonina es la responsable de regular el estado de ánimo, el sueño y el dolor. A toda esta cadena química agrégale tu historia y tu estado emocional. Te aseguro que podrás contar algo sin precedentes.

Para mí esa noche habría sido el "antes de" terminar con Paris, pero no fue así. Paris tenía una personalidad demasiado intensa, y yo no me sentía del todo capaz de poder sobrellevar algo que se anunciaba con una magnitud tan poderosa. Por eso, esa misma tarde, horas antes de que todo esto sucediera, y preparándome para salir con él, había decidido que lo mejor sería terminar la relación. Me consideraba una mujer analítica, desmenucé lo que sentía hasta

llegar a esa conclusión y, decidida, me programé para así hacerlo. Esa noche habría sido la despedida.

2

PARIS

Nos amábamos y era irremediable. Este amor era uno de esos que hacen daño, pero de esos a los que de igual forma no puede escaparse, aun creyendo tener la voluntad para hacerlo.

Un par de años atrás habíamos decidido dejarnos y tomar caminos separados; éramos tan jóvenes, sentíamos el amor con demasiada intensidad, pero era prematuro pensar en algo más serio. Teníamos, los dos, unos veinte. Así que, ante el absurdo y sin sentido…, se acabó.

En fin, pasó un buen tiempo y nos volvimos a encontrar en un bar del centro de la ciudad por pura casualidad.

—¿Qué haces aquí?

—Vine con una amiga, me acabo de mudar sola hace poco. ¿Tú con quién vienes?

—Con los de siempre, y dos que tres nuevos.

Entramos y nos sentamos todos juntos en la barra del bar. Después de un rato de ponernos al día y tomar un par de cervezas, la sensación se hizo presente: vernos a los ojos, reírnos juntos, estar cerca, respirarnos; sentir que cada roce accidental de la mano de uno con la piel del otro generaba tanta tensión. ¡Parecía que estaba a punto de suceder de nuevo!

La plática cada vez a una distancia más corta. El ruido de los bares es perfecto cómplice del cachondeo y de los besos porque obliga a la charla íntima, casi al oído, ya solo nosotros dos. Los amigos comenzaron a desaparecer, no porque no estuvieran ahí, sino porque ya no le prestábamos atención a nadie más, solo nosotros dos. Deteníamos la mirada, uno en el otro, jugábamos con

las manos, reíamos y deseábamos cada vez con más intensidad un beso. Imaginábamos la humedad de nuestras bocas fundidas otra vez en una sola, el ya conocido, natural e intuitivo roce de nuestras lenguas, y el jugueteo perfecto de estas sobre nuestros dientes.

Logramos salir del lugar, al terminar la noche, "ilesos"; intentamos distraer esa gravitacionalidad inherente entre los dos mediante una larga charla superflua y desordenada. Pero en la calle no hubo manera de evitarlo. Apenas nos acercamos para despedirnos, acabamos en un beso interminable. Él me apretaba con fuerza contra su cuerpo, con la euforia y el revoloteo en la panza que se sienten cuando besas a alguien y te gusta. Es algo que traspasa la piel, como si quisiera salirse por los poros… ¡Es mágico! Y no con cualquiera los besos prometen esa sensación, y yo sabía por qué con Paris sucedía así. Porque los dos podíamos ver el final desde el primer segundo de ese beso, destinados a la muerte amorosa.

Desahuciados. Ese desahucio amoroso nos dejaba sentir la ausencia antes de que sucediera y provocaba una especie de pánico, de ansiedad, que nos obligaba a aferrarnos con una desesperación absoluta. El hecho de no querer soltar algo cansa, paraliza, quita la fuerza, pues no puedes aferrarte a nada por tiempo indefinido.

—Ya me voy.

—Ok, ¿no quieres que te lleve?

—No, gracias, vengo con Sandra y no quiero dejarla regresar sola en mi coche.

—Bueno, me encantó verte otra vez —respondió mientras esbozaba una ligera sonrisa.

Subí al coche, y entre risas y mil preguntas de Sandra —quien era una amiga bastante nueva— yo le contaba la larguísima historia con él. Ella escuchaba entretenida, mientras yo manejaba de regreso a casa.

¿Otra vez?

Pasó la noche y al despertar no podía creer lo que había sucedido.

Furia y felicidad, ¿se puede estar así?

Vivir sola. El momento en que cortas el cordón con tus padres y logras la sensación de libertad consigues la oportunidad de reconstruirte, de dejar atrás lo conocido y lanzarte al vacío si quieres, de imaginar una vida por completo distinta y nueva. En esa etapa naces de otra forma, como individuo, independiente, ávido de conocer y aprender, de ser otro.

¡Todo se iba a ir al carajo si caía de nuevo con Paris!

Pero era inevitable. Ese algo del que hablé antes latía dentro de nosotros al mismo tiempo y terminaba por unirnos una y otra vez. Pasó un par de días y Paris llamó.

—Marion… ¿Cómo estás? Te extraño.

—No debería decírtelo. Creo que yo también —respondí—, y contra todas mis intenciones.

—Siento como si nunca hubiéramos dejado de vernos, es algo raro, ¿te pasa igual?

—Así es —contesté—. Es de lo más raro…

3

ITALIA, 1993

Puedo recordar con precisión la última vez que estuvimos juntos antes de ese encuentro en el bar, un par de años antes, en Italia.

Yo tenía familia en Roma, y estudiar un curso de diseño ahí me pareció buena idea mientras intentaba olvidarme de él. No fue fácil, pero poco a poco iba desvaneciéndose su imagen y su presencia de mi vida. Por lo que sabía, él también se había ido de México. Lo que no esperaba era encontrármelo en la sala de mi prima Nicoletta una tarde cualquiera, cuando yo regresaba de Florencia.

No pude evitar ponerme nerviosa y, de forma paralela, molestarme por su intrusión repentina en mis planes, pero al final salimos a recorrer la ciudad junto con Nicoletta y Jerónimo, el compañero de viaje de Paris. Pasamos la tarde de paseo por la ciudad, tomamos un helado y al final nos sentamos a tomar un par de spritz. Llegada la noche, se fueron a dormir a su hotel.

Al día siguiente, volvimos a vernos por la tarde. Era inevitable sentirnos atraídos, el lugar no me ayudaba, todo era perfecto y hermoso, el recorrido por los callejones, los puentes, el Tíber, Piazza Navona, la Fontana di Trevi, el Pantheon, las delgadísimas pizzas de anchoa exquisitas que comimos y todas las copas de vino que nos bebimos, las carcajadas, "i giri in motorino". Había poco que hacer para evitar sentirme frágil ante la idea de enamorarme de nuevo. Pero en algún punto me preguntaron cuáles eran mis planes y les conté que quería ir a Venecia el siguiente fin de semana, donde vivía mi amiga Carla, y después recorrería durante las vacaciones algunos lugares no muy lejanos a Italia.

Ellos partían a Croacia esa misma noche.

Después de pagar la cuenta, nos levantamos de la mesa y nos despedimos con un abrazo largo, pero como la gente civilizada, la que ya no se ama, ni se extraña ni siente que le acaban de arrancar un órgano al decirle que existe la posibilidad de no volverse a ver en meses, años o tal vez nunca más.

Me quedé triste, Nicoletta lo notó y hablamos sobre eso, nuestra conclusión fue que no valía la pena sufrir más por algo que ya se había terminado. Decidimos olvidar el tema y seguir con la vida y la diversión que nos ofrecía la ciudad.

Frecuentábamos los fines de semana, por las noches, el Devotion, atrás de Piazzale Clodio; el ambiente podía atraparte, todo nuevo para mí. Era la casa de los precursores de la música House en Roma. A decir verdad, un lugar bastante alocado, el consumo de alcohol en ese antro no era exorbitante como en otros, la gente que bailaba posesa por alguna otra sustancia casi no bebía, no lo necesitaban. Los dueños de este club habían tomado la idea después de haber estado en Nueva York, en el Paradise Garage en Tribeca, con todo este concepto de la música electrónica. El lugar era un poco oscuro, era fácil adivinar que había sido una discoteca a la que solo le quitaron la decoración anterior. Lo único que había al centro era un faro blanco sobre una pista grande. En las orillas, un par de sillones y unas salitas pequeñas en donde se sentaban a descansar quienes lo frecuentaban, agotados de tanto bailar. Casi todos usaban tenis, pants psicodélicos o ropa para estar cómodos, la música que sonaba era toda una novedad y la pasábamos increíble.

Pasaron los días y llegó el siguiente fin de semana, el sábado por la mañana…

—¡Marion! ¡Marion! ¡Teléfono!

—Si zio, ¡vengo subito!

Podría haber jurado que sería mi mamá o mi amiga Carla, contesté agitada.

—¡Hola!

—¿Paris?

—¡Sí! ¿Quién más? ¿Esperabas otra llamada?

—No, no, pero no me esperaba oír tu voz.

—¿Por qué no bajas? —me preguntó.

Me quedé pasmada… ¿Qué estaba pasando? ¿Me habría mandado algo?

—¿Bajar a dónde?

—Ven, vamos a tomar un café antes de irnos a Venecia.

—¿Cómo? —respondí atónita.

—¡Baja!

Nerviosa, me peiné un poco, me puse perfume y brillo en los labios y bajé lo más rápido que pude.

Y sí, ahí estaba Paris con su *backpack* otra vez sentado en el bar con dos cafés y dos brioches esperándome para desayunar. Me senté a su lado en la barra del bar.

—Así que, sin más, decidiste pegarte a mi plan sin preguntarme.

—Estaba seguro de que no te ibas a enojar, ¿me equivoqué?

—Mmm… No me enoja, pero no sé, hace unos meses, todavía en México, nos despedimos para siempre, ¿te acuerdas?

—Sí, me acuerdo perfecto. Pero ya me conoces, ¿por qué te extraña?

Cuánto disfrutaba sus impulsos, sin avisar, sorprendiéndome de continuo. No tenía ninguna sospecha de esto cuando nos despedimos. No me molestaba lo que sucedía, al contrario, podría decir que éramos un tipo raro de adictos. Al llegar a la estación y subirnos al tren quedamos atrapados en una plática interminable, como si no hubiéramos dejado de vernos ni un solo día. Nos sentamos uno frente al otro en el vagón. Después de un rato, como nadie tomó ninguno de los asientos, Paris se sentó a mi lado y se hizo un largo silencio. Absurdos, nos resistíamos a acercarnos e iniciamos un extraño juego. Paris me acariciaba los muslos con las yemas de los dedos, apenas rozándolos, nada exagerado, pero yo sentía cómo se me ponía la piel de gallina. El deseo se enciende en lo imaginario, en la espera y la expectativa, él se volteó sin aviso y bruscamente me besó, tomándome la cara con fuerza, casi con furia, como si algo lo hubiera empujado hacia mí.

En un instante, sin entender cómo, de estar sentados uno al lado del otro, Paris estaba sobre mí, me recorría el cuello con la lengua, metía los dedos con fuerza entre mi pelo y nos besábamos sin parar. Intentaba meter una de sus manos entre mis piernas, cuando de

repente escuchamos el sonido de la puerta corrediza y el oficial gritó: "¡Biglietti!". Apenas nos vio de reojo, pero eso fue suficiente para que cada uno volviera de inmediato a su lugar. Mirándonos a los ojos, sonrojados, sudábamos y no podíamos contener una sonrisa de complicidad; nos mordíamos los labios a medias, así como cuando te descubren mientras haces una travesura. Entregamos los boletos, y la puerta corrediza se volvió a cerrar.

Pasó un buen rato y escuchamos el anuncio por el altavoz, el tren llegaba a Mestre y supimos que la siguiente parada era Venecia, por lo que nos apresuramos a checar la dirección y los mapas para ubicar un poco la ciudad y no llegar a dar vueltas y perdernos sin rumbo con las *backpacks* en la espalda.

—¿Cuál era la dirección de tu amiga?

—Campo Nazario Sauro 72, apartamento 6, en Santa Croce.

Nos preparamos para bajar en la estación con el pecho hinchado por la emoción.

Caminamos por la ciudad tomados de la mano y nos atrapó el encanto de ese magnífico lugar trazado entre el agua. El exterior de los edificios que cuentan historias de cientos de años atrás. Un hermoso atardecer nos esperaba pintando cada rincón de Venecia de dorado. Todo funciona diferente allá. No es algo consciente, pero el ambiente es abismalmente opuesto al de cualquier ciudad del mundo. Te atrapa el sonido. Es tan diferente. No hay coches, camiones. El ritmo es distinto y es una ciudad silenciosa si no estás en las zonas turísticas. Caminar sobre los puentes, pasar por debajo de ellos en lancha o en góndola. Atravesar los canales. Escuchar el eco de tus propios pasos en los callejones. Ver las marcas en la base de los edificios como testigos de los cambios de estación y del paso de los años. Las flores en los balcones. Las puertas y ventanales abiertos de los *palazzos* que dan al Gran Canal y que dejan ver a los curiosos los candiles enormes, cuadros de marcos dorados, camas con cabeceras hermosas, muebles antiguos tapizados en tonos verde esmeralda, rojo, dorado, blanco; las cortinas que se mecen con el viento y que se asoman por fuera del ventanal.

Su olor a mar..., Venecia te envuelve.

Llegamos al punto donde quedamos de encontrarnos. Carla llegó también después de unos minutos. Estaba sorprendida, pues no le avisé que iría con Paris.

No fue un problema porque tenía espacio de sobra, en la casa vivían varios estudiantes, un par de ellos estaba de vacaciones, y era el departamento más alto del edificio, por lo que tenía una buhardilla y ahí nos hospedaría.

Antes de instalarnos, pedimos cerveza y nos quedamos un rato sentados en las mesitas de afuera del bar para ponernos al día.

La puerta de la entrada al edificio era verde oscuro, despostillada y pequeña. Subimos dos pisos por la escalera sombría y estrecha. Abrió la puerta del departamento, bastante amplio para estar en Venecia. Había tres cuartos en la parte de abajo, una salita y el comedor, un solo baño y una cocina, todos los espacios eran pequeños. La ventana de la recámara de Carla tenía vista a la plaza o "campo". Detrás de la cocina había una escalera de madera que subía a la buhardilla en la que nos quedaríamos. Nos hizo pasar.

La energía del lugar lo hacía parecer encantado. Las paredes de piedra en varios tonos de color amarillento arenoso. Un tapete tipo persa en colores rojizos se extendía casi hasta abarcar todo el suelo y sobre este una cama a ras de piso. A un lado, un sillón individual antiguo tapizado en terciopelo de un tono amarillo que casi llegaba al dorado y una mesita. Del lado derecho un tocador con cajones, un armario de madera y otra mesita con una vasija para lavarse las manos con una llave de agua. Del lado izquierdo, una puerta de madera y vidrio que daba a una terraza pequeña, y ahí afuera, solo un juego de cuatro sillas y una mesa de hierro, muchas plantas y una banca bajo una veranda de palos gruesos cubierta por enredaderas.

Lo curioso era que la terraza estaba como sobrepuesta al tejado.

—¡Está increíble! —le dije sin poder contener una sonrisa involuntaria—, no había visto estas terrazas.

Nos sentamos en las sillitas y prendió las luces, que eran tan tenues que más que alumbrar pintaban el lugar con un halo ambarino. Nos contó que en Venecia estos espacios se usaban desde hacía muchísimo tiempo.

—No es una añadidura moderna, las llaman "altanas" —nos explicaba con detalle—. Existen desde el siglo XII, pero las destruyeron porque eran peligrosas, y después en el siglo XV o XVI ya estaban construidas con más seguridad. Ahora algunas han sido remodeladas, pero la mayoría conservan el estilo original.

Nos contó que en un principio se usaban para dar aire y tener un espacio soleado en las casas, que, por estar entre otros edificios y encallejonadas, resultaban oscuras y húmedas. Ahí se tendía la ropa o se salía a tomar un poco de sol.

—Ahora, además de eso, son un lugar privilegiado para quien las tiene. Se puede salir a leer, tomar algo, a cenar o a platicar un rato, sobre todo de noche. Te da una vista de la ciudad bien diferente, aunque en muchas de ellas solo se dejan ver los tejados, pero es algo especial, te dan la vista "dei gatti".

Decidimos no salir a cenar a un restaurante y bajamos por vino, pan, *prosciutto* crudo, el queso pecorino y la fruta que habíamos comprado antes de llegar. Pasamos juntos lo que quedaba de la tarde hasta que el cielo oscureció y entonces llegó Emil, uno de los que vivían en el departamento con ella. Era alemán, calculo que era menor de treinta, y vivía desde hacía casi dos años en Venecia —empezó como interno para The Peggy Guggenheim Collection, un museo situado ahí mismo sobre el Gran Canal—. Mientras hablábamos, Emil mencionó varias veces a su pareja, quien era un hombre llamado Paolo, veneciano y el ancla que lo mantenía firme en la ciudad sin planes de moverse.

Una botella de vino no fue suficiente y bajamos por dos botellas de *prosecco* y jugo de durazno para prepararnos unos bellinis, ese coctel delicioso que nadie debe pasar por alto en una visita a Venecia y, de ser posible, en el Harry's Bar, en donde en algún momento lo bebían insaciables tanto Ernest Hemingway como Marcello Mastroianni, María Callas y Orson Welles. Carla y yo

muertas de risa, un poco a causa del efecto de las primeras copas de vino.

Al regresar, estaban Paris y Emil en gran plática mientras fumaban un porrito y compartían sus gustos musicales que ya sonaban como música ambiental. De fondo se escuchaba *Here comes your man,* de Pixies; la cena se ponía cada vez más divertida.

Nuestra llegada a Venecia fue la mejor noche que habíamos pasado desde hacía tiempo. Después llegó Paolo, igual que Emil, un tipo súper simpático. Entre el italiano y el mal inglés de varios, bailábamos los cinco entre carcajadas mientras escuchábamos y cantábamos *L´Amour à trois* de Stereo Total. Reíamos y bailábamos divertidos, libres, felices. Muy felices y muy borrachos todos.

Se nos acabó el vino y, por lo tanto, los bellinis. Ya estábamos a punto de arrastrarnos entre el cansancio y el efecto de tanto brincoteo y tantas copas. Decidimos irnos a dormir, y Emil, Paolo y Carla se bajaron a sus cuartos. Nos quedamos nosotros dos y terminamos la noche recostados en la cama de aquella buhardilla que fue el lugar en donde por primera vez hicimos el amor. Tanto tiempo juntos y jamás había sucedido. Valió la pena la espera porque fue algo especial. Conocíamos ya nuestros cuerpos, pero no los habíamos recorrido ni escrutado de aquella manera, lenta y suave. Intentábamos reconocer cada centímetro de nuestra piel, nuestras cicatrices, los lunares y la peca pequeñísima en uno de sus párpados, ver de cerca el nacimiento de las pestañas, acariciar no solo nuestros cuerpos, acariciábamos el momento, nos dejamos llevar sin prisa alguna, besos que se sentían infinitos, nos mirábamos sin decir nada, no era necesario.

Aún jugábamos a esperar.

No fue un encuentro pasional, arrebatado ni violento. El juego era detenerse en cada parte sensible para sentir el calor. Sus dedos largos y suaves me acariciaban entre las piernas, y nuestras pieles se adherían llenas de sudor mientras nos trenzábamos entre movimientos continuos naturales. Mis labios y mi lengua entregados por completo a la tarea de saborear su cuello salado y recorrer cada

zona de su cuerpo. Su piel era hermosa, al igual que la mía. Éramos hermosos los dos.

Existe una belleza que aparece al estar enamorados. Lo concebimos así mientras somos objeto de una descarga hormonal enorme, sobre todo en la juventud, cuando lo que en realidad se enamora es el cerebro, que nos manda impulsos directo al corazón, que se acelera y se desboca, o a la tripa, que se revuelve.

Me apasiona pensar en estos términos biológicos cuando se refieren al amor, pues descubrí que la naturaleza de nuestros cuerpos influye en la elección que hacemos sobre nuestra pareja. La naturaleza, nuestra, propia y única naturaleza, nos lanza hacia una persona determinada en una suerte de instinto a veces suicida.

Hormonal o no, nuestro amor estaba en su cúspide, tenía que ser así, solos en uno de los lugares más vibrantes que pudieras imaginar. Todo era perfección, la comida, los paisajes, la luz a cualquier hora del día tenía su encanto. En cada lugar que recorríamos encontrábamos algo lindo que ver, que escuchar, que probar.

Por la mañana, nos despertamos y pensamos que sería mejor no molestar a nadie. Nos preparamos para salir y recorrimos varias calles de la mano hasta encontrar un bar en donde pedimos un café y un brioche.

Los dos habíamos estado antes en Venecia y visitado algunos lugares obligados. Entonces, nos habían recomendado la noche anterior ir al Mercato del Pesce, en el que los olores se tornan intensos, pero aun así es un paseo único, *sotto i portici*. Todos estos lugares de comercio son antiquísimos, lo que quiere decir que ya en el siglo xii existían, y antes de que se llamara Ponte di Rialto había un puente más modesto en su lugar que se llamaba Ponte della Moneta. Era el paso de los comerciantes. L´Erberia, donde se vende verdura; Naranzarìa, fruta fresca local que se siembra en la isla de la laguna. Estuvimos por ahí, probamos de todo, dimos vueltas en la zona de San Polo, en la Beccaria donde encuentras carne de todo

tipo, y después de un rato los aromas nos abrieron el apetito y paramos en un Bacaro.

Los Bacari son *trattorie* (pero así se les llama en dialecto Veneciano), unos lugarcitos bastante populares entre la gente —sobre todo la gente local—, en donde, antes de la comida o cena, se da cita para tomar un vaso de vino y algo para picar, bocadillos de carne o pescado. Este en particular, Cantina do Mori, es de los más antiguos que existen todavía. Es extraño pensar que desde el siglo xv —más específicamente: 1462—, ofrecían a sus comensales algunos de los platillos informales que hoy comimos nosotros, bocadillos o *cicchetti*. Sin duda hoy más elaborados y formales, pero ahí mismo hace cinco siglos había gente que comía y bebía vino. Estos son los rincones que valen la pena, pura historia y magia.

Comimos algo y nos dispusimos a volver.

Teníamos planes de salir por la noche con Emil y Paolo a un bar, el Café Duchamp en Piazza Santa Margheritta.

Nos dimos un baño, y al salir del cuarto, en la sala, ya estaba listo Paolo, Emil tardó dos minutos más en aparecer, y Carla decidió de último momento unirse al plan. La esperamos en el bar del campo, abajo de los departamentos. Nos pedimos algo de tomar y en cuanto bajó caminamos divertidos entre los callejones por un buen rato.

Qué distinta es la sensación que da Venecia de noche, en esas zonas alejadas de los lugares turísticos y más concurridos que iluminan y dan un ambiente dorado y cálido. Por donde íbamos, no. Los callejones eran húmedos, angostos, poco iluminados, las paredes de los edificios se erguían hacia lo alto y dejaban ver, solo en algunos casos, las tenues luces de los interiores. La mayoría usa *le taparelle*, ya sea en invierno o verano, mantienen un poco la sensación térmica, pero bloquean por completo, son puertecitas en su mayoría de madera que se cierran después de las de vidrio, por lo que se pierde cualquier esbozo de luz.

Los aromas son peculiares. Al haber tanta agua de mar por todos lados, el olor es especial, me parece antiguo; de forma irremediable, me transporta a épocas pasadas, a pensar en por cuántos años, por cuántos siglos se han recorrido estos callejones, cuántas historias,

cuántos enamorados, mercaderes, asaltantes, amigos fiesteros, cuánto amor, cuánta diversión, cuánta muerte. Muchos, muchos años en los que las baldosas de piedra sobre las que caminábamos fueron desgastadas por las pisadas de generaciones enteras.

Sí, Venecia de día impone. De noche, intimida.

Fue tan interesante y divertido recorrer la ciudad, callejoneando para encontrar los manchones luminosos de los campos o plazas en los que se agolpa de repente la luz de bares, restaurantes y locales nocturnos, el silencio de los callejones se convierte, en un segundo, en un barullo que mezcla música, risas y las voces de la gente.

Nos encontramos con varios amigos de Emil, trabajaban en el museo y venían de todas partes del mundo, sobre todo Europa y Estados Unidos. El museo alberga la colección de Peggy Guggenheim. Por supuesto, abundaron las historias referentes a su vida, a la colección y al *palazzo*.

Peggy, una excéntrica millonaria americana, sociable y auténtica, quien en cierto momento decidió comprar al menos una pieza de arte diario, y después de años de vivir entre Europa y Nueva York compró el Palazzo Vernier dei Leoni al que se puede entrar por las callecitas interiores de Dorsoduro, o si eres una celebridad, puedes llegar en barco directo por el frente que da al Gran Canal. Ahí vivió hasta su muerte y su casa es ahora un museo en donde se muestra parte de su colección de arte. Vivía en el *palazzo* con sus once perros, daba fiestas impresionantes, se trasladaba en góndola, cubriéndose del sol con los icónicos lentes diseñados para ella por Alexander Calder. Fue nombrada ciudadana honoraria de Venecia. Estuvo rodeada todo el tiempo de amigos cautivadores y fue asesorada por algunos que eran artistas o se dedicaban al mundo del arte, como el mismo Marcel Duchamp, su mentor y quien le enseñó todo lo que sabía sobre este tema. A él lo conoció gracias a su exmarido, el escritor y pintor Laurence Vail. Conoció a varios dadaístas como Tristan Tzara, también a James y Nora Joyce, Man Ray. En fin, llegó a conocer a la mayoría. Más adelante, y ya divorciada de Vail, ella descubrió y fue mecenas de Jackson Pollock. Lo presentó en la bienal de Venecia en 1948, lo que le dio un impulso tremendo a su carrera artística a pesar de su vida

complicada, derivada de su adicción al alcohol; fue considerado, en esa ocasión, el mejor de los pintores expresionistas abstractos americanos. También fue esposa de Max Ernst, otro de los grandes de aquella época. La de ella fue una vida interesantísima y terrible al mismo tiempo: una hija muerta, relaciones pasionales y enfermizas, de todo un poco, pero la noche fue deliciosa, entre amigos nuevos que se sentían como de toda la vida. Todos estábamos felices con las anécdotas y las historias que nos contaban hasta que Paris se percató de que el curador del museo no podía disimular su interés hacia mí. Respondió de manera inesperada, me apartó de ahí, me hizo un escándalo y terminó por irse. No era nada nuevo ni raro: sus celos patológicos hicieron su entrada triunfal. Desapareció del lugar sin decir más, y yo, furiosa, no traté de evitarlo.

Me amargó la noche, y no quería arruinársela a los demás. A pesar de la insistencia de los otros para que me quedara, no lo hice, tomé el camino para regresar al departamento. Si acompañada me daba qué pensar la ciudad, de noche y sola fue en algunos momentos aterrador recorrer esos pasillos oscuros, sientes que alguien va detrás de ti, volteas y no hay nada, vuelves a caminar, escuchas pasos detrás, te detienes, se detienen los pasos, volteas, nada… El agua que comienza a golpear con suavidad las orillas de los canales, las barcas que chocan entre sí son sonidos extraños para quienes, como yo, estamos acostumbrados a la vida en una ciudad sin agua. El camino me pareció largo y tortuoso de regreso, pero al final llegué y no encontré a Paris.

Después de un rato, llegó Emil. Me encontró sentada en la altana, me había servido una copa de vino y estaba por encender un cigarro. Me preguntó qué pasaba, le conté todo. Lo noté contrariado ante la falta de madurez de Paris. Emil era perceptivo, me aconsejó y lo hizo tan bien que me obligó a pensar si quería seguir en una relación que no iba a ninguna parte, que como siempre acababa en un drama o un problema.

—La pasión es un regalo de una sola vez, Marion —me dijo con una expresión de seriedad absoluta—. Esta seguro es la tuya, pero no sé si algo que se presenta con esta magnitud te convenga. ¿Cuánto tiempo más vas a permitir que un hombre, por más

encantador o guapo que sea, te mantenga por debajo de tu potencial? Porque eso va a suceder. O te va a llevar a hacer algo que no eres y que no quieres. Te manipula, hace lo que quiere contigo. Piénsalo.

Sus palabras resonaron en mi interior con una fuerza brutal. ¿Por qué un extraño tendría tan clara la situación sin conocernos a fondo? De inmediato sentí el impulso de dejarlo ir todo. Era tan evidente para Emil, que me preocupó no haber tenido la lucidez para entender lo mal que estaba al relacionarme de nuevo con un hombre que me trastornaba y me manipulaba.

Pasó un día entero y no teníamos noticias suyas, hasta que al salir a buscarlo por fin me lo encuentro sentado en una banca en gran plática, feliz, con una señora mayor.

Discutimos. Me dijo que se había ido a otro lado y que la había pasado bomba con unos italianos y sus amigas. Era cruel, no se inmutaba ante nada.

Le pedí que se fuera, todavía le pareció que yo exageraba y se molestó. Todos tensos en el departamento. Tardó poco en empacar sus cosas y se despidió. Agradeció la estancia y se fue, no sin antes decirme que me veía hermosa asustada, y que él, aunque no lo quisiera, estaría detrás mío, como en aquellos callejones cuando iba de regreso la noche anterior…

Me quedé pensativa y alarmada. Me aterró entender que pudo estar siguiéndome y observándome, silente y divertido, mientras yo caminaba a toda velocidad. Me di cuenta de que tenía razón al sentir que las pisadas que escuchaba no eran el eco de las mías. Lloré. Mucho.

No volví a saber de él hasta que lo encontré en el bar en la Ciudad de México, casi tres años después. No me abandonó su recuerdo, pero tampoco aquella despedida fría y extraña en Venecia.

4

CIUDAD DE MÉXICO, 1996

Éramos adultos. La experiencia de probar el éxtasis aquella noche nos dejó más pegados que nunca: nos perdonamos todo. A la mañana siguiente hablamos por un largo rato y de la manera más honesta, solo salimos del departamento para comer y regresamos. Hablamos y hablamos hasta quedarnos dormidos.

Al despertar el domingo nos sentíamos como nuevos y reprogramados para seguir con nuestra vida juntos. Pasábamos por un momento pleno, los dos vivíamos solos, íbamos a la Universidad, comenzábamos algunos proyectos de trabajo, independientes hasta cierto punto.

Yo tenía entregas pesadísimas, mucho que hacer. Pero los fines de semana nos íbamos fuera, o cuando había algún puente o vacaciones salía algún plan divertido. Lo que más recuerdo de esa época es la espontaneidad con la que sucedía todo, no era necesario programar con mucha anticipación, los planes iban presentándose con naturalidad y fluyendo sin encontrarles ningún problema. Ciertas tardes, Paris se reunía con un grupo de amigos a jugar cartas, a eso nunca me invitaba, así que para mí siempre fueron un misterio, no conocía a ninguno de ellos, pero me familiaricé con los nombres de tanto escucharlos. Héctor, Rudy, Fiamma y Andrés.

Así estuvimos un tiempo.

Sin pensarlo transcurrió casi un año lleno de momentos divertidos, de viajes, experiencias nuevas, vivíamos casi juntos, con el paso del tiempo poco a poco el sexo se tornó perfecto, inmejorable. Teníamos tiempo para explorarnos, conocer nuestras sensaciones y descubrir otras tantas en conjunto. Nos dedicábamos

a hacer cosas descabelladas y excitantes en los ratos libres, en las noches. Una época memorable y hermosa. Paris no dejaba de sorprenderme.

Siempre había algo nuevo que hacer. Es cierto que el misterio mantiene la llama del deseo encendida más que cualquier otra cosa, y era justo eso lo que Paris me hacía sentir. Había detalles sobre él que yo no sabía, nos conocíamos, éramos honestos y transparentes, pero había algo más allá, era un rasgo en su personalidad que él mantenía en secreto, y aun así no lo podía ocultar, yo sabía que existía, y eso lo convertía en el objeto de mi deseo.

5

EL ANIVERSARIO 1997

—Paso por ti el sábado a las siete. Te aseguro que nunca nadie va a festejar así un aniversario contigo. Ponte muy guapa, elegante y llévate en un bolso aparte una muda de ropa cómoda, tenis y nada más.

Me dio un beso y me dejó en la puerta de mi casa.

Lo único que me había adelantado era que la celebración incluía una fase peligrosa, pero no quiso entrar en detalles, ni uno solo. No le di demasiada importancia en ese momento a su aviso sobre ese algo "peligroso". Más tarde, cuando me fui a acostar, no pude parar de moverme entre las sábanas, intentando encontrar la zona fría de la cama toda la noche sin poder evitar pensar en eso.

Apenas abrí los ojos cuando el sol salió. Un dolor palpitante me hizo llevar la mirada hacia las marcas rojas que dejaron mis uñas enterradas en las palmas de mis manos. Tenía una fuerte sensación en la entraña, que inquieta y revuelta intentaba anunciarme algo importante.

Imagínense que se tienen que poner guapos y lo mismo podrían llegar a una cena elegantísima, pasar la noche en algún lugar que no sea su casa o, ya montados en el coche, les piden que se cambien de ropa para aventarse de un *bungee*, una tirolesa o dar un salto al vacío en paracaídas: ¡no tienen ni idea de lo que les espera! A eso me refiero, saber nada es igual a poder esperar cualquier cosa.

Miraba evasiva una película, con la única intención de no darle más vueltas a la cita que se aproximaba acelerada. Preferí levantarme y, mientras, podía escuchar el tictac del tiempo en mi cabeza. Me puse una mascarilla en la cara y después me di un baño.

Elegí un vestido negro con hilos plateados tramados, que dejaba mis piernas largas casi todas descubiertas, zapatos negros que me elevaban, estilizando aún más mi cuerpo, y medias negras transparentes. No me sujeté el pelo, y de manera inusual usé un maquillaje más recargado. Preparé el bolso con la ropa cómoda, pants negros, tenis y una chamarra holgada con capucha. Estuve lista justo a tiempo.

Apenas cerré la bolsa, escuché sonar la campana de la entrada.

Paris no era un hombre común, sobresalía del resto. Si quería mirarlo a la cara tenía que elevar la mirada, tenía unos ojos tan expresivos, profundos, las cejas rectas, la mandíbula potente, su sonrisa enorme, era hermoso a rabiar y él lo sabía. No vestía de una manera elaborada, pantalones, una camiseta básica y saco, todo en negro.

Nos subimos a su coche, un Audi A1 negro que tenía desde hacía poco. Estábamos listos para celebrar el aniversario. Arrancamos, y no lo pude evitar…

—¿Ya me vas a decir a dónde vamos? —le pregunté mientras hundía ansiosa mis dos manos, una encima de la otra, sobre mi estómago—. Ya, por favor, dime, ¿cuál es el plan?

Y entonces, me confesó sin ningún reparo, que la idea era ir juntos a robar una casa.

Mis ojos dejaron su forma normal para expandirse hasta dejar ver el iris rodeado de un aro blanco, y mi mandíbula se abrió tanto que parecía haber sido jalada por toda la fuerza gravitacional de la tierra hacia el piso. Iríamos con esos amigos suyos a los que yo no conocía, pero de quienes había oído hablar tantas veces. Nos encontraríamos con ellos en un punto de la ciudad para afinar detalles y de ahí partiríamos.

—¿Estás loco? ¿Estás drogado? No creí que cuando decías peligroso, ¡me fueras a llevar a asaltar una casa! —Expiré, mi cuerpo pareció desinflarse tan pronto lo dije, mi espalda se arqueó en un gesto de agotamiento—. Ya, en serio, ¿a dónde vamos?

Mi estado de alerta del día anterior se convirtió en una parálisis física. No podía moverme. Sin embargo, después de unos cuantos segundos mi cuerpo entero tremaba.

—Te juro que no es broma, no estoy loco ni drogado —me respondió en total calma.

—Paris, ok…, ya entendí que no es broma. Pero ¿cuál es el punto? Dime, ¿en qué sentido esto es el festejo de un aniversario?

—Marion, escúchame bien, nadie te va a regalar una sensación cercana a lo que vas a vivir hoy. No es por lo que vamos a robar, eso no es lo importante. —Hizo una breve pausa y tomó aire.

Esta experiencia se va a quedar en tu memoria irremediablemente, no solo en tu cabeza, en la memoria de tu cuerpo. Cada vez que la revivas, tu corazón se va a acelerar, tus manos se van a humedecer y tu respiración agitada me hará volver a ti, estemos juntos o no. Este es un regalo que hará que yo te habite para siempre.

Él tenía la certeza de que, ante tal ofrecimiento, no iba a poder negarme. Paris sabía con quién estaba hablando. Cualquier otra mujer lo hubiera mandado al carajo; para mí, aunque hoy me avergüenza reconocerlo, la idea de ese regalo me parecía insuperable.

Y digo que sabía con quién hablaba porque ninguno de los dos podía ignorar que compartíamos en secreto esa perversidad.

La gran mayoría de la gente se hunde en batallas morales intensas al desear hacer algo prohibido. Nosotros no sufríamos del todo. Transgredir esa barrera, el peligro, el miedo a lo desconocido, en eso radicaba nuestra complicidad, en la entrega y la confianza absoluta, la convicción de hacer lo que queríamos, más allá de debatirnos entre si era lo correcto o no, al menos hasta ese momento, en que nuestras acciones no dañaban a nadie, no por lo menos de forma grave.

Mientras nos acercábamos al punto de encuentro, lo único que se escuchaba era el ruido del motor del coche y su paso por la calle. Hasta que llegamos a San Ángel. Se estacionó cerca del restaurante San Angel Inn, en una de las típicas calles empedradas de la zona, oscuras y por las que rara vez pasaba alguien.

Me pidió que lo esperara en el coche.

Se bajó y se acercó a un BMW Serie 5 azul marino en el que estaban los otros tres al otro lado de la calle. Los veía hablar a la

distancia bajo el cielo renegrido. La luz color ámbar de un farol que alumbraba desde arriba le daba a la escena un ambiente casi antiguo. Me venía a la mente alguna película de mafiosos bien vestidos, en el previo a la ejecución de un golpe importante. Admiraba con quietud la belleza que había en lo que estaba ante mis ojos: la luz, los árboles casi cruzándose en lo alto, hojas secas en el suelo empedrado y oscurecido por el tiempo, el humo a contraluz del cigarro que fumaba uno de ellos; persistían torrenciales los pensamientos sobre todo lo que me había dicho. La incredulidad acerca de qué tan posible era que ese plan resultara, me acechaba. Aunque conocía a Paris —no tenía ninguna duda de que cualquier cosa que hiciera sería un éxito—, dudaba de mí, de qué tan descabellado era aceptar, y si en todo caso no sería yo misma la que arruinara el plan en un momento de pánico. Si ha habido algo a lo que le he temido, más que a la muerte, es a la hasta entonces remota posibilidad de perder la libertad. Aun así, asumí todas las consecuencias, acepté el regalo.

Irracional, atraída a este tipo de situaciones. Porque lo admito: por mí misma no soy impulsiva, arriesgada, nada de eso me describe; entonces, disfruto y agradezco tanto a quien me induzca a probar algo nuevo, y Paris me tenía a la mano estos regalos que me descolocaban, nunca sin el riesgo y el peligro, pero a fin de cuentas me encantaba la idea, estaba dispuesta.

Descubrir esa parte oscura en él, le dio luz a la mía. Me provocaba seguirlo en cada cosa que hacía; buena o mala, para mí no había juicio.

Desde que era una niña pude percatarme de que soy una de esas personas que vive como separada de sus actos, como si pudiera mirar desde afuera mi propia vida. Tomo decisiones con mucho trabajo, sí, soy indecisa, me dejo llevar por lo que a mi criterio es el "destino".

Admiraba y envidiaba la inherente firmeza en las acciones de Paris, era tan preciso y arrojado que surtía un efecto seductor para mí, me sentía viva, lograba hacerme sentir parte de la historia, y cada segundo que pasaba inmersa en esas experiencias nutrían a ese pequeño monstruo dentro de mí. Imborrable, cada cosa que

hacíamos se convertía en un recuerdo profundo que a veces imaginaba como una especie de cicatriz.

La realidad era que ni Paris ni ninguno de los otros tenían la necesidad de robar nada. Una vez más deduje que se trataba de algún tipo de adicción al riesgo, a la adrenalina, una necesidad impetuosa de sentirse en el borde.

No estoy segura de lo que hacían con las cosas que obtenían de esos robos. Por la confianza con la que Paris me habló de todo el plan, era claro que no era la primera vez que lo hacían. Tenía tantas dudas y, por otro lado, estaba mi inusitada curiosidad por saber qué les pasaba por la cabeza y por qué habían accedido los demás a incluirme en el plan.

Por más que pensaba, no encontraba la respuesta, me parecía tan absurdo que estas otras personas no repararan en que yo pudiera ser una mujer que no accediera a lo planeado y al final los acusara de hacer lo que hacían. ¿Qué efecto surtía Paris en ellos o qué tanta confianza le tenían para haberlos convencido de que yo fuera su invitada?

—Entonces, ¿estás lista?

Su pregunta me asaltó y de inmediato sentí una punzada en la sien que me regresó a la realidad y me sacó del estado reflexivo en el que estaba; no sabía qué responder. Él me había invitado así, en secreto y de repente, para que no tuviera tiempo de pensarlo. Yo daba por hecho y aceptaba que era parte de su personalidad. Su arrojo y su falta de miedo no eran resultado de la inconsciencia, no es que fuera un tonto o un loco, lo hacía por esta necesidad de la que hablo y a la que fácilmente me arrastraba, porque también estaba en mí el mecanismo que en él se ponía en marcha en estas situaciones y yo accedía casi siempre con mucha facilidad. Lo imitaba, pero, sobre todo, me impulsaba mi curiosidad y la avidez de la sensación de estar viva a través de lo que fuera que se le hubiera ocurrido.

Su amigo Andrés salía hacía varios meses con Valeria, quien vivía en la casa a la que nos dirigíamos, lo cual me pareció terrible, pero al

final, como parte del plan, era perfecto.

—En casa de Valeria viven solo ella y sus padres; es hija única, igual que nosotros, así que tú conoces la dinámica, padres ocupados, ella es dueña de la casa casi todo el tiempo, y eso nos da muchas ventajas. Andrés conoce cada rincón, no es una casa enorme, pero tiene adentro objetos que valen más que la propia casa. Esta vez vamos por cuatro en específico, ninguna es para mí, no me toca escoger nada en esta entrada, pero te va a fascinar acompañarme. El premio para nosotros es ir juntos.

—Paris, esto me está poniendo a temblar, no sé si quiero ir —le dije mientras mi mano izquierda subía acariciando mi esternón hasta llegar al cuello.

—¡Vamos! Ándale, es una experiencia que va a cambiarte la forma de ver la vida, te va a gustar, confía en mí.

Ante su petición de confianza, no me negué. Después de todo, podía tener razón, tenía que aventarme y no quedarme en la orilla esta vez.

—Está bien, vamos.

Sentí que un hueco me crecía en la panza, la sensación de vacío, mis jugos gástricos erosionaban mi estómago nada más pensarlo.

—¡Vamos, ya! O me voy a arrepentir.

—Calma, no te alteres y pon atención a las instrucciones. —Entonces, acercó su cara hasta quedar enfrente de mí y, con los ojos fijos en los míos, me tomó de los brazos—: Todo es en absoluto silencio, cualquier ruido nos puede delatar. Otra cosa: me sigues como si fueras mi sombra, tú no tomas nada, no tocas nada y, todo el tiempo, pegada a mí, a donde vaya yo, vas tú.

Asentí, llené mis pulmones a tope y cerré los ojos un momento. Lo sentí arrancar.

Estacionamos el coche a unas cuadras de casa de Valeria. Estaba en Bosques de las Lomas, pero no podíamos parar justo enfrente, así que caminamos varias cuadras. Fuimos de prisa, en silencio, de la mano; yo apretaba la suya sin medir mi fuerza, mi respiración se agitaba cada vez más.

Llegamos a la puerta y ya estaba abierta. Entramos directo, sin frenar, y en ese instante dos de ellos la cerraron a nuestras

espaldas. Lo único que nos alumbraba era un par de linternas. Cruzamos veloces un estacionamiento techado, luego una zona con jardín y una fuente. Rodeamos por un lado y entramos a la casa por la puerta de la cocina. Todo sucedía con tanta rapidez que no dejaba tiempo para detenerse a pensar en nada. Cada uno sabía hacia donde iba y a qué. Sin ánimo de exagerar, podía ver en mi escote cómo brincaba mi corazón.

Paris me tenía todavía tomada de la mano y me miraba todo el tiempo a los ojos, como para que yo no cayera en pánico y me desmayara por ahí o me hiciera pipí del miedo. Como si al mirarme tuviera el poder de controlar mis reacciones corporales. Había algo en esa sensación de depender de él, de estar bajo su mirada, bajo su protección, algo relacionado a pertenecerle, obedecerle y dejarlo ponerme en peligro, creyendo de forma absoluta en su infalibilidad. No tenía una sola duda de que él me iba a salvar de lo que fuera que pasara. Le otorgaba una total omnipotencia sobre mí, sobre mi vida y sobre mis acciones.

Entramos por la cocina, vi pasar a los otros a un ritmo implacable y acelerado a un lado de nosotros. Se metieron cada uno hacia un lugar distinto, eran tres más. Me llamaba la atención el silencio. Los únicos sonidos que podían escucharse eran nuestra respiración y las apresuradas y casi imperceptibles pisadas de todos los que estábamos en la casa.

Llegamos a un despacho en la planta baja y Paris me soltó la mano. Abrió un secreter de madera, movió un par de cajones y sacó con presteza otro que no estaba a la vista. Tomó de adentro una bolsa de piel negra, la abrió y pude ver de reojo algo parecido a una medalla de oro enorme. Al menos ocupaba la superficie de la palma de su mano, cerró la bolsita y la metió a la bolsa de su pantalón. Después de acomodar y cerrar todo, me volvió a tomar de la mano y salimos de la casa. Al no haber bajado los demás, nos quedamos a esperar afuera, cerca de la puerta por la que entramos a la cocina.

Temblábamos. Me puso contra la pared y me besó. Su lengua viajaba orbitando deliciosa dentro de mi boca; sentí su mano izquierda aferrarse a la parte trasera de mi cuello y metió su mano derecha entre mis piernas. Sentí las yemas de sus dedos rozándome,

las movía haciéndolas ir y venir hacia adelante y hacia atrás durante unos segundos. Sacó la mano y me soltó el cuello, y con las dos, me agarró por las nalgas, apretándome con fuerza contra sí, presionándome mientras dejaba caer el peso de todo su cuerpo encima del mío contra la pared. Un beso largo. Sentir sus manos recorriéndome ágiles bajo la ropa, en esa situación, inundada, intoxicada por la adrenalina y la incertidumbre. Duró poco, pero se sintió como estar en otro lado. Alucinábamos.

De imprevisto, escuchamos los pasos de los demás acercándose y paramos. Nos encaminamos de prisa hacia la puerta que estaba apenas entreabierta. Salimos nosotros dos primero, dimos vuelta a la derecha, caminamos concentrados para no girarnos a ver qué pasaba.

Tratábamos de tranquilizarnos, pero era imposible, no podíamos dejar de temblar.

Se giró para verme. Fue inevitable sonreír extasiados. Nos miramos, nos atacó una risa nerviosa. Yo tenía la cara enrojecida, húmeda, y él respiraba sonoramente por la boca.

No solo me gustó, quería más.

A partir de ese día, nos obsesionaba hacer cualquier cosa que nos pusiera en ese estado otra vez, queríamos sentir más peligro, más riesgo, más incertidumbre, más, más, más.

Adictos.

Intentaba seguir mis días sin pensarlo, pero había algo que no me dejaba en paz. No podía creer que me hubiera metido a una casa ajena a acompañar a un grupo de ladrones en el que mi novio era uno de ellos. Me resultaba complicado entender lo que me sucedía. No hubiera imaginado caer en una situación de este tipo. A pesar de estar en plena consciencia de que todo lo que rodeaba a este acto era pura bajeza, insensibilidad y egoísmo, si lo pensaba como algo ajeno, podía sentir asco y rabia por quienes lo hubieran hecho, pero hora me sorprendía una excitación que trepidaba en mi cuerpo al pensar en hacerlo yo misma.

Por otro lado, y después de dedicarle largos ratos de reflexión a este tema, lo que me parecía absurdo era que mi pareja me llevara hasta esos límites y me pusiera en peligro de esa manera. ¿Por qué Paris se atrevió a proponérmelo?

Decidí confrontarlo la noche siguiente, habíamos quedado para celebrar como dos personas normales nuestro aniversario. Sería el momento perfecto para abordar el tema y resolver de una vez este asunto que me preocupaba. No solo por el hecho de que nos estábamos poniendo en peligro, lo peor de todo era que habíamos sucumbido con una facilidad inverosímil a nuestros impulsos por hacer algo prohibido. Habría que frenarlo ahora que estaba en consciencia de la estupidez en la que estábamos cayendo.

Llegó a mi casa, como lo habíamos acordado, a las ocho de la noche. Mi intención era demostrarle que podíamos tener una cita como cualquier otra pareja, sintiéndonos satisfechos y felices, sin necesidad de arriesgarnos tanto, sin necesidad de convertirlo en una adicción. Aquello era una droga dura. No puedo mentir, en mi vida jamás había experimentado algo similar. No hubiera sido difícil engancharnos y repetir cuantas veces nos fuera posible sin importar nada, abandonarnos hasta perdernos convertidos en unos yonkis.

Salí de mi casa dispuesta a voltear toda la situación, hasta hacerle entender mi punto y obligarlo a desistir.

Sabía que él querría más, era insaciable.

Me recibió con un beso largo en cuanto me subí al coche. Pequeñas descargas me recorrían intermitentes. Una especie de piquetes punzaban en varias partes de mi cuerpo. Paris poseía algo que viajaba en su saliva o que tal vez percibía a través de su olor, pero que al mezclarse conmigo, nos trastocaba.

Me sobrepuse, me había programado y no iba a doblegarme. Estaba centrada en mi objetivo.

El Phi-nong era un restaurante tailandés impresionante. Él había reservado una mesa en el exterior, sabía que me costaba trabajo estar sentada cerca de otros comensales si queríamos hablar de algún tema privado. Estoy segura de que intuía que yo buscaría disuadirlo, y, adelantándose a mis intenciones, preparó el territorio. Nada se le escapaba.

—¡Feliz aniversario, Marion! —me dijo mientras tomaba mi cara con las dos manos y se acercó para besarme.

—Feliz aniversario, amor. —Ladeé mi cara y arqueé las cejas para expresar mi descontento por el robo de la noche anterior.

—Esto es solo un complemento, lo sabes, a mí no puedes engañarme, lo de ayer fue majestuoso, niégalo.

Guardamos silencio al notar que se nos acercaba un mesero y nos entregó dos cocteles en vasos *old fashion* escarchados con azúcar. El líquido espumeante dejaba ver que había sido licuado, flotaban dos o tres perlas de mango y una flor de color morado intenso. Se retiró el mesero, y enseguida Paris me invitó a brindar con un gesto alegre en la cara y levantó el vaso que sostenía con su mano. Correspondí y brindamos, mientras él se apresuró a decir:

—Por muchas noches como la de anoche.

Me detuve y no sorbí ni una gota del coctel.

—Sobre eso quería hablarte. —Posé el vaso en la mesa y le dirigí una mirada de absoluta seriedad.

—Marion, no te angusties, no pasa nada si repetimos una que otra vez. No puedes negar que hay un efecto alucinante al hacerlo.

—Sí, Paris, de hecho, eso es lo que me preocupa. Si no fuera así, no intentaríamos replicarlo jamás. A eso me refiero, ¿cómo lo vamos a detener después?

—Se detendrá cuando pierda fuerza, hay que dejarlo fluir. Está en nuestra naturaleza no ser como los demás, no me digas que no estás en conciencia de eso, Marion.

El mesero volvió a acercarse y nos interrumpió para servirnos una sopa de camarones con leche de coco que despedía un aroma irreal.

—Paris, ¿ordenaste todo por anticipado?

—Sí.

—No insistas, de verdad. Como algo excepcional estuvo bien, pero no vuelvas a invitarme a robar, no quiero. —Tomé mi coctel y le di un sorbo, estaba exquisito, acaramelado, balanceado, perfecto.

Le sostuve la mirada. En silencio los dos, se había fracturado el diálogo con mi exigencia de no ser invitada si decidía ejecutar de nuevo otro robo. Pero él notó el placer que me había provocado ese

único sorbo del coctel y esbozó una sonrisa que decía algo como "lo sabía".

Y, sí, él lo sabía. Yo fingí sentirme ofendida por sus insinuaciones, pero había algo dentro de mí que me catapultaba a desear de nuevo esa sensación de peligro y de reto.

Levanté con la cuchara un poco de sopa y un camarón de los que flotaban en ella. Cuando tocó el interior de mi boca y dejó ahí el líquido caliente y el bocado, comencé a masticar y, al mismo tiempo, a experimentar una sensación de placer extraordinaria. Me lo pasé y mascullé "qué poca madre". Mi comentario y el gesto en mi cara provocaron que Paris rompiera a reír y yo lo siguiera. Nos carcajeamos sin parar a punto de atragantarnos con la sopa.

—No me gusta que puedas adivinarme así tan fácil —le decía mientras intentaba ahogar mi risa y retomar mi actitud seria—. De todas formas, lo de ayer no se repite, ¿ok? —le advertí con una mirada inquisidora.

—Está bien… —respondió con sorna y negando con la cabeza mientras ponía los ojos en blanco, como alguien que sabe de cierto que lo que escucha no va a suceder.

De cualquier manera, me mantuve firme en mi propósito. Ese día le confirmé que no iba a repetir el robo de ninguna manera.

Días después, mi cuerpo exigía atención. Tenía tantas sensaciones incómodas que era claro que intentaba alertarme sobre lo que sucedía. No se trataba de remordimiento, se trataba de una especie de sensación codiciosa de rebobinar y volver a vivir, de volver a sentir esa descarga impetuosa que me ponía mal porque la disfrutaba, porque la sentía infiltrarse victoriosa en cada parte de mí, porque el corazón se me hinchaba, provocando que se alterara mi ritmo cardiaco, y que mi respiración hiperventilante me recordara que todo mi ser latía, que estaba viva…, bien viva.

¿Qué me pasaba? Lo intentaba todo para no pensar en eso. No quería seguir sintiendo ese deseo de volver a hacerlo, pero de manera simultánea e inevitable, no podía detenerlo. La conversación elipsaba en torno a esa sensación. Recrearlo. Repetir a posta la excitación sostenida entre los dos que sin falta terminaba convirtiéndose en algo sexual.

Tres semanas después, una mañana Paris me invitó a una de las partidas de cartas en su casa por la noche. Por supuesto, le dije que sí. Quedé de llegar más tarde.

Al entrar, pude ver a tres amigos suyos sentados. Los reconocí de inmediato. Eran ellos, los ladrones. Paris me los presentó, nos sentamos y comenzamos a jugar mientras hablábamos. El único que no estaba era Andrés.

Rudy, delgado, atlético, con el pelo rubio un poco largo, era fisioterapeuta, tenía un consultorio formal y repleto de gente, por lo que entendí. Héctor, quien portaba una boina, lentes de pasta negros y barba corta, era diseñador industrial, trabajaba para una marca de muebles de diseño importante. El otro, unos cuantos años mayor que los demás, era italiano, más alto y corpulento, con los brazos tatuados, bien parecido, tipo vikingo, con una melena de color intenso entre rubio y pelirrojo, lo que le había hecho merecer su apodo, le decían Fiamma (flama), era DJ en Rimini, pero cuando llegó a México montó un negocio exitoso y ahora era dueño de una pequeña cadena de pizzerías artesanales. Todos nosotros estábamos unidos por algún tipo de magnetismo que nos apiñaba, y esa era la única necesidad que compartíamos, la de sentirnos latir con la intensidad que nos daban los robos y que parecía ser irremplazable.

El solo hecho de escucharlos me echaba a andar. Las reglas que habían impuesto para mantenerse con un riesgo más bajo de que los descubrieran eran solo cuatro:

No se daban cita jamás a jugar cartas, si no era para algún asunto relacionado con los robos.

No se hablaba con nadie de ello. Parece obvio, pero era lo más importante, no debía quedar en el aire.

Los teléfonos que usaban para comunicarse no eran los personales.

La última. Si algo sucedía, se cortaba la comunicación por completo para no poner en peligro a los demás. El riesgo que corría cada uno lo asumían como personal y de ninguna manera entregarían a ninguno de los otros; si los descubrían, aquella célula viciosa que formaban juntos se desintegraba.

Paris había roto la primera regla, ningún otro podía llevar a sus novias o a ningún amigo, esto era un círculo cerrado.

Mientras jugábamos cartas, se comenzó a hablar sobre el nuevo objetivo. Era una ex de Andrés a la que hacía por lo menos un año que no veía y digamos que el robo había quedado pendiente porque hubo algún problema a la hora de planearlo mientras eran novios. Me negué. Tenía que demostrarle que mi convicción era poderosa y que no iba a entregarme a esa adicción.

La casa estaba en un fraccionamiento lujoso en San Martín Jajalpa, en el Estado de México. Era enorme, y la familia de ella, muy acaudalada. Una de esas familias que por generaciones acrecientan y amasan fortunas impensables.

Los escuchaba y no podía evitar fantasear con la idea. Me sentí tentada a decirle a Paris que me había arrepentido y que sí, que iría encantada, pero me aguanté, me controlé hasta el final, y después de regreso a mi casa intentó disuadirme.

—¿Segura no te animas?

—¡Que no! —le respondí con una falsa mirada de indignación y cruzando los brazos.

—Bueno, nada más quería darte una última oportunidad, va a estar increíble. Nos vamos de aquí directo.

—Híjole, que necio eres, no vuelvo a ir, ya te lo dije.

Cuando se estacionó en la puerta, le di un beso y me metí a mi casa. Respiraba lento, intentaba reprimir mis deseos con toda mi fuerza, no podía creer que una sola vez de haberlo hecho me tuviera en tal estado de adicción. Lo dije antes: el efecto es como el de una droga, te atrapa desde la primera vez y no es fácil desengancharte.

Intenté sentarme un rato a trabajar, pero no lograba concentrarme. El hecho de saber que estaban preparándose para entrar, me alteraba, iba y venía sin cesar. Me encendí un cigarro y me serví una copa de vino rosado. Esperaba que ayudara a relajarme. No lo conseguí, caminaba y caminaba dando vueltas. Recorrí tantas veces el mismo circuito dentro de la casa que podría haber hecho un surco en el piso.

Nada me calmó. Pasaron dos, tres horas, no tenía noticias de ellos. Qué ganas de haber estado ahí, de volver a sentirlo, de

compartirlo con él. Suena el teléfono, y cuando respondo, Paris, con voz agitada, me dijo que todo había salido bien, que la experiencia había rebasado sus expectativas. Sin duda, debió de ser emocionante, y quedé frustrada por no haber ido. Pero lo había logrado, no cedí.

No quise tocar el tema con él los días posteriores al robo al que falté. No quería babear al escuchar sus historias, quería dejarlo atrás, pero no puedo negar que lo deseaba más que nada, parecía que algo se secara dentro de mí al no alimentar esa urgencia en mi cuerpo y en mi cabeza.

Tenía que borrarlo de mi mente, no iba a dedicarle un segundo más siquiera a nada relacionado con eso. Ni recordarlo ni mencionarlo, nada. Los días transcurrían y su paso se sentía asfixiante, no podíamos matar el aburrimiento con nada. Íbamos al cine, a cenar, a algún antro en el que yo me embrutecía, emborrachándome hasta perder la conciencia, en un intento desesperado por suprimir el deseo que, a mi pesar, prevalecía, seguía vivo, aunque yo quisiera matarlo de hambre. Nada podía igualarlo. Tuvimos alguna que otra escapada un fin de semana en la que, según nosotros, cargados de adrenalina, hacíamos cosas disparatadas para ponernos en riesgo, pero nada funcionaba de la misma forma.

Un sábado, calculo que a cuatro semanas de ese robo al que falté, Paris pasó por mí, ni siquiera me dijo a dónde íbamos. Lo miraba, mientras estábamos en camino, y, al conversar, su risa socarrona me sacaba un poco de quicio, me hacía sospechar. Cuando llegamos a su casa y entramos, no pasaron más de cinco minutos y sonó el timbre. Entendí que se trataba de nuevo de una partida de cartas al abrir la puerta y encontrarme con Fiamma y Héctor.

Comenzaron a hablar de los planes, sentí algo encenderse en mi pecho, no lo pude detener y no me lo pensé, funcionaba como una maquinaria potente e invisible, engranajes que comenzaban a moverse, ignorando mi voluntad hasta que daban chispa sin remedio a mi motor, y sin tener que decir nada todos dimos por hecho que yo iba.

No pude ni quise negarme.

Esta vez apenas caía la tarde e íbamos vestidos casuales. Yo, con un vestido holgado, corto y unos tenis cómodos; ellos, con jeans, vestimenta nada llamativa. Ahora, nada más éramos cuatro, Paris, Fiamma, Héctor y yo. Rudy estaba enfermo y Andrés por supuesto no nos acompañaría. El objetivo: una casa impactante en Coyoacán. Me avisó que se iban a llevar algunas joyas, en general era lo que elegían, pues son fáciles de esconder y, en todo caso, de vender si en algún momento decidían deshacerse de ellas. Misma dinámica: los otros dos arriba, yo seguía a Paris en la parte baja de la casa, de nuevo Paris tomaría lo que nos tocaba robar y lo entregaría a quien hubiera escogido; nada para nosotros todavía.

Estábamos advertidos sobre los perros de la casa, dos terranovas, enormes y peludos, y un pastor alemán viejo. Nos aseguraron que no iban a atacarnos, pero sus ladridos podían despertar alguna sospecha entre los vecinos. Nuestra gran solución al problema fue llevar unos huesos enormes llenos de tuétano. Después de eso, éramos hasta amigos. Creo que pudieron percibir que no queríamos hacerles ningún daño. Limitarse y dejar que una idea se quede en lo imaginario lo hace parecer todo más complicado de lo que puede ser en realidad cuando ejecutas. Los perros en teoría disuaden a los ladrones, pero en nuestro caso, no. Yo por lo menos sentía que todo ocurría con mucha tranquilidad y fluíamos sin grandes contratiempos. Claro que el trabajo más elaborado estaba ya hecho cuando yo llegaba. Estar ahí, en esa casa, significaba que Andrés, en este caso, se había tomado el tiempo para conocer a la chica en cuestión, meses tal vez para lograr salir con ella, enamorarla un poco para que soltara la información y para meterse a la casa varias veces, las necesarias para entender cómo funcionaba todo. Yo, en cambio, llegaba solo para ser la sombra de Paris. De cualquier forma, esto no disminuía para nada la sensación de estar en un estado intenso de alerta. La sangre caudalosa me recorría y se dejaba sentir en ese pulso atropellado en la garganta, provocado por los potentes latidos descompasados del corazón, y en mis ojos, las pupilas cada vez más grandes... Fiamma y Héctor,

presas de los mismos síntomas, poseídos, se movían ágiles por la casa en busca de sus tesoros.

Me percaté, en ese momento, de que nosotros, todos nosotros, no éramos más que un grupo de "buscadores de sensaciones". Eso era lo que nos arrastraba hasta ahí, estábamos metidos dentro de una casa solo por el puro placer de sentir. Un poco de claridad, al fin, sobre lo que nos sucedía y nos mantenía juntos: conspirábamos, en una especie de secta en total secrecía.

Héctor y Fiamma subieron a la recámara principal. Uno, en el vestidor, y el otro, en los burós; apresurados se abocaban a lo que les tocaba. "Somos criaturas tan predecibles". Los burós y los vestidores están plagados de cosas escondidas, así como los más ingeniosos las ponen detrás de un cuadro, en alguna lata en la alacena (que de seguro tiene algo que la destaca, pues es un objeto que se manipula con frecuencia y peligra), en los respiraderos del aire acondicionado, en los cajones con doble fondo, en las macetas de plantas artificiales, en un reloj de pared. En fin, Paris y yo, de nuevo en una biblioteca, que también era un despacho, de donde sacamos, de lo que aparentaba ser un conjunto de libros (pero estaba hueco), una caja en la que, además de encontrar varios relojes, encontramos una pistola pequeña, como de bolsillo —ahora sé que era una Smith & Wesson—. Lo tomó todo.

En pocos minutos, estábamos listos para abandonar el lugar, habiendo dejado todo como estaba para no levantar sospechas. Por lo menos, no de inmediato. Esa era una parte clave en los robos, que pareciera que nada hubiera pasado, no mover las cosas de lugar, no dejar nada que llamara la atención e invitara a los dueños a revisar sus pertenencias. Entre más tiempo pasara entre el robo y el descubrimiento de este, mucho mejor para nosotros.

En ocasiones, Andrés ya ni siquiera aparecía en el mapa como para ser sospechoso. Lo único que nos podría haber delatado como ladrones (y, de paso, arrancado una carcajada, si alguien nos hubiera visto) era que al entrar a la casa todos portábamos unos guantes blancos de poliamida. Parecíamos una banda de mimos, pero de esta forma no dejaríamos huellas, y al salir cada quien sin excepción guardaba y se llevaba los suyos.

Resultó que, aquella vez, al terminar el robo, teníamos que salir de manera escalonada con más tiempo entre las salidas. Primero, salió Héctor; después de unos diez minutos, salió Fiamma por la puerta de atrás, y al final saldríamos nosotros dos juntos.

Al salir el último, Paris me subió en brazos a la recámara principal. Lo agarré a besos. A tope todos los sentidos, en un territorio del que ignorábamos gran parte de los detalles a pesar de haberlo estudiado, con el riesgo de ser descubiertos en cualquier momento, los olores indescriptibles y únicos que se sienten al estar en una casa ajena, la luz, los sonidos que percibíamos como amenazas por todos lados, los ladridos para aquel momento incesantes de los perros, el recuerdo de lo que había pasado la vez anterior convertía esto en lo más excitante, y por demás amenazante que pudiera existir. Todo eso nos estremecía y alimentaba así nuestra perversidad.

Nos desnudamos apresurados. Nos quitamos también los guantes. Al recostarnos en esa cama hubo algo que me descolocó, me distraía el humor de otros impregnado en las sábanas. La cama estaba limpia, en apariencia; pero ahí estaba, a través de su olor, esa otra pareja. Paris notó mi incomodidad, sabía que yo quería levantarme, pero tomó mi cara, que podía abarcar con una sola de sus manos, y la empujó hacia abajo, agresivo, sometiéndome, forzándome a quedarme ahí.

—¡Paris, suéltame! —le suplicaba, mientras él me mantenía acostada, tomándome por las muñecas, y dejaba caer su cuerpo encima del mío—. ¡Me lastimas, me estás jalando el pelo!

Yo me resistía, me quería incorporar, pero de nuevo, para impedirlo, me tomaba del cuello o se apoyaba sobre mi pelo que descansaba sobre la almohada. Uno de sus codos se clavaba entre mi brazo y mi pecho, mientras él hacía un esfuerzo por mantenerme sometida. Comencé a sentir una desesperación insoportable, llegué a pensar que me iba a dar un ataque de pánico. Ríos de lágrimas escurrían sobre mis mejillas. Sospeché, en algún momento, que Paris estaba fuera de sí y sentí la amenaza de ser violentada por él contra mi voluntad. Ignoraba lo que yo le pedía casi a gritos, hasta que de verdad grité, grité con todas mis fuerzas, pero aun así no me

soltó. Miraba a mi alrededor y me parecía ver todo con una lente de ojo de pescado. Poco a poco se deformaba mi visión normal de las cosas. Se acercó para besarme, le mordí el labio inferior como una salvaje hasta hacerlo sangrar, en un último intento de que reaccionara, pero no cedió.

Todo esto, como en la escala de un orgasmo, provocó que llegara al punto más alto. Desde la cúspide de la desesperación, como si estuviera dejándome caer desde la punta de una montaña, al sentirme en caída libre, sin oponer resistencia, la sensación cambió de repente. Me dejé llevar y, entonces, fluí.

Lo sentí penetrarme. Extraña y mágicamente disfruté cada segundo. Me gustó hasta saborear su sangre disolviéndose dentro de mi boca, mientras me besaba. Después de unos instantes, comencé a experimentar otra oleada de excitación, comencé a sentir que además de la intrusión en la casa para robar, también me apoderaba de una parte de la esencia de esta mujer. Estaba ahí, viviendo el momento como si fuera ella, una desconocida se filtraba dentro de mi cuerpo. Estar en otro lugar sin permiso y sin justificación válida provocó una sensación nueva y mía, nuestra, éramos cómplices en todos los sentidos. Nadie más estaba involucrado de ninguna manera, aunque todas las piezas de su vida estaban ahí. Ni su olor, ni su ropa, ni sus fotos, ni sus cosas en la mesita de noche tocaban la prístina esencia de la experiencia, era solo nuestra, aun cuando todo lo que nos rodeaba no nos pertenecía. Me sentía poseída y al mismo tiempo capaz de poseer todo lo que contenía ese espacio. La sensación viajaba hacia todas partes, descontrolada, y regresaba para implosionar en el centro de mi pecho.

Al terminar, me levanté de la cama sintiendo la laxitud que subsigue a un orgasmo descomunal y, todavía con la sensación de no ser yo misma, caminé hacia el baño y me lavé la cara, abrí un cajón y me encontré con las cremas y el maquillaje de la mujer que vivía ahí. Nada se parecía a lo que yo hubiera elegido. Aun así, me maquillé. Como una viciosa, me recorrí varias veces el cuerpo con su crema, me cepillé sin prisa con su cepillo, lo limpié e hice bolita el enjambre de pelo, lo eché al escusado y jalé. Después, caminé

descalza hacia el vestidor, mientras Paris seguía tendido en la cama, observándome.

En el vestidor de la mujer, encontré una colección de zapatos preciosos, me probé varios y tomé un par de vestidos. No eran de mi talla, pero tampoco estaban tan lejos de serlo. Me los probé. Elegí uno de noche largo, escotado, tirantes en los hombros que anudé para ajustarlos, bien armado, entallado en corte sirena, con una abertura que dejaba asomarse entera mi pierna derecha, elaborado con un tipo de seda brillante, en un tono espectacular de verde oscuro. Los zapatos, con un tacón de al menos diez centímetros, color negro, con pulsera en el tobillo.

Tomé del fondo de un cajón una bolsa aterciopelada roja de la que saqué varias joyas. Primero, un collar de perlas. La verdad, muy Lady Di para mí. Me las quité y me puse otro con un estilo más antiguo y elegante. Las piedras eran negras facetadas, una gargantilla de la que colgaba una pieza más grande en forma de gota en el centro. Me colgué los aretes a juego, me rocié entera con uno de los perfumes, me acerqué a la cama, me subí y, de pie sobre Paris entre mis piernas, me puse a jugar, a bailar, a dar vueltas y a seducirlo vestida como aquella otra mujer.

Me había olvidado de donde estábamos y por un momento me sentía parte de todo aquel lugar, me sentía dentro de otra piel. Paris me acariciaba las piernas y me miraba de una manera distinta. No me reconocía en ese atuendo. Comencé a ver como cambiaba esa mirada de extrañamiento a una mirada de deseo. Estábamos por comenzar de nuevo, ahora sintiéndonos dueños de ese espacio, jugábamos a ser otros, pero en ese instante algo me hizo recular. De forma inesperada, como un pinchazo sentí la necesidad de salir de ahí. Se lo dije a Paris, en esas situaciones no se debe ignorar el instinto, la tripa manda. Sin dudar, y lo más de prisa que pude, me quité los zapatos y me puse los míos. Veloz, agarré mi vestido, y en las bolsas metí los guantes. Lo hice bolita para llevármelo y nos preparamos para irnos, no me daría tiempo de cambiarme.

Salimos, pasábamos por un pasillo en la parte exterior de la casa y nos ensordeció un ruido trepidante. Se había disparado una alarma fortísima de la que no teníamos idea. El pitido era tan intenso que

nos desbalanceó, nos afectaba el equilibrio porque al pasar por el pasillo techado el sonido se amplificaba. Caminábamos tambaleantes. Los perros gruñían sin parar. Uno de ellos, el Terranova más grande, se acercó, peló los dientes y Paris tuvo que darle una patada para alejarlo. Aulló y adolorido se alejó. Seguimos lo más rápido que pudimos y, sin aviso, ¡zas!, sale un tipo y por la espalda agarra del cuello a Paris. Él se gira y le pega con el codo en la mandíbula. El hombre cae al piso desorientado. Comienza a quejarse y a vociferar. Fueron unos segundos de ventaja nada más en lo que se ponía de pie, pero aprovechamos y comenzamos a correr desesperados, cada vez más rápido. Salimos de la casa enseguida.

Sentía los músculos de mis piernas rigidizarse, pero no al punto de quedar paralizados. Al contrario, tomaron fuerza. Reacción lucha-huida. Paris era demasiado veloz y tenía que esperarme. El hombre se acercaba de prisa, parecía irremediable que nos alcanzara. Decidimos cruzar una de las calles más transitadas, meternos entre los coches que iban en movimiento. Yo, sin pensar en nada, lo seguía. No gritábamos, no hablábamos, nada más corríamos, según yo, sin rumbo. A Paris le alcanzó a pegar uno de los coches que pasaban, pero se levantó de inmediato y siguió sin hacer caso. Rodeamos los Viveros, con dirección a Avenida Universidad, hasta que Paris giró en una calle empedrada, pequeña, a la izquierda, la calle del Río. Se me adelantó unos metros y comencé a desesperarme porque no podía alcanzarlo, por más que me esforzaba, y pensaba, incrédula, que me dejaría atrás. Pero, de repente, ¡pum!, lo veo precipitarse por un pequeño barranco hacia la derecha, justo en donde pasa el río.

Se desbarrancó ahí. Al fin, llego, me detengo y lo veo cayendo en el fondo. De inmediato, voltea y me hace señas para que me lance. Me tiro sin pensarlo. Ruedo por el barranco, enredándome en el vestido, entre el pasto, las piedras y los manchones de basura, hasta que me detuve, cerca de donde él estaba. Me ayuda a levantarme de prisa y nos metemos entre los arbustos. Llenos de lodo los dos, lastimados, no nos alcanzaba el aire, respirábamos ahogando hasta

donde nos era posible el sonido de la respiración de nuestras bocas. Intentábamos desesperados no hacer más ruido.

Era de noche. No veíamos gran cosa. Para nuestra suerte, no había luz, pero tuvimos que aguantar la peste del río, que era insoportable. Pasaron unos segundos y pudimos ver pasar al tipo por encima del puente a lo lejos. Corría y manoteaba furioso. Jamás intuyó que estábamos escondidos ahí abajo. Esperamos más para asegurarnos de que no volviera por el mismo camino. Empecé a sentir otra vez esa culpa, esa lucha entre la sensatez que me habitaba antes de todo esto y las sensaciones que nos regalaban estas experiencias nuevas. En mi interior, de forma irremediable, estaba ese debate. Antes, dañar a alguien de cualquier manera jamás me habría parecido buena idea, ni siquiera lo hubiera contemplado como una posibilidad. Por otro lado, me surgían pensamientos como, *nadie que te ame te lleva a una situación de estas*. De nuevo, ¿qué hacía yo huyendo y metida en el lodo en un barranco? No tenía lógica, empecé a sentirme mal, sentía que ya no me llegaba la sangre o el aire a la cabeza, todo me daba vueltas.

Traté de calmarme, respiré profundo, llenaba mis pulmones despacio y sostenía. Poco a poco, comenzó a desvanecerse el malestar y regresó la excitación. No hablamos, pero estábamos en un grado de alerta insólito, cargados de sustancias que nuestro cuerpo liberó entre el estrés y todo lo que corrimos. Podíamos entendernos sin decir una palabra. Las señas y algunos gestos eran suficientes para comunicarnos sin cometer errores. Esta sensación de estar a punto de ser atrapados consumó la experiencia. La intensidad no bajaba. Estábamos de verdad alterados, excitados y con una emoción que parecía chorrearnos del cuerpo.

Mientras esperábamos, yo estaba entre los arbustos en cuclillas, apretaba mi vestido con las manos, no lo había perdido en toda la persecución, me aferraba a él con muchísima fuerza. Él, detrás de mí, sosteniéndome con su brazo que rodeaba mi cintura, podía sentir su piel tibia, su aliento en mi oído. Pasó apenas, rozando por mi cuello la punta de su lengua y comencé a imaginarme sus manos recorriéndome. Fantaseaba y pude sentir su deseo descontrolado. Noté, enseguida e *in crescendo*, un intenso calor húmedo entre mis

piernas. Pero, sin darme tiempo de nada, sin avisar, él me tomó de la mano y se puso en marcha para regresar. Para nuestra fortuna era de noche, la oscuridad nos permitía pasar desapercibidos mientras caminábamos por las calles, estábamos hechos un desastre.

Por fin, llegamos al coche, entramos rápido. Él se metió al asiento del conductor y yo a un lado. Así, como estábamos, sudados y sin un centímetro de piel limpia, cada uno con más de una herida sangrante y varios moretones incipientes, comenzamos a besarnos sin que nada nos importara. La espera nos tenía turbados, nuestras manos tremantes respondían con dificultad pero impetuosas y no lográbamos regular el ritmo de nuestra respiración. Nos importó muy poco que alguien pudiera vernos, sus manos recorrían mis pechos, sus dientes feroces me rasgaban los pezones sobre el enlodado vestido verde que todavía traía puesto, me miraba vehemente con los ojos entornados cuando levantaba la cara para observar mis reacciones. Entonces, me monté sobre él, rodeé su cuello con mis manos, hundí mis dedos en su pelo empapado, mientras debajo de mí pude sentir su erección rozándome entre las piernas hasta llegar al punto en que yo sin dudarlo le bajé el cierre del pantalón, metí la mano apresurada y lo saqué. Lo sostuve con una mano, mientras con la otra movía hacia un lado la parte baja de mis bragas. Lo introduje diligente dentro de mí, y me moví sobre él como quien cabalga en una huida frenética hasta que terminamos.

Lánguida, trataba de recuperar el aliento. Empapada en sudor, con la cara entre su cuello y su clavícula, me sorprende tirándome del pelo, del cuello, me mordía hasta lastimarme un poco, pero era soportable y demasiado placentero. Me cargó y me pasó de nuevo al asiento del copiloto. Por instinto, por un impulso sin duda de mi naturaleza, que para ese momento ya exigía esa lujuriosa glotonería, me acerqué hacia su sexo aún firme y lo tomé entre mis manos, lo acaricié. Suave y todavía húmedo, lo lamí divertida, como si fuera una niña. Intentaba hacerle sentir la aspereza de mi lengua y después lo introduje en mi boca, mientras sentí que él deslizaba sus dedos hacia mi sexo. En el aire dentro de ese coche se respiraba una euforia total. No entendíamos por qué sucedía así, pero se había convertido en algo irrenunciable.

Al llegar a mi casa, me quité el vestido verde y las joyas. Desnuda y todavía ensopada corrí a buscar unas tijeras, lo corté y lo desgarré, fuera de mí, no sabía qué hacer con eso. Lo introduje todo en una bolsa, no lo quería cerca, no quería sentir que era una ladrona. Para mí, el acto de haberme llevado esas cosas que no eran mías me echaba junto al montón de rateros y maleantes comunes. Yo no me resignaba a percibirme de esa forma.

Entendí que el haberme aferrado a mi propio vestido, y por ninguna razón haberlo soltado durante toda la odisea, era ni más ni menos que la manera en la que se manifestaba mi resistencia, el último esfuerzo para no dejar de ser la de antes. Ceder a dejar el vestido viejo y quedarme a propósito con esas prendas ajenas significaría que había caído hasta lo más bajo, significaría que había dejado de ser yo.

Me puse una bata y bajé hacia el *garage*. Abrí la puerta, no sin antes mirar bien hacia todos lados, no había nadie, era tarde. Corrí hasta encontrar una alcantarilla por la que se escuchaba el correr del agua y tiré las joyas. Tardé un minuto en decidir si debía hacer lo mismo con el vestido, pero me dio miedo y regresé de prisa, cerré la puerta, subí a la terraza, acomodé algunos leños y encendí el calentador de barro.

Mientras, me encendí un cigarro y poco a poco quemé todos los pedazos del vestido verde en el calentador sin despegar la vista del fuego. Estaba tan alterada que no me detenía a pensar o a cuestionarme gran cosa, como si algo me forzara a tomar decisiones, a ser asertiva.

Exhausta, entré a mi baño y me metí a la tina. Todavía sentía como si todas las antenitas de mi cuerpo estuvieran alertas. Como si hubiera filamentos cargados de corriente dentro de mí, todavía no se iba por completo esa energía. Parecía que había un regulador de conciencia que se ponía en marcha cuando la excitación bajaba. Al instante en que me empezaba a relajar, en el momento en que mis músculos dejaban de estar tirantes y mis pupilas regresaban a su tamaño normal, los pensamientos y la culpabilidad, el asco de mí misma y el remordimiento me acechaban. Era incontrolable, no lo podía detener, no me reconocía. Algo en mí había cambiado, y lo

peor de todo: en cuanto tuviera la oportunidad de volverlo a hacer, no me importaría, ya había sucedido. El día de la cena le advertí a Paris que no lo iba a repetir y ahí estaba, en el *after* del robo, en medio de un desenfreno total. Sabía que, si se presentaba de nuevo la oportunidad, ignoraría mis propósitos, lo pasaría por alto otra vez. Estaba convirtiéndome en una adicta perdida, como ellos, como Paris.

En ese momento, juraba que la próxima vez me detendría y no iría más. Pero era inútil. Esa necesidad de revivirlo me lanzaba de nuevo a ese vórtice, perdía la voluntad, ignoraría cualquier deseo anticipado, cualquier propósito o promesa que me hubiera hecho, dejaría de lado la carga moral que esto conllevaba, no había siquiera una pizca de cordura que me hiciera regresar a mis principios, a mis supuestas convicciones.

Estas sensaciones, aunadas al gran amor que yo sentía por él, terminaban convirtiéndose en un velo espeso que no me permitía mirarme tal y como algún día fui. Lo miraba todo a través de mi deseo incontenible de apoderarme de algo que no fuera mío. No de objetos; en definitiva, no se trataba de robar cosas. ¿Apoderarme o empoderarme? Creo que en ese prefijo radicaba todo, me sentía poderosa por el hecho de salir librada de hacer algo difícil, peligroso, arriesgado y amoral. Un halo muy brillante rodeaba el acto de hacerlo. Nos atraía como una bombilla encendida atrae a los insectos sin excepción. Era eso, me hacía sentir poderosa desafiar a la suerte.

Así sucedió otras tres o cuatro veces. Los robos nos parecían la experiencia más chingona del mundo. Era como poder extender el festejo de nuestro aniversario cada vez que lo hacíamos, y cada uno de ellos había resultado perfecto aún con los obstáculos que encontrábamos.

Salíamos con una sensación de victoria, de habernos salido con la nuestra, de felicidad. Tan acelerados y enloquecidos por las descargas químicas que nos regalaba nuestro cuerpo al ponerlo al límite, al obligarlo a secretar cada sustancia que tenía reservada

para sobrevivir, que lo que fuera que hiciéramos después se sentía con una intensidad inexplicable.

Cambió todo, en especial el sexo. No creo que exista una palabra que pudiera describirlo. Esas entradas y salidas a las casas habían logrado hacernos coleccionar tantos recuerdos, tantas sensaciones. Esto funcionaba de una forma multisensorial. Los olores, colores, sonidos, texturas, todo construía un collage en nuestro cerebro que nos estimulaba una vez más que la otra, y así a la siguiente.

Después de haberlo hecho varias veces, ese bagaje ampliaba de manera desproporcionada los escenarios posibles de falla, de riesgo, de error, y eso en lugar de hacernos dar un paso atrás nos ponía más en marcha. Queríamos más. Superar lo anterior o, de menos, replicarlo.

Pero, en la cotidianidad, en mis días ordinarios, me perseguían imparables los pensamientos sobre lo que rodeaba lo que hacíamos. Éramos una vulgar banda de ladrones. No había más y no importaba la razón por la que nos metíamos a hacerlo. Es más, esa razón era absolutamente estúpida, nos mereceríamos ir a la cárcel, nos podríamos merecer que alguien nos matara en defensa propia. Cada vez se volvía más descarada la situación, solo pensábamos en sentir eso otra vez: Paris y yo, en terminar el robo y quedarnos después para tener sexo en alguna parte de la casa, y si no lo conseguíamos, el puro recuerdo de lo sucedido era un buen detonante para el placer en solitario.

Solo un mes más tarde íbamos a dar un golpe que sonaba increíble.

Había una mansión en Polanco, en la calle Julio Verne, habitada por una mujer anciana con su servidumbre. Esta vez, el gancho no había sido ninguna novia. Esto le daba la vuelta a la dinámica de tajo, era arriesgado y, como era de esperarse, mucho más atractivo para nosotros. Rudy había logrado convencer al mozo de la casa por una generosa suma para que nos dejara entrar, con la condición de no poner en peligro a nadie.

El mozo se encargaría de que la casa estuviera sola. Llevarían a la dueña a sus citas médicas de rutina y nosotros tendríamos un par de horas para hacer lo que tuviéramos planeado. Fuimos a ver la

casa varias veces para elaborar el plan: qué tanta gente circulaba en ese horario, la iluminación de la calle y todos los demás detalles importantes. Rondábamos en días intercalados en parejas o tríos como peatones comunes con un café en la mano y una mochila. Nos sacábamos fotos, llegamos al punto de hacer una cita para mí en una peluquería carísima, que estaba a unos pasos, para observar el movimiento de la zona y de paso hacerle alguna que otra pregunta al peluquero: es bien sabido que son buenos conversadores y de verdad lo son, nos dio varios datos interesantes.

El lugar estaba impresionante. La casa te hacía sentir diminuto, se veía a leguas que cualquier cosa que hubiera adentro valdría una fortuna. Teníamos toda la información a la mano, sabíamos que las alarmas estarían desactivadas, los vidrios de las ventanas que daban al exterior estaban blindados, todo lleno de cámaras, había muchas exigencias y eso nos ponía cada vez más nerviosos.

Fueron días de espera intensos, pero los disfrutábamos. El previo a la llegada del día nos mantenía al filo, nos hacía salivar.

Llegó el día, estábamos listos para entrar, tomábamos unos martinis en un bar en Campos Elíseos; en la zona, pero lo suficientemente lejos de la casa. Necesitábamos estar cerca, pues iríamos a pie y al salir nos subiríamos al metro, una caminata de no más de tres minutos. Fiamma no paraba de hacer chistes, su ansiedad se acrecentaba y parecía incapaz de detenerla; nosotros hablábamos, repasábamos un poco lo que teníamos que hacer cada uno mientras fumábamos un cigarro a solas, los cinco, en la terraza del lugar, ya muy encendidos, a la espera de la luz verde para salir.

Rudy entraría primero. Confirmaría que las alarmas y las cámaras estuvieran desactivadas. Después, le tocaba revisar detrás de los cuadros de la sala y la zona baja de la casa, él había hecho el contacto y sabía mejor que los demás cómo funcionaba todo. Paris y yo estaríamos encargados del despacho en la parte superior. Al ser novata, me ponían como si fuera oyente en una clase: solo ver, escuchar, y por supuesto seguir a Paris. Héctor y Fiamma eran veloces, entonces, se les asignaban los lugares más lejanos o complicados. Ellos entrarían directos a dos de los cuartos en la planta alta; en el de la dueña de la casa se encontraba el mayor

botín. Dentro del asiento de un sillón en su cuarto, la mujer había mandado a hacer un compartimento en el que guardaba una bolsa de piel color tabaco, vieja y raída, con las joyas de la familia. No era una sola pieza, había muchas. En el vestidor, tenía una caja fuerte que no íbamos a tocar, pues ella la revisaba cada noche para saber si alguien había intentado robarle algo. En ella, por lo que le dijo el mozo a Rudy, tenía algunas cosas de menor valor, era como un señuelo para que, en caso de ser asaltados, los ladrones no sintieran que se iban con las manos vacías y en venganza pudieran llegar a lastimarlos. Pero aquella bolsa, la que guardaba lo más cerca de ella que podía, era nuestro objetivo. Todas las tardes se sentaba en aquel sillón a leer, a ver la televisión, a tejer, pero no la abandonaba, era lógico, esa bolsa contenía una fortuna, estaba llena de diamantes.

Aquel mozo sabía demasiado sobre la historia de la señora. Nos contó Rudy que, en una de las entrevistas que tuvo con él, le narró la historia de la familia. Llevaba cerca de quince años ahí y había escuchado cualquier cantidad de conversaciones, especialmente por la edad de la señora, quien se había vuelto descuidada en los temas que tocaba frente a él. Dijo que ella era descendiente de nazis que habían operado en los Países Bajos. Estos militares robaron un banco antes de que lo bombardearan por lo que pudieron hacerse de relojes, joyas, pero sobre todo de diamantes. Se decía que una parte enorme del botín la habían enterrado cerca del mismo banco; pero, al ser tan pequeños los diamantes y estar ellos en posición de llevárselos, aprovecharon el caos propicio de la guerra, se llenaron los bolsillos de pantalones y abrigos, escaparon, y uno de ellos era el padre de la señora, quien al terminar la guerra logró de alguna forma hacerse pasar por judío y emigró con su familia hasta llegar aquí. Su hija, la dueña de la casa, vivió de esa fortuna toda su vida, mantuvo a sus hijos, y hasta esa fecha seguía, literal, sentada sobre su tesoro.

Esperábamos encontrar esas piedras preciosas. No había algo que pudiera ser más ideal. Por otro lado, la sensación de robar algo que había sido robado antes —y sobre todo en aquellas circunstancias— me colocaba moralmente como menos culpable. Al

final, esos diamantes no habían sido suyos, no desde su origen, no le pertenecían, mi debate usual y el remordimiento de apoderarme de algo ajeno menguaban un poco.

Una idea extraña y a la vez estúpida hacía un redondel en mi cabeza: le arrancaríamos un tesoro robado a un ladrón; aunque él ya no existiera, aunque hubiera muerto hace años, no eran de su propiedad, había un sentimiento contradictorio de estar en posición de hacer justicia. "Ladrón que roba a ladrón"…, así decía mi abuela.

Podía comprender la sensación de indulto que irradiaba esa frase. Al ser esa la historia crecía una especie de justificación que casi lograba hacer que el robo pareciera correcto.

Entre todos resolvimos que Fiamma llevara en sus pantalones una bolsa con pedrería falsa para intercambiar el volumen de las piedras. Confiábamos en poder engañar al tacto experto de la señora, quien había palpado por décadas esas texturas dentro de la bolsa y quien si, en su manía avariciosa de revisar a diario ese escondite, metía la mano, no sintiera que la bolsa se encontraba vacía y escuchara las piezas moverse.

Se acercaba el momento de recibir la señal cuando Rudy responde una llamada y lo noto contrariado, meneaba la cabeza de un lado a otro.

Cuelga.

—¿Qué pasó? —le pregunté preocupada.

—Hay gente en la casa.

—No podemos entrar así —resolvió Paris de inmediato.

—Pero ¿no habían acordado con el mozo que no habría nadie? —insistí incrédula y molesta.

—Se habrá arrepentido de último momento —comentó Héctor—, pero no podemos arriesgarnos, alguien podría salir lastimado, estoy seguro. Tendremos que buscar otra oportunidad.

—¡Vamos de todas formas! —dijo Fiamma mientras agitaba las manos al estilo italiano y en un gesto claro de no querer resignarse a perder esa oportunidad.

—No, Fiamma —respondió Paris contundente—, si hay gente en la casa no hay manera de que esto salga bien. Contrólate, ya habrá otras.

Fiamma acató molesto, pero consciente de que Paris estaba en lo correcto.

Frustrante. Como si después de comprar por años los mismos números, te hubieras sacado la lotería y, cuando estás por cobrarla, te dicen que hubo un error. Decepción total, tristeza, sentíamos una urgencia por tener esas sensaciones, había que saciar esa sed de riesgo, nuestro cuerpo comenzaba a exigírnoslo.

Desolados.

Andrés parecía poseer algo que arrollaba a las mujeres, salía con dos o tres al mismo tiempo; me urgía conocerlo. Tenían todo planeado, al punto de que él vivía en noviazgos simultáneos porque no terminaba con ellas después del robo, mantenía las relaciones hasta que ellas notaban su desinterés, o él se dejaba descubrir a propósito con alguna otra chica y lo mandaban al diablo.

Otra forma de estar protegidos era la consubstancial inmensidad de la ciudad, era difícil coincidir con alguien, más si se tenía cuidado. Él sabía a donde iban las chicas, quiénes eran sus amigos, qué lugares frecuentaban y, por ende, los siguientes robos se planeaban en una zona alejada, sin tener posibilidad de encontrarse con alguna ex. En pocas palabras, el anonimato que te da vivir, y en este caso operar, en una ciudad de más de veinte millones de habitantes es en demasía conveniente, coincidir sería parecido a encontrarte más de una vez con un mismo pez en el océano.

A Andrés no lo había visto porque era quien andaba de novio con la pobre víctima y por supuesto no se metía a robar. Ya era bastante complicado mantenerse en dos relaciones al mismo tiempo, en lo que conocía a una estaba por zafarse de la otra, a quien ya habían robado o robarían tiempo después. De seguro algo tendría de especial, no cualquiera se maneja de forma tan habilidosa.

Como a Andrés no le tocaba entrar a las casas y hacía su parte del trabajo alejado de esa situación, para compensarlo, uno de los objetos de cada robo le pertenecía. A pesar de haberse frustrado el plan que pintaba para ser el mejor de todos, no tuvimos que esperar demasiado para lograr consumar otro. En esta ocasión, el robo se

daría en una situación distinta. Era la primera vez que estaba encargada de una función: yo no iba a entrar a la casa, me quedaría en el coche para vigilar, les daría luz verde para salir y me iba con Paris. Él comenzó a darme los detalles mientras nos dirigíamos hacia el lugar; cuanto más nos acercábamos proporcionalmente, los nervios me consumían.

—Marion, tienes que saber todo, pon atención. —Él manejaba y se giraba a mirarme, fruncía el ceño como un papá que advierte a su hijo sobre algo serio y peligroso.

—Ok. —Asentí.

—En la casa viven cinco personas y la servidumbre, pero los viernes salen todo el fin de semana a su casa en Valle de Bravo. Este fin, se van todos, menos Alejandra, y nadie más se queda en la casa, pues ella les dijo a sus papás que se quedaría en casa de una amiga para tener la casa sola y quedarse con Andrés. Hasta ahí, ¿todo claro?

—No hay nadie en la casa, ya sé. —Y puse los ojos en blanco, como si me aburriera su aviso, comenzaba a pecar de una confianza desmedida.

—Ok. La idea es que Andrés y Alejandra se van a cenar, y así tenemos oportunidad de entrar a la casa con tiempo y el control absoluto de la hora de llegada. Por eso te traje, sé que es arriesgado, pero está todo bajo control y muy bien planeado.

—¿Qué se supone que nos vamos a llevar? Más bien, ¿qué es lo que van a robar?

—Su papá tiene mucho dinero, le encanta coleccionar cosas raras y vamos por tres de ellas.

Paris tenía mapas, croquis, fotos de la casa desde diferentes ángulos, del exterior y del interior también. Dentro del coche me mostró lo que había reunido para explicarme todo. La casa parecía abarcar toda la cuadra, la entrada ostentaba un portón de madera magnífico que daba hacia la calle entre bardas altas y hermosas de piedra oscura. En la parte baja de la casa, después de pasar por un jardín con una vegetación exuberante deberían recorrer un largo camino de huellas de madera hasta encontrar una escalera de piedra rodeada de helechos y plantas trepadoras. Una puerta enorme

también de madera hecha en la India era la entrada directa a un vestíbulo, y después, del lado derecho, unos cinco escalones bajaban hasta la sala, un espacio con doble altura y cúpulas. En el centro, los sillones blancos impolutos, las paredes altísimas tenían libreros empotrados desde el piso hasta alcanzar el techo. Sobre las repisas había libros y objetos. Para alcanzarlos tenían una escalera corrediza de metal y madera con un trabajo de herrería fuera de lo común. Tenía varias colecciones de piezas especiales, era evidente que el dueño de la casa era un amante del arte y un comprador compulsivo.

Después me mostró más fotos del segundo piso de la casa, en donde también iban a entrar. Al subir por las escaleras había un pasillo largo con cinco habitaciones, dos a cada lado y al fondo una más, la recámara principal. Entrarían en esta última. Toda la casa estaba decorada con un gusto impecable, se podía ver que cada cuadro, cada mueble, cada lámpara y objeto decorativo eran únicos. No había visto algo parecido.

—Te doy esta información para que sepas en dónde vamos a estar y más o menos calcules que el recorrido nos tomará algún tiempo, aunque ya tenemos todo localizado. Tomar las cosas no será complicado porque están fuera de vitrinas o cajas fuertes…, están muy a la mano.

—Pero ¡qué descuido dejar todo así! —le respondí con un gesto incrédulo.

—Pues sí, parece que el papá de Alejandra es un hombre excéntrico, no protege nada. Él cree en todo esto del karma… Pero, bueno, por otro lado, el tema de seguridad está resuelto, hay dos alarmas de las cuales Andrés ya se encargó de conseguirnos las claves, se han metido a hurtadillas un par de veces mientras se supone que no hay nadie en la casa y las memorizó cuando su novia las pulsó en el teclado. Y, como te dije, no hay servidumbre este fin de semana. Vamos a entrar por la cochera con el control del portón.

—Bueno, ¿y qué se van a llevar?

—Esa es la parte interesante. En los libreros de la sala hay un libro rojo de pasta dura que es una edición especial de *Don Quijote*. Se imprimió en Francia en 1957 y es una pieza rara porque tiene 12

litografías de Salvador Dalí firmadas en plancha. Valdrá unos veinticinco mil dólares. Hay pocos ejemplares y parece que se tienen rastreados solo algunos de ellos.

—Wow…, qué increíble suena.

—La segunda está en la recámara principal, ¿adivina dónde?

—En el vestidor, si dices que les vale madres, seguro en un joyero o en algún cajón bastante a la vista.

—¡Correcto! Estos son de los que creen que nunca les va a pasar, pero ese anillo de Ettore Sottsass se vendió en la última subasta de Phillips en veintiocho mil dólares. Es un anillo de oro amarillo con madera negra, muy chingón, lo hizo en colaboración con Cleto Munari, el diseñador y joyero italiano que me encanta, ya sabes cual, solo hay nueve piezas en el mundo. —Levantó las cejas presumido—. Y, por último y también en la recámara principal, un anillo de oro blanco con un ópalo de fuego rodeado de brillantes que es una joya rara.

—¡Qué nervios! ¿Y ese dónde está? —le respondí llevándome las manos hacia la boca, haciendo como que me mordía las uñas.

—Ese está guardado en una caja adentro de uno de los cajones de ropa interior de la madre, "somos criaturas tan predecibles"…

No pude sino soltar una carcajada.

—Ay, Paris, me muero de ansiedad —le dije mientras de broma me retorcía en el asiento.

—No te pongas nerviosa, todo va a salir bien. Te cuento algo para que te relajes. Los ópalos son piedras que en teoría tienen una energía desbordante que hipnotiza y es capaz de hacer aflorar cosas buenas y malas en quien los porta. Los alquimistas le llamaban "la gema de los artistas".

—No tenía idea, ¿por?

—Por ser la única gema conocida capaz de reflectar los rayos de luz y transformarlos en todos los colores del arcoíris. Es una belleza ese anillo, ¡ya lo verás! Por algo vale más de ciento sesenta mil dólares y ¡es para nosotros!

Comencé a alterarme. Como si me hubieran borrado la boca con una goma, no sabía que contestar. El hecho de que el último robo se hubiera frustrado aumentaba la expectativa. Sin contar que,

además, en esta ocasión Paris se iba a llevar varias cosas, sin duda era la culminación de mi inconsciencia, pero sobre todo la confirmación de mi nueva y descontrolada adicción.

—Estoy lista —le confirmé.

—Bueno, pues ahora te explico lo que se espera de ti. Andrés se lleva a Alejandra a cenar a las 9:30 p. m. en punto. Ya no hay nadie en la casa. El mismo Andrés nos va a confirmar esto por teléfono antes de salir. Él llegará antes de la hora pactada para revisar todo y desactivar las cámaras de seguridad, mientras Alejandra se prepara para salir. Después de la llamada, los otros tres, que esperarán a la vuelta de la esquina en un restaurante, caminarán hasta la casa, y tú y yo estacionaremos justo enfrente del portón. Manejas tú, yo me bajo del coche y entro con ellos. Esto tiene que ser de una coordinación exacta. En el momento en que yo baje del coche, ellos me estarán abriendo la puerta. Se cierra el portón, y tú te quedas tres minutos ahí mismo. Si no ves nada alarmante, haces sonar el claxon tres veces seguidas.

—¿Qué sería algo alarmante?

—Policía, como es obvio; algún otro coche que se estacione cerca o que ronde sin motivo por ahí; algún peatón que se instale cerca de la puerta, por ejemplo. Confío en tu intuición, Marion, por eso te traje. Pero, sobre todo, porque sé que tienes la capacidad para resolver cualquiera de estas situaciones. Tendrías que deshacerte de ellos y tener despejado el lugar en minutos. Nosotros creemos que nos tomará entre nueve y once minutos hacer todo. En cuanto hayan pasado once minutos exactos, tú tocas de nuevo el claxon y nosotros salimos, me subo al coche y nos dirigimos hacia el centro de la ciudad, como si fueras a la Torre Latinoamericana.

—Tengo una pregunta, ¿qué pasa si no logro controlar la situación por algún motivo? Me refiero a que no pudiera despejar a tiempo la salida o hubiera algo que significara alguna amenaza.

—En ese caso activas el botón de pánico del control del coche. Y si se diera de esta manera, tendrías que irte y dejar pasar veinte minutos exactos después de haber activado el botón de pánico, regresar y tocar tres veces el claxon otra vez. Estacionas en el

mismo lugar, nosotros esperaremos en una zona segura cerca de la salida.

—¿Y por qué esperar tanto tiempo?

—Al activarlo, vas a dar una alarma a la que atenderá la patrulla que da rondines en la zona, tardan un par de minutos en llegar, te muestras apenada, lo apagas, te subes al coche y te vas. Asegúrate de que ellos también se vayan. Y al cumplirse los veinte minutos, vuelves. Será tiempo suficiente para que ellos ya no estén al pendiente de la entrada de la casa. Como mucho darán otra vuelta y se irán a la base que está a tres calles de ahí.

—Está bien, entendido todo.

—Son las ocho —me dijo con prisa—, vamos a tomar algo antes de llegar allá.

Nos dirigimos hacia Revolución y giramos a la izquierda donde está el Centro Cultural San Angel. Rompimos los papeles y los tiramos en un contenedor de basura cercano. Nos metimos a un bar en el que tocaban salsa y pedimos unos mojitos; mientras los otros tres, por otro lado, se sentaban en el restaurante en la esquina de la casa de Alejandra.

Todavía no me explico de dónde sacamos la sangre fría o el nivel inconcebible de inconsciencia para irnos a brindar minutos antes de lo que planeábamos hacer. Pero ahí estábamos, dándolo todo en la pista para relajarnos.

En el momento en que dieron las nueve, pedimos la cuenta. Paris pagó apresurado, salimos y me dio las llaves. Abrí el coche y nos subimos. Yo conduciría. Paris se sentó a mi lado y me dijo, con una sonrisa enorme y nerviosa:

—A partir de ahora empieza la verdadera experiencia.

Arranqué llena de adrenalina. Era mi primera vez activa en un robo, ya no era una espectadora, tenía un propósito y, por ridículo que suene, una responsabilidad con el grupo y con el plan. No tenía miedo, pero estaba demasiado alterada y me parecía ver todo tan nítido como jamás en mi vida había sucedido. Enfocada, aunque me sudaban las manos y me recorría de nuevo una sensación eléctrica todo el cuerpo. Sentía una fuerza insólita como si hubiera tomado tres cafés cargadísimos mezclados con aspirinas, un estado de alerta

permanente en el que sentía la precisión de cada movimiento y cada pensamiento que tenía.

Mi sensación en las ocasiones anteriores era de seguro parecida a la que tiene un voyerista, mirar sin participar. Dará un cierto grado de excitación, pero en este caso, jamás sería lo mismo que ejecutar.

A metros de llegar, me detengo en la esquina y veo en la otra punta de la calle doblar hacia la casa a los otros tres locos felices. Ninguno llevaba lentes, gorras ni nada, parecía que era un grupo de amigos de lo más ordinarios que caminaban por la calle hacia algún lado. Conversaban y hasta se reían como si nada estuviera por pasar.

En ese momento, arranqué despacio y me detuve enfrente de la puerta. Paris me miró y se bajó del coche sin decir una palabra. Giré la cabeza para ver dónde estaban y ya habían entrado por el portón automático de madera que se cerraba. Alcancé a reconocer el interior del lugar por las fotos que me había dado Paris. Esperé los tres minutos, todo estaba perfecto, nadie cerca, ningún coche pasó siquiera por ahí. Entonces, toqué el claxon tres veces y me puse en marcha.

Tenía una alarma puesta para estar puntual en el lugar a la hora acordada: 21:41 p. m. en punto. Recorrí varias calles despacio y me encendí un cigarro mientras manejaba. Mi corazón forzado emitía un pulso que reverberaba a través de mi garganta y hasta los oídos; mis sentidos afilados percibían todo con una precisión quirúrgica, exactos, atentos a cada detalle.

21:38 p. m. Empecé a sufrir, a darme cuenta de la locura que estábamos por cometer. Estar involucrada ahora me daba otra perspectiva. Fueron minutos que parecieron largas horas. Mis fantasías catastróficas pasaban como una película en cámara rápida, una tras otra, veloces, por supuesto contemplaban los peores escenarios posibles. Sonó la alarma y me dirigí a toda prisa hacia la casa.

Estaba por detenerme frente al portón, cuando de repente veo acercarse a la entrada un Jeep Wrangler blanco. No podía distinguir bien quién era. Alcancé a ver dentro a una mujer y un hombre jóvenes. Él sacó un control y abrió el portón eléctrico.

El coche se metió a la casa.

Entré en pánico, no sabía cómo avisarles que alguien más entraba justo en el momento que ellos tenían que salir. Decidí esperar unos metros adelante y del otro lado de la calle para ver si salían de la casa unos minutos después.

¡No salían!

Las válvulas por la que pasaba mi sangre ahora parecían estar del todo abiertas. El corazón bombeaba en mi pecho con la fuerza de la patada de un caballo. Me sentí perdida. Recordaba lo de la alarma de pánico, pero no sabía si así alertaría a la gente que había entrado a la casa, ¿qué tal si salían a ver? Los descubrirían escondidos cerca de la salida.

Se me revolvió el estómago. Mi piel se humedeció con un sudor helado, todo me daba vueltas, no podía respirar y mi estado de alerta por adrenalina, mi visión perfecta, mis movimientos agudos y bajo control se habían convertido en una náusea incontrolable y unas ganas de llorar que no podía contener. Se me nublaba la vista cuando de repente me saca de mi ataque de pánico un golpeteo frenético en la ventana. Era Fiamma con los ojos desorbitados, agitado y pidiéndome que le abriera la puerta. En mi vida había visto tal desesperación en los ojos de nadie.

Le abrí y me dijo contundente…:

—¡Arranca!

—Pero faltan….

Y sin dejarme terminar:

—¡Arranca, así lo pidió Paris! ¡Vai, vai, sbrigati!

Se escucharon dos disparos. Doblamos en la esquina y me ordenó que regresara de inmediato. Así lo hice. Regresé. Mientras avanzaba veloz para detener el coche cerca de la entrada, alcanzo a ver a Paris colgado entre los hombros de los dos que faltaban, Héctor y Rudy lo ayudaban a caminar.

Se baja Fiamma y los ayuda. Se meten los tres en la parte de atrás —hasta la fecha no sé cómo lo lograron—. Fiamma se sube al frente, cierra la puerta y yo arranco rechinando las llantas del coche.

Paris hacía un esfuerzo enorme por mantenerse consciente y les dijo:

—Bájense y nosotros seguimos al hospital.

No paraban de vociferar, de agarrarse la cabeza, de comentar cosas que no escuchaba con claridad. Lo único que percibían mis oídos era un barullo ininteligible y ralentizado. Fiamma me hizo señas para que frenara. Sin dudarlo, se bajaron del coche en Avenida Revolución, y me dirigí hacia el hospital más cercano que conocía, el hospital Ángeles del Pedregal.

Tardamos no más de 5 minutos en llegar. Por la hora, tuvimos la suerte de no encontrar tráfico.

—Nos asaltaron —decía Paris una y otra vez.

—¿Cómo? ¡Explícame!

—A ti y a mí nos asaltaron mientras estábamos estacionados en una calle cerca de ahí, no digas más cuando te pregunten. Nos querían robar y me dispararon.

—¡¿Qué pasó, Paris?! ¿Quién entró? ¿Dónde está Andrés?

—No sé, no puedo entender….

La debilidad provocada por la pérdida de sangre se adueñaba de su cuerpo. Yo solo podía ver la camiseta oscura empapada, la sangre por todos lados. Mientras manejaba, volteaba al asiento trasero de reojo para tratar de ver donde estaba la herida. No entendía.

Me apresuré, dejé de preguntarle y seguí con el plan de decir que nos habían asaltado y le habían disparado.

Al llegar, me bajé neurótica a pedir ayuda a gritos. Llegaron a auxiliarme y en menos de dos minutos estaban metiéndolo a la sala de urgencias para atenderlo.

Me volaba la cabeza. ¿Qué decía? Debería de llamar a sus papás. ¿Qué habría pasado con Andrés? ¿A dónde se fueron los demás? Lo peor...: nunca revisé si Paris traía las cosas en alguna parte de su ropa, ¡¿qué tal si por ese detalle nos descubrían?!

Corrí al coche, fui a estacionarlo y busqué por todos lados los anillos; era claro que el libro no estaba ahí. Cuando estaba a punto de cerrar la puerta, vi un destello fortísimo que venía desde el asiento trasero. Abrí de nuevo y me abalancé sobre la superficie todavía manchada de sangre para encontrar el anillo del ópalo de fuego.

Lo tomé y por un instante quedé embelesada por él, era la cosa más hermosa que había visto jamás. Montado sobre oro blanco, un ópalo ovalado amarillo con una mancha verdosa y azulada con unos hilos finísimos anaranjados que dibujaban una forma flamígera rodeada de diamantes pequeños.

Regresé a la realidad. Me lo metí a la boca y lo chupé como si fuera un dulce para disolver la sangre de Paris. Después, lo limpié tallándolo contra mi vestido, me lo guardé en el sostén. Temí perderlo, me lo puse, no pude evitarlo y me quedé de nuevo pasmada unos segundos admirando tal belleza en mi dedo. Me quedó como si hubiera sido hecho a mi medida.

Lo volví a pensar, me metí apresurada al coche. En la copa de mi sostén hice un pequeño hoyito con la ayuda de una llave y lo introduje ahí. No había manera de que se perdiera.

Regresé a la sala de emergencias y pasé al mostrador a preguntar por Paris. La mujer en la recepción me confirmó que estaban operándolo porque había recibido un disparo que parecía haber afectado órganos vitales y tal vez algunos nervios en la columna vertebral. Me sugirió hablar con los padres o familiares de Paris. Me entregó lo que Paris traía en los bolsillos y me informó que en algún momento debía dar parte de lo sucedido al Ministerio Público. Llamé de inmediato a sus padres, quienes llegaron enseguida.

Además de aterrada, me sentía muy avergonzada por haber accedido a tal estupidez, me sentía tan responsable de lo que había sucedido que no podía con la culpa. ¡Qué tal si no soportaba la cirugía o si quedaba con un daño mayor! No podría vivir con esa carga… o sin Paris. Lo que me atormentaba era que no podía desahogarme con nadie. Andrés seguro llegó y no sabía qué sucedía. De los otros tres no tenía idea. No sabía si algún otro estaba herido, no me fijé si alguien nos vio al salir de la casa. Nada.

Llamé a mi madre para avisarle y le conté lo que supuestamente había sucedido. Se tranquilizó cuando supo que los padres de Paris estaban ahí. Me sentí aliviada de que no pudiera ir a verme, porque sin duda intuiría algo raro. No podía llorar ni una lágrima. No soportaba la idea de que algo malo le sucediera.

El tiempo parecía haber disminuido la velocidad con la que normalmente corre, y los padres de Paris no dejaban de preguntarme en dónde estábamos y por qué habíamos parado a media calle. Preguntas que tenía que responder evasiva: "No me acuerdo, fue todo muy rápido, solo nos detuvimos a leer una dirección…", cuanta estupidez se me ocurría de momento y sobre todo algo que no nos comprometiera a ampliar la respuesta.

Escapé de ahí, estaba abrumada, me compré un café en la máquina y salí para fumar. Ya eran más de las dos de la mañana, el frío de la madrugada y la tensión no me dejaban parar de temblar. Todavía no salía de cirugía.

Revisé mi bolsa en busca de los cigarros y vi que entre las cosas que me entregaron en el hospital estaba el celular de Paris. Dos llamadas perdidas de un número desconocido. No me atreví a marcar. Esperé cerca de media hora lejos de la entrada por si llamaban de nuevo. Cuando me disponía a entrar, sonó. Respondo. Una voz desconocida. Era Andrés.

—Marion, ¿qué pasa? ¿Dónde están?

—Paris recibió un disparo.

Paranoica, no quise decir más, sentía que todo se escuchaba…, volteaba de un lado al otro sin parar. Le propuse vernos en el estacionamiento del hospital, preguntó dónde estábamos y me dijo que estaría ahí en diez minutos.

Entré al hospital para saber si había noticias. Nada. Corrí de regreso para salir hacia el estacionamiento. Sus padres insistían en que me quedara, pero les respondí que necesitaba aire fresco y estar sola un rato. Se quedaron tranquilos.

Crucé el oscuro estacionamiento y me encontré con Andrés en su coche. Me lancé a sus brazos a llorar como una loca; no lo conocía, pero era mi único cómplice. Me tranquilizó y me pidió que le contara lo que había sucedido. Le conté a *grosso modo* y le pregunté qué había pasado. A lo que me respondió:

—El hermano de Alejandra no fue a Valle de Bravo de último momento, hubo un problema con su novia: su padre tuvo un accidente vascular y lo hospitalizaron de inmediato. Iban en camino

y regresaron por el coche de su novia a la casa. No habría habido modo de saberlo, así estaba escrito.

Sus palabras me llevaron a rebobinar hasta llegar a lo que había dicho Paris sobre el papá de Alejandra acerca del karma, no podía abandonar ese pensamiento. Mis reflexiones, mi debate sobre todo lo que habíamos hecho, en pocas palabras creer que nos podíamos salir con la nuestra, ¿en qué momento dimos por hecho que esto no tendría una consecuencia? Del mismo modo, era imposible olvidarme del ópalo de fuego, me abrumaba su belleza y el poder que sentí que tenía esa piedra, lo que Paris me contó acerca de esta y el poder que los alquimistas le atribuían.

Hablamos un momento y le pregunté si nadie más estaba lastimado, me respondió que no, que todos estaban bien, aunque asustados por lo que había sucedido, que no tendrían comunicación en un tiempo a menos que surgiera algo urgente. Su respuesta confirmó que solo uno de los dos disparos había alcanzado a Paris. Quedé de llamarlo más tarde, cuando supiera los resultados de la operación. No me preguntó nada sobre el anillo ni yo a él sobre lo demás. Me sequé las lágrimas, recuperada a medias de la catarsis con Andrés, entré al hospital. Me senté todavía un rato en la sala de espera y vimos salir a los médicos. El jefe de cirugía se acercó a nosotros:

—La bala alcanzó a tocar el intestino, pero eso no fue problema, está resuelto.

El doctor tomó aire, como quien va a hundirse en el agua, y nos dijo que Paris no volvería a caminar. La bala se había alojado en una parte de la columna que al menos de momento era imposible operar para reconstruir y tanto la médula ósea como la mayoría de los nervios circundantes habían quedado dañados.

6

EL VIAJE

Sobra decir que los siguientes meses fueron los peores de nuestras vidas. Paris regresó a vivir a casa de sus padres. Es inconcebible cómo en un segundo la vida pasa de ser un maravilloso lugar para existir a un depresivo y permanente presente desesperanzado. No había remedio, no había terapia, no había futuro para él. Para mí era aún peor porque sentía clavada la culpa desde el momento en que nos dieron la noticia de que jamás caminaría otra vez. Esa inmovilidad y falta de independencia a la que lo sentenciaba su cuerpo me detuvo a mí también.

A él le parecía insostenible que yo estuviera atada a un hombre sin futuro. Paris sentía una absoluta incredulidad sobre lo genuino de mis sentimientos hacia él, creía que todo lo que yo hacía era por pena, por lástima y culpabilidad. No era así, yo aún lo amaba. Muchísimo. Pero, así como su cuerpo se deterioraba un día tras otro, también lo hacía su carácter. Se volvió hermético, cualquier cosa lo irritaba, sus respuestas eran agresivas, se había convertido en un total gruñón. No había nada que lo alegrara, y por supuesto me parecía comprensible que esto sucediera. Mantenía la esperanza viva de que algún día no muy lejano volvería a ver en su cara una sonrisa, y aunque nuestra vida de ninguna manera se parecería a lo que podríamos haber imaginado, yo pensaba y confiaba en que sería pasajero. En los largos silencios incómodos que se hacían algunas tardes, intentaba encontrar algo que me diera esperanza, y entonces me vino a la cabeza algo que decía un profesor de filosofía en la prepa. Aristóteles, su teoría sobre la sustancia y los accidentes. La esencia, lo que permanece de una persona a través de todos los

cambios y que nos permite afirmar que un individuo sigue siendo el mismo a lo largo del tiempo, yo creía que esta no cambiaría. Con eso me consolaba. La realidad es que no sucedió. Me convertí en la enfermera perenne de un hombre ensombrecido. En algún momento llegué a pensar que todo lo que había pasado había afectado de alguna manera esa esencia. Tenía pensamientos macabros y comentarios hirientes, todo debido al resentimiento que le causó el accidente.

Por fortuna, la policía desconocía la verdad, el incidente fue catalogado como un intento de robo violento del que nosotros dos habíamos sido víctimas y, por otro lado, la familia de Alejandra —según nos dejó saber Andrés—no tenía la menor idea de quién podría haber entrado a su casa; y no denunciaron el robo porque, aunque hubiera sido en defensa propia el disparo, quedarían sin argumentos al intentar justificar la posesión del arma, ignoraban si a quien el hermano de Alejandra había disparado estaba bien o había muerto; y no podían esconder el hecho de que el hermano portara un arma sin permiso en el coche, por lo que decidieron omitirlo en la declaración y la investigación quedó trunca. Entonces, por ninguno de los dos lados había una línea que siguiera firme y en curso.

Una tarde, al despertar Paris de su siesta, lo noté extrañamente de buen humor. Me animé a contarle que tenía el anillo del ópalo de fuego. Para mi sorpresa no le dio gusto y, por el contrario, me dijo que ni se lo llevara, que no quería tener nada que ver con ese objeto endemoniado. No lo quería cerca. En ese momento reparé en que nunca dedicamos un momento a hablar sobre lo que había pasado ese día. Seguíamos con el cuento del asalto. Lo habíamos convertido en una verdad absoluta, aun entre nosotros.

—¿Qué pasó ese día, Paris? Por no hacerte revivir el momento, no te lo había preguntado, pero ya pasaron meses y no sé qué pasó ahí adentro.

—No necesitas saber más de lo que ya sabes —me respondió tajante.

—Justo sí, lo necesito —le dije mientras mis ojos, incapaces de contener las lágrimas, las dejaron rodar sobre mi cara—. Para mí ese día fue espantoso. Aunque sé que tú lo sufres más que nadie, quiero

entender para poder avanzar en mi vida con un poco más de entendimiento y de certeza. Yo te dejé en la puerta y después de quince minutos te recogí herido. Es todo lo que sé.

Se hizo un largo silencio y rompí en un llanto incontenible. Me miraba impotente, con la rabia evidente de no poder moverse para acercarse a abrazarme o al menos a secarme las lágrimas. Él también lloraba, se ponía las manos sobre la cara y desesperado me llamaba.

—Ven, acércate. No te mereces esto, déjame y disfruta tu vida. ¡La culpa no es tuya, fue mía desde siempre, por llevarte, por orillarte a hacer locuras y por incluirte en un plan en el que estaba ese anillo maldito!

—¿Qué tiene de malo ese anillo? ¿A qué viene esto ahora?

Me detuve un momento y me acerqué a su silla de ruedas. Inclinada con su cara entre mis manos, tomó las mías. Me pedía perdón. Ese momento, aunque triste, fue el más cercano que habíamos tenido desde aquel día terrible. Por un instante, sentí que lo había recuperado, hablamos sobre la falla del plan, que en realidad no había sido una falla, fue el destino, el karma…, la suerte. Nos quedaba claro ahora, después de haber jugado tanto a desafiarla, no podíamos ganar siempre.

—La cuestión fue que, al ser tan inesperada la visita del hermano de Alejandra, nosotros estábamos listos para salir a metros de la salida; y, en ese momento, entra él en su coche, baja y nota, de alguna forma, que las alarmas están apagadas. Sale Fiamma hacia el coche; le dije que se fuera contigo. Pero, después de un minuto, el hermano de Alejandra sacó un arma de abajo de su asiento y lanzó un disparo al aire, al que nosotros, desconcertados, reaccionamos muy mal. Intentamos cambiarnos de lugar sin que lo notara, pero nos delató algún ruido al que él respondió con otro disparo, esta vez dirigido hacia mí y, con tan mala suerte, el cabrón tenía buena puntería. No quiero el ópalo Marion, deshazte de él, te lo suplico.

Le prometí deshacerme del ópalo sin dejar de preguntarle por qué. Después de un rato de hablar más tranquilos, me confesó todo acerca de las cosas que se llevaban de las casas. Cada quien elegía una, si no había ninguna de su interés se acumulaba para el

siguiente hurto y entonces escogerían lo que les correspondía. Él no tenía idea de lo que hacían los demás con lo que se llevaban, pero a Paris le gustaba guardarlo todo, como un tesoro. Lo guardaba fuera de su casa, en un lugar que no me quiso revelar en ese momento y que por supuesto no era ninguno de los que podíamos adivinar dada nuestra experiencia previa en los robos.

El día que decidieron entrar a casa de Alejandra, Paris había escogido el anillo de Sottsass y Munari de oro y madera, pero supo del otro y no pudo resistirse. Él leía un montón de libros desde que era un niño. Recordó cuando supo del anillo de ópalo muchas historias acerca de esta piedra. La más atrayente para él era la historia que hablaba de que los ópalos le daban invisibilidad a quien los portaba o los poseía y que eran codiciados por los ladrones. Él, en un intento infantil y envanecido de llamarse a sí mismo ladrón y sentirse poderoso, aunque fuera un mito, no pudo dejarlo pasar de largo. Me contó, después, otras historias sobre los ópalos como piedras malditas, entre ellas la del rey Alfonso XII y su supuesta amante, Virginia Oldoini Condesa de Castiglione, quien tenía un hijo casi de la edad del rey, pero estaba obsesionada con él, a pesar de haber una brecha de edad de casi cuarenta años. Al casarse él, ella envió como regalo de bodas, a él y a su esposa María de las Mercedes, un anillo de ópalo que previamente maldijo y que poco después cobró la vida de su joven esposa víctima del tifus. Después de un tiempo, el rey se lo regaló a su abuela, quien también murió al pasar un año. Más tarde, cae en manos de una encaprichada cuñada del rey que soñaba con ostentarlo y, pasado poco tiempo, lo mismo…: ella víctima de tuberculosis. Sin tener idea de que el ópalo tenía algo que ver con las muertes, lo hereda gustosa la infanta María del Pilar, quien muere en circunstancias sospechosas el mismo año. Extrañado, el rey decide dejar de heredarlo a las mujeres de su familia y lo porta como un recuerdo en el dedo: muere también de tuberculosis y lo hereda a su entonces esposa Maria Cristina de Austria, quien se deshace del ópalo en el que viajaba la maldición de la muerte, alrededor de 1885. Después de contarme la cruenta historia, me pidió que me deshiciera de él cuanto antes.

La despedida fue esperanzadora, confiaba en que hubiera una mejoría y en que aquel desahogo nos ayudara a sanar de alguna forma nuestro dolor. Al llegar a mi casa saqué del sostén el anillo. La joya irradiaba algo tan especial. De momento no me desharía de ella, la conservaría en secreto. En definitiva, no me consideraba una persona supersticiosa y dudaba que algo relacionado con ello tuviera que ver con el ópalo y con la desgracia que había sucedido. Además, ¿qué le haría? ¡De ninguna manera iba tirarlo a la basura! Y la opción de regalárselo a alguien estaba descartada, ¡lo habíamos robado! La mejor opción era quedármelo.

Al llegar la tarde siguiente a casa de Paris, me emocionaba pensar que lo encontraría de mejor ánimo. Entré a su cuarto y lo saludé efusiva. Él, sentado en su silla de ruedas, miraba por la ventana y me devolvió un saludo sarcástico nada amable.

—¿Qué, hoy si vienes de buenas o también vas a ponerte a llorar como ayer?

Nada parecía haber cambiado, el mismo resentido y frustrado del día anterior no se había ido a ninguna parte. No encontraba la forma de alegrarlo, y yo, a pesar de todo, lo quería, lo conocía tan bien que no me resignaba a abandonarlo y dejarlo ser ese hombre gris que habitaba hoy su cuerpo. Yo sentía que mi Paris seguía ahí, en alguna parte.

—¿Vino Andrés? —le dije sin responder a su pregunta odiosa.

—No, viene al rato. Así se te hace menos tortuosa la tarde.

Andrés se había vuelto para mí un amigo entrañable, nos veíamos al menos unas tres o cuatro veces por semana en casa de Paris. Me acompañaba en todo momento difícil y tenía la virtud de saber escucharme sin que me sintiera juzgada. Apreciaba tanto que el destino o la vida me hubiera puesto en su camino y más en estos momentos. Lo mismo era para Paris, casi un hermano. Podía entender cómo lograba intimar en poco tiempo con las mujeres con las que salía, su personalidad era ligera, empática, divertida, no era difícil sentirse en confianza con él y empezarlo a querer.

Mientras esperábamos a Andrés me senté a leer en voz alta *El libro de los amores ridículos* de Milan Kundera, un libro que disfrutábamos los dos, lo estábamos releyendo. Podría haberlo leído

él mismo, pero no tenía ánimo. Nos habíamos consumido viendo películas y series en la televisión, nos convertimos en jugadores sagaces de ajedrez, de cartas, cualquier actividad que pudiera hacerse dentro de las paredes de su habitación la habíamos agotado, habría sido muy distinto si hubiéramos intentado algo al exterior, pero Paris no quería salir de su casa.

Pasados algunos meses, los escasos besos tiernos y sutiles se cargaron de una creciente intensidad. A pesar de los largos momentos de amargura, prevalecía la química entre nosotros. En una ocasión, después de estar francamente recuperado, descubrimos que el deseo provocaba en su cuerpo las reacciones normales a la excitación, a lo que nos entregamos sin pensarlo. Me subí con cuidado sobre sus piernas y tuvimos uno de los mejores encuentros, era todo nuevo, en especial para él. En una de las visitas a su médico, este le había explicado que su lesión de las neuronas motoras superiores completas estaba en las T11 y superiores, pero que eran posibles las erecciones reflexogénicas que se daban a partir del contacto físico que resultaba un estímulo en los hombres con este nivel de lesión. Una noticia esperanzadora, eso quería decir que no lo habíamos perdido todo. Estos encuentros nos mantenían unidos y nos hacían más llevaderos los otros momentos grises. Después de hacer el amor aquella tarde posterior a la lectura, lo noté relajado y menos amargado. Aproveché el momento y le propuse salir de fin de semana.

—Vamos a Tepoztlán este fin. ¡Ándale! No nos hace daño salir un poco, aunque sea cambiar de cuarto y de vista, ¿qué opinas?

—No.

—¿Por qué no? Llevas meses aquí metido, te va a hacer bien —Insistí sin tener éxito, seguía con la negativa y decidí dejarlo pasar.

Llegó Andrés y nos pusimos a platicar los tres, destapamos una cerveza en el jardín, afuera de su cuarto, y salió el tema de Tepoztlán.

—Anímate, Paris, ¿qué pierdes? —preguntó Andrés.

—Imagínate a Marion cambiándome del coche a la silla y luego a la cama y de ahí a la silla otra vez. No se va a poder Andrés, está complicado.

—Tienes razón en eso, pero ¿qué tal si yo los acompaño? Me llevo a Nadine, la chava francesa con la que salgo que está de intercambio. Ustedes en su cuarto, y nosotros, en otro. Le ayudo a Marion y vemos cómo entretenernos. ¡Listo, no puedes decir que no!

—Lo voy a pensar.

Chocamos nuestras cervezas los tres y quedamos de planear todo para el siguiente fin de semana.

Se fue Andrés, y nos despedimos. Dejé su casa sintiéndome más tranquila y tuve la impresión de poder ver una luz, aunque fuera tenue, en el tema de la recuperación emocional de Paris. Con el paso de los días Paris tomó una actitud sorprendente. El hecho de pensar en salir le había mantenido la mente ocupada, buscó el hotel, los cuartos más cómodos y con las vistas más lindas al Tepozteco. Estaba decidido, y eso me dio un gusto enorme, al menos un rasgo de su carácter parecía estar de regreso. El miércoles por la tarde lo visité después de trabajar y me invitó a sentarme en sus piernas y a revisar juntos en la computadora los detalles del fin de semana.

—Mira, ¡ya está!, nos vamos el viernes después de comer. Llegamos, nos instalamos y podemos bajar a cenar a la terraza. El sábado nosotros nos quedamos a descansar, a tomar el sol y pedimos algo para entretenernos en lo que comemos. Si quieres hasta puedes darte un masaje o algo así. Mientras, ellos dan una vuelta por el centro y que coman tranquilos fuera.

—Suena increíble —le respondí mientras le daba un beso en la mejilla y me reclinaba sobre su hombro.

—En la noche nos juntamos a cenar y después nos vamos a nuestra habitación que tiene la terraza y el jacuzzi, por si quieren meterse.

Mi capacidad de percibir y sentir la felicidad antes de esto parecía haberse esfumado; sin embargo, después de haber escuchado el plan me alegré. Empezamos a hacer su maleta, pues el jueves tengo un curso en las tardes del que no me puedo zafar. Sacamos la ropa juntos, organizamos sus medicamentos y lo que pudiera hacernos falta para estar tranquilos. Todo fluía con una ligereza inaudita. El jueves solo lo llamé por teléfono, y Andrés pasó un rato a su casa para acabar de organizar todo. Noté en su voz una alegría absoluta,

estaba divertido y atento a cada detalle. Me intrigó escucharlo decir que habría algo que me sorprendería. Al fin sentí que regresaba Paris, esa noche pude sentir la gran incertidumbre que me causaba desconocer sus planes y, aun así, por primera vez en meses, dormí sin ninguna preocupación.

Llegó el viernes y me apresuré al salir del despacho de diseño en el que trabajaba, tomé mi maleta, apenas me daba tiempo de llegar puntual a las 6 p. m. a su casa. Al bajar de mi coche, veo el suyo estacionado en la calle y él arreglado y sentado en el asiento del conductor. Creí que era una broma. Estacioné el coche en el *garage* y de inmediato me acerqué a la ventanilla.

—¿Y ahora, tú? ¿Qué haces ahí?

—¡Vámonos! Sube tus cosas a la cajuela —me respondió emocionado.

Así lo hice y tan rápido como pude me dirigí hacia el lado del conductor, abrí la portezuela y pude notar unas modificaciones en el volante.

—¿Es en serio? ¿Vas a manejar tú?

—Sí… ¡Ándale súbete!

Me subí nerviosa al coche en el lado del copiloto, ya estaba encendido y en un segundo estábamos en marcha hacia casa de Andrés, quien vivía en Coyoacán en la calle de Francisco Sosa.

—¡No lo puedo creer! ¿Cuándo sucedió esto?

—Hace tiempo que mi papá me lo ofreció y no me había llamado para nada la atención, pero cuando dijiste que nos fuéramos el fin de semana se me vino a la mente y, ¿qué crees?, lo probé ayer con Andrés, nos divertimos muchísimo y comprobamos que funciona perfecto.

—¡Qué increíble! ¡Cuánta independencia te va a dar esto! ¡Estoy muy feliz por ti!

No pude sino agarrarlo a besos, me sentí aliviada, pues apenas unos días antes no hubiera podido siquiera contemplar la idea de verlo sonreír de nuevo, me alegró el regreso de sus carcajadas, sus bromas y, lo que más me gustaba de él, su naturaleza arriesgada e impredecible.

El camino a casa de Andrés se nos fue como cuando todo este mal sueño no había ocurrido, como un día cualquiera de los que normalmente no se ven pasar como algo especial, una tarde de viernes en el tráfico de la ciudad que en ese momento en lugar de apesadumbrarnos sabía a lo que saben los sueños imposibles mientras se está aún dormido: fuera de la realidad, exprimiendo cada segundo con intensidad.

Llegamos por Andrés y Nadine, pusieron sus cosas en la cajuela y nos dirigimos a la carretera. Para mi sorpresa, Paris manejaba el coche con habilidad; en algunos tramos me asustaba la velocidad con la que lo hacía, pero no era solo eso, mi nerviosismo se debía también al vértigo que implicaba todo lo que sucedía; era como haber regresado el tiempo y haber podido borrar la historia cruel que nos perseguía. El momento fue agridulce, un poco engañoso, porque la realidad era la que era. Abandoné mis pensamientos y me dejé llevar.

El fin de semana transcurría como lo habíamos planeado. Despertamos el sábado después de una cena deliciosa y una plática superficial y divertida entre los cuatro, justo lo que necesitábamos. Nadine desconocía lo sucedido, así que no se tocaron temas tortuosos. Ella, una pelirroja con unos ojos verdes enormes y una piel hermosa, blanca y con pecas rosadas en la cara, muy dulce. Llevaba cuatro meses en la Ciudad de México, estaba de intercambio y estudiaba español en la UNAM. Se conocieron en Los Danzantes en Coyoacán por casualidad y llevaban dos meses juntos. Ella tenía una plática entretenida; era abierta, así que la noche transcurrió ligera. El accidente marcó un hito para mí, para Andrés y los demás, por lo que supe no habían vuelto a planear ni a ejecutar ningún robo, y Andrés comenzaba a salir con mujeres que le gustaban de verdad; tanto tiempo de salir solo con las que le darían entrada para los robos había vedado la naturaleza de su propia atracción. Parecía que todo había sido un sueño extraño del que todos despertamos abruptamente cuando Paris recibió el disparo; nadie quería recordarlo ni replicarlo otra vez. Nuestra adicción a esas emociones se había disipado por lo menos en apariencia, tanto los robos como la euforia sexual de la que fuimos presas nosotros dos pertenecían a

una especie de fantasía y parecían estar envueltos por una bruma espesa, como sucede con ciertos recuerdos del pasado lejano cuando solo existen en lo imaginario, memorias que parecen sueños, todo estaba abrazado a una sensación de irrealidad que alternaba esos momentos delirantes, entrelazados con un placer perverso y aterrador.

Nos despertó la llamada de Andrés a eso de las nueve para ofrecernos ayuda con el baño y demás; yo aproveché para nadar un rato en lo que terminaban de arreglarse.

Mientras yo me preparaba, Paris esperaba paciente en la habitación. Al salir notamos que la mañana estaba nublada, aunque el viento prometía un día soleado. Apenas terminamos de desayunar, Andrés y Nadine se apresuraron para irse a subir el cerro del Tepozteco; un paseo hermoso pero exigente entre las veredas verticales y rocosas que regala a los visitantes, al llegar a la punta, espléndidas vistas de los alrededores, además de prometer las recargas energéticas que se les atribuyen a las ruinas del templo de lo que en algún momento fue un adoratorio dedicado a los guerreros mexicas.

Entretanto, nosotros salimos a los jardines del hotel, a tomar un poco de aire y de sol que tanto le hacían falta a Paris después de aquellos sombríos meses de encierro. La plática se percibía casi musical, todo en armonía, el ambiente mágico de ese lugar pareciera haber apaciguado la frustración y la ira de Paris (la cual yo muy feliz no extrañaba para nada). Estaba convencida de que sus limitaciones físicas y el efecto emocional que tenían estas sobre él tomaban curso hacia la normalidad, la resignación y la salida hacia el final del duelo que había ocasionado la pérdida de movilidad en sus piernas. Ese lugar tenía fama de servir comida típica fuera de lo común, que pedimos sentados en el exterior para no perdernos las vistas que ofrecía la terraza. Cecina y huauzontles exquisitos, pasamos una tarde plácida esperando a nuestros amigos, que llegaron exhaustos después de haber recorrido el caluroso y empinado sendero del cerro. Se nos unieron al poco rato y tomamos un par de micheladas.

Las nubes amenazaban lluvia, decidimos regresar. Andrés nos ayudó a instalar a Paris en la habitación, tomamos una copa de vino

en la terraza los cuatro y preferimos descansar, pues al día siguiente iría con Nadine a dar una vuelta para buscar artesanías y recorrer los locales que ofrecían objetos y experiencias esotéricas en el centro del pueblo, para después emprender el regreso a la Ciudad de México.

Andrés llamó temprano para apurarnos y aprovechar lo que quedaba del día. Activé el altavoz del teléfono.

—¡Buenos días, Marion!

—¡Buenos días! ¿Seguimos con el plan, entonces? —respondí.

—Claro, pero se me ocurrió algo para pasar un rato diferente. Nos recomendaron una tienda de objetos esotéricos, ya sabes…, esa parte está complicada porque no podemos ir con la silla de ruedas, es todo empedrado. Pero uno de los empleados del hotel nos contó que de todas partes del mundo llega gente a visitar a un chaman que está en Amatlán, a unos minutos de aquí. Es un "granicero".

—Y eso ¿qué es?

—Por lo que nos contó, los graniceros son quienes sobreviven a la descarga de los rayos y este señor recibió dos y con ellos el don para adivinar desde el clima hasta muchas otras cosas, curar y hacer limpias, además de predecir y leer la energía de las personas…, algo así. ¿Qué les parece? ¿Vamos? Para Nadine sería alucinante poder ir y ¡a nosotros que nos limpie de pasada!

—¡Vamos! —dijo Paris convencido.

—Entonces, vamos rápido por los *souvenirs* para Nadine y nos lanzamos a Amatlán. ¡Los veo al rato!

Me extrañó que Paris accediera con tanta facilidad a la petición de Andrés, hasta cierto punto sentí un poco siniestra la ida a ver al granicero. Si podía leer las auras o la energía de la gente, me sentiría expuesta ante sus ojos y su sensibilidad, temía que sucediera algo inesperado. Pero, bueno, todos éramos muy curiosos, y, para ser franca, la idea de limpiar nuestra energía me parecía no solo necesaria sino urgente, así que sin pensarlo dos veces nos preparamos para salir en cuanto regresaran de sus compras.

Volvieron, nos bajaron las maletas al estacionamiento y nos subimos al coche. Nos pusimos en marcha y en pocos minutos entrábamos a Amatlán de Quetzalcóatl. Yo ya había estado ahí

alguna vez, el lugar es fantástico, parece sumergido en aguas cósmicas, los cerros misteriosos son puertas dimensionales —dicen muchas personas— donde el espíritu de la serpiente emplumada aparece y desaparece a diario.

Seguimos las indicaciones que nos habían dado para llegar y nos encontramos con un portón de lámina rodeado de una barda bajita y rústica construida con piedras y adobe. Estacionamos enfrente y me bajé a tocar la campana. Abrió un niño, de unos nueve o diez años, su delgadez lo hacía parecer frágil, pero estaba lleno de energía, tenía el pelo crecido hasta los hombros y sus ojos eran negros, profundos y vivaces. En tono alegre nos dijo:

—¡Los esperábamos desde hace rato! Pasen. Pueden dejar su carro aquí afuera.

Bajamos a Paris del coche, lo acomodamos en su silla de ruedas y entramos por la puerta de lámina. Comenzamos a avanzar por un caminito de terracería en medio de un terreno amplio sin delimitar, cundido de hierba y arbustos. Llegamos hasta el fondo a una casa modesta en una sola planta hecha de adobe con unas ventanas grandes que daban hacia un lado de la montaña. La vegetación era espesa y en el paisaje predominaban los tonos verdes. En el lado posterior, en un patio de tierra, pasamos junto a una mujer que echaba tortillas en un comal sobre un fuego a ras de piso, el aroma a leña quemada y maíz llenaba el aire que respirábamos. Otros dos niños correteaban por ahí a unas gallinas ruidosas, jugaban despreocupados mientras se escuchaba desde el interior de la casa una estación de radio que tocaba cumbia. El niño nos acercó a una habitación pequeña, separada a unos metros de la casa, la puerta estaba abierta y se dejaban ver varios anaqueles ordenados y limpios de madera muy sencillos que cubrían las paredes repletas de frascos y que contenían diferentes plantas, piedras, insectos, en algunos flotaban huevos sumergidos en un líquido ambarino. Había dos bancos y una mesita de madera vieja y encima una canasta con algunos huevos y ramas de plantas aromáticas.

—Ahorita le llamo a mi papá —nos dijo mientras corría y saltaba hacia la casa.

Nos mirábamos expectantes. Nadine estaba fascinada con la experiencia, no dejó de hablar con Facundo, el niñito que nos abrió la puerta, hasta que llegamos a la habitación.

Si para nosotros la experiencia se dejaba sentir única, para los extranjeros debe de ser alucinante todo esto, el lugar entre las rocosas paredes de los cerros que se levantan hacia el cielo cubiertas de moho, la vegetación, los olores de las plantas, que agitadas por el viento emanan los aromas de sus hojas llenas de rocío mezcladas con el maíz cocinándose en el fuego.

Al fin llegó Cruz, el papá de Facundo, un hombre joven y delgado, bajo de estatura, vestía unos pantalones de mezclilla y una camisa de manta, unos tenis blancos ensuciados por el barro y el polvo del suelo. Nada de lo que habríamos imaginado. Yo, al menos, pensé en algo más teatral, un hombre viejo canoso y con barba larga, vestido más en personaje, huaraches, algún sombrero o un bastón…, pero no, era un tipo sencillo, sonriente y tranquilo.

—¡Hola!, ¿cómo están?

Respondimos todos al amistoso saludo y nos presentamos. Charlamos un momento, le dijimos que queríamos hacernos una limpia, a lo que respondió que cuando quisiéramos podíamos empezar. Pasé primero yo. Tenía una sensación de efervescencia, estaba intranquila, como cuando eres niño y en el colegio te toca exponer algo que te pone nervioso y prefieres anticiparte y ser el primero, a sufrir la larga espera de los turnos previos. Mi primera vez en una limpia, jamás había experimentado eso. No me habían ni leído las cartas. Nada. Me mantengo al margen del esoterismo porque siento que te predispone a todos los acontecimientos que se dan de manera fortuita en el día a día.

Me sentó en uno de los bancos y cerró la puerta, el lugar era pequeño. Tomó una mata de hojas de pirul con la mano derecha, la mojó con una loción que olía a flores y tomó con la misma mano un huevo. Le pregunté sobre el manojo de hierbas y me dijo que usaban pirul, sauco, romero, que los aromas atraen a los espíritus y ayudan a "jalar" o quitar lo que te invade. Me pidió que dijera mi nombre completo en voz alta y comenzó.

Con la rama y el huevo en la mano trazó una cruz de cuatro puntos en mi cabeza y empezó un recorrido por mi cuerpo en contra de las manecillas del reloj. Lo frotaba como si lo quisiera rascar. Me dijo que debía estar tranquila y soltar y entregar todo para liberar la energía mala y dejar entrar la buena. Pasó por mis oídos, frente, ojos, hombros, espalda, se detuvo un momento en la parte interior de las muñecas, restregaba el manojo enérgicamente por la columna, piernas, rodillas y tobillos. Se detuvo ahora en el ombligo y el corazón, regresó a la cabeza y, para terminar, cerró con una cruz en el sentido de las manecillas del reloj. Todo esto lo hizo sin parar de balbucear algo que nunca logré descifrar. Terminó, echó el huevo en un vaso con agua y lo observó en silencio un par de minutos. Comenzó a *leer*…:

—De salud, te ves bien. Un poco de aire en la cabeza, pero puede ser por una preocupación. —Guardó silencio unos segundos —. La yema debe de flotar, es el equilibrio. Esta no flota, tu energía esta pesada, tú traes algo encima. Mira, acércate. —Me invitó con un gesto de su mano izquierda—. Esta nube opaca que se hace alrededor de la yema es aire turbio, estás preocupada por algo, guardas algún secreto, tu mente no está clara ni tranquila y eso es peligroso.

Observaba con toda calma y cuidado el vaso, mientras yo estaba bastante atribulada porque no sabía qué tanto podía ver. ¿Podría saber algo de lo malo que hicimos? ¿O la energía del ópalo que yo guardé en secreto se haría presente? No podía más y le pregunté:

—¿Qué más ves?

—Mira, el huevo es como una célula, pues que conforme yo lo paso y lo restriego va agarrando lo que está en tu cuerpo. Pero aquí no se deja ver mucho más. Sí hay unas raíces que salen en la parte de abajo de la yema, ¿las ves?

—Sí, sí, las veo.

—No se quiere dejar ver, tú no quieres dejarlo salir, algo guardas, te tienes que soltar para que yo lo vea. Si tú no quieres, mejor nos seguimos con los otros. Nomás te digo lo que vi, eso que cargas no te deja vivir en paz.

—Pero algo como qué, ¿un recuerdo o una energía, un objeto o qué? —pregunté yo muy mañosa para saber si el ópalo y la historia del robo tenían algo que ver en el asunto.

—No lo sé, algo que guardas y que nadie sabe, algo que te quema, solo veo una llama.

En ese instante, me levanté de la silla casi de un brinco, el anillo era un ópalo de fuego y tenía dibujada la figura de una flama. Él no se detuvo, hablaba y hablaba, pero yo no lo escuchaba, parecía hablar bajo el agua, no le entendía, solo quería escapar de ahí.

—Las burbujas son envidias, malas vibras, cargas de personas muertas, la nube es el frío… —Dejé de escuchar con claridad.

Salí del cuartito, un poco sofocada entre la humedad, el calor y la revelación que me había hecho Cruz sobre el fuego y mi secreto. Encontré a los demás sentados sobre un tronco, a unos metros del cuarto bajo la sombra de un árbol de aguacate. Cruz le hizo señas a Paris para que entrara, y lo llevé hasta el cuartito. Estuvieron ahí por unos minutos. Andrés notó que algo pasaba porque yo estaba impaciente y cualquier cosa que me preguntaban la evadía de inmediato, asentía o daba una respuesta muy escueta. Los niños nos trajeron un cuenquito de barro con sal y un trapo en el que encontramos envueltas varias tortillas recién hechas. Les preguntamos si había algo de beber o dónde podíamos comprar y nos contestaron que ellos podían ir por unos refrescos. Les dimos dinero y se apresuraron a ir por nuestro encargo. En unos minutos ya estaban de regreso los tres con los refrescos y una gelatina cada uno. Los percibí tan felices, flotaban en ese estado de nitidez espiritual que caracteriza a los niños, su transparencia, fuera de influencias y prejuicios, la sencillez de su felicidad, su capacidad de asombro. Me parecía una señal poderosa contemplar la pureza de su existencia, su naturaleza simple y sin pretensiones, su paz. Nos comimos las tortillas mientras esperábamos.

Enseguida salió Paris, él, más desencajado que yo, molesto, nervioso; entró Andrés y salió bastante rápido, se veía tranquilo; y, por último, pasó Nadine. Mientras ella estaba dentro, no pudimos evitar intercambiar un poco sobre lo que nos había dicho el curandero.

—¿Te dijo algo que te molestara? —le pregunté a Paris.

—No me molestó, me sorprendió lo que me dijo. No me sentí más limpio, más bien me reveló algo que jamás hubiera sospechado.

—Pero ¿sobre ese asunto? — preguntó nervioso Andrés.

—Algo que es una consecuencia de ese asunto y que no me imaginaba. Pero bueno, este hombre no tiene la verdad absoluta en todo caso.

Quedamos algo nerviosos con la respuesta de Paris, sin saber qué le habría dicho o qué habría interpretado él. En ese momento, Nadine salió con una sonrisa que abarcaba toda su cara, estaba encantada con todo lo que había sucedido desde que llegamos, la limpia, todo el entorno, los niños, los aromas y las tortillas recién hechas. Nos sentimos un poco apenados porque, al querer pagarle a Cruz, no aceptó; nos dijo que lo que hacía no era un negocio, no era por dinero, que quien lucraba con eso era un charlatán.

El regreso no fue tan emotivo como el viaje de ida, veníamos todos reflexivos acerca de nuestros resultados de la limpia, pero aun así la salida nos había alegrado. Llegamos a la ciudad, pasamos a dejar a Nadine y Andrés a su casa y seguimos hacia casa de Paris por mi coche.

—¿Qué pasó en la limpia Paris? —insistí.

—No tengo ganas de hablar de eso, Marion, no sé, estuvo confuso, algo sobre que estoy entre dos personas y que veía fuego, chispas, un incendio, que mi energía estaba pesada. Del huevo se desprendían unos hilos rojos que inundaban el agua del vaso y eso anunciaba muerte… No sé, me preocupé y me quedé con mal sabor de boca.

—Sí, qué raro, a mí también me dejó mal sabor de boca, dijo que yo no podía verlo bien porque no lo dejaba y mi energía estaba pesada.

Discutiendo aquellos puntos, el regreso a casa nos pareció corto; la despedida fue rápida, ya lo esperaban sus padres y no hubo más tiempo para profundizar en el tema. Me subí a mi coche después de haberme despedido y de recoger mis cosas. Manejé a mi casa sin darme cuenta de qué hacía, mi pensamiento estaba en otro lado. Absorta, analizaba y trataba de descifrar o de enlazar los

comentarios sobre mi limpia y la de Paris, ¿por qué habría fuego o chispas y muerte en la suya y en la mía una llama? Tenía el pensamiento nebuloso, no podía entender si se refería al pasado o si había visto algo que iba a pasar y lo "jaló", como se nos explicó, con la limpia.

Así, en modo zombi, llegué a mi cuarto y me desplomé en la cama. Me desperté, al día siguiente, en la misma posición y con la misma ropa del domingo. ¡Eran las 8! Se me hacía tarde para llegar al trabajo. Apresurada, me puse lo primero que encontré y salí de prisa, otra vez al tedio de mi vida laboral, horarios y entregas, ser eficiente, complaciente, ordenada, metódica. Las tardes con Paris eran mi refugio y mi escape, estar enclaustrados me sentaba bien, aunque ese día en particular no sentí de ganas de visitarlo. Llegué al punto de decirle que creía que me había resfriado y que prefería pasar la tarde en mi cama tomando té caliente. Él tampoco insistió para nada.

7
EL ÓPALO

Seguí con la farsa del resfriado un par de días más y hablamos por teléfono esas tardes. Mi visita terminó por postergarse hasta el viernes. Fue extraño…, después de habernos visto diario desde el accidente y haber pasado el fin de semana juntos.

Al que vi fue a Andrés. Hablamos por teléfono el jueves, quedamos de vernos al terminar mi curso para tomar algo en el bar y platicar, estaba preocupado porque Paris estaba evasivo con él y no entendía por qué. Fue tanta su preocupación que lo visitó el miércoles.

—La cereza del pastel, ¡no me recibió!

—Pues eso sí que esta raro, ¿por qué no te recibió? No me dijo nada.

—¿Y tú? ¿Por qué no has ido?

—Me sentí cansada, aunque a él le dije que tenía gripa. Pero en realidad era más algo anímico, ¿sabes? ¿Será normal por la limpia?

—No sé, pues es que con estas cosas se mueven energías, además es intenso cuidar todo el tiempo a alguien con quien estás conectado, como es tu caso. Yo creo que es algo pasajero. ¿Lo vas a ver mañana?

—Sí, cuando salga de trabajar, ya te contaré.

Hablamos un rato, lo noté nervioso y cambiamos de tema. Me preguntó si sabía algo del ópalo a lo que le respondí que no. Y yo le pregunté sobre lo demás y me dijo que solo había quedado el anillo de Sottsass.

—¿Y el libro? —le pregunté

—Algo raro pasó, parece que lo traía Paris junto con el ópalo, pero dicen los demás que, cuando vio al hermano de Ale bajar del coche, lo soltó mientras corría hacia la salida, y después ocurrió lo que ya sabemos. Por eso te preguntaba por el ópalo nada más, porque el libro no salió de la casa.

—¿Sabes algo de los otros?

—Muy poco, nadie se ha puesto en contacto desde que les confirmé que habían operado a Paris y había salido de peligro, les informé sobre su parálisis y para ser sincero creo que les afectó bastante, tengo entendido que no se han visto entre ellos tampoco, así quedamos desde un principio.

Nos despedimos después de un rato y acordamos hacer algo el sábado para romper con la vibra pesada que traíamos todos. Llegué a mi casa y, como si aquella joya pudiera llamarme, fui directito a sacarla del escondite. No pude evitar quedarme un rato mirándola, era hermosa, no sabía qué hacer, ¡cómo podría deshacerme de ella! No podía. Pensé en enterrarla, en hacer un hoyo en la pared y meterla ahí. No era tan mala idea. En el apagador o en la cajita que va empotrada con los contactos para enchufar… "Somos criaturas tan predecibles"…, no le di importancia, me parecía el mejor lugar de momento. Otra posibilidad hubiera sido mandar a deshacer el anillo, guardar las piedras y fundir el metal por separado; tampoco podía hacerlo, era especial y lo sentía como algo que me protegía, como un guardián perverso. Así que lo metí en una bolsita de terciopelo dentro de la caja del apagador que estaba atrás de mi cama, ahí nadie lo vería.

La tarde siguiente al llegar a casa de Paris me encontré con Olivia, su madre. Y me preguntó si todo estaba bien, pues no me había visto los últimos días y además lo notó callado y pensativo. Me comentó que de hecho había ido Andrés a verlo y no quiso recibirlo. Me sentí culpable por haber inventado lo del resfriado, tal vez el *shock* de haber salido por primera vez lo había concientizado de que su vida, por más que lo intentara, no sería la misma jamás.

Abrí la puerta.

—¡Hola! ¿Cómo vas? ¿Qué tienes? ¿Por qué sigues en la cama?

—No he tenido ganas de levantarme en días.

—¿Por qué? ¿Qué pasa? ¡Te ayudo, venga! No puedes quedarte ahí después de lo bien que lo pasamos el fin de semana, ándale no perdamos lo que ya avanzamos. Le llamo al enfermero para que te ayude a bañarte, ¡ponte guapo!

El enfermero entró al cuarto a ayudarlo, se bañó, se arregló y en menos de una hora estaba listo en su silla, era otro, rasurado, olía rico, pude notar el cambio en su cara. Mantenía su hosquedad, pero al menos el cambio en su apariencia le ayudaba a sentirse mejor. De pronto me dijo que tenía una pregunta que hacerme. Me dio mala espina, pero hice como si no pasara nada.

—¿Te deshiciste del ópalo?

—¿Por qué preguntas? ¿Te arrepentiste?

—El granicero me dijo que había algo, un objeto, una energía que me provocaba toda esta amargura, estoy seguro de que es el ópalo.

—¿Y para qué quieres saber dónde está?

—Dice que se lo lleve. Que si lo limpia, dejaré de tener esta sensación; que me iba a cambiar la vida.

—Y si ya no está.

—Pues, nada, si ya no está, nada cambia, y así nos quedamos. Pero no me has respondido, ¿lo tienes?

Sentí un bochorno súbito. Aunque le hubiera contestado que no, mi sudor frío y el calor que enrojeció mi cara me habrían delatado.

—Sí, sí lo tengo.

Y comencé de inmediato, y a una velocidad ridícula, a justificarme. Me interrumpió.

—Dejemos las disculpas para otro momento. Ve por él y vamos con Cruz. Llámale a Andrés y dile que nos vamos mañana a que Cruz nos quite esta maldición a todos.

Sin decir nada, me acerqué a darle un beso para despedirme. Él respondió agresivo, tomándome por la cabeza; me acercó a su cara, metió sus dedos entre el pelo en mi nuca y me besó con una fuerza incontrolable; me mordía el cuello, me apretaba los brazos con fuerza y, aunque no era lo que esperaba, respondí de la misma manera, me dejé llevar. Le desabotoné la camisa; me quité la blusa; nuestras manos se movían acuciosas paseando sobre el cuerpo del

otro. Me senté encima de él, su sexo reaccionaba con una velocidad insólita, su boca y su lengua recorrían mis pechos una y otra vez, sentía sus dientes provocándome un dolor placentero. Me recordó a esos momentos que hasta aquel día habían permanecido envueltos como en una bruma que se empezaba a diluir; regresaba esa pasión descontrolada; parecía que algo lo puso nervioso y lo excitaba, algo que viajaba en su pensamiento lo ponía en marcha otra vez.

Salí de la casa, le llamé a Andrés desde el coche y llegué a sacar el ópalo de la cajita de los enchufes.

8

LOS AMANTES

Sábado, una de la tarde. Nos subimos al coche de Paris y pasamos por el cruce de Avenida Universidad y Francisco Sosa por Andrés. Andrés se subió en el lado del copiloto y yo me pasé a la parte de atrás; Paris manejó veloz casi sin hablar todo el camino. Había una tensión horrible, mientras nos dirigíamos hacia Cuernavaca para tomar el camino viejo a Tepoztlán. Se desvió cerca de San Andrés de la Cal y no entendíamos por qué.

—Me citó en otro lado, hay un temazcal ahí y nos va a limpiar ya en serio.

—Pero ¿por qué? —preguntó Andrés con un gesto de extrañeza.

—Porque así me lo pidió —respondió tajante—. Marion, ¿traes lo que te pedí?

—Sí, aquí lo tengo.

—¿Qué le pediste? —preguntó Andrés de nuevo, visiblemente ansioso.

—El anillo de ópalo —respondí apenada.

—¡Me dijiste que no lo tenían!

—Perdón, Andrés, larga historia, pero aquí está, lo traigo en mi bolsa.

Saqué de mi bolsa una botella de agua y se la di a Paris para que bebiera y se tranquilizara. Me acerqué a él y le di un beso en la mejilla. Silencio. Era notorio que Andrés estaba alterado. Un camino de terracería de más de treinta minutos nos condujo a un lugar por completo solitario donde había solo una cabaña. Paris se estacionó frente a la puerta.

—¿Aquí es? —pregunté asustada.

—Sí, aquí es —respondió Paris al mismo tiempo que sacaba algo de la puerta del coche.

Fue un segundo. Un estallido estruendoso. No entendí de dónde vino. Ensordecida por unos instantes, me dejé caer contra el respaldo mareada. Apenas recuperé el aire, alcancé a ver que Paris empuñaba la Smith & Wesson, aquella que consiguió en uno de los robos. Andrés cayó contra la ventanilla del coche con un disparo en la cabeza. Muerto. Intenté sacar mi angustia en un grito. No me alcanzaba el aliento, no pude emitir sonido. Mis cuerdas vocales parecían haberse pasmado. Me sentí atrapada en mi cuerpo. Engarrotada, a punto de ahogarme del miedo. Nada me hacía sentido, mi cerebro intentaba procesar la imagen de Andrés sin vida. Giré la cabeza hacia Paris. Me sorprendió, impertérrito, en silencio, con la mirada ausente y el esbozo de una sonrisita aterradora.

—¡¿Qué te pasa?! ¡¿Qué hiciste?!

Permanecía en un mutismo absoluto; mientras, yo, inerme, agazapada en el asiento de atrás, no paraba de llorar. El coche era de dos puertas, me parecía imposible escapar de Paris si se le ocurría agredirme de alguna forma; si hubiera intentado escapar, tendría que haber saltado y movido el cuerpo de Andrés, ¡no había manera! Me invadió una extenuación intensa, mi cuerpo perdió el control y vomité. Me desvanecí en el asiento por unos segundos, pero el miedo a quedar inconsciente a merced de un Paris enloquecido me obligó a reincorporarme. Creí que la ansiedad me mataría, si no lo hacía él.

Saqué, como pude, el anillo de mi bolso, se lo lancé a Paris y le dije:

—Aquí está, ¿eso es lo que querías?, ¿por este anillo mataste a tu mejor amigo?, ¿es eso?, ¿le tocaba a él y no querías dárselo?, ¿qué vas a hacer?, ¿me vas a matar a mí también?

Con la tranquilidad y la paz de un monje budista, se puso el anillo en el dedo meñique. Así seguía, impávido, en silencio; parecía que esperaba que se me pasara la crisis para devolverme el habla. Nada, no decía nada. La única certeza que podría haber tenido era la de que me mataría, estaba irreconocible.

Permanecimos inmóviles en el coche por horas, toda la tarde, hasta que se puso el sol. El olor a sangre y vómito era insoportable. La escena era macabra; Andrés con los ojos abiertos y vacíos sobre la ventanilla, de su sien perforada había brotado sangre y algún tipo de materia granulosa y coagulada que, al escurrirse y secarse en el recorrido por su cara y su cuello, llegaba a acumularse en el hueco de su clavícula hasta formar una costra gelatinosa que me parecía monstruosa. Paris, sereno, escuchaba música. No mostró ni un rastro de remordimiento, miedo o asco. Imperturbable. En ningún momento imaginé que en aquella cita iba a suceder algo cercano a eso, me atrapó una oleada de pánico inmensurable, mi pensamiento giraba en torno a que mi vida no podía terminar de aquella manera a manos del hombre a quien yo amaba, en quien confiaba ciegamente, pero estaba convencida de que me mataría y tracé en mi mente miles de planes para escapar.

No encontré el momento y mucho menos el valor para irme. No me atreví a hacer el más mínimo movimiento, estaba paralizada. Entonces, Paris se decidió a hablar.

—Baja el respaldo, abátelo.

—¿Cómo?

—¡No seas pendeja!, ¡¿no sabes cómo abatir un asiento?!

—Perdón, no te entendí, ya voy. —Me moví hacia un lado y abatí el asiento con torpeza.

—Saca la maleta que está en la cajuela, jálala hacia ti.

—Está pesadísima, no puedo —chillé mientras jalaba con todas mis fuerzas.

—¡Marion, no mames! ¡No pongas a prueba mi paciencia! Lo digo en serio, ¡no ahora!

Todavía ignoro de dónde saqué la fuerza. Es más, ahora sé que no era tanto el peso de la maleta como lo entumecido de mi cuerpo, pero al fin logré moverla, subí el asiento y esperé sus instrucciones.

—Abre la maleta.

Era grande, de tela negra deportiva, con un cierre en la parte de arriba. La abrí inundada por el miedo, no sabía qué encontraría ahí. Lo único de lo que estaba segura era de que no sería nada peor de lo que había ya en el coche.

—Saca todo. ¡¿O vas a esperar a que te diga paso por paso lo que tienes que hacer?!

Nunca había sentido ese grado de terror. Apenas él levantaba la voz, yo perdía la concentración y sentía que la piel se me erizaba desde la coronilla hasta los pies.

—Ya voy, ya voy… —repetía en trance y mascullaba una y otra vez.

Sin poder evitarlo, mis ojos expulsaban lágrimas sin parar que empapaban mi cara mientras sacaba lo que contenía la maleta. Bolsas negras, parecían porta trajes de plástico grueso con cierre; muchas franelas, jergas, un líquido que intuí que sería lejía o ácido, guantes, cerillos, cuerdas de escalar, ganchos, pinzas, una sierra y cuchillos. En mi estómago se licuaban los jugos gástricos al suponer sus planes. Ya lo sabía, su sadismo me parecía casi diabólico. Al fondo de la maleta reconocí mi propia bolsa, la que llevaba el día del primer robo, con mi ropa deportiva y unos tenis. Me horrorizaba pensar que lo había planeado todo, este era un signo inequívoco de su personalidad, ahora indiscutiblemente retorcida.

—¿Qué quieres que haga con esto?

Solo pregunté porque tenía la esperanza de estar equivocada.

—Mira, hay dos opciones. —Violento, me tomó del brazo; hundió sus dedos con toda su fuerza en mi bíceps y me miró con un gesto dictatoriaal—. Lo vas a hacer, de eso no hay duda, pero tú decides si quieres hacerlo con una pistola apuntándote a la cabeza o te aplicas y lo haces rapidito y así acabamos con este *show*. No te detengas en los detalles, Marion, piensa que es un muñeco y no tu amante.

—¿¡De qué hablas!? —le grité desquiciada, desgañitándome— ¿Por eso hiciste esto? Paris, ¿en qué momento se te pudo ocurrir que teníamos algo? Jamás lo hubiéramos hecho ni él ni yo, por favor, no me digas que fue por eso.

—¡No me cambies el tema! ¡Yo sé lo que hacían desde el día que me dispararon! Lo único que quiero es que lo partas en cachitos. ¡Ahorita!

Sacó de nuevo la pistola y me eché para atrás al rincón justo detrás de él para que no pudiera alcanzarme. Subí los pies y me puse en posición fetal sentada sobre el asiento.

—¡Para de hacer eso, Marion! Tenemos que acabar ya.

—¿Qué quieres que haga?

—Toma la cuerda de escalar y pásate adelante.

Me apuntó con el arma, no tuve más remedio que hacer lo que él decía. Como pude, me pasé al frente por encima del cuerpo de Andrés. Me ordenó abrir la guantera, sacó unas esposas. Me colocó una en la muñeca izquierda, me enganchó con la cuerda y la amarró en el otro extremo, asegurándola al volante.

—Sal del coche. Te advierto que, si haces una pendejada, te mato.

No tenía ninguna duda de que lo haría.

—Te voy a decir lo que va a pasar, no es pregunta, así que no te desgastes en opiniones. Te vas a bajar, vas a jalar el cuerpo de Andrés y lo vas a poner en la parte de enfrente del coche, a unos tres metros donde yo pueda verte, y tú puedas ver con la luz de los faros del coche. Y, sí, lo tienes que cortar.

—¡Paris, no me hagas esto! No puedo hacerlo, de verdad; es más, no tengo la fuerza. Ni siquiera si estuviera dispuesta, ¡entiéndelo!

—¡Marion, ya te lo dije! ¡Entiéndelo tú! No hay escapatoria, esto tiene que resolverse ya. Bájate. ¡Empieza!

No pude evitar sentir un decaimiento que me paralizó por completo. Segundos después, cuando decidí obedecerlo, hubo algo que pude percibir liberándose en mi cuerpo y que me poseyó dándome una fuerza que jamás había sentido. Sin poder parar de llorar, la muñeca esposada y atada con la cuerda de escalar, bajé del coche. Me lastimaba, pero dejé de sentir cuando tuve que sacar a Andrés quien, en todos sentidos, era peso muerto. Lo jalé, reuní toda mi fuerza y lo logré. Bufé, grité, gemí. Incluso ahora no comprendo cómo pude sola. Más de una vez caí de espaldas. Fue espantoso. Paris me observaba sentado con el arma apoyada en las piernas. Estaba alerta y concentrado, con los ojos clavados en cada detalle de lo que ocurría, mientras yo movía el cuerpo.

Regresé al coche por las cosas de la maleta. El terror y sobre todo la sensación de estar tan vulnerable y desprotegida me empujaban en automático a seguir con el plan, pese a que seguía

sin asimilar lo que estaba a punto de hacer. Él era un hombre determinado y no solía abandonar sus objetivos, lo conocía tan bien desde hace tanto tiempo, por lo menos la mitad de nuestra vida. Habíamos crecido juntos, compartido experiencias que nos unieron a otros niveles. ¿Cómo era posible que esto pasara?, ¿que desconfiara de mí y de Andrés a ese punto? Esta reflexión en retroceso sobre nuestra relación me llevó a sospechar que había algo más. Decidí hablar un poco con él antes de comenzar con el trabajito que me tocaba hacer.

—Paris, amor, ¿qué pasa? —le pregunté con el tono más amoroso que me permitió el pánico—. No puedo creer que de verdad hayas matado a Andrés por una sospecha de ese tipo, sabes que entre él y yo había un cariño de hermanos, una complicidad creada a partir de ti. Dime, ¿qué pasa? Te conozco, te siento, a mí no me puedes engañar.

—Nada, Marion, sigue con lo que te pedí ¡No pierdas el tiempo, esto no te va a tomar cinco minutos! ¡Apúrate carajo!

—No, Paris. —Fui contundente, pese a que me alteraba estar apoyada sobre el asiento todavía ensangrentado—. Por ti haría todo, y lo sabes, pero no sin antes saber qué pasa. Si tengo que cortarlo en pedazos, lo hago, pero tienes que explicarme qué sucede. No te compro la historia absurda de los celos. ¡No te la compro!

¿En qué momento se me ocurrió retar o cuestionar a un hombre que estaba tan fuera de sí como para matar a su mejor amigo y poner a su novia a destazarlo? No lo sé, pero lo hice, y dio resultado. Lo tomé del brazo y, como si mi tacto fuera mágico, después de decir estas palabras, comenzó a llorar incontrolable.

—¡Marion! ¡Andrés nos iba a delatar! Y a mí, ¿qué más me queda?, ya no me importa nada, pero tú…, ¡tú ibas a ir a la cárcel! No podía permitirlo, ¡toda tu vida arruinada por mi culpa! Preferí hacer esta estupidez, ahora tampoco sé si le encuentro sentido, pero no te quería ver sufrir más y sin poder hacer nada. Entiéndeme, la responsabilidad que asumí al llevarte a los robos me tiene más atorado que mi propio cuerpo, no duermo y no vivo en paz pensando en que te sientas tan culpable que nunca me dejes, ¡te jodí la vida! Por pendejo, por creer que esa experiencia te la ibas a

llevar contigo siempre, como muchas de las experiencias que hemos compartido, pero esto ya fue una mamada, fue demasiado, un error mío y no puedo con la culpa.

—Pero ¿qué pasó? ¡Dime!

—Andrés estaba paranoico sobre algunas cosas, cabos sueltos que quedaron el día del robo; Alejandra comenzó a sospechar, le llamó para hacerle preguntas, y él se puso nervioso. ¡Me lo dijo! Quería que nos viéramos el miércoles, y no lo recibí porque percibí que estaba en pánico, descontrolado. Mencionó algo sobre hablar con alguien de la policía, estaba enloquecido. Yo no podía esperar a ver qué pasaba y, aunque él era como mi hermano, tú estás primero. No vas a ir a la cárcel, ¡tú no!

Mi corazón volvió a latir acelerado. En sus ojos enrojecidos y desproporcionadamente abiertos por el dolor, vi a mi Paris, estaba ahí, compartía ese cuerpo con un asesino, que por lo que decía había hecho todo por salvarme de ir a la cárcel; él sabía que yo lo temía más que a nada en el mundo. Recuerdo haber ido a la cárcel a visitar a un amigo de mi papá que había sido acusado de negligencia médica cuando era niña, uno de los tantos casos de injusticia y corrupción que hay ahí dentro. Me impresionó tanto ver a la gente que sufría por no poder salir de cuatro paredes, la realidad era brutal, la impotencia desmesurada; el absurdo: afuera, a unos pasos, estaban la calle, la gente y los coches que podrían llevarte a casa si tan solo tuvieras la posibilidad de salir. Humillante, cruel, desde entonces era mi peor pesadilla, el peor castigo imaginable. Rebasaba por mucho mi miedo a la muerte.

El sufrimiento de vivir hacinada, deprimida, enferma, amenazada, la suciedad, el peligro absoluto, la violencia y el riesgo, las noches sin pegar ojo, ingeniándomelas para resolver de mil maneras mi cotidianidad. No era miedo, sino un terror tal que accedí a hacer lo que me pidiera Paris, no lo pensé ni un poco.

Tomé aire. Y, para justificarme, me concentré en la idea de que mi cuerpo sería una vil herramienta para separar las piezas del cuerpo de Andrés. No podía hacerlo de otra forma. Le pedí a Paris que me desatara, que no iba a ir a ninguna parte. Así lo hizo. Nos miramos por unos segundos, le limpié las lágrimas y él limpió las

mías. Bajé del coche y, decidida, me hice una coleta y me puse los guantes. Comencé a desvestirlo. Me pareció difícil, no quería ver su cara. En cuanto logré despojarlo de toda la ropa, envolví su cabeza con la camisa blanca que llevaba ese día.

Me detuve para tomar un poco de aire, me había fatigado. Lo miré y pude notar cierta belleza estética en la imagen del cuerpo en el suelo; la pura idea me desconcertó. Me recordaba a algo, me di el tiempo de observar la escena un momento sin dejar de sentir escalofríos: *Los amantes* de René Magritte. Qué imagen tan fuerte, hermosa. Recordé que esta obra suya estaba ligada a la muerte de su madre; siempre se sospechó que se había suicidado, y él presenció el momento en que la sacaban del río Sambre en Chatelet, con el camisón enrollado en la cabeza ocultándole el rostro. Esta obra de Magritte jugaba con el concepto intermitente de la ausencia y la presencia, lo mismo me sucedía en ese momento. La muerte, una situación desgarradora; las consecuencias, el vaticinio de que, aunque no estuviera vivo, estaría para siempre en nuestras vidas.

Pasados apenas unos segundos, regresé de mi lapsus. Sin siquiera girarme a verlo, me arrodillé en el suelo; aterrada, saqué las cosas que había dentro de la bolsa. Mis manos sudaban; el cuerpo, humeante, presa de un calor extraño, aunque era tarde y el viento de la noche enfriaba cada vez más. Comencé la labor más desagradable, aterradora y vil que había llevado a cabo en toda mi vida; el esfuerzo que exigía hacerlo me obnubiló. No imaginé que sería tan difícil, mis sentidos percibían cada detalle de lo que sucedía amplificados. Los sonidos; mover, cortar, serruchar. Nunca escuché algo parecido. El olor que despedía cada herida; el brillo de la sangre a medio coagular; la opacidad, la temperatura y el color mortecino de la piel de Andrés. Comencé desde los pies y muy lento subí. Intentaba retrasar lo más posible la llegada a la zona cercana a su corazón y a su cabeza destrozada por la bala y cubierta por la camisa, ahora con una creciente mancha de sangre que, al reaccionar con el oxígeno, se tornaba cada vez más oscura. Tenía que cortar sobre las articulaciones. Me venían ideas ridículas, recordé cómo lo hacía el pollero cuando chasqueaba sus tijeras gigantes y afiladas, claro, cortaba en las uniones donde pareciera

que se vuelve todo más fácil. Los huesos embonan, no están pegados, por lo que las cavidades articulares son el lugar perfecto para separarlos. Contaba con un hacha, un cuchillo, una sierra. Como pude, separé sus extremidades; experimenté un dolor indescriptible, un miedo y asco de mí misma que no habría podido imaginar. Cortaba la piel, la grasa, la carne; los ligamentos son demasiado resistentes, había que jalonear, insertar el cuchillo o el hacha y apoyar toda la fuerza y el peso de mi cuerpo sobre estas para lograr separar una parte de la otra, o pisar una parte e intentar zafar la otra con la fuerza de mis dos manos. Mientras lo hacía, brotaban líquidos y fluidos de densidades y texturas que jamás hubiera imaginado que existían. Me tomaban por sorpresa las arcadas y repentinas contracciones en la espalda. Entre más cortaba, entendía cómo estaban envueltos los huesos por los músculos, la grasa, la piel, las arterias, todos esos líquidos, además de la sangre, en los que no habría reparado. La tarea se volvía más ágil y mecánica conforme avanzaba, la anatomía se sugería.

En ese momento, mis pensamientos estaban en un bloqueo que sin duda era un mecanismo de defensa, estaba en trance, me concentré en la idea de hacer un trabajo físico, automático. Lo recuerdo y me viene a la mente alguien que trabaja en el campo y arranca los tubérculos del suelo con fuerza y brío para terminar con lo que tiene que hacer, con la única certeza de que no va a cambiar nada si lo hace lento o rápido, acabará cuando tenga que acabar. No recuerdo nada con precisión después de eso, la única imagen que guardo es la de mirar la escena desde arriba, mi cuerpo en cuatro sobre el de Andrés, como un buitre o un animal carroñero, como una bestia.

Otro de los detalles, que permanece en mi memoria, es que, para ese momento, la sangre no fluía en un estado completamente líquido, no fue tan terrible como lo temía. Después entendí que el cuerpo estaba ya en *livor mortis*. Esto sucede después de varias horas cuando la sangre deja de circular y se acomoda por el peso de la gravedad. Eso sí, tardé mucho en terminar, no sé cuántas horas, perdí el sentido del tiempo.

Cuando estuvo todo listo, me ordenó sacar las bolsas y repartir todo en ellas, excepto el tórax con la cabeza, ese debería meterlo a la cabaña, que en realidad era una choza muy sencilla. Dentro había un tambo grande con agua sucia, herramienta de campo y caza, algunos restos de animales, un catre, una mesa, una lámpara, un bote grande lleno de gasolina, un anafre y cosas básicas de cocina (un par de ollas, un comal). Entré arrastrando lo que quedaba del cuerpo, lo jalaba, pero intentaba no verlo. Agarré la camisa ensangrentada, enrollada en su cabeza, la eché cerca de la mesa donde había algunos huesos de vaca o de borrego, recuerdo una cornamenta. Estaba tan agotada que hubiera querido acostarme en el catre, pero me sobrepuse. No sabía qué hora era y no quería que amaneciera antes de terminar. Salí de la choza, regresé al lugar donde destrocé su cuerpo, recogí la herramienta. Intentaba revolver la tierra manchada de fluidos, carne y sangre coagulada con mis zapatos sin conseguirlo del todo. Después, introduje las cosas dentro de la bolsa deportiva y las guardé en la cajuela. Tomé mi *backpack* con la ropa del día del asalto y lo que traía Andrés en los bolsillos. Regresé a la cabaña, me desvestí. La ropa y los zapatos los lancé encima de los restos del cuerpo, y lo demás, que no era más que su cartera, lentes de sol, un paquete de cigarros y un encendedor, lo apoyé en la mesa.

Me lavé lo mejor que pude con el agua sucia del tambo; estaba helada. Abrí la *backpack*. Con la ropa y los zapatos puestos, metí la cartera y lo demás en los bolsillos de mi chamarra. Antes de salir, eché una ojeada a la cabaña. Meticulosa, me aseguré de que nada de lo que quedara ahí incinerado pudiera incriminarnos. Tomé el bote de gasolina, estaba pesado, y lo empujé cerca del cuerpo para que al caer se vaciara un poco y entonces pudiera cargarlo. Empapé los restos y la ropa, regué lo demás alrededor. Reservé apenas lo necesario para dejar caer un chorrito que marcara el camino hasta salir de la cabaña y llegar a la zona donde, despiadada, descuarticé su cuerpo. Mojé la tierra. De mis bolsillos tomé los cigarros y el encendedor y me prendí uno. Le di unas cuantas fumadas. Retrocedí unos pasos y tomé una rama seca, la prendí con el encendedor y la lancé frente a mí, asegurándome de que se prendiera la hierba

desecada, mezclada con el combustible regado en el suelo. Miraba atónita; de nuevo, el fuego hipnotizante. Recordé la noche que quemé el vestido. También, recordé a Cruz. La flama.

Me volví hacia el coche en donde me esperaba Paris con la mirada fija y, de un modo extraño, admirándome mientras caminaba, dándole la espalda a la cabaña en llamas. Subí al coche, él ya había limpiado el asiento y la ventanilla lo mejor que había podido, todo lo que había quedado regado en el interior ya no estaba, quién sabe cuánto tiempo tuvo para limpiarlo mientras yo ejecutaba sus órdenes. Me alargó la mano con una bolsa llena de papeles manchados de sangre; pasamos cerca del fuego al arrancar, bajé la ventana y la lancé al creciente incendio. La cabaña ardía completa y el fuego se extendía por los alrededores secos y, para nuestra fortuna, por completo inflamables. Miré el reloj del coche, eran las 3:41 de la madrugada.

—¿Qué vamos a hacer con lo que traemos?

Asumí que tenía algo planeado. No me equivoqué.

—Vamos a ir por caminos de terracería, es solo entrar y salir, desde este momento hasta que salga el sol. En cada lugar vas a cavar y a meter ahí los restos, repartidos en varios lugares, solo así se me ocurre que no tendrán como identificarlos, si encuentran algo. Cava un hoyo pequeño pero profundo para que no se salga con el tiempo y el desgaste natural del suelo. Hay una pala pequeña en la cajuela y ácido. Cavas, lo pones ahí, le echas ácido encima y lo tapas. Aplana bien la superficie.

Atormentada por la idea de que había conseguido todo con anticipación y que tenía planeado cada movimiento de una manera tan perfecta, en ningún momento se me ocurrió desobedecerlo. Este hombre estaba lleno de sorpresas, no podía arriesgarme a cometer un solo error, temía que en algún momento se deschavetara y me pegara un balazo a mí también. Su actitud era extraña, la personalidad siniestra parecía haberse desvanecido y ahora dejaba actuar a su otra faceta, que nada más seguía con el plan. Hasta el día de hoy no sabría cómo describir su estado mental ni el mío.

Así lo hicimos. Fuimos por pequeños caminos de terracería, uno tras otro. Repetimos tres veces, nos detuvimos, e hice a rajatabla lo

que él me pedía. Cavar, colocar los restos, vaciar ácido, tapar. Cavar, colocar los restos, vaciar ácido, tapar. En un par de ocasiones monté piedras sobre el lugar para asegurarlo, y en otro, una llanta y basura, como si no hubiera repartido en ellos los restos de un cadáver, mucho menos los de nuestro mejor amigo.

El anillo permanecía en el meñique de Paris, y yo —quizá en una especie de estrés postraumático— deposité toda mi confianza en él para que esto no lo descubriera nadie, para que de verdad nos hiciera invisibles y nos protegiera. Pensé tantas cosas, el silencio en el coche era como oír ruido blanco: tranquilizante, ensordecedor. Estaba mareada... Es absurdo que esto me venga a la cabeza ahora, después de tanto tiempo, pero se parecía a cómo describe esta sensación Tony Soprano: "como si tuvieras un Ginger Ale metido en la cabeza"… Se sentía así, exactamente, ruido, presión, efervescencia, aturdimiento. Recorríamos la carretera hacia Cuernavaca. No pregunté nada, estaba agotada. Recuerdo mirar el reloj. 5:54 a. m. Estaba a punto de amanecer.

9
EL DÍA DESPUÉS

Desperté con el sol en la cara. Estaba pegada por completo al asiento de piel debido a todo el sudor que había excretado mi cuerpo antes de volver a la conciencia. Abrí el ojo y vi enseguida el reloj: 12:22 p. m. Exhalé, adolorida y exhausta. El efecto de una resaca después de una noche de fiesta multiplicada por diez; una efervescencia manifiesta en todo mi organismo. Mi pobre boca pedía a gritos cualquier líquido, mis extremidades parecían no haber despertado al mismo tiempo que mi cerebro, no me hacían caso y, cuando lo hicieron, cada músculo me reclamaba punzante la sobrecarga del día anterior.

Cortar, cargar, arrastrar. Ni hablar del estrés desde que Paris le disparó a Andrés.

Intenté levantarme. No pude evitar bufar, emití de forma involuntaria alguno que otro gemido durante el esfuerzo, pero logré incorporarme en el asiento. Paris, a mi lado, con lentes oscuros. La humedad ardía en el aire y se adhería despiadada a mi piel; entraba por mi nariz como un incendio. Por la ventana alcancé a ver el mar; palmeras. Estábamos en un pueblo tropical. ¿Dónde?, le pregunté apenas logrando articular dos palabras ásperas que salieron de mi boca, que se sentía como un desierto.

—Pie de la Cuesta. Llamé a un hotel, son cabañas, no sabes cuánto me urge bajarme del coche.

¡Llevaba un día entero sentado! Avanzamos hacia el hotel. Lenta y machacada, con los lentes de sol de Andrés puestos, bajé a la pequeña recepción del hotelito, estaba sencillo, pero nos funcionaría bien, todo en planta baja, ninguna complicación para Paris. El joven

de la recepción, Lucio, era un lugareño amabilísimo. En su piel se podía ver el permanente tueste del sol, sus ojos eran suspicaces y su actitud la de todo un galán. Me dio la llave, las indicaciones y me ofreció ceviche, camarones, cualquier platillo lo preparaban ahí, o "alguna otra cosa que necesitara", con un guiño y un movimiento de cabeza. Asumí que se refería, con "alguna otra cosa", a mariguana o lo que hiciera falta para pasarla bien.

—Sin pena, güera, lo que quieras.

Llegamos directo a los *bungalows*, estacionamos y le ayudé a bajar. Ya en su silla, avanzamos hacia el cuarto, cada cabaña tenía un jacuzzi rústico en la terraza. Al entrar nos dimos cuenta de que no llevábamos ropa para estar cómodos. Le tomé la palabra a Lucio y le pregunté si conocía a alguien que nos vendiera ropa de playa, trajes de baño y demás. Enseguida me respondió que sí, que si queríamos lo mandaba al cuarto o que nos esperaba ahí en la entrada en media hora. Pedí también cerveza, agua, refrescos, algo de comida, unos sopes que nos supieron a gloria y ceviche. Acosté a Paris después de habernos bañado. Salí enrollada en una toalla, y afuera del *bungalow* me esperaba una mujer que me vendió algo de ropa. Ya vestida, caminé a una tiendita por lo básico para higiene personal. Compré lo necesario y regresé al *bungalow*. Paris seguía dormido. Me metí a la cama y despertamos hasta el día siguiente.

¿No resulta incomprensible que, durante todo ese día, después de haber matado y descuartizado a Andrés, no hubiéramos mencionado nada? Ninguno de los dos lo hicimos, como si al no hacerlo pudiéramos olvidarlo. Pero al despertar lo primero que me vino a la mente fueron las imágenes sórdidas del día anterior. Lloré, intenté ahogar mis lamentos. Paris lo notó enseguida, seguíamos en la cama, era muy temprano, casi amanecía. Lloró sin contenerse. Así estuvimos un rato, sin decir palabra, tratábamos de lavar, con esas lágrimas, el dolor y el horror que provocamos.

¿Qué íbamos a hacer? Cuando regresáramos, sin lugar a duda, la mamá de Andrés, Nadine, los papás de Paris, iban a preguntar dónde estaba. Pero no externé nada, me quedé, entre sollozos hasta que el sueño volvió a vencernos, en una evidente evasión de la realidad que se había vuelto peor que cualquier cosa que

pudiéramos haber imaginado. Estábamos solos en esto, pero juntos. Atados, obligados a mentir hasta el día en que nosotros mismos muriéramos. Prisioneros de nuestro silencio, de nuestro secreto asfixiante, un dedo acusador, un estigma, un castigo en potencia; cada día y cada noche pensar en ello de forma irremediable, un lastre.

Algo similar pasaba cuando nos metíamos a robar, pero la sensación era distinta. Sí, había una complicidad y un compromiso fuerte en el acto de robar que al mismo tiempo desencadenaba cierta culpa y remordimiento, pero esto era espantoso, no había comparación, la proporcionalidad entre una y otra eran abismales, esto era severo, grave y permanente, y al final una cosa estaba profundamente ligada con la otra: le habíamos robado la vida.

Salimos de la cama casi a mediodía. Pedimos comida de nuevo. En cuanto la llevaron, les pedí ayuda y senté a Paris en su silla para llevarlo a la terraza. El mar estaba habitado por una paz inexplicable, su sonido y la humedad suavizaban el ambiente. Desayunamos, y, sí…, necesitábamos evadirnos un poco, y le llamé a Lucio de nuevo.

—Lucio, buenas tardes.

—¿Qué pasó, güera? ¿Todo bien con la comida? ¿Algún problema?

—No, no, al contrario, todo delicioso, pero se nos antoja algo para pasar el rato más relajados…. —No dije más.

—Ah, ya. Aguántame, en un ratito te llevo algo de lo mejor que tengo aquí para que disfruten como debe ser. ¡Si yo leo a mis clientes! Jajaja.

En pocas palabras, ya estaba hecho. No pude dejar de reírme un poco cuando dijo que "él leía a sus clientes", nos vio cara de pachecos o llegué y me vio tan desvelada que pensó que venía en vivo de alguna fiesta.

Estábamos abastecidos en cuanto a comida y bebida. Después de unos veinte minutos llegó Lucio. ¡Qué personaje! Hablaba sin parar mientras apoyaba un morral de fibras naturales sobre la mesa y sacaba de ahí dos bolsas de plástico con mucha hierba.

—Mira, te traje local y Acapulco Gold, tú decide, aunque yo diría que lo más sabio sería quedarse las dos para comparar, la de aquí es

orgánica, ¡eh!, casera, bien fresca. Y tengo otras cosas también, por si se les antoja viajar sin moverse de aquí.

Le dije que dejara las dos y me armó un par de bolsitas con las dos calidades de mariguana. Me guiñó el ojo, levantó las cejas, tomó aire para continuar con el infinito parloteo.

—¿De dónde son ustedes?

—De Puebla —le contesté enseguida

Paris no abrió la boca más que para agradecerle.

—¿Cuánto tiempo se quedan?

—Unos días más, los que se pueda.

—Pues son bienvenidos y, ya saben, lo que se les ofrezca, yo les consigo todo lo que les haga falta, eh, desde cosas para divertirse, comida, lo que quieran, yo se los traigo, hasta un plomo si quieren, ¡lo que sea! —Y rompió a reír.

Le agradecimos y lo despachamos lo más rápido que pudimos.

El plomo. Recordé que no tenía idea de dónde había quedado la pistola, y que en el coche había muchas cosas todavía de las que teníamos que deshacernos.

—Paris, ¿qué hacemos con lo que está en el coche? —pregunté mientras me mordía los pellejitos que rodeaban la uña de mi dedo pulgar.

—Lo tenemos que aventar al mar, todo. No se me ocurre otra cosa. Pero esperemos a que sea de noche, lo sacas y lo resolvemos con calma.

Y así nos armamos un porro, nos lo fumamos. Hubiéramos querido olvidar todo mientras estábamos metidos en el jacuzzi. La tarde transcurría apacible hasta que tocaron la puerta y salí a ver quién era.

—Güera, tu coche estaba bien sucio.

Mi cara debió haberse desencajado porque dio un paso atrás.

—Disculpa, ya lo lavamos. Pensamos que querrías.

—No, no, está bien, Lucio, no te preocupes. Te lo iba a pedir de cualquier forma. Solo que me pegaste un susto cuando tocaste, estoy pachequísima —le respondí mientras soplaba fuerte para quitarme los gajos de pelo que me caían sobre la frente.

—Ahhh, ya me había asustado. Dame las llaves para que lo lave por dentro y te lo aspiro.

—Fíjate que mejor después —le contesté de inmediato—. Traíamos unas cosas que se derramaron y prefiero ir yo contigo mañana, tal vez así recojo lo que queda y ya lo lavas.

—¿No prefieres de una vez? ¡Anímate! Ahí está mi primo y te lo deja como nuevo.

—Mañana, Lucio, te lo agradezco; ahí me dices cuanto te debo. Hazme mi cuenta.

—Tá bueno. Entonces, mañana.

Cerré la puerta, me apoyé de espaldas y Paris estaba con la mirada fija en mí.

—¿Qué pasó?

—Nada, lavaron el coche por fuera, no sé qué tanto pudieron haber visto.

—No, pues no había nada sobre los asientos, está todo en la cajuela y la pistola está en la cajuelita. No te alarmes, no creo que hayan visto nada más.

Me tapé la boca con la mano y tragué saliva.

—Me pidió las llaves para lavarlo por dentro, seguro mañana viene a intensear con eso. No puedo con los nervios.

—Calma, todo va a estar bien —me dijo con una seguridad absoluta.

Me sentí como cuando nos metimos a casa de Valeria, aquella primera vez en la que tenía la certeza de que con él nada iba a pasarme.

No pude evitar ver de nuevo el ópalo en su dedo meñique. Me atormentaba la energía que pudiera tener esa cosa, y si no la tenía, nosotros ya se la habíamos otorgado. De nuevo el esoterismo y las supersticiones. Siento que te persiguen para bien o para mal una vez que les das entrada a tu vida. Lo que sí me perseguía era la idea de que ese ópalo pudiera estarnos ayudando. ¿O qué tal si, en lugar de ayudarnos, llevábamos la maldición de la que tanto hablaban aquellas historias de muerte y desdicha?

—Mira, en un rato, sales por la maleta y la pistola. Todo lo demás puede parecer consecuencia de una super fiesta, peda o lo que sea.

—Pues, sí, pero ¿y la sangre? Además, no me encanta la idea de que vean que tu coche está arreglado, no quiero que sepan que tú manejabas, o sea, detalles que puedan hacernos fáciles de identificar. Si alguien pregunta: ¿viste a una chava y un tipo en silla de ruedas en un coche que manejaba él?, ¡en serio seríamos blanco fácil!

—Sí, tenemos que cambiar de plan, no está bien que vean tanto detalle. Aunque la sangre ya no está. Mientras tú hacías lo otro, yo traté de dejar lo más limpio posible, tanto el asiento como la ventanilla y la puerta.

—Y a las cosas…, ¿qué les vamos a hacer?

—Pienso que podemos rentar una lancha, nos vamos, y en medio del mar, las lanzamos; les ponemos peso suficiente para que no floten… Es un volado, pero no sé qué más podría funcionar.

—Pues, sí, pero ¿qué vamos a decir sobre lo que llevamos en la maleta? No voy a poder subir todo yo sola, nos tendrá que ayudar Lucio o alguien, y ya ves que no le cuesta trabajo preguntar lo que le causa curiosidad.

Nos quedamos un rato así, pensando en qué podríamos organizar para deshacernos de todo sin levantar sospechas. Llegamos a un acuerdo: al día siguiente, al amanecer, bajaría las cosas del coche y se quedarían guardadas en el cuarto. Yo me iría hacia Acapulco a comprar una cámara de fotografía profesional. También lavaría el interior del coche en algún autolavado y de ahí regresaría a Pie de la Cuesta.

—Oye, Paris, ¿has hablado con tus papás?

—Sí, les dije que estaríamos en Tepoztlán toda la semana, que habías pedido permiso en la oficina y que me harían unos temazcales y unas terapias… Se creyeron todo, solo quieren que esté bien. Lo que me preocupa es lo de Andrés, tarde o temprano van a preguntar. Hoy es domingo y, en teoría, máximo regresábamos hoy mismo. A ver qué dice Nadine o su mamá, no sé qué debamos hacer. Creo que lo más lógico sería decir que no llegó, que le llamamos y no contestó el teléfono y pensamos que se había cortado del plan, que no nos preocupó y por eso ya no insistimos.

—Pues, sí, es lo más creíble, nadie nos vio pasar por él porque nos esperó en la calle…

Me quedé en silencio, no podía con la culpa.

—Ya, ya, no pienses en él, no se va a ir de nuestra cabeza, aprende a vivir con eso, deja de maltratarte, lo que hicimos fue pura supervivencia, o iríamos los dos a la cárcel.

—Está bien. Entonces, mañana temprano empezamos con el plan.

10
LA FINA LÍNEA AZUL DEL MAR

5:30 a. m. Sonó el despertador. Me levanté y me preparé para salir. Tomé las cosas del coche y las bajé, las escondí en el baño, preparé a Paris, lo puse en su silla con mucho esfuerzo y salí hacia la carretera. En menos de media hora estaba en la entrada a Acapulco. El día estaba fresco, era temprano. El cielo, alucinantemente azul, se perdía en el horizonte entre los tonos también azulados de la fina línea del mar.

Me dirigí hacia el centro: era menos probable encontrarme con alguien conocido por casualidad. Paré a comprar un café y unos cigarros mientras esperaba a que abrieran algún centro comercial o un Sanborns para comprar la cámara. Opté por el Sanborns, abría a las 9:00 a. m. Mientras esperaba, veía a la gente caminar en la calle, despreocupada, dirigiéndose a sus trabajos, a la escuela. La mayoría era gente local y pensaba: ¿qué historias contarían cada uno de ellos si pudieran? Así como cualquiera podía mirarme a mí sin sospechar que las mismas manos que sostenían un cigarro y un café habían desmembrado a una persona un par de días antes.

Lo revivía una y otra vez, no quería darle más vueltas. Era recurrente y horroroso. Mi corazón se laceraba cada vez que me venía a la mente algún recuerdo, no podía más. De nuevo, sin poder evitar que las lágrimas salieran a borbotones, tuve que tomar aire despacio y tranquilizarme, pues sentía que me iba a estallar el cuello con tanta presión, la garganta me dolía de tanto contener el llanto, era imposible. Mi amigo Andrés… ¿Por qué Paris no me había dicho nada? Podríamos haberlo solucionado de otra forma. Me dolía el corazón.

Así estuve. En una batalla mental y emocional durante casi una hora entera. Pensaba que estaba loca por haber consentido las ideas de Paris y seguir con su plan para salvarme. Pero, de forma paralela, no podía ignorar que algo estaba mal con él. ¿Por qué lo mató? ¿Por qué así? Solo podía pensar en lo inocentes que éramos antes cuando estuvimos juntos en Europa, los paseos, los helados, las largas horas que caminamos de la mano por cualquier lugar bajo el sol del verano; disfrutábamos todo, así como era, simple, fácil, hermoso. Nuestros encuentros recurrentes a lo largo de la vida, los bares, las visitas a los museos, el cine. ¿Por qué nos habíamos convertido en estas personas nefastas, enloquecidas, que para el día de hoy acumulaban en su historial varios robos de los que se habían desprendido otras actividades nada normales y de las que disfrutaban con desenfreno y, luego, para salvarse de algo que todavía no había sucedido, habían asesinado y descuartizado a su mejor amigo? ¿Qué había pasado en el camino para dejar de disfrutar lo que no cuesta nada? Qué mierda de vida.

Dieron las 9:00 a. m. Tomé mi bolso y me bajé a comprar la cámara a la tienda, un chip para el teléfono, más cigarros, unas medicinas para Paris y algunas otras cosas. Pagué y salí.

Vi una patrulla de policía. El poli me miró y sentí un golpe helado recorrer toda mi espina dorsal hasta el cuello. ¡Sentía que me temblaba la cabeza! Empecé a sudar y el poli me lanzó una mirada fija.

—¿Se siente bien?

—Sí, sí oficial, es el calor —le respondí con una risita nerviosa.

—Hidrátese, vaya con cuidado.

Dios, ¿por qué tenía que reaccionar así justo cuando no quería ser notada? Creo que no pasó a mayores, no me vio subir al coche. Salí del estacionamiento y me dirigí hacia un autolavado en la zona del club de yates. Paré en uno enorme, lleno de taxis, y les pedí apenada que limpiaran bien todo porque el fin de semana, en una despedida de soltera, mis amigas habían vomitado y sabría dios qué más. Se rieron y me dijeron que me despreocupara. Dicho y hecho, quedó impecable. Me fui de ahí y me regresé a Pie de la Cuesta.

Llegué pasado el mediodía y Paris me esperaba en la terraza.

—¿Qué pasó? ¿Todo en orden?

—Sí, ¿tardé mucho?

—No, pero se me hizo larga la mañana aquí solo, piense y piense.

—Yo también estuve así, pero, bueno, aquí está todo.

—Vino Lucio, le dije que habías ido a Acapulco, y se fue sin preguntar más.

Sacamos las compras. El plan era rentar una lancha e irnos a dar vueltas hasta encontrar un lugar en el que pudiéramos lanzar todo al mar sin que nadie lo notara. Le pregunté a Lucio, para variar, sobre quién nos podía rentar una. Me contestó que un amigo suyo tenía un yate pequeño y que lo rentaba en ocho mil pesos por cinco horas. Me pareció más que suficiente y le dije que lo queríamos rentar porque éramos fotógrafos y sabíamos que el lugar ofrecía atardeceres espectaculares y no podíamos dejarlos pasar sin tener un registro de ellos. La renta incluía a una persona que nos llevaría y nos traería de regreso, le dije que no era necesario y que preferíamos ir solos y, un poco desconcertado, me dijo que no creía que fuera posible. Se me ocurrió decirle que no iba a pasar nada y que a fin de cuentas tenían mi coche en garantía, les dejaría las llaves si fuera necesario y le ofrecí un pago extra. Me costó trabajo convencerlo, pero en vista de que era un tipo influenciable, y era obvio que tenía una debilidad por las "güeras", lo logré. Cerramos el trato para el día siguiente alrededor de las dos. Le pedí que incluyera una hielera con bebidas y algo de comer, y que me ayudaran a subir el equipo: la maleta negra y otra que había llenado de piedras y que harían de ancla a lo demás. Le dije que era equipo delicado y pesado, que por favor tuvieran cuidado al moverlo. Todo parecía estar saliendo perfecto.

Al día siguiente, a la una de la tarde, estábamos listos para ir a tomar fotos. Nos ayudaron con todo, subieron las maletas, la hielera, nos explicó cómo funcionaba la lancha, aunque Paris sabía de sobra como manejarla. El tipo quedó tranquilo, pues notó que no era la primera vez que se subía y manejaba una; Paris hasta bromeaba diciéndoles que le subieran unos esquís. Salimos cerca de las 2:30 p. m.

El mar, no me canso de él. Lo miraba estupefacta. Una masa inmensa, salvaje y profunda, misteriosa en todos sentidos. El agua nos salpicaba la cara, el sonido del motor nos hipnotizaba junto con el choque de las olas, el sol nos abrasaba; estábamos inmersos en nuestros pensamientos, tan profundos como ese mar que surcábamos sin rumbo en busca de un lugar donde no hubiera ojos curiosos; buscábamos detenernos un rato y deshacernos de lo que pudiera conectarnos con la muerte de Andrés.

En medio de la nada, nos detuvimos. No veíamos tierra; suficiente para no ser descubiertos con facilidad. Abrí la hielera y saqué dos cervezas. Las destapamos y empezamos a beber.

—Creo que, al menos, aquí a solas los dos, deberíamos decir algo o pensar un momento en él, pedirle perdón. No merecía morir.

—No estoy tan seguro de eso. Marion, creo que este güey algo traía, ¡nos iba a delatar! No sé, me dio mala espina todo su *show* el día que me fue a buscar. No te claves más.

—Bueno, ¡para ya con eso, ya no está! Yo sí siento la necesidad de hacerlo y lo voy a hacer.

—Pues yo no.

Lo miré fijamente; me sostuvo la mirada desafiante. Ahí estaba ese resentido otra vez, su frustración lo transformaba en una persona horrible.

—Está bien, no lo hagas, yo sí me voy a tomar un minuto para hacerlo.

En cuanto me di la vuelta y pasé a la parte trasera para cerrar los ojos por un momento, me asustó el sonido súbito y fortísimo del estéreo de la lancha. Puso una música estridentísima, creo que era el clímax de alguna canción de *thrash metal*. Yo solo le había pedido un minuto para pensar o enviarle un poco de luz a mi amigo. Muy molesta volví la cabeza hacia él para reclamarle.

11

EL SUBE Y BAJA

Estaba de pie.

Sí, de pie. Se aferraba con tanta fuerza a los descansabrazos del asiento donde manejaba que las venas de sus manos parecían estar a punto de estallar…, pero estaba apoyado sobre sus pies. Mi cabeza no procesaba lo que veía, ¡no era posible! Los médicos lo habían dicho: no volvería a caminar. A mi entender, tampoco podría pararse, ni siquiera ayudado parcialmente por sus brazos. Su expresión era la de un eufórico descontrolado. Una sonrisa que daba terror, en medio del mar, solos; ¿cómo reaccionar?, ¿qué esperar? Mi miedo se acrecentaba imparable. No experimenté ni la más mínima alegría al verlo así. Me dio pavor; me dio asco.

—¡Marion! ¡Mírame! ¡Puedo sostenerme de pie! —Su respiración agitada lo obligaba a mantener la boca abierta, como un pez que boquea fuera del agua, lo que dejaba ver todos sus dientes y un par de hilos de saliva espesa que en ese momento me provocaban una repulsión tremenda, su sudor, sus ojos a punto de desorbitarse por la emoción, su cuerpo trémulo, su satisfacción, su éxtasis…

Se dejó caer exhausto. Yo seguía inmóvil y de seguro también con la boca abierta. Aquello habría durado un minuto o dos como máximo, pero sentí pasar cada segundo como una eternidad. Delirante a causa del estrés, en mi cerebro se repetían imágenes inconexas de todo lo que habíamos hecho. Sentía retumbar todo en mi mente; como puñetazos me golpeaban el juicio, la entraña, uno tras otro sin detenerse. Me quedé sin aire para respirar. Aquel momento me provocó una revelación: pensar que, desde el momento en que quedó paralizado por aquella bala, lo único que yo

pude haber deseado, y por lo que habría renunciado a cualquier cosa, era que él pudiera volver a caminar; al ocurrir así, todo dio un giro inesperado. Ya no podía verlo igual, ya nunca sería lo mismo. El hecho de que hubiera intentado y logrado ponerse de pie me dejó fuera de mí, me nubló la mente, me secó de golpe cada partícula de ese amor que por tanto tiempo habíamos compartido. Sentí, intercalándose, el dolor y la tristeza; un torbellino de emociones y de sensaciones que se manifestaban a nivel físico; la falta de aire me provocaba una angustia irreal; los escalofríos me recorrían intensos; la náusea no me dejaba pensar; me temblaban las piernas, estaba petrificada.

—¡Ven, abrázame, Marion! ¡Lo logré!

Tuve que fingir, no supe qué más hacer. Me sentí tan vulnerable que no se me ocurrió otra cosa.

—¡Estoy en *shock*! —le dije sin poder sonreír siquiera—. ¿Cómo hiciste eso? ¿Es la primera vez que lo haces?

Me acerqué a él y lo abracé; sentía que iba a enloquecer. Al abrazarlo, me sobrecogió su fragilidad: ahora me provocaba ternura. Una montaña rusa, un sube y baja, lo odiaba y me repugnaba y, por otro lado, sentía que el Paris de antes cohabitaba en ese cuerpo con un asesino, un hombre despreciable, egoísta y despiadado. Me desbordé. Lloré, ya no podía contenerme. Fueron momentos demasiado confusos después de esa escena. Recordarlo a él de pie, en ese momento, la música frenética que había puesto, ni siquiera le gustaba. ¿Qué le pasaba? Eran dos mentes en un solo cuerpo, dos partes tan diferentes. Sentí terror.

Lo solté y me senté en el piso. Lloré, estaba rebasada. Creí por un momento que me iba a morir, esto era demasiado para procesar. En menos de una semana nuestra existencia se había transformado en un frenesí inimaginable, sin ninguna lógica, sin coherencia, nada tenía sentido. Me hubiera gustado que alguien pudiera despertarme de la pesadilla, pero la pesadilla era mi realidad, lo que yo misma había decidido, solapado, lo que —como muchas veces en mi vida— dejé suceder, sin oponer resistencia.

Me alargó con la mano una cerveza. Tenía una mirada casi animal, como de no saber expresarse, como si fuera un venadito

muerto de miedo. Perdí el control. Estaba ahí, tirada en el suelo de la lancha, apoyada contra el borde, extenuada, a punto de un brote psicótico. No dejé una sola gota, necesitaba relajarme. Le pedí una más, esta vez fui despacio, sorbo a sorbo, y después de un rato pude confesarle cómo me sentía.

—No sé cómo explicarte lo que siento, es todo tan confuso... Tienes momentos increíbles, me pareces la mejor persona en el mundo, y en otros de golpe te vuelves cruel y malo. Por otro lado, te veo de pie y no sé si me has ocultado cosas, ¿por qué no me dijiste?, ¿hace cuánto pasó esto?

—Sé que elegí el peor momento, pero sentí el impulso de mostrártelo. En lugar de ser algo que te alegrara, de seguro te di miedo. —Me conocía bien, tomó aire y siguió—: Desde el viernes no tomo un medicamento que reduce la inflamación de ciertas terminaciones nerviosas porque no lo traigo. Entonces, el sábado cuando llegamos a los *bungalows* después de haber pasado todo un día sentado, tuve, según yo, una sensación en los pies, como un cosquilleo. De momento pensé que era uno de esos engaños del cuerpo, he escuchado que pasa, pero sobre todo los primeros meses, y ya pasaron muchos más desde lo del accidente. Lo dejé pasar y en la noche sentí que me rozabas con los pies... De verdad pensé que era un alucine todo esto, no podía contártelo porque era absurdo. Además, después de todo lo que pasamos el día anterior, no iba a ponerte más estrés.

—Pero ¿cómo?

—Ayer que te fuiste temprano intenté ponerme de pie varias veces, hasta que me caí. Me quedé en el suelo, intenté levantarme, pero no lo logré y después de un buen rato tocaron la puerta. Era Lucio, le grité que abriera la puerta y entró, me ayudó a subir a la silla, no le dije lo que había intentado, solo que me estiré de más para alcanzar mis lentes en la mesa y me había desbalanceado y me caí. Le pedí que no te dijera nada. Me preguntó que por qué estaba en la silla de ruedas, y le respondí que había tenido un accidente esquiando en agua y que llevaba unos meses en recuperación, que no era definitivo. Me contestó muy animado que él estaba seguro de que pronto podría caminar y esquiar otra vez. Le dije que estaba

seguro de que así sería, se despidió y salió del cuarto. Medité sobre eso que le dije, sobre que era temporal. Entonces, me decidí. Seguí intentándolo varias veces más hasta que lo logré. Me senté de nuevo, agotado, y después de unos minutos lo volví a intentar y lo logré otra vez, sentía el peso en mis pies, en mis rodillas... ¡Lo sentí! Entonces, me di cuenta de que no era imposible. Algo cambió en esas horas sin el medicamento, o el haber estado en una sola posición todo el día, no sé si tanto estrés cambió en algo mi cuerpo, su química, la adrenalina, no tengo idea, Marion, pero ¡puedo estar de pie!

De nuevo, la montaña rusa. Después del episodio en que me pareció repugnante la escena, lo volví a ver y me arrepentí. Era cierto que, bajo tanto estrés y después de haber hecho todo lo que habíamos hecho, estábamos *tocados*. Quedamos pensativos y en silencio, escuchando el golpeteo constante de las olas contra la lancha.

—¿En qué momento? ¿Cuándo cambió todo, Paris?

—No lo sé. O sí...

—¿Cómo?

—Piénsalo, siempre estuvimos medio locos, pero la realidad es que no hacíamos daño a nadie con nuestras locuras. Nos metíamos esporádicamente alguna droga o algo para experimentar cosas nuevas, esa fue una época divertida, ¿te acuerdas?

—Sí, claro que me acuerdo.

—Pues eso pasó, y era diversión con poco riesgo. Luego, vinieron cosas más fuertes a las que yo te invitaba porque me gustaba ver tus reacciones; tú tan bien portada y te atrevías a hacer cosas que ninguna otra novia mía, por lo menos, se hubiera animado a hacer. Después se me ocurrió llevarte a tu primer robo… Nosotros ya lo habíamos hecho algunas veces y todo salió perfecto. —Hizo una larga pausa, como para aclarar las ideas antes de seguir—. Poco a poco pierdes el miedo, cada vez te parece más sencillo, y una sensación absurda de que no te va a pasar nada te llena el cuerpo, empiezas a sentir demasiada confianza. En un principio, antes de que Andrés fuera el único encargado, nos turnábamos para conocer a las chavas con las que queríamos salir. El *rush* empezaba cada vez

que nos tocaba ir a sus casas a visitarlas, encontrar los rincones más escondidos donde nos besábamos para que "nadie nos viera", y era justo así como descubríamos todos los lugares secretos. Pasábamos buenos ratos con ellas mientras recorríamos los jardines, los cuartos, los pasillos por donde, llegado el momento del robo, íbamos a entrar. Es una adicción a final de cuentas. Te arrastré a todas, y aunque ese rasgo no estaba activo en ti, sí existía, hacía falta darle chispa, yo se la di. Nos enganchamos. Y como en cualquier adicción, cada vez necesitas más para satisfacer tu sed, en este caso de adrenalina, de emoción, de desafiar a la vida.

—Pero el exceso de confianza nos mató.

—Tú y yo lo hicimos. No fue solo una vez, ya sabes lo que se siente, nunca es suficiente. Para mí llevarte era el acto de complicidad más grande que pudiera existir; el hecho de que tú accedieras y me dieras ese nivel de confianza, de que no dudaras que nada te iba a pasar junto a mí, me hacía sentir tan poderoso. Pero, sobre todo, sabía que latíamos juntos y no se me ocurrió pensar que el sexo después de los robos iba a ser algo tan irreal. Es eso, creo que perdimos la noción de la realidad, del bien y del mal. —Suspiró entrecortado mientras hacia una pausa—. Perdóname, Marion, te arrastré hacia lo peor y hoy, a pesar de todo, estás aquí y estamos juntos. Nos costó caro vivir esas experiencias, no imaginé llegar a este punto.

—Al que le costó más caro fue a Andrés —le dije para hacerle entender que por más mal que hubiera hecho Andrés en ponerse nervioso, y en todo caso delatarnos, matarlo había sido terrible, injusto—. Y, después, acabar así con su cuerpo..., no sé si voy a poder vivir con eso.

—Tranquila, tienes razón, vamos a dedicarle un momento.

Nos quedamos en silencio. Él abrazándome, y yo sintiéndome culpable por el simple hecho de respirar y de estar viva. Levanté mi cerveza, tomé aire, cerré los ojos y me la empiné entera. Paris hizo lo mismo, y en un acto reflejo decidimos comenzar a deshacernos de todo antes de que algo más pasara.

Abrí las dos bolsas, metí en la grande la que tenía las piedras que ayudaría a que no flotara todo lo demás. Sería difícil que algún día

saliera a la superficie y, sobre todo, imposible que alguien ahí conectara los objetos con el crimen. Decidí que los cuchillos, la sierra, la pistola, la pala y demás, los íbamos a lanzar sueltos después de enjuagarles los restos de sangre y asegurarnos de borrar las huellas; si llegaran a encontrar la bolsa, sería más sospechoso que apareciera todo junto. Lanzamos todo a que se perdiera en las profundidades y se quedara ahí hasta convertirse en parte de la inmensidad, igual que el amargo recuerdo de todo lo que había sucedido, perdido, anclado al profundo y desconocido suelo arenoso del mar.

—Aquí se acaba, Marion. O no podremos ser felices otra vez —me dijo mientras miraba todo hundirse.

—Dudo que podamos ser felices.

—Entiéndeme, siempre va a estar ahí, pero no alimentes el recuerdo, es un monstruo.

—Está bien.

—Promételo, Marion, no volveremos a hablar del tema si no es para resolver algo pendiente. Ya no.

—Lo prometo.

Arrancamos para volver bastante anticipados. Teníamos que entregar la lancha a las 7:00 p. m., y eran cerca de las 5:30 p. m. Aprovecharíamos y evitaríamos las preguntas acerca de las bolsas faltantes.

Llegamos, les pedí a dos chicos que pasaban que me ayudaran a bajar a Paris. Bajé la hielera y nos fuimos al *bungalow*. Le llamé a Lucio y le entregamos la hielera y las llaves de la lancha. Descansábamos un poco, y de repente sonó el teléfono de Paris. Nos miramos, contestó, y era Olivia.

—Pues si está raro, ma, nunca apareció, pensamos que nos había dejado plantados y no quisimos insistir, le llamamos varias veces y no nos contestó.

Olivia le contestó algo…

—Ah ok. —Vi la cara de Paris palidecer, no podía adivinar qué pasaba porque no estaba escuchando a Olivia—. Pues que nos avisen si saben algo, déjame ver a quién le llamo o a quién le

pregunto, regresamos pasado mañana, a menos que se necesite algo. Sí, ma, un beso, te llamo cuando estemos cerca de llegar.

Colgó.

—¿Qué pasa? —le pregunté nerviosa.

—Pues que fue la mamá de Andrés, y también Nadine, a preguntar que por qué no habíamos regresado. Le contesté que nos había plantado, que le llamamos varias veces y que no contestaba. Que nos dimos por enterados que no quería acompañarnos.

—¿Y? ¿Qué dijeron?

—Andrés olvidó su teléfono en su casa. —Suspiró.

—¡Puta madre! ¿Y ahora? ¡Ni siquiera van a estar las llamadas! No nos van a creer nada. —Me encendí un porro que compartimos y comencé a caminar en círculos alrededor de la mesa—. Claro, no estaba el teléfono cuando saqué las cosas de su ropa. ¡¿Cómo no me di cuenta?! ¡Qué imbécil! ¡Nos van a descubrir Paris!

—No, no, espérate, calma, no te pongas así, eso no ayuda. Le dije que regresábamos pasado mañana, así tenemos un día para pensar y solucionar.

—¡Qué desmadre! Esto apenas empieza y según tú y yo no volveríamos a hablar del tema. ¿Habrá más cabos sueltos? ¿Qué tantos errores más habremos cometido que nos puedan incriminar?

—Hay que repasar todo —me respondió mientras le daba un jalón al porro y de reojo se volteó a mirar el anillo que seguía en su mano.

Yo también miré el anillo. Al sentirme perdida, el ópalo representaba algo más allá de todo. En un acuerdo tácito, me puso el anillo en el dedo anular izquierdo. Nos miramos, guardamos silencio. Nos besamos lento, nos dejamos llevar, nos tocábamos con calma, sin duda ya vivíamos una realidad al borde de la locura. Subidas y bajadas en ese momento se convirtieron en un viaje con los ojos cerrados, entre las imágenes de los horrores que habíamos cometido y las sensaciones que nos entregaban al placer de nuestros cuerpos envueltos en el humo del porro que nos pasábamos de boca a boca; la confusión era abrumadora, estábamos ansiosos y adormecidos por igual. Los picos y valles en nuestra historia se comprimían cada vez más; era una inestabilidad

tan intensa que había llegado a rozar en lo ridículo. Hicimos el amor, nuestra perversidad se hacía cada vez más evidente; avanzando con pasos caprichosos, desiguales y anómalos, íbamos mordiendo poco a poco la locura.

Decidir es renunciar. No había vuelta atrás. Las palabras de Ítalo Calvino, que hacía tiempo un amigo mencionó una noche durante la cena, se quedaron dando vueltas en mi cabeza: "Cada elección tiene su anverso, es decir, una renuncia, por lo que no hay diferencia entre el acto de elegir y el acto de renunciar". Estar aquí, hoy, nos ha obligado a renunciar a estar en cualquier otro lado, con otra persona o en solitario. De eso se trata la vida, decidir, renunciar, decidir, renunciar. Todo el tiempo, a todas horas, desde que amanece hasta que te vas a acostar, el lugar en el que vives, la comida que comes, la ropa que usas, el trabajo, la pareja, el viaje, el coche, la vuelta a la derecha o a la izquierda, arriba o abajo, té o café, frío o caliente, salado o dulce, poco o mucho, voy o no voy, él o el otro… Decide, renuncia, decide, renuncia. Lo cierto era que no habíamos renunciado a nosotros ni al guardián perverso. Ahora no solo estábamos los dos, ya éramos tres… Y el rey del trío era él, que tenía nuestros ojos clavados en su brillo y en su transparencia, en los rojizos destellos flamantes de las vetas en el interior del pequeño universo amarillo que los rodeaba. Los diamantes hacían una cerca deslumbrante que parecían protegerlo sin opacarlo de ninguna forma. En él habíamos depositado todas nuestras esperanzas de no ser descubiertos, porque aún sentíamos que lo que ocurrió había sido el efecto o la consecuencia de situaciones fortuitas que nos habían arrastrado hasta ahí. No me consideraba una persona malvada, si acaso, un poco perdida. ¡Qué ingenua! Después de hacer todo lo que nos llevó hasta ahí, todavía creía que éramos buenas personas, arrastradas por la mala suerte hasta esa situación.

Pero me sentía protegida y poderosa, ahora lo tenía yo y era mío. Me daba una especie de nueva identidad.

Pensaba todo el tiempo en qué pasaría con esto que teníamos pendiente, debíamos acabar, aunque la realidad era que eso no iba a suceder, pues si las cosas salían como habíamos pensado y nadie encontraba el cuerpo, el pobre Andrés estaría desaparecido por

quién sabe cuánto tiempo, quedaría el latido de la duda y de la incertidumbre hasta el infinito.

—Regresemos mañana, ¿para qué esperar más? —le dije mientras me levantaba de la cama.

—Pero ¿y qué vamos a hacer?

—Pues imagínate y prográmate para pensar y actuar como si tú y yo no hubiéramos tenido nada que ver. ¡Así tiene que ser! Tú y yo no sabemos nada, no entendemos, igual que todos los demás. Sorprendidos, expectantes, preocupados, tenemos que buscar, sufrir, llorar y desesperarnos porque no hay ninguna pista, nada. Así es como debe ser, Paris; de lo contrario, estamos en el puto hoyo.

—Claro, alguien preocupado no se quedaría un día más. Empaquemos las tres chingaderas que traemos y salgamos mañana temprano para poder estar allá y ver qué se puede hacer.

—Hecho.

Programados, decididos a seguir con la mentira en todo su espectro, nos preparamos para salir al alba al día siguiente. Pagué esa noche la cuenta del hotel y todo lo que le debíamos a Lucio y le dije que regresaríamos pronto.

—¡Cuídense, güera! Luego me traes a tu chavo cuando ya esté bien y nos vamos a dar unas vueltas, pa' que esquíe.

Me reí. Sin decir más ni dar ningún detalle, me regresé y nos fuimos a la cama.

Antes de que amaneciera, estábamos subiéndonos al coche. Parecía que no había pasado nada. Ningún rastro, ninguna huella de nada. No quedaba un solo objeto, ninguna otra pista que pudiera incriminarnos. Solo teníamos el pendiente del teléfono. Aunque en el camino surgió otra duda.

—Y si nos preguntan exactamente dónde estábamos —preguntó de la nada.

—Híjole… Sí, bueno…, pues si es una simple pregunta de Nadine o de Elena, podemos librarla; pero si investigan hacia ese lado, no tenemos forma de comprobarlo. ¿Y si decimos que estábamos con Cruz?

—¡No! Nadine sabe perfecto dónde está, puede que le cueste trabajo, pero si pregunta, llega, de eso no tengo duda. Y ahí Cruz no

nos va a ayudar, acuérdate, ni con dinero podemos solucionarlo, no le interesa.

—Tenemos que pensar en algo, no podemos quedarnos sin coartada por si acaso. Algo que puede ayudar, Paris, es que se enteren de los avances que tuviste. Eso haría menos dudoso todo, que digas que te hicieron las limpias, los tratamientos, masajes, ¡yo qué sé! Y de esa manera, pues se distrae un poco la atención o le damos más credibilidad a todo. ¡Al final, te puedes parar! No hay que perder eso de vista.

—Sí, es cierto. Tenemos que pensar en algo.

Elucubramos y especulamos todo el camino de regreso.

Paramos en Tepoztlán para comprar algo y de esta forma crear ciertas pruebas de que habíamos estado ahí. Desayunamos en un restaurante típico, Axitla. Después, en el mercado, compré chapulines, hormigas chicatanas, tortitas prehispánicas, una delicia que cada vez que íbamos comíamos en el mercado; también, compramos para llevar. (Las llaman tlalqueadas, las preparan con vegetales, flores, semillas. Nuestras favoritas, las de flor de jamaica, pétalos de rosa y menta, la de siete semillas que se sirve con mole de amaranto). Eso y una bolsa artesanal para meter todo dentro. Me pareció que comprar un par de tortilleros y unos platitos de madera contribuían a la veracidad de la historia.

Salimos de ahí directo a casa de Paris. Me quité el anillo, por supuesto, y lo guardé en mi bolsa. Al llegar, bajamos todo. Nos recibió su mamá y lo primero que nos dijo fue que Andrés seguía sin aparecer. Yo miraba la conversación como en un partido de *ping-pong*, volteaba de un lado al otro, hasta que me di cuenta y los interrumpí:

—Pues creo que deberíamos ir a ver a su mamá, Paris, a ver si necesita algo, ¿no crees?

12

NO LO BUSQUES EN MIS OJOS

Después de bajar lo que traíamos en el coche y asegurarnos de que Olivia y Adela, la cocinera, vieran que habíamos traído las cosas de Tepoztlán, nos volvimos a subir y nos dirigimos a casa de la mamá de Andrés. En el camino nos pusimos de acuerdo para no entrar en mucho detalle en cuanto a lo que en teoría había sucedido.

—Entonces —le dije a manera de repaso—, nada más le decimos que llegamos al punto de encuentro, en el Altillo en Universidad y Francisco Sosa, y que no estaba. Lo esperamos unos veinte minutos, le llamamos un par de veces y no tuvimos respuesta, y dimos por hecho que no venía, que, como lo conocíamos bien y sabíamos que era un clásico de Andrés no contestar el teléfono cuando no quería hacer algo, pensamos que nos había plantado para quedarse con Nadine, y decidimos irnos sin ninguna sospecha de que algo malo hubiera pasado.

—Sí, así lo hacemos. Si pregunta algo más, contesto yo. No digas nada, para no enredar las cosas, nos quedamos con lo que yo diga y más adelante tejemos algo para salir ilesos y darle carpetazo a todo esto.

—¿Carpetazo? ¡Es que no va a haber carpetazo! Piénsalo, no hay cuerpo, ¡no está muerto para ella! ¡Esto se va a quedar vivo durante años! Ninguna madre abandona la búsqueda de su hijo desaparecido hasta que al menos haya una señal de que está muerto. Tenemos que tejer eso, no otra cosa. Hay que pensar en qué decir y qué hacer para que en algún momento esto se termine.

—Tenemos que lograr que esto se termine, y mejor que sea pronto.

Al llegar a casa de Andrés, tocamos la puerta. De inmediato abrió su mamá. Sus ojos me impresionaron; su mirada desesperada buscaba en nosotros a su hijo. Estaba descolocada, con una sonrisa esperanzada nos hizo pasar.

Ya, adentro nos saludó y abrazó a Paris durante unos segundos; le rodó una lágrima por la cara mientras lo hacía. Sentados en la sala, comenzamos a platicar y, como era obvio, comenzaron las preguntas.

—¿Dónde quedaron de verse?

—En el Altillo. Nos paramos ahí durante unos veinte minutos y al ver que no llegaba le marcamos un par de veces y no contestó. La verdad, Elena, ahora lo pienso y tal vez debimos haber insistido más, pero ya lo conoces, no es raro en él que no responda cuando se quiere desaparecer.

—Sí, tranquilos, no se sientan mal por eso, yo también lo hubiera pensado. ¡Ay, Andrés! Siempre hace esas cosas… —Pero ¿a qué hora lo llamaron?

—Pues era temprano, quedamos a la 1, habrá sido la 1:20, 1:30. Lo llamé aquí a la casa porque el celular me mandó al buzón y pensé que lo tendría apagado.

Paris anticipó que el teléfono lo habían encontrado ya sin batería después de un día o más y el registro de la llamada al celular si estaba apagado no aparecería.

—Es justo a esa hora que no hay nadie en la casa, y el celular estaba apagado cuando lo encontramos, por eso no puedo entender a dónde se fue. —Se le quebró la voz al decir esto último.

Al estar en pleno conocimiento de todo lo que había pasado, sentí que se me cerraba la garganta sin poder controlarlo y suspiré anticipando el llanto. Sus ojos se le inundaron y se le desbordados, dejaron correr el dolor que sentía. Me acerqué para rodearla con mis brazos, me atormentaba cada recuerdo de la escena de aquella noche. Paris era un asesino y yo su cómplice. Lo descuarticé. Le prendí fuego. Enterré cada parte de su cuerpo, ¡no podía creerlo! Yo no era una mala persona, ¿por qué lo hice? Debí haber dejado que Paris me matara junto con él, no creía poder vivir tranquila jamás. La apretaba con una fuerza asfixiante, en un intento de disculparme

con ella en secreto por haberle robado la posibilidad de volver a ver su hijo con vida. La dejé ir y, aunque nos costó recuperar el aliento, retomamos la plática poco a poco.

—Elena, ¿tienes idea si tenía algún problema? No me parece lógico que desaparezca así nada más. ¿Lo notaste raro? —preguntó Paris.

—No, de hecho, pensaba preguntarles si ustedes lo habían notado raro. Yo solo supe que Nadine regresaría a Francia pronto, pero no sé bien cómo va su relación, si es algo serio o si tenían algún plan. Ya ves que Andrés es tremendo con este tema, tiene novias distintas, sale con muchas chicas… Me preocupa que esté en un lío con alguna, o no sé tampoco si está metido en algún tema de otro tipo. Solo les comento esto a ustedes porque son muy cercanos a él, pero a decir verdad sí había estado raro, ahora que lo pienso.

—¿En qué sentido, Elena? —preguntó curioso Paris.

Entonces, nos contó que lo había sentido un poco retraído, no le contaba casi nada, se encerraba por largos ratos, escuchaba música en su cuarto y no salía tanto como antes; según ella, algo raro pasaba. Nadine había estado al pendiente, estuvo con ella desde que no se sabía nada de él.

—Pero ella es diferente, los europeos son más fríos y por momentos siento que no lo ve tan grave como yo, me refiero al hecho de que esté desaparecido.

Paris le preguntó si había dado aviso a la policía; le respondió que el sábado, pero que debían pasar más horas o hasta días para que esto realmente fuera una denuncia por desaparición o secuestro. No tenía ningún dato, nada que le diera una pista.

—Como no había nadie en la casa, no sé a qué hora salió, no sé ni cómo iba vestido. Yo me salí, como de costumbre, a trabajar a la Universidad temprano, 7:30 a. m., y no me dejó dicho qué iba a hacer. Por eso fui a casa de tu mamá y me dijo que se habían ido a Tepoztlán de nuevo el fin de semana, te llamó y le contestaste que no estaba con ustedes. Ahí notifiqué a la policía.

Paris volvió a disculparse por no haberle dicho que nos había plantado, por no poner en dimensión la gravedad de las cosas; a lo que ella respondió que no había forma de que pudiéramos siquiera

sospechar que algo así hubiera pasado. Enfrascados en una mentira que parecía no tener fin, cada vez las cosas se complicaban más. Me extrañó que Paris no me contara sobre la llamada de Olivia el sábado, que debió haber sido cuando yo estaba abajo del coche sobre el cuerpo de Andrés.

La charla con Elena se extendió cerca de media hora más. Nos preguntó con evidente vergüenza si Andrés estaba metido en algún tema de drogas. Mi papel como escucha estaba a punto de no estar justificado, pero en eso habíamos quedado y no estaba dispuesta a arriesgarme. Paris solo le respondió que él creía que no, que de repente fumábamos mariguana como algo recreativo y para nosotros no era de todos los días, pero que al final no podía aventurarse a decir más porque no lo sabía de cierto. Al mirar a Paris, lo descubrí en su mirada; estaba segura del pensamiento que le había surgido en el segundo en que Elena preguntó lo de las drogas.

Salimos de la casa, no sin antes despedirnos y ofrecerle nuestra ayuda para lo que fuera necesario y al estar ya en el coche repasamos y comentamos la plática con Elena.

—¿Qué irá a pasar? —le pregunté a Paris para darme cuenta de que si lo que yo había pensado lo pensaba también él.

—Pues no sé si estoy bien pendejo, pero creo que, si ella sospecha lo de las drogas, podría ser algo que nos saque del problema.

—Lo pensé y te vi la cara en cuanto lo dijo. ¡Lo sabía!

—Si logramos relacionar alguna pista hacia ese lado, Marion, estamos del otro lado.

—Sí, lo sé, pero ¿cómo?

—Pues tenemos que pensarlo bien, muy muy bien.

Sin duda, la visita a Elena había sido estresante. Pero después de saber que ella de ninguna manera sospechaba de nosotros, nos tranquilizamos y recordamos la situación de salud de Paris, no podíamos pasar por alto la mejoría y el evento que se dio en el yate. Insistí en que sería bueno ir al día siguiente a que lo revisaran, a que le hicieran estudios y lo que fuera necesario para saber en qué estado se encontraba su problema.

—Tengo que hablarlo con mis papás primero. Sería mejor de una vez, ahorita que lleguemos a la casa y así distraemos la atención de todo el tema de Andrés, y por supuesto que, si hay alguna mejoría, sería la mejor noticia del mundo. ¿Quieres estar? Creo que sería bueno.

—Claro. Tenemos que planear bien que vamos a decir.

Acordamos decir que estuvimos en Tepoztlán en un lugar apartado, no en hotel, que nos llevaron con un sanador. En alguna parte, Paris había leído que en efecto hay sanadores que vienen o desde Brasil se desdoblan y te operan.

—Podemos pensar en algo más y decirles que estuviste todo un día en la misma posición, que te dieron baños, alguna otra cosa y que además no tomaste el medicamento. Se me ocurre algo así. Cualquier cosa para la que no tengamos respuesta, se justifica si nos declaramos ignorantes sobre el tema, como... no sé qué me dieron, o si mientras estábamos en el estado alterado por la sustancia, hicieron algo más…

—Entonces, esperemos un día más. Mañana investigamos sobre las opciones para armar bien el plan y entonces les cuento a mis papás. No podemos permitirnos un solo error o estaremos en peligro de que nos descubran.

—¿Y sobre Andrés? ¿Qué va a pasar con la policía? También están Hector, Fiamma y Rudy…, podrían ponerse en contacto y preguntar por él.

Entonces, decidimos que teníamos que seguir como los otros, sin saber nada. No había algo que nos conectara por el momento con lo sucedido, el teléfono no tenía ninguna información que nos ligara a él en ese sentido.

—Está bien. Entonces, mañana nos vemos, paso yo por ti y nos vamos a investigar a un café internet, me llevo algo impreso de lo que encuentre en la compu, y buscamos opciones.

Tras dejarlo en su casa, nos despedimos. Al llegar a la mía, nada más pensaba en lo bizarro que se tornaba todo y la rapidez con que lo hacía. Las mentiras. Una tras otra. El engaño. Fingir que no sabíamos nada en plena conciencia de lo que había sucedido. Andrés

había muerto apenas días atrás y el tiempo engañoso se había alargado años, como en una realidad alterna o un sueño extraño.

13
EL NÓMADA

No pude esperar. A pesar del cansancio, no tenía sueño y comencé a buscar a los sanadores que Paris había mencionado. Encontré algo de información sobre los monjes de Tupyara en Río de Janeiro, me sonó bien. Estos monjes llevan años operando a veces a distancia en un tipo de desdoblamiento espiritual, en un estado de cuarta dimensión. Leí todos los detalles y testimonios que encontré y, como todas las cosas que derivan de la fe, mostraban buenos y malos: algunos aseguraban haber sido sanados de muchos tipos de dolencias; otros los consideraban charlatanería. Investigué sobre el procedimiento e imprimí lo necesario para llevarlo al día siguiente al café. Cerca de la una de la mañana decidí acostarme. Resguardé el ópalo en la cajita del enchufe detrás de la cama, no sin antes admirarlo un momento y en un acto desesperado pedirle ayuda en silencio. Mi vida era un desastre, en solo unos días todo había empeorado para Paris y para mí. Me resultaba imposible comprender cómo me sentía y cuáles eran mis sentimientos hacia él, era una sensación de desconcierto y confusión, entre el miedo, el amor, la culpa, la rabia, la desesperanza…, sobre todo eso. Cada vez me sentía más vulnerable y sin la posibilidad de ser libre y feliz.

Más o menos a las siete de la mañana, me metí a bañar, me arreglé y le llamé a Paris para avisarle que a las nueve en punto estaría en su casa. Llegué y salió acompañado de Elio, su jardinero, quien lo ayudó a subir al coche y guardó la silla de ruedas en la cajuela.

—¿Cómo dormiste?

Me contó que había vuelto a sentir el roce de las sábanas, que no quería tardar en ir con el médico porque si había algo que en ese momento hubiera cambiado, quería que lo detectaran para ver si se podía lograr una mejoría.

—Pienso que no debo hacerme ilusiones sobre volver a caminar porque quién sabe si sea posible. Puede ser una reacción nerviosa, yo qué sé.

—¡No, al contrario! Yo creo que debes pensar que todo es posible. Hay algo diferente y creo que debes ponerle toda tu fe a eso. Ayer no podía dormir y me puse a investigar sobre los monjes que mencionaste.

—¿Monjes?

—Lo que leíste de los sanadores son unos monjes que operan en Río de Janeiro, pero que también lo hacen a distancia. Encontré miles de testimonios sobre ellos y hay de todo, pero hablan precisamente de que todo está en la fe del paciente, no te dejes caer y ya pensaremos qué hacer. Vamos con el doctor y además podemos hacer esto de los monjes. Traje información.

Pensamos en ir a algún lugar fuera de nuestra zona para estar más tranquilos, podríamos haber ido a mi casa, pero era complicado porque había escaleras. Fuimos a Santa María la Ribera y paramos en un café que se veía espacioso y tranquilo. Nos instalamos en una mesa en el exterior, la fachada azul rey con marcos arqueados en ventanas y puertas lo hacía parecer un lugarcito en el centro de Oaxaca. Ordenamos un par de cafés y unos panecitos. Saqué lo que había impreso la noche anterior. Se lo di para que lo revisara.

—Se ve bien, Marion.

—Sí, ¿verdad? Podría ser algo así, no tienen que ser los monjes de Brasil, puede ser alguien aquí en México que haga esas cosas, lo he oído también, algo sobre el Hermanito Cuauhtemoc… ¿No te acuerdas de que alguien dijo que había curado a su mamá? ¿Que la operó con las manos, algo así? ¿Quién fue?

—No me acuerdo quién, pero sí. Lo que me preocupa es que en realidad no me hayan hecho nada todavía y que de alguna forma se pueda comprobar, tendríamos que tomar la idea e inventar al

personaje. Algo que no sea rastreable o hacer una cita e ir de inmediato.

—Yo busco los datos y te hago cita. Pero la cita con el doctor es lo primero el día de hoy.

La mañana estaba volviéndose productiva. Llamé al consultorio del doctor que lo había atendido y me dijeron que no estaba en el país, que había tomado un tiempo para estudiar o trabajar en el extranjero y que regresaba en cuatro meses. Nos canalizaron con otro médico que atendía a sus pacientes, el doctor Julio Schwartz. Pedí la primera cita disponible y nos la dieron para el día siguiente a las nueve de la mañana. Mientras tanto, seguíamos con la investigación sobre los curanderos. Era arriesgado inventar algo que pudiera o tuviera que comprobarse, como lo de los monjes, pues no teníamos nada que probara que habíamos tenido algún tipo de contacto con ellos antes de la muerte de Andrés. Paris no quería dejar de intentar nada, de cualquier forma, quería contactarlos; la plática que tuvimos en el coche sobre la fe lo había motivado. En uno de los escritos que encontramos sobre estos monjes se mencionaba que las personas que habían sido operadas por ellos a distancia no tenían por qué dejar sus tratamientos médicos normales, así que no nos quitaba nada intentarlo. El procedimiento para contactarlos era sencillo: enviar una carta dirigida a ellos a una dirección en Río de Janeiro con todos los datos del enfermo, edad, pronóstico médico, dirección, relato de la evolución de la enfermedad.

—El sobre se dirige al Centro Espirita Tupyara y se adjunta la dirección completa.

Mencionaban que el tiempo de respuesta oscila entre uno y dos meses por la gran demanda que tienen estos monjes, quienes no cobran un centavo. La respuesta es una carta en la que se informa qué día será operado el enfermo y las indicaciones para que se prepare. Tenía que dejar mi trabajo, aunque fuera por un tiempo, lo necesitaba para vivir más tranquila. Me tomaba mucho tiempo esto de resolver tantos problemas y, además, ayudar a Paris en lo que se venía con todo lo que parecía estar cambiando en su situación médica. Paris estaba sonriente, se había sentido productivo y activo

en cuanto a tantos temas que resolver. Al menos ya teníamos la cita con el doctor y todo para enviar la carta, nos faltaba definir qué íbamos a decir sobre las nuevas sensaciones en sus piernas y cómo habían sucedido.

—Solo falta enviarla mañana.

—Gracias, Marion, no sé qué haría sin ti.

—Lo hago con todo cariño, Paris, me encanta verte motivado. Mañana será un gran día, ya verás. Entonces, ¿qué vamos a decirle al médico, y después a todos, cuando pregunten qué pasó?

—¡Paris! Acabo de acordarme que nos contaron hace tiempo de un monje nómada que cura con energía. Podemos intentarlo también.

—¿Intentar justificarnos con eso o realmente hacerlo?

—Las dos cosas, lo voy a investigar.

Le llamé en ese momento a mi amiga Sole, una española que había venido a México a tratarse un problema de salud grave, un cáncer. El nómada estaba aquí hace unos tres años y le fue muy bien. Le pedí que me contara de nuevo a detalle su experiencia y así lo hizo. Decidimos, después de escucharla y darle muchas vueltas a toda esa información, que lo que íbamos a decir era que habíamos logrado conseguir una entrevista con él y fuimos a Tepoztlán, pues, de entre todas las opciones, estuvimos en contacto con el monje nómada, quien nos dio cita en un campamento cerca de ahí y nos quedamos de plano a acampar. Era la época del año en la que, bajo cierta luna y alineación planetaria, la energía favorecía la sanación que le podía hacer; iba moviéndose de lugar, no solo en México, sino en todo el mundo, seguía a la luna, a los planetas, a las constelaciones. Todo encajaba perfecto, un nómada que no da un tratamiento convencional, que trata a las personas con energía, que él mismo explica que viene como un rayo que pasa por el centro del universo, cruza planetas, estrellas, galaxias enteras, al centro de cada órgano y así en cada célula de nuestro cuerpo; cada energía que fluye entre el universo entero, la tierra como receptor y la más pequeña molécula de nuestros cuerpos. Él logra canalizar esa energía, y como si se tratara de pasar corriente a una máquina, el cuerpo humano la recibe a través de él, así es como devolvería a la

vida esa parte desconectada que tenía Paris de la cintura hacia abajo.

El nómada, por lo que nos dijo Sole, era un hombre suizo de entre 40 y 50 años. Había que mirarlo hacia arriba, parecía que no hubiera comido en años, el color de su piel era como una hoja de papel. Su pelo era cobrizo y largo, al solo verlo podía adivinarse que no lo lavaba y no lo peinaba, los nudos se le extendían casi hasta la parte baja de la espalda. Vestía una túnica de un color que podía camuflarse con la tierra. Daba la sensación de que había viajado no solo por el mundo, sino a través del tiempo, parecía un personaje de otra época, de algún lugar desconocido. Ella también nos dijo que, de entre las pláticas que tuvo con él, supo que había sido un joven médico investigador brillante, que pasó por una experiencia dolorosa y crucial en su vida, y que decidió irse al Tíbet, en donde estuvo por más de 11 años, y a partir de ahí comenzó a moverse por el mundo, a aprender cosas nuevas de todas las culturas, entre la ciencia, la espiritualidad, las energías y demás. Así llevaba más de 20 años en los que viajó, aprendió y curó gente de todas partes del planeta.

—Seguro preguntarán qué me hizo, es donde se va a poner bueno responder.

—Pues hay que ser muy específicos con esa información y, sobre todo, no dejar duda de que no hubo más que un tratamiento energético, o como podamos llamarlo, para no alterar nada de lo que la medicina alópata pudiera hacer por mejorarte. ¿Qué te parece si seguimos con lo del procedimiento, con los datos que nos dio Sole, para de una vez tenerlo claro los dos?

—Me parece —respondió con una sonrisa casi infantil.

La historia que contaríamos sería que, después de instalarnos en la casa de campaña, fuimos a verlo a la suya y ahí lo encontramos a él solo con una cama parecida a las camas de masaje. No tenía muchas cosas ahí, había una fogata fuera de la tienda, una canasta grande con fruta y unas vasijas de barro con agua. Adentro, a un lado de la cama, un aparato que nos resultaba extraño y misterioso; tenía botones y una especie de polos que salían de la máquina, conectados por cables y que terminaban en una pieza similar a la que colocan los médicos sobre el cuerpo cuando escuchan con el

estetoscopio; algo parecido a una ventosa, pero metálica con imanes. El aparato estaba sobre una mesa pequeña y vieja de fierro, y de este mismo aparato salía, hacia la tierra para enterrarse profundamente, un tubo metálico, y hacia el techo de la tienda de campaña, el otro extremo de ese mismo tubo terminaba en forma de pico. El aparato estaba rodeado de piedras, nos llamó la atención, no nos pudimos resistir y le preguntamos, a lo que respondió que las piedras son conductores, pues sostienen una escala vibratoria dimensional y polar y como parte del planeta reciben y atrapan energías cósmicas poderosas, que eran objetos físicos, pero que irradian frecuencias energéticas sutiles, así como lo hacemos los seres humanos. Podríamos argumentar que, en un principio, desconfiábamos, pues todo se veía raro y poco formal, pero ya estábamos ahí y no perdíamos nada con intentarlo.

—¿Cómo ves?

—¿De dónde sacaste tanta jalada?

—¡De lo que me dijo Sole y lo que leí ayer en internet! Jajaja. Sigamos, mejor, que me desconcentras. El monje te recostó en la cama. Después, te dio un masaje con las piedras y las puso en ciertos puntos debajo y por encima de tu cuerpo. Y al final te colocó las puntas de los cables del aparato en la parte baja de la espalda. Lo puso en marcha, y eso provocó una ligera energía que recorrió todo tu cuerpo. No habías sentido nada en las piernas, de momento, pero te cubrió y, después de un rato, te despertó, y a las 3:33 a. m. volvió a conectarlo y, entonces, ese cosquilleo llegó hasta tus pies. Te dio indicaciones y te pidió que no te bañaras en las próximas veinticuatro horas. Al día siguiente fue cuando sentiste el roce de las sábanas y demás… Esta sería la historia, basándome en lo que dijo Sole sobre el procedimiento.

—Pues creo que no se nos escapa ningún detalle, ¿o sí? —me preguntó complaciente.

—Creo que no… De ahí volvimos a la ciudad, después de haber pasado al centro de Tepoztlán, pues estábamos preocupados por Andrés, por la llamada de tu mamá.

Al margen de esto, los dos nos sentíamos entusiasmados por lo que habíamos logrado investigar; tanto los sanadores de Brasil como

el monje nómada nos daban una esperanza en caso de que con los médicos no se pudiera hacer nada. Las dos opciones eran reales y podían ayudar a Paris en caso de ser necesario. Había una parte de toda esta historia inventada que, a mí, por lo menos, me hacía lógica, me resonaba. Aquí de forma cotidiana se cuentan y se viven leyendas ligadas a las tradiciones indígenas sobre la fuerza de la naturaleza, la energía, los dioses aztecas, los mayas, la mexicana es una cultura que gravita en torno a las plantas medicinales, las limpias, las energías buenas y malas, las que nos echan y se pueden quitar con algún procedimiento hecho por algunas personas que tienen dones, como Cruz, o como las historias de los brujos de Catemaco, el Hermanito Cuauhtémoc, Pachita o la conocida María Sabina, quien pensaba lo mismo que Cruz, "un sabio no debe lucrar con su sabiduría". Estas prácticas forman parte importante de nuestras vidas, no es raro estar habituado a ellas; por el contrario, tenemos un contacto permanente y en muchos casos, por alguna u otra razón, justificada o no, comprobada o no, funcionan.

¿Quién diría que, de ser dos personas normales, pasaríamos a ser un par de mentirosos patológicos? Obligados por las circunstancias a tapar hoyos todo el tiempo, una mentira tras la otra para ocultar un hecho despreciable, nos manejábamos ya como un solo ser, los dos envueltos en una historia, cómplices, o más que eso. Distraídos moralmente por el hecho de tener que investigar y organizar la siguiente mentira, disfrutábamos urdir cada historia, nos olvidábamos de la desgracia que vivían Elena, Nadine, las dudas de nuestros amigos y cómplices, hasta el momento desaparecidos. Habíamos cambiado; tener la capacidad de librarnos de ir a la cárcel, de ser señalados, de ser descubiertos, era lo que nos mantenía más unidos que nunca. Todo cambia en un segundo, y por tomar una mala decisión, en mi caso seguir con los planes de Paris, había llegado hasta ahí. Yo no planeé matar a Andrés, yo no quería hacer todo lo que hice, pero ahora la sensación era la misma; al convertirme en cómplice, estaba hundida hasta el cuello.

14

LA LUZ

Olivia quería acompañarlo, pero Paris prefirió ir solo, así que pasé a las ocho de la mañana para llevarlo. En el camino tocamos algunos puntos pendientes de la historia. Al llegar al consultorio, nos sorprendió el físico del doctor, no aparentaba la misma edad que el anterior, podría haber sido su hijo. Máximo tendría unos cuarenta años, su trato era cálido; no era una castañuela, pero nos hablaba con mucha amabilidad. Tendría, sin dudarlo, por lo menos la misma gran estatura que Paris. Su cuerpo dejaba ver que llevaba una vida sana y entregada al deporte, era la imagen de la salud al cien por ciento. Nos hizo pasar; cuando nos sentamos abrió un folder.

—Revisé ayer en la noche tu expediente, ya tengo la información sobre como sucedió y, bueno, antes que nada, siento tanto que hayas tenido que pasar por eso.

—Gracias, pues sí, este tipo de cosas no se planean ni se esperan, pero ya estamos aquí y vengo porque he tenido algunas…, no sé si llamarlas mejorías o no, pero he notado diferencias en estos últimos días.

—Cuéntame, por favor.

Comenzó a contarle, primero, sobre las sensaciones y, después, sobre el sanador.

—Entonces, ¿tú crees que estas sensaciones se dieron a partir de la sanación o el tratamiento de este chamán?

—No le encuentro otra explicación. Lo que tengo que agregar es que olvidé el medicamento para la inflamación y no sé si eso tenga algo que ver.

—Podría ser. Mira, te seré franco, yo no puedo decir si estos tratamientos funcionan porque no los conozco, no tengo datos precisos sobre este tipo de terapias. Lo que sí te puedo decir es que en definitiva, si hay algún tipo de corriente o impulso eléctrico, podría haber una especie de reflejo retrasado de esos impulsos, algún movimiento, reacción al estímulo. Lo que me llama la atención es que tengas sensibilidad. Vamos a revisarte.

Llamó a su asistente. Pasó con él a un vestidor. Salió con una bata. Y entre el doctor y el enfermero lo pasaron a una camilla. El doctor, minucioso, comenzó a revisarlo. Pupilas, ganglios, abdomen. Después de auscultarlo, unos masajes en las piernas. No tenía idea de qué trataba todo eso, pero me inspiraba mucha confianza. Después, le dijo que haría un electromiograma y un estudio de conducción nerviosa.

—¿Para qué son esos estudios, doctor?

—Dime Julio —le dijo mientras le sonreía.

Fue bastante claro. Nos dijo que el primero examina las señales eléctricas de los músculos cuando están en reposo y cuando están en movimiento; mientras que el segundo permite complementar para saber si el problema es muscular, nervioso o de ambos tipos. Lo realizaría en extremidades superiores e inferiores para hacer comparativos.

—Es un poco tardado, ¿tienen tiempo?

—¡Claro! —le respondí.

Lo prepararon, le limpiaron una zona del brazo en la que le insertaron una aguja casi tan delgada como un pelo, un electrodo, y comenzó a hacerle el estudio. La concentración y el nivel de atención que ponía el doctor al procedimiento parecía apartarlo del resto de los que estábamos presentes. Después de un rato, comenzaron a hacérselo en las piernas, y al terminar el enfermero ayudó a Paris a cambiarse de nuevo y regresamos al escritorio de Julio.

—Bueno, tengo que revisar bien los estudios, pero sí quiero decirte, y no es para que albergues ningún tipo de esperanza en este momento, que sí hay actividad nerviosa y muscular en tus piernas. Tengo que ver todo a detalle porque no quiero sembrar en ti una idea de la que después tenga que retractarme. Pero estoy

optimista en que algo podría hacerse si los resultados del estudio son favorables.

No podíamos creerlo. Estábamos felices con el resultado, aunque nos había dicho que no debíamos ilusionarnos demasiado. Nos pidió que hiciéramos cita el siguiente lunes, pues quería revisar los resultados con un colega australiano que tenía mucha experiencia en casos como el de Paris. Le agradecimos efusivos toda la información y al salir pedimos la última cita del lunes, teníamos que seguir con nuestra vida, y yo con mi trabajo y mis entregas del despacho.

Ya en el coche, nos abrazamos sin contener la sonrisa. Que nos duró poco porque cuando fui a dejarlo estaba Elena. Pasamos todos, y ella, como era lógico, seguía desesperada. Ninguna noticia de Andrés y cada día escalaba su miedo de encontrarlo sin vida. La policía al fin había registrado el caso como desaparición o secuestro, pero lo extraño era que nadie se había comunicado, ni él para pedir ayuda ni tampoco otra persona exigiendo dinero.

—Tranquila, todo va a salir bien, ya verás… —Olivia trataba de consolarla.

Paris y yo hablamos otro rato con ella y Olivia, que no estaban muy optimistas, como era de esperarse. Se paró Olivia para traer algo de la cocina. En ese momento, Elena se nos acercó y, casi susurrando, nos dijo que había encontrado una mochila con un contenido extraño, que por favor en algún momento fuéramos a su casa, no quería hablar de eso frente a Olivia. Por un momento, pensamos los dos que había encontrado lo que Andrés había obtenido de los robos.

—Tranquila, claro que sí —respondió Paris tomándole la mano.

Tomamos un clericot que preparó Olivia y algo para picar. Ellas se tomaron un tequila, y después Elena se despidió y nos quedamos solos los tres.

—Algo trae Elena, siento que no me dice toda la verdad… Y es normal, la puedo entender, no nos conocemos hace mucho. De hecho, creo que no la había conocido hasta que tuviste el accidente, Paris.

—Así es, ma, pero, bueno, pobre, tendrá muchas cosas en la cabeza. ¿Qué habrá pasado? Oye, ma, voy a cambiarte el tema

¡porque tengo buenas noticias! ¿Cuándo regresa mi papá?

—Todavía falta una semana, por lo menos, para que regrese de Chile.

—Bueno, me hubiera gustado darles la noticia a todos juntos, pero ¡no puedo más!

Entonces, le contó todo sobre el nómada y después sobre la cita con Julio.

—¿¡Cómo!? ¿Julio es el doctor nuevo? ¿Qué te hizo el sanador? ¡Qué buena noticia! Estoy feliz por ti hijito, de verdad.

Lo abrazó efusiva y no pudo evitar que los ojos se le llenaran de lágrimas. Esa tarde fue distinta, la plática se tornó alegre, la risa y la alegría habían vuelto, a pesar de que el doctor indicó no dar nada por hecho. No importaba nada, una buena noticia, después de tanto sufrimiento y tanto dolor…, era obvio que todo fluyera así.

Salimos para subirnos al coche y fuimos directo a casa de Elena. Ahí retomamos un detalle, podría haber encontrado lo que Andrés había obtenido de los robos, pero nos parecía improbable que nos lo confesara. Al llegar, nos llevó a la sala y subió al cuarto de Andrés. De regreso, nos mostró lo que había encontrado.

—¡Miren esto!

—¡Ay, Dios! —dije, fingí escandalizarme, pero la sorpresa tenía algo de cierta, no era un porrito, era una bolsa enorme de mariguana y otra bastante grande llena de pastillas de éxtasis.

—Esto es demasiado, no pensé jamás que Andrés estaría metido en algo así y no sé si informar de esto a la policía. ¡Qué tal si luego aparece y, por dar aviso, entonces lo meten a la cárcel por traficante! Estoy desesperada, ya no sé qué hacer.

—No sé qué decirte Elena —respondió Paris igual de sorprendido que nosotras.

—Ustedes, ¿sabían algo de esto?

—No, no tenía idea Elena, en serio.

Y de verdad no la tenía.

—¿Qué hago? ¡¿Qué hago?! —repetía Elena.

—¿Qué dice Nadine? —preguntó Paris.

—No me ha llamado, por lo que me dijo, ya se regresaba a París, pero no se ha despedido de mí. Pensé que se quedaría más tiempo a

ver o tratar de ayudarme con esto, pero no viene.

De inmediato nos dimos cuenta de que Nadine estaba implicada en esto y que no aparecía porque estaba asustada. Lo raro era que no se hubiera llevado las cosas para que no las encontrara Elena.

—Pues ¿qué tal si lo pensamos, Elena? Me agarras desprevenido y ni yo ni Marion teníamos idea de que esto pudiera ocurrir y, bueno, eso si damos por hecho que es de Andrés, pero no lo sabemos de cierto. Aunque todo señala que algo de aquí está relacionado con que haya desaparecido.

—¡Dios mío, qué angustia! No sé si aguanto un día más, esta información me asfixia, podría ser importante para la policía saberlo.

—Pues haz lo que te diga tu instinto, Elena. No sé las consecuencias que esto podría traer si Andrés aparece pronto.

Estaba presenciando cómo se nos escapaba la única oportunidad que teníamos, de momento, para zafarnos de lo que nos conectara con su desaparición. Pero Paris se resistía un poco a decirle a la policía, quería creer que lo hacía a propósito, entre más pronto nos pudiéramos deslindar de la conexión con su desaparición sería mejor, Paris daba la muy conveniente impresión de creer en la idea de que Andrés pudiera aparecer. A Elena se le ocurrió que le hablaría a su hermana, pues su esposo era abogado y seguramente sabría cómo proceder. Nerviosa, Elena guardó de nuevo todo en la mochila y nos despedimos.

—¡¿Qué tal?! —exclamó Paris apenas subimos al coche.

—¡No lo puedo creer! ¿Será de verdad de Andrés esa bolsa? ¿Cómo podía ocultar que vendía droga?

—Bueno, es que es más que obvio que es Nadine la que está metida en esto, ¿no te parece? Qué raro que no vaya más a su casa y, de repente, así nada más, se vaya a París.

—No, ya se iba de todas formas en estos días.

—Sí, pero si tu novio acaba de desaparecer, ¡no te vas! Algo raro hay ahí. ¿Por qué no le llamas?

—Ay, no sé, ¿qué le digo? ¿Es tuya la bolsa de mota y los éxtasis? Tampoco es que seamos mejores amigas.

—Bueno, sí, mejor dejemos que Elena haga lo que tenga que hacer. Estoy seguro de que el cuñado le va a decir que sí dé aviso y,

en el supuesto de que Andrés esté vivo, luego lo negocien a cambio de información…, me imagino que algo así le va a sugerir.

Así transcurrió el trayecto de casa de Andrés a casa de Paris. Discutíamos sobre el posible cambio de rumbo que daría al caso con esta nueva información. Todo el día, desde la mañana hasta ese momento, había sido intensísimo. Primero, la noticia de que había algo nuevo en la situación de salud de Paris y, después y en el otro polo emocional, lo de Andrés y Nadine.

Dejé de nuevo a Paris en su casa y le pedí que nos viéramos hasta el lunes porque en verdad estaba atrasada con mi trabajo. Sentía que me podían correr en cualquier momento. Me encerré los siguientes días a atender lo más que pude y no estuve al tanto de nada de lo que sucedía con Elena, es más, ni con el mismo Paris, nos hablamos un par de veces y eso fue todo.

El lunes me fui directo al despacho y, aunque había trabajado duro, tuve varios tropiezos con mis entregas. Trabajaba en un proyecto, pero decidí que acompañaría a Paris y después le dedicaría más tiempo a eso.

A las seis en punto de la tarde me fui directo por él, y de ahí nos fuimos al consultorio de Julio. A las siete, puntual, nos atendió. Esta vez sí fue Olivia, así que nada de comentarios previos. Pasamos al consultorio y Julio comenzó a explicarnos.

—Pues hay noticias alentadoras, Paris. Hablé con mi amigo en Australia y quiero decirte que allá han experimentado con un proceso nuevo, ha tenido buenos resultados en los pacientes que se han sometido a la operación.

—¡Qué bien! Cuéntanos, por favor —respondió Paris.

—En términos que todos podamos entender, se trata de una cirugía en la que, a las personas como tú, que sufrieron un daño que no afectó la totalidad de los nervios, se les toman esos nervios funcionales, se cortan y se desvían para conectarlos a los nervios que controlan los músculos. Se llama cirugía de transferencia de nervios. Al haber tenido la lesión en una parte baja, no en la superior de la columna, se espera que tengas muchos nervios funcionales todavía con los que se pueda trabajar. Ahora…, tengo que anticiparte los dos escenarios: uno, que todo funcione bien y

podamos reconectar y, después de una intensa recuperación de terapia física, recuperes el movimiento, si no al cien, a un ochenta o noventa por ciento; el otro es que se haga la operación y, si no hubiera la respuesta que esperamos de los nervios aún funcionales, quepa la posibilidad de que no resulte del todo.

—¿A qué te refieres con que no resulte del todo?

—Bueno, a que no logres caminar como antes, a que tengas dolor, por ejemplo, pérdida de sensibilidad en otras áreas, movilidad limitada.

—Pues, mira, me adelanto a decirte, antes de que nadie más opine, que no tengo nada que perder, así que, si se puede hacer cuanto antes, yo estoy dispuesto y creo que todos estaríamos de acuerdo, ¿cierto, ma, Marion?

Desde luego que las dos asentimos emocionadas al escuchar tal noticia.

—Entonces, te aviso en unos días sobre el protocolo y los estudios que necesitamos. La cirugía puede hacerse aquí en México, serás de los primeros pacientes que la experimenten. Mi colega es un experto en este procedimiento y lo convencí de venir a que él mismo la realice. Como te dije, es algo nuevo y no todos los pacientes son candidatos, por lo que está encantado de venir y yo también, lo asistiré en la cirugía. Me fui a hacer prácticas allá con él hace un año y estoy preparado para aplicarlas, pero quise que él mismo viniera para tener más certeza sobre los resultados. ¡Lo más importante es que eres candidato, Paris! ¡Felicidades!

—¡Muchas muchas gracias, Julio! Me acabas de cambiar la vida otra vez. ¡Gracias!

Salimos todos felices, nerviosos y con mucha expectativa. Teníamos que celebrar. Paris y yo fuimos a cenar solos. La vida cambia en unos segundos para bien o para mal, eso ya lo sabíamos y lo habíamos vivido durante el último año en más de una ocasión, pero aquella era una noche especial, ¡la disfrutamos tanto! No se nos cruzó por la cabeza nada más durante toda la cena.

Al día siguiente, me fui a trabajar desde temprano. Habrán sido las nueve de la noche más o menos cuando terminé y recibí una llamada de Paris. Me pedía que fuera por él a su casa de inmediato.

Así lo hice, y me invitó a cenar otra vez fuera, a un lugar poco concurrido cercano a su casa.

—Me llamó Elena, dio aviso a la policía sobre la droga, ¡te lo dije! El cuñado le dijo que era una pista importantísima, que no pensara en las consecuencias a largo plazo, que lo crucial en este momento era que dieran con Andrés con vida, ya lo demás sería lo de menos, que los cargos por esa cantidad de droga no eran trascendentes y se podía negociar después. Así que llamó y fueron a su casa, y lo demás pues ya te lo imaginarás. La cosa es que ahora sí no podemos fallar en nada de lo que declaremos porque ya no es Elena, es la policía.

—¿Y Nadine?

—Se fue a París. Antier fue a casa de Elena y le dijo que ella ya no podía más con la presión, con la tristeza y con el miedo.

—¿Cómo? La van a citar para que declare, ¿no? ¡Qué rara! ¿Cómo es posible? O sea, de plano se largó, huyó; eso se ve peor.

—Pues no sé cómo se vea, pero ya se fue.

—Bueno, pues nosotros apegados a lo que ya dijimos, sin dar demasiado detalle para no tropezarnos en nada.

La cena se convirtió en un lapso de permanente mutismo. El nerviosísimo que nos provocaba sabernos vulnerables en esta nueva etapa nos había dejado engarrotados.

El dolor punzante en las manos otra vez, dormí con los puños apretados. No podía engañarme, la idea de que Paris volviera a caminar me llenaba de emoción, pero en paralelo entendía que lo que seguía implicaba cambios importantes. Ya no me atarían la culpa, el compromiso o ningún tipo de responsabilidad; lo amaba, pero nuestra relación se había convertido en un enigma. Todos los días lidiar con algo nuevo, consecuencia de las decisiones que habíamos tomado, una tras otra sin parar. Mentiras y más mentiras… ¿Así sería el resto de nuestra vida si siguiéramos juntos? Era agotador. Tenía que evitarlo, no iba a pensar más en ello, iría día a día enfrentando la realidad como se nos presentara. Venía algo fuerte con la decisión de Elena al dar aviso a la policía sobre la mochila de Andrés y la cirugía de Paris. Mi trabajo comenzó a parecerme un problema, no podía concentrarme en mis entregas,

me faltaba tiempo para cumplir con el compromiso que había adquirido con Tom, el dueño del despacho de diseño, así que pensé en hacer una pausa. Tenía lo que me dejó la abuela, lo que años atrás habían pagado por la casa en Vallarta era bastante, me daría holgura. Al ser hija única de una hija única todo quedó dividido entre las dos; no a partes iguales, pero heredé lo suficiente para estar tranquila un rato sin el riesgo de quedarme en ceros si no trabajaba por un tiempo. Comencé a redactar mi carta de renuncia para entregarla la semana siguiente, era obvio que no podía renunciar e irme ese mismo día, pero sí dar aviso de que en una o dos semanas ya no podría ir más a trabajar por el asunto de la operación de Paris y su convalecencia. Con el pretexto de entregar todo en forma al despacho, no nos vimos si no hasta el lunes de la siguiente semana por la tarde, después de haber anunciado mi renuncia.

—¿Qué onda? ¡Ahora sí has estado cortadísima!

—Perdón, sentía que iba a enloquecer con tantos pendientes. Ya le avisé a Tom que, por el momento, renuncio. Ahora, cuéntame, ¿qué ha pasado con todo? Con Elena, con tu cirugía…

—¿Estás segura? ¿No se molestó?

—No, entiende que estoy rebasada ahora mismo.

—Ok. Pues sobre lo otro, Elena dio aviso a la policía ya, y, sí, en efecto, nos van a llamar a declarar y pronto.

—¡Qué nervios! No sabes qué miedo tengo —respondí mientras, nerviosa, me pasaba las manos por la cara.

—Sí sé, yo tengo más miedo. Quisiera echarme la culpa de todo, Marion, pero ¿cómo explico que yo lo maté, lo descuarticé y lo enterré si estoy paralítico? Quiero protegerte, así que, en caso de que nos descubran, vamos a decir que yo te tenía amenazada todo el tiempo, que lo hiciste bajo presión.

—¿Cómo? Y eso ¿en qué va a ayudar? De todas formas, soy tu cómplice.

—Pues, sí, pero es menor ese delito, ¿no?

—Ay, ya, por favor, ¡no hay que pensar en esa opción porque es pensar que nos van a descubrir! No puedo con eso.

—Bueno, hay que planearlo, ¿sabes? Si no, estamos perdidos y los dos vamos a la cárcel.

—Otro día, mañana... Mejor, cuéntame, ¿cómo va lo de la cirugía?

—Pues me operan el próximo martes, llega el australiano el domingo.

—¡Increíble! Te ayudo en lo que sea necesario, verás que todo sale bien y vas a volver a caminar pronto.

Los asuntos pendientes parecían tomar direcciones más afortunadas y estar resolviéndose casi por inercia. Me tranquilizaba saber que podía haber solución a dos problemas tan grandes que de inicio parecían hazañas imposibles de superar.

15

LAURA

La larga lista de pendientes que surgía de la montaña de mentiras que se nos había ocurrido inventar no me lo había permitido, pero cuando Laura llamó, no pude postergarlo más. Le conté que había dejado el trabajo y me invitó a cenar, quedamos para esa misma noche. Necesitaba distraerme, estaba reventada y tenía ganas de ver otras caras y de escuchar otras historias más normales y menos enredadas que la mía. Después de la visita a Paris, me fui a mi casa, me arreglé y salí por fin. Nos vimos en un lugar de comida griega en Polanco. Cenamos delicioso y, después de ponernos al día, pedimos unos carajillos y nos quedamos todavía un buen rato.

—Entonces, ¿te nos casas ya, Lau?

—Pues, sí, después de taaantos años ya era lo que tocaba, ¿no? Jajaja.

—De verdad, ¿tienes ganas de casarte ahora? ¡Tampoco es que tengamos 40 años!

—Pues él me lo propuso, y la verdad yo sí tengo ganas, ya ves que soy Susanita.

—¿De *Mafalda*? Jajaja. Bueno, sí.

—Tú, ¿cómo vas con Paris? ¿Está mejor? Mira que tener tan mala suerte de que la bala lo dejara sin caminar, ¡qué horror! Las cosas están terribles, ¡sin buscarlo te llega un balazo y quedas paralítico!

—Ay, Lau, como de costumbre, tu gran sensibilidad y tacto para decir las cosas… Pero, sí, ahí va. Y con la nueva de que lo van a operar. Parece que tiene muchas posibilidades de volver a caminar.

—¿En serio? ¿Y cuándo pasó todo esto? ¡Güey, hace demasiado tiempo que no platicamos! Yo, la verdad, desde que empezaste con

Paris, sentí que no era para ti. Nunca te lo dije, pero, de verdad, no tendrías que sufrir y pasar por tanta cosa. Te quiero amiga y de todo corazón espero que camine pronto y tú puedas ser feliz.

—Yo también espero que eso se haga realidad. El último año, por lo menos, ha sido todo como una pesadilla. Tienes razón sobre Paris, pero, igual que tú con Fede, son muchos años. Lo quiero, pero sí ha sido una montaña rusa últimamente.

—Me acuerdo de aquel día que intentaron asaltarlos y quiero llorar por la tragedia, parece película de terror esa historia.

—Bueno, ya no hablemos de eso, me da flojera.

—Tienes razón, hay que despejarse.

No podíamos parar de reír. Me contó de un exnovio que yo había tenido en la prepa, se lo había encontrado en una cena, abogado penal. Para acabar con el cuadro, él le había contado sobre el caso de Andrés… Yo, con el ojo abierto como plato porque jamás pensé que la vida pudiera ser tan cruel. ¿Cómo era posible que Renato estuviera encargado del caso de Andrés? Me aterraba encontrármelo en la declaración o en algún momento del proceso. Tuvimos una relación en uno de los intermedios con Paris y había quedado un tanto obsesionado conmigo. Era un hecho que pudo haber visto mi nombre en el expediente donde decía que nos habíamos dado cita en Francisco Sosa con Andrés y no había llegado.

—¡El mundo es un pañuelo! ¿Cómo es posible que le dieran ese caso a él? Es terrible, ya me imagino, segurito te espía, jajaja.

—No lo digas ni de broma, ¡ya me dio miedo! Sí, es capaz.

Aquella noticia me dejó fría. Ingenua, di por hecho que al fin habría un rato de camino plano…, pero no, otra vez se anunciaba una cuesta arriba con Renato en el caso. Aunque, desde otra óptica, él sería capaz de cualquier cosa por ayudarme, me lo dejó claro muchas veces cuando todavía nos veíamos.

—Oye, ¿y qué fue lo que pasó con el amigo de Paris, el tal Andrés?

—Pues sigue desaparecido.

—Qué raro, ¿no? Pero, bueno, con tantas cosas que no sabemos de la gente, igual y estaba metido en algo chueco. ¿Tú lo conocías bien?

—No desde hace tanto, pero sí desde que Paris tuvo el accidente. Nos volvimos muy cercanos, era un tipazo.

—¿Por qué dices era? ¡Ya lo mataste al pobre!

—¡Ay, Laura!

Como una estaca, ese comentario se me fue directo a la médula. Un temblor me recorrió todo el cuerpo. Apenas se hablaba del tema y los recuerdos me pasaban de nuevo, uno tras otro, como flashazos inconexos, aterradores. ¿Cómo iba a lograr salir bien librada de todo esto? Lo del interrogatorio de la policía, abogados, pruebas, y quién sabe qué más.

—Oye, ¿y Renato está casado?, ¿tiene novia?

—Ay, Marion, no te vale, ¿verdad? ¿Te emocionaste? Jajaja

—No, bueno, simple curiosidad.

—Ya sabes que yo pregunto todo, y no, no tiene novia ni esposa, lo dejaste traumado.

Nos reímos juntas y pedimos otra ronda de carajillos.

—Lau, eres tremenda, tengo que decirlo. ¡Cómo te extrañaba, cabroncita!

—Yo también, y te lo digo de nuevo, ojalá que Paris camine pronto porque quisiera que no cargaras con la culpa de quedarte con él por eso. ¡No es para ti! Perdóname, ya se me subieron los carajillos, pero lo he pensado tantas veces… No te compliques la vida, ese güey es enredadísimo y siempre te mete en cosas raras. Nada que sea así puede acabar bien.

De forma permanente había un estado nebuloso en mi pensamiento, era una zona de reflexión que sin lugar a duda representaba lo poco que me quedaba de conciencia. Mi pensar volvía a lo que me dijo alguna vez Emil en Venecia hacía años, sobre los caprichos de Paris y su inestabilidad. Su naturaleza intensa, en todos los sentidos, me abrumaba. Así me amaba, intensamente. Pero de igual forma esa intensidad se veía descontrolada en todas las facetas de su vida, en lo positivo y en lo negativo, y, por lo pronto, lo negativo era lo que pesaba más, era lo que estaba por hundirnos.

El camino de regreso se me fue en recorrer los recuerdos con Paris, con Renato, en pensar la libertad que me daría a mí el hecho

de que Paris caminara; pero también pude comprender lo que más me angustiaba de Paris antes del accidente y al margen de todo el desastre de Andrés. Paris, durante un año entero, no había tenido nada que ver con ninguna otra mujer, era mío; sus ojos se posaban solo en mí, todo el tiempo, pues la parálisis le había quitado la posibilidad de hacerlo de otra manera. Mi mente tenía esa falsa sensación de seguridad de que él sería solo para mí mientras estuviera atado a su silla de ruedas. Mi única garantía de que Paris fuera solo mío era que se quedara como estaba, pero las cosas habían cambiado tanto que ya no sabía si quería ser su todo y para siempre. Lo que Laura me había contado sobre su boda provocó que me sintiera amenazada porque se me ocurrió lo que nunca: que Paris me pidiera que me casara con él… ¿Buena o mala noticia? Puedo decir que, sin duda, habría sido buena antes de que todo esto ocurriera, pero al día de hoy, con tantas complicaciones, el panorama no era para nada atractivo. La posibilidad de escapar de las consecuencias sobre lo sucedido no era del todo factible y, como es obvio, no era un buen alimento para la relación. Imaginar ser una pareja formal, tener una familia con él y guardar ese secreto horroroso, se sentía tan remoto... ¿Cómo podría ver crecer a mis hijos y educarlos para ser buenas personas si yo ya no lo era?

Fue ahí, sentada en la parte trasera de un taxi, que por fin acepté que no era una buena persona. Me había engañado todo el tiempo con la idea de que fuimos víctimas de las circunstancias y, no, en la vida se toman decisiones, se elige. Yo elegí opciones negativas y complicadas y estaba cansada de errar en cada decisión que tomaba. En ese momento, también determiné que pronto dejaría a Paris. Había llegado el momento de tomar yo misma las decisiones que me iban a seguir toda la vida. Debía dejar de pensar pendejadas sobre el ópalo, sobre el amor infinito y único que tenía con Paris. Sin duda, esto era consecuencia de una adolescencia prolongada a la adultez. Mi relación con él se resumía en estirar y aflojar todo el tiempo, antes por sus escapadas y sus aventuras con otras mujeres, y ahora por todo el caos desatado desde los robos, el balazo y lo que vino después de que mató a Andrés. Lo peor es que me amenazaba también la idea de intentar terminar la relación y que

a él no le pareciera. Si se molestaba, su naturaleza salvaje y vengativa podía hacerse presente en cualquier momento, y eso significaría que tendría la oportunidad de delatarme o chantajearme hasta el último día de mi vida. ¿Cómo escapar de tanto? ¿En qué momento me volví esclava de mi propia estupidez? ¿Era real? ¿Podría en algún punto encontrar la salida a todo esto?

Al dejarme el taxi en la puerta de mi casa, vi un coche estacionado en la esquina. Lau me había dejado clavada la paranoia acerca de Renato, sí era muy capaz de estar espiándome, con mayor razón si no tenía novia o esposa. Siempre provoqué en él esa locura…, algo parecido a la que Paris provoca en mí. Jalé la puerta de la entrada y cayó un sobre al suelo. Lo tomé y cuando saqué la hoja había una frase, que después busqué y supe que era de Stendhal, impresa en un papel dorado…: "El amor es como la fiebre: nace y se extingue sin que la voluntad tome en ello la menor parte". Juro que giré la cabeza más de diez veces en dos segundos; sentí la mirada de alguien clavada en mi nuca. No vi a nadie y me metí lo más rápido que pude a la casa. Cerré ventanas y cortinas, me sentí invadida. Pensé en Paris, en Renato, en la misma Laura a la que le encantaba hacer esas bromas…, en alguien del trabajo que hubiera estado interesado en mí. ¡No sé! Hasta pensé que podía haber sido una trampa. Desvariaba. Al haber renunciado, no tenía responsabilidades al día siguiente y decidí seguirle con los *drinks*. Me serví ahora un *whisky*, no era mi estilo, pero se me antojó y había una botella nueva. Tenía ganas de empezar a cambiar todo acerca de mí y empecé por ese trago. Mientras tanto, me metí a la computadora a buscar lugares a donde me gustaría escapar si alguna vez se diera el caso. Donde nadie me encontrara, donde pudiera ser feliz y empezar de nuevo entre gente que no tuviera idea de quién era ni qué hacía antes de llegar ahí. Busqué varios. Me encantaba la idea de la India, de Tailandia, algún país así, exótico y alejado, con poca tecnología y por lo tanto con menos probabilidades de que alguien me encontrara. Después pensé en las islas de Saint Jones en el Caribe, super lindas, casi nadie habla de ellas ni las visita, no son un destino tan popular; Hawaii, Nueva Zelanda, otra opción bastante lejana, aunque tal vez demasiado.

El *whisky* me había bajado la presión, o me había cruzado con las bebidas anteriores, porque estaba muy borracha. Prendí un cigarro, lo dejé a la mitad, y me aventé a la cama.

Desperté al día siguiente, después de haber soñado con elefantes, niños que corrían alegres, recordé a Facundo y sus hermanitos, los hijos de Cruz. Era casi la una de la tarde y me sentía tan rara de no tener ninguna prisa, ninguna responsabilidad, al menos de trabajo. Me lo tomé con calma. Ni siquiera pensé en llamar a Paris, le llamé a Laura.

—Hola —le dije con voz de ultratumba.

—¡Qué vocecita! ¿Qué hiciste? ¿A dónde te fuiste? Te oigo trasnochada.

—Me quedé aquí en mi casa, me tomé unos *whiskys* y me acosté casi al amanecer.

—¡Pinche loca! ¿Desde cuándo tomas *whisky*? Pareces señor sesentón, jajaja.

—Ya, ¡no te ensañes, Laurita!

—¡No, pues es que no te reconozco! *Whisky*, no trabajas, te duermes al amanecer.

—Justo eso quiero, que nadie me reconozca. Aunque no lo creas, la plática contigo ayer me hizo pensar.

—¿Ya vas a cortar a Paris?

—Ay, yaaa. ¡Qué presión contigo!

—Bueno, ¡yo nomás digo!

Más carcajadas y comentarios sarcásticos como era nuestra costumbre. La extrañaba y no me había dado cuenta. Tantos meses encerrada y atrapada con mi secreto me habían hecho olvidar que podía divertirme.

—Mira, Marion, necesitas airearte más seguido, reinita, o la próxima vez que nos veamos vas a estar entrándole a la absenta o, peor, al licor de café, al oporto o algo así, cualquier cosa que no vaya contigo con tal de cambiarte por otra.

—Sí, ya, veámonos porque tú te me vas a casar y ya no te van a dejar salir ni a cenar. Ese Fede…, seguro se casan y se vuelve como su papá, jajaja.

—Eres mala, ¿por qué se va a volver como su papá?

—Porque repetimos patrones, sí sabes, ¿no?

—Ay, qué ganas de joder, Marion, ¡no seas vengativa!

—Tienes razón, Fede es lindo, tiene sus cositas, pero como todos y nada grave. ¿Qué te parece si nos vemos todos los viernes? Así nadie se tiene que despertar temprano al día siguiente.

—¡Así me gusta! ¡Eso es todo! Cerrado, cada viernes nos vemos antes de que me encierren como a Rapunzel, jajaja.

Colgamos después de un rato de decir estupideces. Me sentía renovada y liberada. Una sola noche de platicar con alguien que no estuviera metido en la tragedia fue suficiente para hacerme reaccionar.

Le llamé, entonces, a Paris, apesadumbrada para ser honesta.

—Hola.

—Hola. No te llamé porque me imaginé que te habías desvelado con Laura.

—Así es. Cuéntame, ¿cómo va todo? ¿Cómo te sientes?

—Perfecto, no me he sentido ni siquiera nervioso. Estoy tan seguro de la opción de operarme que de verdad tengo asumidos los riesgos. Estoy bien, me siento fuerte. Me mandaron varios suplementos y ya empecé a tomarlos.

—Me da gusto, amor, ¿qué quieres hacer? ¿Nos vemos o prefieres que nos veamos mañana?

—Si quieres, mejor mañana. Te oigo cansada y así aprovechas estos días que puedes descansar. Yo sé cómo eres, y cuando me operen va a ser agotador. Duérmete todo el día, consiéntete. Te quiero, nos hablamos luego.

Justo así lo hice, no me levanté de la cama en un buen rato. Estaba viendo películas y dormitando cuando sonó la campaña. Me puse una bata y salí.

—Sushi, señorita.

—Yo no pedí nada.

—Se lo mandaron, entonces, señorita… ¿Marion?

—Ay, pues sí, gracias. ¿Cuánto le debo?

—Ya está pagado.

Lo recibí y, todavía confundida, pensé en llamarle a Paris para agradecerle, pero se me ocurrió también que podría no haber sido

él… Mugrosa Laura, me había dejado con la idea fija de Renato, y con él iba un día sí y otro también al sushi. Un sunomono, un arroz frito de verduras, edamames al vapor y dos cocacolas, mi comida favorita. Me iba a sentar a comer y vuelve a sonar la campana.

—¿Señorita Marion?

—¿Sí?

—Flores para usted.

Me entregó una caja larga, blanca con un moño increíble de tela violeta. La abrí y había un ramo de iris moradas y blancas, las flores que más me gustan, y un sobre que abrí casi furiosa. Por poco y me muero, otra vez papel dorado. "El amor es como la fiebre: nace y se extingue sin que la voluntad tome en ello la menor parte". Se me quitó el hambre, ¿qué era todo esto? Estaba casi segura de que no era Paris. Si no era él, ¿quién podría ser sino Renato? Años sin verlo, ¿cómo había conseguido mi dirección? ¿Cómo sabía que estaría en casa? ¿De verdad me espiaba? ¡Seguro! Si no, ¿cómo podía saber que estaba ahí adentro?

Me asomé con un ojo, tontamente, por la orilla de la cortina que daba hacia la calle, pero no noté nada inusual, ni el coche de la noche anterior ni nada que me llamara la atención. Regresé a la mesa, me detuve a pensar un momento. Me esperaría un rato, si me equivocaba, se me iba a armar la de Troya. Sonó el teléfono después de un ratito y contesté.

—¿Hola?

—¿Qué pasó?

—¿De qué?

—¿No me vas a mandar besos y a decirme que me quieres? ¿Te gustó la sorpresa?

—¡Ay, sí! Perdóname, moría de hambre y antes de hablarte me atraganté de sushi.

—¡Qué rico! ¿A dónde lo pediste?

Ahí supe que, al menos el sushi, él no lo había mandado.

—Ah, al Kunio, me encanta.

—Entonces, ¿qué opinas de la sorpresa?

—Están hermosas, muchas gracias. Me hacía falta un detalle así.

—Hace siglos que no te mandaba flores.

—Sí, oye. Y la frase, qué linda, pero no entendí, como que está ambiguo el significado de lo que me escribiste.

—Pues es así, ¿no? Ayer mandé a que te pusieran un sobrecito en la puerta, pero yo creo que no lo viste porque ya no me dijiste nada.

—No. No vi nada. ¿En dónde lo pusieron?

—Les dije que en la puerta, pero no te preocupes, seguro se cayó y no lo viste.

—Y ¿qué era? —Tenía que fingir que no lo había visto.

—Lo mismo, pero sin flores.

—Ok, ok. Mil gracias, Paris, eres un amor.

¡Dios!, ahora sí ya nada me hacía lógica. Sushi que no tenía idea de dónde había salido y flores y mensajes sospechosos de él…, en fin. Habría que esperar porque no supe a quién agradecerle el sushi y me quedé temblando de nervios.

Me serví un *whisky* otra vez. ¡Qué asco!, pero me lo tomé de un trago. Y me pegó en un segundo. Me eché en la cama y me dormí hasta tarde, casi en la noche desperté con una sed tremenda. Me serví un vaso enorme de agua, miré por la ventana paranoica y me lo llevé a la cama, me lo tomé y me volví a dormir hasta el día siguiente.

No estaba acostumbrada a estar sin actividad, y cuando desperté, pensé que tenía que hacer algo que no me generara estrés, pero que me mantuviera ocupada, así que me puse a buscar algunos cursos. Di con unas clases de ebanistería en Coyoacán, me pareció buena idea. Era un taller libre, sería algo para pasar el rato y sin compromiso, seguro me sacaba un poco de mi estrés y mis múltiples fijaciones. Le marqué a Paris, después, y me arreglé con calma. Me fui al taller, que me encantó, por cierto.

De regreso, pasé a verlo. No cabe duda, la energía existe y se manifiesta, algún tipo de vibras amenazantes lo atacaron, estaba encantador, como hace un buen rato no lo veía conmigo. Él presentía algo, pudo percibir en mí un cambio inminente, lo intuía, aunque no se lo dijera. Había renunciado a mi trabajo, comenzaba a hacer planes y a salir con amigos, y creo que eso lo sacó un poco de la certidumbre que sintió el último año y que lo había mantenido con

la absoluta seguridad de tenerme solo para él, tal como me pasó a mí en algún momento. Su trato aquel día desbordaba ternura y un cariño tan profundo que llegué al punto de ser sorprendida por la culpa de solo haber imaginado dejarlo. Pero, aun así, no la suficiente para hacerme renunciar a mis planes. Ya estaba decidido. Después de la cirugía, pensaba esperar un par de meses y, si todo salía bien, me iría a donde pudiera para no regresar en mucho tiempo. Tal vez nunca más.

16

SORPRESA

Los siguientes días corrieron veloces hasta que por fin llegó el de la cirugía.

Siete de la mañana. Estábamos subidos en el coche Olivia, Mauricio —el papá de Paris— y nosotros dos. Llegamos al hospital y nos pasaron a una habitación en donde iban a prepararlo, tomarle signos vitales y checar que todo estuviera en orden para continuar con la cirugía a las nueve en punto. Algunos minutos más tarde llegó Julio acompañado por Paul, el doctor australiano. Nos presentó, conversaron un rato sobre los detalles del procedimiento sin dejar de soltar alguna broma para aligerar la tensión; los dos médicos daban la impresión de ser un par de eminencias. Desde su aspecto físico podía adivinarse que ambos estaban comprometidos con ser la mejor versión de sí mismos. Julio era cálido y claro en todo lo que decía; su físico, como lo dije antes, era de llamar la atención. Paul irradiaba confianza y sobre todo una serenidad nivel monje, no creo que rebasara los cincuenta años, y estoy segura de que, de encontrarlo en la calle, jamás nadie adivinaría que se dedicara a operar nervios, daba más la idea de ser un yogui profesional. Su pelo era negro y un poco desordenado, largo, recogido en una pequeña coleta; sus ojos, marrones, enormes y profundos; su nariz, larga y afilada, su cuerpo fibroso y altivo. Ninguno de los dos parecía estar preocupado. Al contrario, todo fluía y sin percance alguno. Nos avisaron que era hora de prepararlo.

—La cirugía es larga, les sugiero que no estén aquí todo el tiempo. Vayan a desayunar tranquilos, empezaremos alrededor de

las 10:30, y yo calculo que terminaremos en la tarde o ya en la noche si todo va como debe ser.

Nos acercamos a Paris. Sus papás, nerviosísimos; Olivia echó mano de todas las bendiciones que se sabía; Mauricio platicó en voz baja un momento con él. Llegó mi turno, lo abracé y no hubo necesidad de decirle nada. Entendíamos que ese momento era crucial para los dos y que traería cambios poderosos a nuestras vidas.

Salimos juntos del cuarto llenos de optimismo. Fuimos a desayunar los tres, mientras lo anestesiaban. Pero empezaron los inconvenientes: además de hablar de la cirugía, salió de nuevo el tema de Andrés.

—Marion, ¿qué ha pasado con Andrés? ¿Sabes algo nuevo? —preguntó Mauricio.

—Pues, de momento, lo que sabemos es que su mamá encontró una mochila con mariguana y unas pastillas y dio aviso a la policía. Ya pasaron varios días y no creo que tarden en citarnos a declarar porque el último día que se supo de él fue cuando íbamos a ir a Tepoztlán con el nómada.

—Cuéntame, por favor, ¿qué pasó ahí? No lo puedo creer que haya habido un avance gracias a ese brujo…

—Te contó Paris lo que sucedió ese día, ¿no? —respondí para evitar una explicación detallada.

—Sí, pero de verdad me parece tan raro que algo así haya funcionado. Este hombre debería estar más al alcance de la gente si es que sus métodos funcionan así.

—Sí, eso pensé también, pero él busca los lugares con la energía necesaria y se mueve; la gente que logra localizarlo es la que tiene la oportunidad de coincidir.

—Yo creo que el poder de la mente es muy importante en estos casos y más bien me parece que fue el mismo Paris quien logró un cambio.

—Pues como haya sido, es una maravilla que todo se haya dado de esta manera, haber encontrado a Julio y él a Paul.

—Así es, qué bien, Marion. Sin duda habrá cambios en sus vidas ahora que Paris pueda caminar de nuevo. ¿Han pensado qué van a

hacer después de esto?

Paris no era tan cercano a su papá. Era buena persona, aunque duro, crítico todo el tiempo, exigente. Además, viajaba muchísimo, tenía negocios en varios lugares del mundo, sobre todo en Suramérica.

Aquella conversación con Mauricio me provocó una profunda incomodidad y, terminado el desayuno, preferí apartarme un rato. Les sugerí que nos turnáramos para no agotarnos tanto entre el estrés y el estar sentados todo el día. Les dije que vendría a suplirlos a la hora de la comida para que pudieran salir tranquilos un par de horas. Aceptaron, y me sentí aliviada de no tener que hablar sobre cualquier tema con ellos, pues de seguro iría dirigido a la interminable lista de mentiras que habíamos inventado para librarnos de todo.

Fui a pasar un rato en el taller de ebanistería para dejar de pensar en ellos. Regresé para relevarlos a la hora de la comida y me parecieron interminables las dos o tres horas que tardaron en volver. Tiempo después, salió Julio a darnos un avance sobre la cirugía, todo parecía estar perfecto, nos dijo que habían encontrado nervios funcionales, más de los que esperaban. Nos comentó que creían poder terminar en un par de horas. Se metió de regreso al quirófano, y yo volví a salir, ahora a tomar un café, con tal de no sentirme en un interrogatorio. No encontré un lugar más cómodo que las escaleras que daban a la calle, me parecieron ideales para prender un cigarro. Dos, tres fumadas y veo acercarse a un tipo vestido con un traje de color oscuro y un abrigo que de lejos, y ya en la oscuridad, no podía definir bien, pero que se dirigía hacia mí sin duda.

—¿Marion?

—¿Renato? ¿En serio eres tú?

—¿Cómo estás? —Me saludó efusivo, con un abrazo profundo que me impregnó su olor.

—¿Qué haces aquí?

—Vine a buscarte.

—¿Cómo sabías que estaba aquí? ¡Te dijo Laura!

—Sí, tuve que insistirle muchísimo, yo sé que no es el mejor momento, pero tenía que hablar contigo sobre el proceso de la investigación.

Algo importante tendría que haber pasado para que me buscara de una forma tan desesperada y hubiera elegido ese momento tan poco prudente para hablar conmigo.

—Los van a citar para declarar y quería avisarte. Yo sé que Paris está en un momento delicado, y a él le van a dar chance de declarar más adelante, pero tú no estás incapacitada, así que te va a tocar primero.

Quedé desencajada con la noticia. ¡Qué miedo! Intenté disimularlo, no podía dejarle ver lo que sentía, le dejé saber que estaba nerviosa porque nunca lo había hecho, no había estado en una situación similar.

—Tranquila..., es un procedimiento de rutina, solo necesitan recabar información. Además, ¿de qué podrías tener miedo?

—No, bueno, de nada, pero es raro, ¿no?

—Sí, y te confieso que la hostilidad en estos procesos es una constante. Más porque te van a ver bien fresa y eso no facilita las cosas. Pero tranquila, yo estoy para ayudarlos en todo. Sobre todo, a ti, sabes que me importa mucho lo que te pase.

Le confesé que me había parecido irreal que él quedara a cargo del caso de Andrés, a lo que me respondió que llevaba varios años en el bufete de abogados del que el cuñado de Elena era socio. Coincidió con Laura en la cena de aniversario del bufete porque Fede era un cliente suyo.

—No lo puedo creer, ¡qué coincidencia!

—Sí, Marion, aunque yo justo creo que no existen las casualidades, por algo me lo dieron, yo no lo pedí, y me inquietó muchísimo verte en el expediente. Yo sé que no hay nada de qué preocuparse, seguro que no tienes nada que ver en el asunto, a excepción de que lo conocías y ese día habían quedado de verse, pero bueno, en cualquier caso, aquí estoy. Puedes llamarme cuando sea, a la hora que necesites. Guarda mi teléfono y pásame el tuyo, Laura no me lo quiso dar, está bien loquita, no cambia.

—¿Verdad? Hace tiempo que no la veía y el otro día no sabes cómo nos reímos, está absolutamente chiflada.

—Me dio gusto verte, espero que todo salga bien con Paris, mándale mis saludos y estamos en contacto.

Fue inevitable recapitular y hacer un recuento de todo lo que había pasado, fantasear acerca de los cambios en mi vida; si en lugar de reencontrarme con Paris, hubiera seguido con Renato. Lo había mandado a volar porque me parecía tan poco emocionante que me deprimía. Paris, en cambio, me atraía porque era del todo opuesto a él. Con mucho pesar, podía adivinar la paz que me hubiera ofrecido Renato, no todo se trata de emociones desbordadas, de sobrecargas de adrenalina y de traer las suprarrenales en turbo, eso no lo vi venir, aunque me queda claro que jamás fue mi plan ni el de Paris acabar como estábamos.

En esta situación, con Paris recién operado, era imposible que yo lo estresara con el tema de la declaración, así que me sentí como una isla, pero decidí no decir nada; Renato era el único que sabía lo que iba a pasar y me daba mucha paz contar con él. Me quedé afuera sin importarme si Mauricio y Olivia me buscaban. No quería estar ahí. Estar en el hospital me recordó la noche del robo, estuve todo el tiempo dándole vueltas a ese día. Un segundo, una mala decisión, un cambio de planes inesperado, todo lo que había sucedido era tan raro y desencadenó una serie de eventos indeseables, un año entero de nuestra vida lleno de malas experiencias nos había dejado cicatrices profundas. Repasé mil veces lo que debía decir si me llamaban a declarar; por fortuna, éramos parte de la investigación, pero estábamos, en teoría, del lado de Andrés, así que de inicio no había peligro.

—¡Marion! Ya salió —me dijo Olivia mientras me hacía señas aliviada.

Llegamos a la habitación y todavía no lo habían llevado. Julio y Paul nos explicaron que la operación había sido todo un éxito, que hubo muchas más buenas noticias y que podíamos contar con que estaba garantizado el estado de salud de Paris, que era cuestión de tiempo que caminara otra vez. Nos abrazamos, yo con un sentimiento contradictorio, entre querer que sucediera y no, movida

por la ilusión en un sentido, pero en el otro, con una inminente sensación de pérdida, si regresaba a ser el de antes, podría ya no ser mío para siempre.

Estuvo cerca de diez días más en el hospital porque tenían que monitorear cualquier cambio o signo de movimiento. Estaba adolorido al principio, pero después comenzó a sentirse mejor; podía mover los dedos de los pies, después un poco más arriba, luego hasta la rodilla y así poco a poco, pero había movimiento, era lo que aseguraba que los nervios habían conectado como debían. Nos explicaron que por haber estado casi un año sin moverse, su tono muscular era casi nulo, no tenía fuerza, la rehabilitación era más para eso que para cualquier otra cosa, el cerebro mandaba correctamente las señales a las piernas a través de los nervios y estas respondían con la rapidez y coordinación necesaria, así que tomaría dos o tres meses comenzar a recuperar fuerza y movimiento. Fueron días y semanas fuertes, la fisioterapia era dolorosa y no había otra alternativa, pero Paris logró superar tanto los dolores como la inmovilidad poco a poco.

Hubo momentos en los que le parecía difícil conservar la voluntad, estaba convencido, pero el dolor y la lentitud con la que se daban algunos procesos mermaban por momentos esa convicción. Pasó de la terapia física en su casa, después de un par de meses, a otras más que le daban en un centro especializado, y después otras en una alberca ahí mismo. Tuvo la fuerza después de varias sesiones para pararse en el agua, era más sencillo, el agua ayuda a hacer el trabajo más ligero y disminuir el esfuerzo, el peso del cuerpo, así que esto lo motivó para seguir adelante a pesar de todo. Trabajó muchísimo la fuerza abdominal y los brazos, le ponían rutina con pesas y dieta estricta para aumentar la masa muscular.

Mientras todo esto transcurría, fui llamada a declarar en dos ocasiones. Tal y como me lo había advertido Renato, los interrogatorios no fueron amables, pero tampoco eran profundos, me cuestionaban y formularon preguntas difíciles de responder, algunas otras se dejaban ver tramposas, pero iba preparada, habíamos contado y repasado tantas veces la misma historia al grado de no tener que esforzarme en inventar alguna mentira sobre

la marcha ni responder algo equivocado. Renato me acompañó y me cuidó en todo momento.

A casi tres meses de la cirugía, en casa de Paris un domingo, en una comida con sus papás y unos primos que vinieron a verlo, al acercarse para saludarlo, como un acto reflejo Paris se puso de pie; todos estupefactos, porque no parecía haber hecho ningún esfuerzo sobrehumano para lograrlo. ¡Estábamos todos extasiados! Había logrado pararse por fin, después de unas doce semanas de trabajo duro; estaba cambiado, era otro. Sus brazos habían aumentado en volumen y su abdomen estaba fuerte; esta fuerza era el soporte que necesitaban sus piernas para complementar los esfuerzos que exigía estar de pie y después moverse.

Cuando todos se fueron, lo acompañé a su cuarto, le pidió a su enfermero que nos dejara solos. Algo traía entre manos. Me pidió que lo ayudara a desvestirse, así lo hice, y comencé por quitarle la camisa; después, le desabroché el pantalón, y él con la fuerza de sus brazos se impulsó hacia arriba para que los sacara, lo cual no le costó ningún trabajo, su fuerza había crecido de forma monstruosa. No me resistí y le di un beso largo. Nos acariciamos por un buen rato mientras seguíamos con el beso cada vez más intenso; su silla estaba a la orilla de la cama y en un punto me movió hacia ahí y me recosté. Se levantó, se puso de pie de nuevo, se inclinó hacia mí y puso sus manos una a cada lado de mi cabeza. Nos besamos otra vez, ahora más agresivo. Sentir su cuerpo sobre el mío después de tanto tiempo fue como si fuera alguien distinto. Los encuentros que habíamos tenido durante el tiempo que pasó en la silla de ruedas habían sido diferentes. Esta vez sucedió de una forma tan física, tan vigorosa, que poco puedo contar sobre el nivel de placer que hubo para los dos. Luego, recostados, me dijo que llevaba un par de semanas practicando el ponerse de pie y que, además, me tenía una sorpresa. Nos vestimos; cada vez necesitaba menos ayuda mía; se sentó en el borde de la cama y se levantó. Me pidió que me acercara y lo tomé de la mano. Sin tambalearse, comenzó a dar un paso y después otro, firme y constante. Sucedió…, caminaba. No lo hacía con la agilidad necesaria todavía, pero podía hacerlo sin duda. ¡Esto era increíble!… Pero, como siempre, tenía que surgir algo que nos

regresara como la liga de una resortera al pasado; el hecho de que lo dieran de alta implicaba que su incapacidad para enfrentar los interrogatorios sobre el caso de Andrés se vencía. Al comenzar la semana, dio aviso de inmediato para no levantar ninguna sospecha.

El martes se presentó a dar su declaración, el caso no avanzaba como lo habíamos pensado y estaba todavía en las primeras etapas; no había ninguna pista, porque era lógico que no la hubiera. Nosotros sabíamos que, aun con el tema de la mochila y la droga, no había nada que los pudiera llevar a lo que había sucedido realmente. Todo estaba en hipótesis todavía. Salió del interrogatorio y pasé por él; saludé a Renato, quien estuvo pendiente durante el proceso, y nos fuimos a un café.

—Ahora, sí, cuéntame. ¿Cómo te fue?

—Estuvo pesado.

—¿Por qué? ¿Sentiste algo raro? ¿Sospechan de nosotros? Yo no llegué a sentirme incómoda en ese sentido.

—Pues no sospechan, pero como no tienen ninguna otra línea de investigación sólida, están en busca de algo, son meticulosos. Las preguntas precisas, capciosas.

—¿Cómo? Las dos veces que yo he ido no se portaron así. Sentí que literal estaban en busca de información, así me lo había dicho Renato y justo así sucedió.

—Ese Renato…, no pierde la esperanza, ¿no?

—¡Ay, no vayas a empezar con esto! Si hay alguien que nos puede ayudar, es él. ¡Por favor, no lo arruines!

—No, pero se le nota que sigue super sobres.

—Bueno, sigamos mejor con las preguntas que te hicieron.

—Pues nada definido, no sé si me explico… No me gustó la forma en la que se dirigieron a mí, está raro. Me preguntaron sobre la mochila una vez, y lo demás, que si teníamos buena relación, que si compartíamos algún negocio o proyecto juntos, desde hace cuánto lo conocía, si habíamos peleado, si discutimos por algo y cuándo fue la última vez que hablamos, pero me pedían horas exactas, llamadas igual con día y hora…, ¿quién se iba a acordar de eso y más después de meses? Me preguntaron dónde estuve ese día y los siguientes; que con quién y demás; les conté del chamán, te juro que ya hasta

me lo creí, hasta siento que lo conozco. ¿A ti te preguntaron lo mismo?

—Más o menos, pero no con tanto detalle. Podría ser que ya están desesperados porque no lo han encontrado y no tienen líneas que seguir. ¿Quién te interrogó?

—Un tal Serra. Se veía molesto, de hecho, no fue nada amable.

—A mí me interrogó una mujer, qué raro todo.

—Ya que es clarísimo que Renato sigue enculado contigo, pregúntale qué sabe, ¿no?

—¿No se vería sospechoso?

—Pues no, si estás metida en esto, tiene toda la lógica que estés preocupada. No tiene nada de malo y supongo que, si fueron novios, hay confianza, y hay cariño de su parte. Así que, aprovecha por favor. Al menos, saber dónde estamos parados sería bueno.

—Está bien, lo voy a hacer. Pero no empieces después a decirme que por qué me llama y le contesto y demás. Es obvio que, si me acerco a él para preguntarle, se dé más comunicación entre nosotros, ¿ok?

—Sí, estoy dispuesto.

—Ok, así quedamos entonces.

Después hablamos de varias cosas que teníamos pendientes sobre citas médicas y las terapias. Nos pusimos de acuerdo para lo que quedaba de la semana, y nos fuimos cada uno a su casa a descansar.

El miércoles le llamé a Renato. Hablamos un rato de cualquier cosa y después dirigí la conversación hacia donde quería.

—Ya puede caminar, ¿no? Es casi un milagro que lo haya logrado. Algo muy bueno tuvo que haber hecho para volver a caminar y para tenerte junto a él, a pesar de todo lo que ha pasado. Pareciera que algo lo protege o le trae suerte, porque, sí, ha sido afortunado.

—Pues sí, bastante. Bueno, sobre lo de caminar, jaja, no quise sonar soberbia así, por mí…

—Tiene mucha suerte, admítelo. No está mal eliminar la falsa modestia.

—Bueno, sí… un poquito. Oye, Ren, yo quería hablar contigo porque estoy preocupada.

Comencé a contarle que no sabía qué había pasado en los interrogatorios y qué podía suceder después. Que me daba mucho miedo que nos quisieran culpar de algo para tener a quien señalar.

—Yo sé que aquí esas cosas pasan, no tenemos nada que ver con la droga que apareció y no sabemos más. Me preocupa que esto no avanza, y la pobre Elena está agotada y destrozada. ¿Sabes qué pasa? ¿Por qué no avanzan? Por lo que tú sabes, ¿habrá posibilidades de que lo encuentren todavía?

—Pues, mira, no tengo chance de contarte todo, en principio porque mi cliente es Elena y Andrés, en todo caso, si aparece, pero si quieres nos tomamos un café en estos días y te cuento cómo iría el proceso si todo estuviera dentro de lo normal, al menos los procedimientos, tiempos e interrogatorios sucesivos, ¿te parece? ¿O te meto en problemas si nos tomamos el café?

—No, no creo. ¿Te parece mañana?

—Sí, nos vemos mañana. ¿En dónde?

—Hay un café a unas cuadras de mi casa, te veo en mi casa y de ahí caminamos, ¿está bien?

—Hecho, te veo mañana a las 7 en tu casa.

De inmediato le llamé a Paris, le conté cómo estaba todo y le compartí lo que me había dicho. No le pareció nada chistoso lo del café, pero había que apechugar y lo hizo.

Al día siguiente me perseguía el pensamiento irrenunciable sobre mi cita con Renato por la noche. Por la tarde pasé a ver a Paris, estaba nerviosa.

—Oye, pues, ¿qué le pregunto? Dice que no me puede decir mucho, pero voy a intentar sacarle lo más que pueda.

—Sobre todo, trata de ver si hay alguna sospecha sobre otra cosa que nos ligue a la desaparición, si siguen en el tema de la droga mal que bien salimos librados de la situación, no tenemos nada que ver.

—Ok, te llamo más tarde para contarte y deséame suerte, estoy nerviosa.

—Calma, y no le des muchas alas a este güey, solo las suficientes para que nos ayude.

—Está bien, no te preocupes por eso, es una tontería, lo necesitamos de nuestro lado. Ya me dijo que su cliente es Elena, él es un hombre recto, espero que se apiade, aunque sea para darme alguna idea de lo que pasa.

Me fui a casa, y a las siete en punto tocó Renato. En ese instante entendí que el sushi de aquel día me lo había mandado él, porque jamás le di mi dirección y llegó. Cayó en la trampa…, sin que yo planeara nada.

Salí, y caminamos al café. Nos sentamos y no había nadie alrededor, lo que nos permitió pedir algo y no ser molestados en un largo rato.

—Cuéntame, ¿qué es lo que te preocupa Marion?

—No me gusta ponerte en una situación incómoda y no me tienes que decir nada que te comprometa —le dije para que no me sintiera tan desesperada—, pero me angustia que hace meses no sabemos nada de Andrés y, por lo que me dijo ayer Paris sobre lo que declaró, siguen igual, me preguntaron casi lo mismo a mí hace un par de meses, ¿eso es normal?

Se soltó a contarme, en términos técnicos que yo no entendía muy bien, cualquier cantidad de información. Pensé que no lo haría por como suele ser, discreto y recto en todo lo que hace. Pero entendí que en verdad no tenían idea. La droga parecía no ser un problema tan grave, no sé si por la cantidad, que no era algo importante. Se refirió a cantidades de un narcomenudista, que no había rastro para seguir en ese sentido. Pero no se explicaban que no hubiera una petición de rescate, una amenaza, nadie había llamado ni tratado de recuperar la droga, o extorsionar a Elena o Nadine. Dijo que, por lo general, cuando hay algo relacionado con drogas, los que la distribuyen en cantidades importantes y están en un lío llegan a involucrar a familiares, parejas y amigos, y que aquí nada de eso, ninguna pista de nada. Entonces, es por eso que ellos creían que por ahí no iba la cosa.

—¿Entonces? ¿Qué crees que pudo pasar?

—No sabemos bien, la policía y antinarcóticos están investigando, también la policía judicial. Lo único que puedo recomendarte es que no hagas nada raro, nada fuera de la ley por el momento, porque es probable que hayan puesto a alguien a seguirlos o les hayan intervenido los teléfonos, ten cuidado. Yo sé que no tienes nada que ver con este asunto, pero estás en el caso y no está de más tener la mayor precaución posible. No se te ocurra comprar ni un gramo de mota ni nada por el estilo, ninguno de los dos, por favor. Todo puede complicarse en una situación así, no se arriesguen.

—¡Te agradezco tanto todo, Renato! —Le tomé la mano y la apreté entre las mías—. De verdad, me tranquiliza que tú estés a cargo.

—No tienes nada que agradecer, pero no podemos vernos tan seguido, y menos hablar por teléfono del tema, ¿ok?

—Sí, prometo que, si no hay nada serio, no te vuelvo a molestar.

Pasado el tema de Andrés, me contó sobre su vida en el tiempo que dejamos de vernos. Había encontrado una pareja con la que tenía planes de boda, pero, como él lo dijo, "afortunadamente" descubrió que le había puesto los cuernos y terminaron. Era claro que después de ese evento no la había pasado del todo bien, estaba enfocado en su trabajo, pero me confesó que nunca me había dejado ir del todo, que pensaba a menudo en lo que pudo haber sido nuestra relación de haber continuado juntos. No pude, sino consolarlo, diciéndole que, como él mismo me dijo, no existen las casualidades, y que, al haber descubierto a su novia, tenía la posibilidad de encontrar a alguien nuevo, y que ese alguien sin duda también lo buscaba a él. Nos despedimos de camino a mi casa y quedamos de estar en contacto.

Llegué y me serví un *whisky* en las rocas esta vez… Comenzaba a distinguir ciertos sabores en el paladar, en la nariz y en lo que los bebedores llaman el retrogusto, madera, vainilla, nueces, miel. Me gustaba mantenerlo en la boca un momento y respirar mientras lo empujaba con la lengua hacia el paladar hasta que lo tragaba. Así, con el *whisky* en la boca, busqué el ópalo, y sin darle importancia, empecé a jugar con él entre mis dedos. Le daba vueltas a lo dicho por Renato, a la suerte de Paris; sentía los nervios afilados en ese

caos, y también, a ratos, la satisfacción extraña de un estratega que tiene todo suspendido con delicadeza. Me pasé el *whisky*. Miraba embobada los destellos que el ópalo emitía, era magnífico. Me lo puse y sentí de nuevo la fuerza protectora de esa joya extraña y hermosa en mi dedo anular. Me lo dejé puesto y aventé sobre la mesa la bolsita de terciopelo en la que lo guardaba. Pude escuchar que algo salió de ella. Era el chip que había comprado en Acapulco. En ese momento se me ocurrió que ese chip con número de Guerrero nos podía ayudar en algún punto desesperado a hacer una llamada o enviar un mensaje a alguien para desviar la atención en la investigación. Me pareció una gran idea, pero no podía contárselo a Paris por teléfono, así que tuve que esperar al día siguiente. Temprano me arreglé y me fui directo a su casa. Estaba en terapia, y esperé un rato a que terminara. Se metió a bañar, y cuando estuvo listo me lo llevé a desayunar fuera.

—¿Qué haces con el anillo puesto, Marion? ¡¿Estás loca?! ¿Desde cuándo lo traes?

—¡Ay! ¡Híjole! De verdad no me di cuenta, ayer me lo puse y no me lo quité. —Me lo saqué del dedo y lo metí a mi cartera.

—O sea, lo usas en tu casa, ¿o qué? Estás bien loquita, andas muy dispersa.

—No, es que ayer me lo puse, ¿y qué crees?

Le conté sobre el chip, sobre lo que hablé con Renato y lo que se me había ocurrido.

—Marion, ¡sí! Eso puede ser una salida en el momento en que decidamos usarlo.

—Pues no hay casualidades —le respondí y me acordé de Renato —, fue como una señal del ópalo, lo juro. No hubiera pensado en esto si no lo saco ayer y sale disparado de la bolsita.

—Si todo está como te dijo Renato, si siguen atorados porque no reciben llamada, mensaje o alguna pista, sería el momento de usarlo.

—Se va a ver rarísimo que, justo cuando me lo dice, empiecen las llamadas o los mensajes. Hay que esperar un poco. Y, te soy sincera, yo les diría donde está el cuerpo, ya para que se sepa que no está vivo. Elena va a dejar de estar desesperada, va a descansar,

y además la investigación mal que bien ahí se va a atorar, va a cambiar, ¿no?

—Marion, no, ¡cómo crees! El cuerpo, o lo que pueda quedar de él, nos ubica cerca del lugar en el que sucedió todo, en Tepoztlán, en donde nosotros estábamos, en teoría.

—Es cierto. Pero ¿no podemos decir que ya no está vivo?

—No sé, hay que pensar bien qué hacer, Marion, porque usar el chip es una gran oportunidad, ¡es solo una oportunidad! No podemos echarlo a perder.

—Entonces, esperemos unos días, y piénsalo bien. Eso sí, nada de esto por teléfono, ¿ok?

—Sí, está de la chingada que nos puedan estar espiando, ¿será legal eso? Pregúntale a Renato.

—Ay, ya. No inventes, Paris. No puedo preguntarle cosas tan sospechosas; si no tuviéramos nada que ver, nos valdría madres que nos espíen, ¿no?

—Sí…, qué desmadre. Ya quiero que esto se acabe.

Continuamos con total discreción los siguientes días. Sin hablar de nada raro por teléfono, intentábamos ser lo más prudentes que fuera posible, y sin dejar de pensar todo el tiempo en cual sería la mejor manera de aprovechar ese chip, que era nuestra salida a todo este problema. Cada día, poco a poco, se disipaba la culpa y la sensación tan desagradable de lo que había sucedido con Andrés. No se olvida, pero superar una acción tan desagradable te lleva a un proceso parecido al de vivir el duelo por la muerte de una persona querida. Empiezas a aceptarlo, a digerirlo, a dejar de poner resistencia, te resignas, te acostumbras y comienzas a fluir de manera más normal… Por descabellado que suene, eso sucede. Regresa la sensación de que eres tú otra vez quien habita tu cuerpo y no esa otra persona, por la que solo podrías sentir asco, pena o culpa. Repetir tantas veces una mentira, en este caso, la había convertido en una realidad. Lo mismo con el cuento del monje. Tal y como me lo dijo Paris, ya sentía yo misma que también lo conocía, que todo eso había sucedido, no había nadie que pudiera comprobar qué sucedió ni tampoco comprobar lo contrario, esa era la verdad…, la verdad sobre una mentira.

Llegó el viernes y tocaba ver a Laura. Estuvo divertido, pero esta vez Laura me dijo que Renato le llamó y que le contó que nos habíamos visto para tomar un café.

—Marion, ¡qué rara! ¿Cómo que aceptaste irte al café con él? ¿Qué dice Paris?

—Ay, nada Lau, era para preguntarle cosas del caso de Andrés.

—Pero ¿qué tanto te preocupa? ¡No tienes nada que ver! ¿O sí?

—¡Cómo crees! Obvio no. Pero en este país, con tal de justificar una investigación o de señalar a alguien, te siembran una bolsa de coca, o una pistola, ¡y te meten a la cárcel! Me da mucho miedo, ya sabes que me aterra eso.

—En eso tienes razón, cien por ciento. Pues, sí, aprovecha que tienes cegado de amor a Renato, jajaja; sigue, ¡eh! Me dijo que por algo había pasado todo esto, que nada era casualidad, y que él cree que tiene chance, está seguro de que habrá algo, y que tú eres para él. —Todo esto mientras su voz dramatizaba su discurso y sus ojos pestañeaban una y otra vez de manera burlona.

—No mames, no güey, ¿en serio?

—Pues ¿qué pensabas?

—No, pues nada, pero no le di alas ni nada de eso.

—A ver, algo raro pasa, Marion. Me dijo que fue a tu casa, ¿tú le dijiste dónde vives? Yo no le quise decir.

—¿En serio? ¡No le dije dónde vivo!

—¿Cómo llegó? A ver, explícame…, solo así puedo saber si te sigue o te espía o en todo caso si puso a alguien a que lo hiciera…

—¡No puedo creerlo! Pues no hay de otra, claro que me espía. ¿Y te cuento algo? El día después de que fuimos a cenar tú y yo, me llegó un pedido del sushi…, justo con lo que me gusta. Pensé que era Paris, pero a los dos minutos me llegó una caja con flores. Me empezó a dar paranoia, y, bueno, Paris me mandó las flores, pero no el sushi. ¡Fue él! ¿Desde hace cuánto me espía? Por eso supo a dónde llegar cuando lo cité en mi casa.

—Uff. Pues ¿qué te digo? Era de esperarse. Así ha sido siempre y más ahora que es abogado y penal, amiga. Estos tipos tienen las manos muy largas, las tienen metidas en todos lados; conocen gente que espía, buena y mala, gente adentro y afuera de la cárcel,

pueden intervenir teléfonos, poner micrófonos, tienen forma de hacer lo que se les ocurra, y con dinero e influencias pueden obtener lo que quieran. No creas que eso solo pasa en las películas, y los abogados son de lo más hábil.

—¡Puta madre! —Me salió del alma—. Qué horror, Laura, qué miedo. —Fruncí el ceño y me agarré el cuello sin poder ocultar mi ansiedad.

—Ay, bueno, cálmate. Tampoco es que hayas matado a nadie, solo es tu exnovio psicópata siguiéndote porque te quiere de vuelta. Te puede ayudar a resolver lo que sea, por eso te lo digo también. Saca provecho de eso, no es que necesariamente tenga que utilizar todo lo que tiene a su alcance para joderte a ti, más bien puedes pedirle ayuda en todo caso y sabría cómo hacerlo.

—Bueno, y si le caigo mal, ¡me hunde!

—Pues tú no le caes mal, pero a Paris sí se lo quita de encima, si quiere… Ay, amiga, lo dije de broma, pero sí podría, ¡eh! Así que mantente al pendiente de todo.

—Laura, cada vez que te veo, me quedo en paranoia, eres tan aguda.

—Pues, óyeme…, estudié periodismo, aprovéchame que soy bien malpensada, así que no te me duermas, y si necesitas ayuda, avísame. Aunque…, ¿te digo lo que pienso?

—Dime.

—Lo siento, pero creo que tu amigo Andrés ni de broma sigue vivo. ¿Cómo es que no han pedido rescate o él mismo no se ha manifestado desde hace tanto tiempo? Eso está raro. Si estuviera vivo ya habrían dado señales de vida, él o quien lo tenga secuestrado. Háganse a la idea porque de verdad no creo que lo encuentren. Pobre de su familia.

—Sí, eso mismo me dijo Renato, que eso estaba raro. Pues ni hablar… Vamos a ver qué pasa en estos días, yo no sé cuánto tiempo se queda abierta una investigación así, sin saber a dónde se dirige todo.

—Pueden ser hasta años, amiga, así que ojalá pronto se sepa si sigue vivo o no.

—Ojalá que sí.

—Y tú, cuídate, que Renato parece don perfecto y el más decente, pero caras vemos… —Torció la boca, abrió los ojos y meneó la cabeza a modo de advertencia—: Y es obsesivo. Marion, luego esos cabrones acaban siendo Hannibal Lecter.

—¡Ay, cállate!

—Por cierto, se le escapó algo el otro día que me llamó y quiero que lo sepas. Dice que uno de sus "contactos" le dijo que un tal Serra de la policía recibió una llamada extraña que lo dejó nervioso. Pero hace tiempo, eh, antes de que tu amigo desapareciera.

—¿Cómo?

—Pues eso me dijo, se le van las cabras, lo hago bolas, amiga, hablo demasiado, y entre lo que me dijo, estaba eso, se le notó que hasta se arrepintió de decirlo, ¡pero lo dijo!

—Pues qué raro, no sabía nada. —Sentí todo mi cuero cabelludo erizarse, en la parte trasera de mi cuello, como les pasa a los perros; esto era una malísima noticia. Otra vez Serra. Fingí no darle importancia—. Bueno, ya, cuéntame cómo vas con la boda, cambiemos de tema porque nos ponemos mal cuando inventamos historias. —Traté de seguir como si nada, no quería que sospechara, intenté que no notara que su comentario me afectaba tanto.

Fingí tranquilidad el resto de la noche. De regreso, mi momento de reflexión: en el taxi. ¡Cuántas cosas me pasan por la cabeza cuando hablo con Laura! Y cuántas cosas he logrado saber a través de ella… El mismo que interrogó a Paris había recibido una llamada rara antes de que Andrés desapareciera. No existen las casualidades y esto tampoco lo era.

Por otro lado, si Renato quería, nos metía a la cárcel, inventaba algo o guiaba la investigación hacia nosotros, gracias a esa llamada que recibió Serra, y se deshacía de Paris, de mí, ¡o de los dos! Lo tenía que poner de mi lado, no había otra opción, para lo que sea. Ya no me importaba si se enojaba Paris, tenía que mantener a Renato de buenas para que no se le ocurriera nada que nos pudiera afectar. Llegué a mi casa y le llamé.

—Ren, ¿cómo estás?

—Todo bien, ¡qué sorpresa!

—Ya es medio tarde, pero me fui a cenar con Lau y acabo de llegar.

—Ah, qué bien, salúdamela cuando la veas otra vez.

—Claro, yo le digo. Oye, ¿y si nos vemos otra vez? Me la pasé rebién el otro día y me quedé más tranquila después de hablar contigo. Plan amigos Ren, yo sigo con Paris, pero me dio gusto verte.

—Tú pon fecha, ya sabes que, si se trata de verte, estoy puesto. Aunque no deberíamos vernos tan seguido, pero, bueno, una no es ninguna.

—¡Va!

—¿Nos vemos mañana?

—Sí, te veo en el mismo café a la misma hora.

No me parecía la mejor idea volver a verlo, pero me carcomía la curiosidad. Tenía que saber cómo iba todo y él estaba puesto, lo dijo bien clarito…

Ya me esperaba en el café. Comenzaba a sentirme cómoda con él, tal vez demasiado, me tranquilizaba, en parte porque saciaba mi sed de información sobre el caso y, por otro lado, era tan lindo; y su conversación, interesante, como que ya era un señor…, pero esa sensación me gustaba, me daba paz. Era solo tres años mayor que yo, y esos pocos años lo hacían diferente. Hasta cierto punto era un tipo reservado; su plática era amena. Sabía de muchas cosas, no solo de derecho. Era un gran conocedor de arte, de historia, viajes, vinos. Admiraba su compromiso, sus años de experiencia en el trabajo, su independencia, la seriedad que le daba a todo en su vida; por completo distinto a nosotros, a mí y a Paris, que, si no hubiera sido por el accidente, no hubiéramos parado de hacer pendejadas, de meternos en problemas, de robar y de pelear por celos. Me parecía, en esos momentos, que ya era hora de madurar, y Renato era como un camino abierto y seguro para mí en ese sentido, podía decidir terminar con Paris y regresar con él cuando yo quisiera. No tenía ninguna duda de que, si yo le daba entrada, podríamos terminar hasta casándonos. No pensaba mencionarle

nada de lo que me dijo Laura, en todo caso esperaría a que él me lo dijera; si yo estuviera en peligro, sé que lo haría.

—Oye, ¿y qué más sabes del caso?

—Pues nada nuevo, todo sigue igual. Pronto van a llamar a Paris otra vez. Quieren saber sobre la droga, quieren detalles.

—Pero si dices que por ahí no va la cosa, ¿no? Que no hay pistas…

—No las hay, todo está parado, pero tienen que seguir moviéndose.

—Uy, qué mal. Ojalá se sepa algo pronto. ¿Crees que Andrés esté vivo?

—No tengo idea. Si no tenía algún motivo para desaparecer, no es lógico que no se sepa nada de él.

—Bueno, pero y si no aparece y no hay pistas, ¿qué pasa?

—Lenta pero segura va a seguir por un tiempo la investigación.

—Ok… ¿Y qué haces además de ser un señor tan serio? —Se me escapó una risita.

—Siempre me has molestado por eso…, pues perseguir a una loca que no me pela…, jajaja.

—Renato…, por cierto, te tengo que preguntar, ya que aceptaste que eres un *stalker*, ¿cómo sabías mi dirección?, yo nunca te la di.

—Pues tengo mis tácticas.

—Ya… ¡Dime!

—Toda tu información está en el expediente. ¿Qué pensaste, que ya te espiaba, o qué?

—Sí, jajaja.

—¡No es para tanto!

—Pero ¿no se supone que en esos expedientes esa información no la debe tener el abogado? Son datos confidenciales, ¿cierto?

—Sí, hay partes confidenciales de los expedientes que tiene el MP, pero tenemos nuestras formas de obtener todo lo que necesitamos. Este es un trabajo en el que tienes que relacionarte con mucha gente, de todos los niveles, y tenerla contenta para que, en el momento que se necesite, te echen la mano con lo que sea.

—O sea, ¿tienes sobornada a toda la gente?

—No, así no es. Son favores y agradecimientos. Pero sí te digo que parte de ser abogado es saber manejar todo eso. Tengo unos duendecitos que ven y que escuchan por todos lados.

—Wow, pues sí que me asustaste, me mandaste sushi, ¿verdad?

—No, eso no. ¿Cuándo?

Me quedé callada. Entonces, era Paris probándome, a ver si le decía toda la verdad. ¡Seguro! Si no fue Renato, fue él.

—El otro día… Igual y me comí el pedido de alguien más.

—O tienes muchos admiradores. O Paris te lo mandó y pensaste que fui yo… Te van a regañar, jajaja.

Me acompañó a mi casa y lo invité a pasar. Preparé un *whisky sour* y platicamos un buen rato. Yo necesitaba saber más, necesitaba que se pusiera flojito, y lo hizo. Pero la conversación se fue más por el lado romántico, él estaba más concentrado en eso que en otra cosa. Para mí, esa parte no tenía importancia en ese momento, pero no estaba de más mantenerlo así, de mi lado. Era obvio que, entre más intimidad lograra con estos encuentros, más interés habría de su parte para ayudarme. En un principio, había pensado no hacerle insinuación alguna, que nada se pudiera interpretar como que Renato podría lograr algo conmigo, pero estaba asustada y tenía que jugármelo todo; lo más importante era protegernos, sobre todo, protegerme de no acabar en la cárcel. Después de un par de *whiskies*, me dijo que tenía que irse, y cuando estaba por salir, se me acercó y nos besamos. Nunca me encantaron sus besos, pero no me importaba; le respondí, y nos quedamos un rato besándonos. Intentó algo más, pero lo detuve. Insistió, pasó sus manos impolutas y suaves sobre mis pechos. Aunque buscaba disfrutarlo, me costaba trabajo, no podía parar de pensar, y eso no combina con un momento apasionado. Rodeé, con mis manos, su cuello, y pude rozar con mis dedos la perfección del delineado de su corte de pelo que casi chocaba con el borde del cuello de su camisa blanca almidonada y el de su saco azul marino carísimo. Me besaba y me recorría con una desesperación que me dejó ver que seguía aferrado a la idea de estar conmigo. El olor exagerado de su loción me picaba la nariz; no disfrutaba esa sensación, era demasiado perfecto para mí. Lo paré, no insistió en seguir, nos despedimos, dejarlo fantasear

era la forma en que podía comprar su silencio en caso de ser necesario; esperaba que lo que sentía por mí afectara su rectitud y acabara ayudándome si las cosas se ponían feas. Abrí la puerta, salió y se fue encantado.

Le llamé a Paris. Estaba cariñoso a un nivel que yo desconocía, me pidió que nos viéramos al día siguiente, pues tenía el día libre, ninguna terapia y tampoco compromisos de otro tipo.

Al llegar a su casa, a mediodía, me dijo que nos fuéramos a comer por ahí, que tenía ganas de salir, de ver gente. Caminaba bastante bien, sin ayuda de bastón ni andadera, un poquito lento nada más, pero podíamos decir que había regresado a la normalidad. Su belleza también estaba de regreso, y no solo eso, se había incrementado, se dejó crecer un poco el pelo; siempre fue guapo, pero ¡ahora estaba de miedo! Quien diga que la belleza no importa, miente. Es parte de la naturaleza humana admirar la belleza y sentirse atraído hacia ella. Cuántas historias desde la mitología hasta el día de hoy hablan y cuentan sobre el efecto de las personas hermosas sobre los demás, las locuras que se han cometido en nombre del amor por una persona bella.

Eros, por ejemplo, definido por Hesiodo en la Teogonía como "el más bello de los Dioses inmortales, que quiebra los miembros y que, tanto a dioses como a los mortales, doma el corazón y la prudente voluntad". Así Paris. Su belleza lograba nublarle la cabeza a la gente. ¿Y qué decir de mí? Algo ineludible para mí lo habitaba; lo miraba y mis pulmones se negaban a funcionar como lo hacían siempre, marcaban otro ritmo, desesperado… Química, pura química. Empecé a sentir celos de la nada, otra vez era él. Me empezó a dar la sensación de que en cualquier momento lo perdía de nuevo, se iba… Luego, me detuve. Si yo misma pensé que lo mejor sería dejarlo, pero ¿no podía pensar que fuera de alguien más? Casi era el de antes; o peor: más guapo y libre, sano y completo… Sentí una rabia incontrolable de solo pensar que alguien más se quedara con él.

Elegimos Polanco para ir a comer. Nos encontramos, de camino al restaurante, a unos amigos suyos y conversamos un rato antes de tomar la mesa. Sus amigos, encantados de verlo bien, lo invitaron a salir, a comer, a tomar algo, un asado en casa de uno de ellos que

era argentino… Total, que cada vez se ponía peor la cosa: mis celos empezaron a desatarse incontrolables. No había pasado nada y ya sufría. Tanto tiempo de sentirlo mío… Es más, me atrevo a decir que sentí, durante ese año entero, que nadie más lo querría, y eso me dejaba tranquila… Soy patética.

Nos sentamos, y él estaba especialmente cariñoso conmigo, me tomaba de la mano todo el tiempo, estaba encantador.

—Marion, ¿cómo te has sentido? Te veo rara. Desde que renunciaste y te reencontraste con Laura, y luego con Renato, te siento diferente.

—No, no es eso, estoy bien. Es nada más que creo que todo ha cambiado; me refiero a que ha cambiado para bien, ¡puedes caminar otra vez! Eso lo hace todo muy distinto al panorama que ya teníamos pensado y que además creíamos que no tendría remedio. Creo que estamos en proceso de adaptarnos y de regresar a la normalidad, a la verdadera normalidad, ¿no? Puede ser eso lo que sientes diferente. —En mi cabeza giraban los besos de la noche anterior con Renato, esperaba que no lo notara.

—No, me siento otro yo también, más tranquilo, quiero cambiar; quiero estar bien, no hacer más pendejadas, tomarme la vida más en serio. Creo que he tenido oportunidades que ni siquiera me merezco. Te tengo a ti, tengo salud; a pesar de tanta mamada que he hecho en mi vida, tengo tanta suerte. Ya no quiero seguir dándole cuerda a la parte nefasta y alocada que tengo. En serio, quiero crecer. Te hablo de la fiesta y todo lo que involucra eso: la peda y las drogas, ni hablar de las cosas que hacíamos con Andrés y los otros, quiero alejarme de una vez por todas de lo que me provoca inestabilidad. Quiero acabar con el tema de Andrés y ya dejarlo atrás, empezar de nuevo, ser yo, pero la parte buena, ¿me explico?

—¿Y cómo le hacemos?

—Usemos ya lo del chip. Una llamada nos va a dejar de lado en la investigación, ya quiero cerrar este asunto.

—Bueno, está bien, pero ¿cómo? ¿Tienes algo planeado? No queremos quemar ese cartucho así nada más. Me lo dijiste tú.

—Sí, ya lo pensé.

—A ver qué te parece esta idea.

Él proponía que nos fuéramos a algún lugar, no demasiado lejos, San Miguel, Querétaro, Puebla, y de ahí enviar un mensaje. La llamada nos comprometería más y tendríamos mayores probabilidades de cometer un error.

—Pero ¿qué ponemos en el mensaje?

Él había pensado en una frase: "quien no cumple, paga, y quien no paga, muere". Era horrible, pero funcionaría. Dejaba pensar que tenía una deuda y que no la pagó, y que, al no pagar, lo mataron. También a mí me parecía buena idea, por lo que decidimos que lo haríamos pasados unos días. La policía, a partir de ese momento, seguiría para ese lado. Aunque no hubiera cuerpo, se daría por hecho que no estaba vivo y empezarían a caminar las cosas.

—Ahí entrarías tú a sacarle más información a Renato. Que por lo que veo esta más que dispuesto.

—Pues sí, me ha dicho bastante más de lo que pensé que me diría.

No quise comentar con él lo que me dijo Laura sobre el tal Serra. El hecho de saber que alguien tenía más información y podría sospechar algo lo iba a enloquecer; podría sentirse amenazado de nuevo y deschavetarse. Lo conocía tan bien que preferí guardarme ese dato y no ponerme en peligro, al menos hasta saber un poco más.

—Entonces, vámonos mañana, tiene que ser pronto.

Nos veríamos temprano, con el pretexto de ir a desayunar y dar un paseo, visitar un museo y pasar el día fuera.

—Ok, así lo hacemos. Mejor a desayunar y luego a la condesa o a la Roma a pasear un rato, nada que nos comprometa. Y, sí, pasamos a la Condesa, ahí tomamos un café y enseguida nos vamos a donde tú decidas para enviar el mensaje.

Al menos tendríamos el ticket o el cargo de la tarjeta del desayuno. Terminamos de comer, nos despedimos de nuestros amigos antes de irnos del restaurante y acordamos vernos días después para lo planeado. Cada quien fue a su coche a la Condesa. Desayunamos de prisa en un café; cargo a la tarjeta. Dejamos su coche en un estacionamiento ahí mismo y nos fuimos en el mío a

Puebla. Poco antes de llegar a Puebla, paramos en un Oxxo y compró un teléfono. Pagamos en efectivo.

Paramos el coche en una zona del centro. No conocíamos bien Puebla, pero no era necesario, la idea era que el mensaje saliera de ahí, sin que nadie nos viera. Pusimos el chip, enviamos el mensaje, y de último momento decidimos hacer una llamada y colgar. Todo esto del teléfono comprado al teléfono de Andrés. Nosotros no usamos nuestros teléfonos para nada.

Arrancamos de regreso. Saqué el chip y lo rompí. Exagerábamos todas las precauciones. Ya en la carretera, saqué el teléfono y lo aplastamos con la llanta del coche. Recogí los pedazos y los lancé por la ventanilla durante el trayecto de regreso, era imposible que nos rastrearan. Me parecía que nada era exagerado. Habíamos tomado la carretera libre y no había ningún indicio de nosotros en Puebla. Preferimos no saber qué contestaban; si lo hacían, al regresar, entre Elena y Renato, obtendríamos información sobre cual había sido la reacción o la consecuencia, y a partir de ahí decidiríamos qué hacer.

Nos tomó cinco horas ir a Puebla, enviar el mensaje y estar de regreso. Era temprano todavía, justo la hora de comer. Decidimos reforzar cualquier tipo de actividad que nos sirviera como coartada y se nos ocurrió llamarle a Laura para invitarla a comer con nosotros un sushi por la zona. Aceptó de inmediato y nos quedamos de ver en El Japonez. Nos sentamos en la mesa a esperarla, mientras hablamos sobre los detalles de lo que habíamos hecho aquella mañana.

—Paris, ¿será mejor sacar tu coche del estacionamiento?

—No, ahí déjalo.

—El mío lo dejé en la calle.

—Mira, nos tomamos varias copas antes de pedir la cuenta, le pedimos a Laura que se lleve tu coche para no manejar, pedimos un taxi, y que nos lleve por mi coche a los dos. Así nos ven llegar juntos por el coche y la coartada está lista.

—¿Crees que después de esto estemos fuera de peligro de ser descubiertos?

—Tengo toda mi esperanza puesta en que eso suceda. De cualquier forma, ya había que movernos, Marion. Espero que nadie sospeche de nosotros, no tendrían porqué.

Como era su costumbre, llegó Laura arregladísima, pavoneándose, vociferando desde que entró al lugar. Lograba su cometido, llamar la atención, lo cual nos favorecía si en algún momento alguien preguntara si estuvimos ahí.

—¡Por fin los veo juntos! Paris, ¡qué gusto verte otra vez ya en circulación! ¡Ya se te extrañaba!

—Laura, ¿cómo estás? —respondió cariñoso Paris mientras se ponía de pie para saludarla—. Pues ya ves, ahora toca retomar todo desde donde lo dejé, ya estoy casi como nuevo, ya le tocó estrenar a tu amiga, jajaja.

La plática fluía sin problemas. Laura parecía hasta quererlo. Pedíamos sin parar cosas para picar y todo al centro, también un par de sakes cada uno. Después de un rato, salimos a fumar Laura y yo, mientras Paris estaba en una llamada con su doctor.

—¡Oye! Ya se me había olvidado lo guapo que es este hombre. ¡Qué bárbaro! ¡Con razón sigues ahí, caray! Y además tengo que decirte que es muy simpático, no sé si así fue siempre o es solo ahora, ya entendí por qué lo dudas tanto. ¿Ya decidiste qué vas a hacer con ese tema?

—Ay, Lau, sí, es guapísimo. ¡Ya no me digas porque me arrepiento! Quiero ver qué pasa. Creo que lo más sano sí sería terminar, ya son tantos años juntos, toda la tragedia. Y, pues, por momentos me da la impresión de que estoy destinada a estar con él, pero, en otros, siento que debería intentar algo nuevo, ¿sabes?, ver la vida desde mi propia perspectiva o al lado de una persona distinta. No sé si todo lo que llevamos recorrido juntos sume o reste al seguir el paso de los años.

—Pues, bueno, tienes a tu velita encendida, más bien a punto de incendiarse, que es Renato, jajaja.

—¿Te dijo algo?

—¡Me habla diario para preguntarme qué sé de ti y qué haces y todo eso! Muy medido al principio, pero lleva cinco o seis días que no para de preguntarme cosas sobre ti; sobre todo, desde ayer.

¡Anda como loco!… Hannibaaaaal Lecteeeeer. —Se acercó a mí con cara de zombi e intentando rodear mi cuello con sus manos, bromeaba con un gesto de querer ahorcarme.

—¡Yaaa, tarada! —le respondí sin poder contener la risa.

Parecía que lo de Renato se salía de control. Claro, después de los besos, sintió que había alguna posibilidad de que, entre tanto lío, yo huyera de Paris y me lanzara a sus brazos para que me rescatara. Así pensaba él, y a mí misma me había rondado en la cabeza esa idea. En fin, terminamos de fumar y alcanzamos a Paris en la mesa. Él y yo pedimos otros tres sakes y, como lo planeamos, le pedimos a Laura que se llevara mi coche con el argumento de que le llevábamos varios sakes de ventaja y pasábamos el límite para manejar; pedimos el taxi y nos dejó en el estacionamiento casi a las siete de la noche. El coche estuvo en el estacionamiento desde las nueve de la mañana hasta las siete de la noche.

Mientras manejaba, me contó que la llamada, que recibió mientras salimos a fumar, no había sido de su doctor, sino de Elena en un mar de lágrimas porque recibió el mensaje que le confirmaba que Andrés no estaba vivo, o al menos eso dejaba ver.

—¿Qué le dijiste?

—Que quedamos de comer con una amiga tuya, pero que estábamos por terminar e iríamos a verla.

—¡Pobre, me siento tan mal! Ojalá esto ya se termine o voy a enloquecer. Cuando hemos planeado las cosas, me he sentido separada emocionalmente de lo que pasó, pero en cuanto hablamos con ella, me regresa esa sensación de culpa, de dolor, y me vuelvo a sentir una mierda. Quisiera no volver a pensar en eso, que se diluyera con el tiempo, siento que no va a pasar, ¿sabes?

—Yo estoy igual, pero tenemos que ser prácticos y fríos justo ahora. Me refiero entre nosotros. Con Elena, tenemos que dejarnos fluir y entender hasta dónde piensa llegar con todo esto.

Así llegamos a casa de Elena, preparados para ver como sufría por causa nuestra. Teníamos toda nuestra fe puesta en que se resignara pronto y no intentara rascarle más a la historia. Tocamos y nos abrió la hermana de Elena.

—Pasen, por favor. Elena está en la sala.

—¡Elena! —Paris la abrazó, los dos lloraron y se quedaron así un momento.

Yo la saludé, le di un abrazo, y comenzó a explicarnos, aun cuando todavía no podía controlar los suspiros que le dejaba su constante llanto.

—Pues, como ya lo sospechábamos, no creemos que sea posible que esté con vida, nos llegó un mensaje que decía que quien no cumple, paga, y quien no paga, muere.

Nos contó que dieron por hecho que lo habían matado, y que sí, en efecto, estaba metido en un lío de droga y tenía alguna deuda o problema con esa gente.

—Pero, de verdad, ¡no lo puedo creer! Andrés no tenía ninguna necesidad de meterse en eso, me parece ridículo. —Hizo una pausa —. Pero ya está y prefiero no torturarme más.

Decía que ya había sido demasiado tiempo, necesitaba que esto acabara ya. La enloquecía y la torturaba pensar en dónde estaría su cuerpo. O en qué le hicieron. La policía persigue estos delitos de oficio, así que no tenía nada que ver con que ella quisiera o pudiera detener el proceso.

—Me gustaría, al menos, poder enterrarlo, pero de momento estoy cansada. Puede ser la noticia, tan reciente; y tal vez en estos días recupere la fuerza para seguir con todo…, bueno, con la búsqueda de su cuerpo, nada más. Ya todo lo que rodea a esto no me interesa.

—Es comprensible que te sientas así, Elena. Qué mala noticia… Lo sentimos muchísimo.

Cuando Paris le dijo eso, reventé. Me eché a llorar, no pude contenerme. Andrés estaba muerto y ya no era un secreto. Todos lloraban, y el momento se convirtió en un drama terrible. La hermana de Elena no paraba de decir que no era justo, que por qué él. Elena lloraba sin parar, agotada, con los ojos más enrojecidos y tristes que había visto jamás. Las acompañamos un buen rato hasta que decidimos despedirnos y salir de ahí.

El camino de regreso sucedió en total silencio. Ninguno de los dos sabía qué decir. El hecho de que se supiera que estaba muerto nos había drenado por completo la energía. Fuimos a mi casa. Paris

se bajó solo por primera vez después de muchísimo tiempo. Y después de entrar, nos sentamos en la terraza, saqué la botella de *whisky* y serví dos vasos que nos bebimos casi de un solo trago. Seguíamos en silencio por unos minutos hasta que Paris comenzó a llorar de nuevo. Pidiéndome perdón, estaba en una crisis que no le había visto jamás. Me dio mucha pena, pero me tranquilizó ver que sucedía así porque, al no haberlo hecho nunca antes, yo estaba convencida de que tenía un rasgo de personalidad sociópata; no había visto ni tanta culpa ni tanto dolor como en ese momento. Nos quedamos abrazados. Lloramos. Nos tocaba enfrentar de lleno la ausencia de nuestro amigo, al que Paris decidió quitarle la vida en un momento de pánico, y que yo, en complicidad con él, acabé con su cuerpo, quitándole la oportunidad de descansar dignamente, como lo dijo Elena.

Ya eran casi las 12 de la noche. Sonó mi teléfono y, aunque estaba asustada, contesté. Era Renato. Le hice señas a Paris para que no hablara. Me dijo que se imaginaba cómo me sentía, que ya era un hecho que no encontraríamos a Andrés con vida.

—El mensaje no fue una extorsión ni exigía nada, solo daba a entender que había un asunto pendiente y, al no resolverse, lo mataron. Lo siento tanto, Marion, sé que lo querías.

—Gracias, gracias por todo, Ren —le dije entre sollozos todavía.

—¿Necesitas algo? ¿Quieres que vaya a acompañarte?

—No, estoy bien. Bueno, dentro de lo que cabe, pero gracias de todas formas.

—Cualquier cosa, sabes que estoy pendiente, Marion. No dudes en llamarme si necesitas algo.

—Gracias.

—Te llamo mañana. Trata de descansar, bonita, te quiero.

¡Casi se me paran los pelos cuando me dijo te quiero! Colgué y Paris de inmediato me preguntó qué me había dicho y se lo conté. Le dije que ya no podía más, estaba agotada y quería dormir. Llamó a su casa y avisó que se quedaba en la mía. Nos metimos a la cama, nos abrazamos, fingí caer dormida de inmediato, pues no quería que me preguntara detalles sobre la llamada ni sobre nada que tuviera que ver con Renato. Me alteró que me dijera que me quería, me dio

vueltas en la cabeza ese tema por un rato. No me di cuenta de cuando nos quedamos dormidos.

A la mañana siguiente, me despertó el teléfono otra vez. Era Laura. Estaba afuera de mi casa, me había llevado el coche y llevaba un rato afuera; tocó la campana, pero no la escuchamos en ningún momento.

—Marion, ¿qué pasó? Me llamó Renato y me dijo que ya habían tenido noticias de tu amigo, ¡lo siento mucho! Pues dime, ¿qué hago?, ¿te lo dejo aquí?, ¿me voy y te lo traigo más tarde?, ¿quieres compañía?

—Estoy con Paris, se quedó aquí anoche.

—Ok, entonces nada más te doy tus llaves y te llamo después.

Salí, me dio mis llaves, un abrazo apretado y quedamos de hablar más tarde.

Paris y yo nos preparamos un café. Él salió a comprar algo más para desayunar, y mientras me metí a bañar. Sentía caer el agua hirviendo sobre mi cuerpo, me quemaba, pero, en una especie de castigo autoinfligido, no la templé, como si quisiera sentir el dolor de Elena, de toda su familia. Andrés, muerto, y, aunque no era ningún santo, su memoria ahora estaba ligada a un tema de narcotráfico. Era extraño porque jamás supimos que hiciera algo relacionado con eso. Nadine había desaparecido antes de poder declarar, no sabíamos si al haber recibido el mensaje la contactarían para hacerlo. No pensábamos en los demás, en Fiamma, Héctor o Rudy; si no se habían aparecido antes, y se enteraban de alguna forma de lo de Andrés, me hubiera parecido muy extraño que intentaran contactarnos ahora, cuando todo se había complicado hasta este punto. Ellos estaban descartados, al menos para mí en ese instante. A mí me sonaba a que Nadine era la que tenía que ver, y tal vez Andrés la ayudaba, o, en todo caso, ella aprovechó la oportunidad de que Andrés había desaparecido para dejar ahí las cosas y huir… No sé. Pensé en tantas teorías, ya daba igual. Mi mente ya estaba entrenada en ese momento para imaginar posibilidades de todo tipo; llevábamos cerca de un año inventando una y otra vez mentiras, personajes, historias, lugares, hechos, que me había convertido en una experta en cuestión de echar a volar la imaginación en ese

sentido. También, me venía a la cabeza Renato; ¿qué tanto podría averiguar ahora la policía, la judicial o antinarcóticos? Tenía que hablar con él para saber qué procedía en este caso, si seguiría la investigación y hacia dónde, si iban a seguir llamándonos a declarar o nos requerirían en algún momento del proceso, si estaríamos involucrados hasta que se cerrara el caso, cuándo se cerraría…

Salí de la regadera y me vestí para bajar. Cuando salí del baño, toda la casa olía a pan recién horneado. Paris había preparado un desayuno delicioso. Eso necesitaba: que mi casa fuera un lugar reconfortante y no la guarida de los últimos meses. Mi mamá vivía desde hacía años en Oaxaca, venía poquísimo porque estábamos ocupadas siempre, a mí tampoco me daba el tiempo de ir a visitarla, entonces vivir sola era lo normal para mí, y si vives solo y no trabajas y tienes tantos temas que resolver, tu vida se vuelve rara. A ratos sentía que no había nada que me preocupara, aunque de forma paralela no había nada que me mantuviera funcional, sana, activa. Con tantas cosas en la cabeza y tanta incertidumbre, estar en mi casa no era la mejor idea y menos sola. Pero Paris se había dado cuenta de eso y comenzamos a hablar. Me confesó que le preocupaba, que me veía deprimida, sin trabajar, y todo el tiempo que pasaba sola…, a lo que respondí que sin duda me había afectado.

Me propuso salir a algún lado de vacaciones.

—Pues es buena idea, pero ¿no nos llamarán a declarar otra vez ahora que todo cambió?

—Podrías preguntarle a Renato.

—Pues sí, eso sería bueno.

—Llámale, tenemos que movernos y tomar decisiones. Nuestra vida ha estado en pausa por meses y esto no se va a poner bien si nos quedamos inmóviles.

Le llamé a Renato, sintiéndome bastante incómoda con Paris a un lado.

—Renato, ¿cómo estás?

—Todo bien, guapa, aquí en el trabajo.

Me alteraba que me hablara así.

—Perdona que ayer estuve muy afectada por la noticia, no podía pensar bien.

—No te preocupes, es obvio, sé que este es un momento difícil. Pero, dime, ¿en qué te puedo ayudar?

—Pues me tiene nerviosa no saber qué va a pasar. ¿Tenemos que declarar de nuevo o no? ¿Sabes si nos van a llamar?

—De momento, no lo creo. La investigación tiene otra dirección con lo que acaba de suceder. Yo pienso que no es necesario, aunque no tengo idea de cuál será el plan. No me parece que vaya a suceder, por lo menos en los próximos días.

—Días… ¿Te refieres a dos o tres días o a semanas?

—Me imagino que sí serían semanas. Pero no te preocupes, mientras estés localizable, no hay problema. ¿Piensas salir de la ciudad?

—Eso quiero, necesito despejarme.

—Claro, es lógico. Pues mantente localizable, es lo único que yo te puedo sugerir. Y quédate tranquila, yo te aviso si tengo información nueva. Como te dije, no te puedo dar detalles, pero si hay algo importante te llamo.

—Muchas gracias. Estamos en contacto, entonces. Un beso.

No mencionó nada sospechoso. Colgamos, y Paris con cara larga, como es obvio, porque escuchó que me despedí de Renato mandándole un beso. Pasé de largo su cara y le conté lo que me dijo. Se nos antojaba irnos a algún lugar de playa cerca de Oaxaca.

—Pasamos a ver a mi mamá, si nos vamos en coche, hace mucho que no la veo. Me gustaría pasar uno o dos días con ella. ¿Qué opinas? Y de ahí nos vamos hacia Puerto Escondido o Huatulco.

—Lo que tú quieras, estaría bien unos días de distracción. Podemos pasar a ver a Elena mañana y de ahí nos vamos. No podemos esperar porque, si nos llaman pronto a declarar, se nos arruina el viaje.

—Perfecto.

Terminamos de desayunar con calma, todo estaba delicioso. Me había olvidado de los detalles de Paris, era encantador cuando quería. Nos quedamos un rato haciendo sobremesa y buscamos

opciones a donde llegar en la playa. Se fue a su casa y me quedé sola. Estaba nerviosa porque Renato, tal como lo sospechaba, estaba encandilado, pero en ese momento necesitaba tenerlo de mi lado y, como decía Lau, poseído de amor por mí.

Le marqué a mi mamá. Le avisé que queríamos ir a verla. Ella estaba enterada de lo que había pasado, pero solo a grandes rasgos. Por supuesto, me dijo que éramos bienvenidos y que llegáramos cuando quisiéramos el tiempo que se nos antojara quedarnos.

Paris pasó por mí temprano y fuimos a casa de Elena. Tocamos, llamamos y nadie contestó, lo que nos empujó de inmediato a seguir nuestro camino a Oaxaca. A decir verdad, no teníamos muchas ganas de ver a Elena, sabíamos que la visita sería triste y dramática, no quisimos esperarla y le dejamos una nota que decía que habíamos pasado a saludar.

El camino nos pareció un flashazo. Teníamos tantas ganas de salir de la ciudad y de todo lo que implicaba estar ahí, dejar atrás la rutina pesadillezca, de inventar mentiras todo el tiempo, de medir y analizar cada cosa que sucedía, pequeña o grande, estábamos ansiosos por cortar ese lazo con la tragedia, aunque fuera por unos pocos días. Llegamos directo a casa de mi mamá, no paramos ni para ir al baño.

17

HISTORIA DE FAMILIA

Mi mamá es una mujer hermosa. Feminidad personificada, curvilínea. Tiene un tipo de lo más elegante, blanca con el pelo ondulado obscuro, ojos profundos color castaña con una mirada penetrante. Pertenecía a una familia rica, esa es la realidad. Aunque siempre fue "un alma libre". Bastante *hippie* en su estilo, vivió sin ninguna carencia; al contrario, mis abuelos eran dueños de una compañía constructora muy exitosa en sus tiempos, pero llegó el momento en que dejó de funcionar y se dedicaron a comprar terrenos y a después venderlos. En aquella época, eso fue un gran negocio y era hija única, por lo que heredó mucho dinero. Mi abuelo murió en un accidente de coche a los sesenta y siete años, y mi abuela, cinco años después, por un problema renal derivado de la diabetes diagnosticada años atrás. Yo creo que también murió de tristeza. Mi mamá vivió en unión libre con mi papá durante 8 años; Jean Baptiste Santoro era francoitaliano, pasados unos años se separaron y poco después mi papá se regresó a vivir a París. Era escultor, visitó México en un viaje turístico y quedó enamorado del lugar; decidió quedarse, de hecho, volvió a Francia para vender su casa y se mudó. Empezó a dar clases de escultura en la Universidad, donde mi mamá estudiaba Bellas Artes. Flechazo, se enamoraron de inmediato, algo de su intensidad me heredaron sin ninguna duda. Duraron algún tiempo de novios y decidieron mudarse juntos, un hecho escandaloso para la familia, pues mis abuelos eran bastante conservadores y jamás pensaron que tendrían a su niña viviendo en amasiato con un excéntrico escultor francés. Pero al poco tiempo, al ser hija única, optaron por no maltratarse y no romper la relación

con ella, que apenas tenía 26 años, mientras que mi papá tenía 33. No era una diferencia perturbadora, pero ella era una niña consentida y él era un hombre más experimentado. No era rico, tenía lo suficiente para vivir tranquilo, pero jamás para darle la vida a la que ella estaba acostumbrada. Esto fue uno de los motivos por los que al final terminaron; el otro, que mi papá, como buen francés, tenía una idea del amor muy liberal y las relaciones monogámicas no eran lo suyo. Nací después de cuatro años. Mi papá… Le gustaba que le dijera "babbo", lo tengo tan presente, jugábamos mucho, era un hombre dulce y divertido, pasábamos días enteros metidos en su estudio. Me gustaba ayudarlo, lo recuerdo vagamente, pero con un cariño bien profundo. Conservo intacto el olor de su taller, a resinas, esmaltes y metal quemado, mezclado con el humo de sus camel sin filtro. No sé si por las fotos, o si es un recuerdo legítimo de esos primeros años, pero cuando cierro los ojos lo veo con pantalones acampanados; usaba el pelo algo largo, tenía la cara afilada, ojos verdes profundos. Al final, cuando yo tenía 4 años, se separaron. Mi mamá no quiso ir a vivir con mis abuelos y mi papá regresó a París. Lo extrañé demasiado. Durante los siguientes dos años vivimos en la misma casa hasta que mi mamá decidió mudarse porque "il babbo", aunque ya no vivía ahí, estaba en todas partes. Prefirió hablar con mis abuelos, quienes le ofrecieron a modo de herencia en vida una casa en San Ángel. No era enorme, pero tenía un jardín hermoso lleno de plantas, flores y algunos árboles frutales: una higuera, un manzano, un limonero…, había fresas silvestres, recuerdo con tanta nitidez buscarlas trenzadas entre el pasto, mientras jugábamos a escondernos. Esa casa me regaló momentos que hoy son recuerdos hermosos, pero también la noticia de que mi padre había muerto; yo solo tenía 12 años. Lo veía poco, venía una vez al año a visitarme, a ver a sus amigos. También pasé varios veranos con él en París; pero, en el último año, mi mamá se había negado, me dijo que mi papá no se había sentido bien. A pesar de las infidelidades, mis papás tenían una buena relación y me extrañó que no me hubiera dejado visitarlo ese verano. Después me enteré de que mi papá tenía una adicción bastante fuerte a algún medicamento, un opioide o algo así. Eso lo deprimía; aunado a esto, tenía también una dependencia bastante

arraigada con el alcohol, sobre todo en sus momentos depresivos, y ese verano mi mamá intuyó algo y no fui. Por fortuna, porque lo encontraron muerto en su casa, justo en los días en los que yo hubiera estado ahí de vacaciones. Me quedé con la sensación de que, si yo hubiera pasado ese verano con él, habría evitado su muerte; permanecí con esa duda y la tristeza de perderlo así durante años. Esa fue mi primera pérdida. Pero al no tener la costumbre de tenerlo a diario en mi vida, la pérdida fue distinta; me hacía falta, pero su recuerdo se desvanecía poco a poco.

Después de un par de años, mi mamá conoció a Lorenzo, otro artista, un regiomontano que se mudó a Oaxaca muy joven y a quien conoció en una galería en Nueva York en la que ambos exponían. Mi mamá era artista plástica, pero se enfocó en la escultura en cerámica. Sobre todo, construía, con esa técnica, unos retablos espectaculares que fueron los que la llevaron a tener gran éxito. Lorenzo era un pintor consagrado, obsesivo y en exceso productivo; eran similares, de buena familia, pero les gustaba el estilo de vida bohemio, tenían los mismos gustos y compartían intereses. Lorenzo, aunque nos conocimos cuando yo era una adolescente, fue para mí desde el inicio una persona cercana, era cariñoso y paciente. No tuvo hijos, pero me trataba como si yo fuera suya, nos llevamos bien y nos quisimos desde el primer día. Esta vez, mi mamá sí se casó. La boda fue en Oaxaca. Mis abuelos se mostraron complacidos. Mi mamá organizó una boda maravillosa y excéntrica, puedo decir que es la fiesta más linda a la que he ido con motivo de la celebración de una unión; los casó un padre oaxaqueño, pero también una monja budista hizo una ceremonia especial, recuerdo muchas flores por todos lados, *jazz*, y después música regional en vivo, comida típica exquisita, helados, algodones de azúcar, el lugar adornado con motivos mexicanos. Vivimos en la Ciudad de México desde entonces. Poco después de que acabé la preparatoria, mi mamá y Lorenzo decidieron mudarse a Oaxaca.

Nos abrió Rafael, el mozo de la casa. Hacía años que no lo veía. Nos saludamos y metimos el coche. ¡Qué bonita era esa casa! Arquitectura típica de Oaxaca, llena de vegetación salpicada de esculturas y piezas de cerámica en colores que se mimetizaban entre

los verdes y marrones del paisaje del jardín. Era grande y especial, a todas luces la casa de dos personas dedicadas a admirar la belleza y a crear cosas hermosas. Desde el coche, escuchamos música, cante hondo. Mi mamá y Lorenzo no podían vivir sin música, sin comer delicioso y sin tomarse un buen tequila o un mezcal antes de comer.

Nos acercamos a la casa. Nos esperaba sentada en un sillón en la terraza, que era lo primero que se veía desde la entrada. Vestida con una falda larga negra y verde esmeralda, blusa negra, el pelo suelto como le gustaba llevarlo, radiante, con su sonrisa enorme y franca, nos recibió con un abrazo largo. ¡Cómo me hacía falta sentir a mi madre cerca!

—¡Qué milagro! ¿Cómo va todo? ¡Bienvenidos!

—¡Ma! ¡Qué bonita! Ya te extrañaba.

—Yo ya extrañaba tus piropos. Me puse guapa para recibirlos.

— Hola, Isabel, ¿cómo estás?

—Paris. Todo bien, ¡qué gusto verte y ya como nuevo! Les traigo algo de beber, siéntense.

Mi mamá podría fallar en cualquier cosa, excepto en atender a sus invitados. Regresó a la mesa con una cerveza para cada uno, mezcal, naranjas partidas con chile, chapulines, chicharrón y un helado de mandarina ácida con zapote que hacían en su casa y que era una delicia. Venía servido en una copa en la que vertías el mezcal y quedaba una bebida semicongelada exquisita.

—¡Qué rico, ma! Ya no me acordaba de este helado, sigue Tere aquí, ¡seguro!

—Así es, ella y Meche.

—¿Y Lorenzo?

—Está de viaje, regresa en un par de días, fue a dar unas clases a Monterrey y a entregar unas piezas que hizo para subastarlas a beneficio de una fundación.

—Muchas gracias por recibirnos, Isabel, y qué lástima que no esté Lorenzo, me hubiera gustado saludarlo.

—Pues quédense más días, ¿cuál es su plan?

—Pensamos en quedarnos dos o tres días y de aquí nos vamos a la playa, ma.

—Suena bien, aunque pueden quedarse el tiempo que quieran aquí. Está la cabaña para que se sientan con independencia. Por favor, desayunen, coman y cenen aquí, en ningún lugar se come igual, no es por presumir, pero ya verán que la comida de Tere no tiene comparación.

Pasamos la tarde de lo más a gusto. Comimos todas las delicias que nos ofrecieron y nos fuimos a descansar a la cabaña. Estaba recién remodelada, mi mamá consiguió dejarla espléndida, era una casita completa, con dos cuartos, sala, comedor, un baño precioso con una tina de cemento entintado en azul y lleno de plantas, mucha madera por todos lados, el ambiente te llenaba de una sensación de total serenidad. Nos instalamos. Paris se acostó en la cama, estaba exhausto, intentaría dormir un rato. Entonces, volví a la casa y encontré a mi mamá en su estudio, sonaba su música y ella estaba sentada en un sillón, con un libro de poemas de Safo entre las manos.

Me dejé caer ahí con ella y empezamos a hablar. Mi mamá estaba muy al pendiente de mí, pero estos últimos meses no habíamos tenido tanto contacto. Ella había estado ocupada y había salido de viaje con Lorenzo, mientras yo estuve dedicada casi todo el tiempo a Paris, ocupada, preocupada, en mi mundo de mentiras y de estrés permanente. Como era de esperarse, me preguntó cómo iba y qué había pasado en esos últimos meses. Intenté resumirle todo, bueno…, la historia oficial, digamos. Por más confianza que tuviéramos, mi mamá jamás hubiera tolerado ni soportado la historia tal y como fue. Por otro lado, no quería involucrarla en ninguna de las atrocidades que habíamos hecho, y mantenerla al margen de lo que en realidad sucedió era la única manera de protegerla.

—¡Qué fuerte todo, Marion! Estoy impresionada de tu fuerza y, sobre todo, de tu amor incondicional a Paris, no cualquiera tiene el carácter para sobrellevar una situación así.

—Lo quiero mucho, aunque no te niego que ha sido durísimo todo lo que ha pasado y más ahora con la situación de Andrés.

—Me da gusto que hayas venido a refugiarte aquí, aunque sea poco tiempo. Sabes que cuentas conmigo para lo que sea. Sé que te solté muy chiquita para que fueras independiente, pero fue lo que

pensé que sería mejor, no tenerte atada a mí, a mis planes, a Lorenzo.

—Yo te lo agradezco, no me imagino como hubiera sido de otra forma.

Estaba siendo hipócrita. En realidad, claro que había fantaseado, después de mi historia brutal, sobre qué hubiera pasado si yo hubiera crecido de otra forma, tal vez más bajo la mirada de mi mamá y de Lorenzo. Pero no tenía nada que reclamarle, ella me había criado con todo su amor y estuvo a mi lado, confió en mí y en mi criterio, sin pensar que me vería envuelta en una relación como esta.

—¿A dónde quieren ir después de aquí? Les caería bien un lugar tranquilo.

—Algo cerca, por Huatulco, Puerto Escondido… No sé.

Nos contó que una amiga de Lorenzo tenía unas cabañas cerca de Puerto Escondido y quedó de darme el contacto para llamarla. La idea me pareció divina, me pasó el número. Pasé un buen rato con mi mamá porque Paris seguía en la cabaña, perdido. Nos quedamos hasta tarde a tomar mezcal. Le conté de Renato, a ella nunca le cayó tan bien, me decía que había algo en él que no le daba confianza, demasiado perfeccionista para su estilo, rígido, cuadrado…, a ella no le daba buena espina. Seguro pensaba como Laura, que decía que detrás de tanta perfección podría esconderse un psicópata.

—¿Tienes dudas de seguir con Paris? ¿O por qué ese análisis sobre Renato?

—A veces, ma. Siento que ya le di demasiado tiempo a esto. Además, conoces a Paris, desde que somos niños, adolescentes, pues…, tiene una parte que me encanta, pero también es la parte que no sé por cuánto tiempo podré sobrellevar. Es alocado, no te cuento todo, pero sabes que él es extremo, intenso y también, igual que a mi papá en cierto sentido, las mujeres lo hipnotizan, ¿sabes? No quiero vivir una vida en paranoia, sin confianza, con celos permanentes que te hacen sentir a la larga que no eres suficiente, que hay algo que no tienes y que lo busca en cualquier otra, me duele eso, no creo poder soportarlo, menos si tenemos hijos y

demás. Lo he pensado y el tiempo corre, hay cosas que no cambian y estas que te compartí son algunas de las que creo que llegaron para no irse jamás.

—Y el tema de las drogas, ¿qué?

—Te conté alguna vez, es algo recreativo. Hace buen rato que no hacemos nada de eso por el tema de salud; o sea, nada de qué preocuparse, pero después no sé qué pueda pasar. El otro día estuvo diciéndome que quería cambiar, es cierto que intenta estar más sano, en todos sentidos.

A mi madre la emocionaba escucharme hablar como a un adulto, que desmenuzara cada cosa que sucedía, cada señal que me daba cada persona, Paris, Renato, eso le parecía increíble. En sus palabras, decía que eso me permitiría siempre darme cuenta de quién podría ser un buen partido para mí.

—Pero ¿tú qué quieres?

Yo solo la miraba sin decir palabra.

—Una vida tranquila al lado de Renato, por ejemplo, sin presiones económicas, intentar ser una esposa perfecta y ordenada, meticulosa como él. O tal vez tomar el riesgo con Paris y que después de un rato vuelva a alocarse y no estés tranquila…, no hay garantías en la vida.

—No sé, ma…

—Mi amor, hay muchos peces en el mar. Estas no son tus únicas opciones. Y, como dicen, si pescas un pez chico, devuélvelo al mar para que crezca, no te lo quedes… Podrías devolverlos al mar y navegar y pescar en otro tiempo y en otras aguas… Yo solo te doy mi opinión, pero sabes que eres libre y yo te apoyo en lo que quieras.

Mi mamá y sus historias. Tenía la habilidad de impregnarles un halo mágico, pero lo que pasaba la mayoría de las veces era que me dejaba más confundida. Admito que tenía razón, era estúpido limitarme a decidir entre ellos dos cuando hay cientos, miles de posibilidades, tanta gente en el mundo para no intentar probar algo nuevo. Le conté sobre mi intención de irme lejos. La idea la emocionó tanto o más que a mí, me exhortó a que lo intentara, no paró de decirme que fuera a donde quisiera, que tenía que

aprovechar que podía hacerlo, que era joven y tenía esa oportunidad de momento sin afectar a nadie.

—¡Marion, vive! ¡Ese dicho de la media naranja no debería existir! Las parejas no son mitades que embonan, son completos que se acompañan, ¿me explico?

—Sí, ma, gracias por sacarme de mi letargo.

Me sirvió un mezcal más y ella otro. Mientras nos lo bebíamos, seguimos con el tema del viaje. Yo sentía que necesitaba alejarme de todo y de todos, así que en ese momento decidí que me iba. ¿A dónde?, aún no lo sabía, pero lejos.

Eran casi las doce de la noche, apareció Paris en la puerta del estudio y se acercó para acompañarnos con un mezcal. Cariñoso conmigo y con mi madre, lo noté tenso y temí que nos hubiera escuchado hablar, pero después de un rato se relajó y estuvimos ahí hasta la madrugada.

Ya en la cabaña los dos, me besó, largo y despacio. Nos fuimos a la cama, me desvistió y se quitó la ropa él también. Con caricias suaves recorría todo mi cuerpo, hasta que por un momento se detuvo y me tapó la boca. Los primeros segundos fueron extraños y placenteros, pero después comenzó a lastimarme, no podía quitármelo de encima; su mirada fija en mis ojos, como si quisiera arrancar de ellos algo que yo ocultaba. Así pasaron varios segundos más hasta que sentí que me iba a desvanecer, sentí cómo las venas de mi cara se llenaban de sangre; pataleé y forcejeé, lo golpeé en la cara dos o tres veces con la mayor fuerza que pude y al fin logré que regresara de ese trance y me soltó.

—¡¿Qué haces?! ¡¿Por qué me asustas así?! —le dije casi sin aliento.

—Perdón, no sé de dónde salió eso, lo siento… —Mientras se pasaba las manos por el pelo e inclinaba la cabeza, sentado en la orilla de la cama.

Total silencio durante unos minutos. Ninguno podía restablecer la conversación después de su arranque. Me quedó claro que si necesitaba una señal para tomar una decisión ahí estaba. Dentro de él moraba algo que no había podido domar nunca, un momento de locura cada tanto, algo le detonaba esas reacciones, la brutalidad en

sus arrebatos se tornaba cada vez más incontrolable. ¿En serio quería eso? Ya no lo disfrutaba. Antes me gustaba porque me sorprendía, sentía que era todo un juego, pero la vida a su lado había tomado proporciones descomunales y todo era real, no era juego ni tampoco una fantasía, era un instante en el que él perdía la cordura, como cuando lo hicimos en aquella casa, no paraba por más que se lo imploraba, o cuando mató a Andrés, o como aquel día que se fue, en Venecia, y regresó irreconocible al día siguiente. Ahí seguía ese hombre perverso. Porque era perverso… Una parte de él, al menos, sí lo era, estaba ahí al acecho, buscaba el momento de salir, de hacerse presente, de imponerse a la otra parte que parecía sensata y tranquila.

—¡Perdóname! De verdad, no sé qué me pasa a veces, pienso en hacerlo como un juego y me salgo de control.

—Está bien, dejémoslo pasar y que no vuelva a suceder.

—Perdón, perdón —insistía mientras me acariciaba la cara—. No volverá a suceder, te lo prometo.

Un par de años atrás, ese tipo de conductas lograban engancharme más con él. Ahora, entendía que esa parte suya siempre me había asustado, me había sometido mentalmente, me intimidaba su energía, era tan potente que me apabullaba con la misma intensidad, me atraía, me convencía de que me amaba, que nos pertenecíamos. Tal vez eso, unido a la inestabilidad en él y mi falta de carácter, hacía crecer un vínculo insano que cuando éramos jóvenes no era grave, pero que, con el paso del tiempo y los últimos acontecimientos, se había convertido en algo cada vez más peligroso. Esta vez, y en plena conciencia de lo que sucedía, no podía dejarlo pasar, ya eran muchas las señales que me incitaban a terminar con esta historia. Era importante planear con cuidado cada paso. Después de hablar con mi mamá, lo había confirmado: tenía que dejarlo. Ella lo planteaba todo bajo la premisa de que yo era libre; yo omití lo más importante: no lo era. Lo que me ataba a él no era el amor, la pasión, nuestra historia o el tiempo juntos. El hecho de que fuéramos cómplices, de que compartíamos el secreto de los robos, el asesinato de Andrés y todo lo que lo rodeaba, me dejaba incrustada a esa historia en la que íbamos juntos sin remedio y no

sabía si algún día podría librarme de ella. No quería que Paris sospechara que lo iba a mandar todo al carajo, pensé que lo mejor sería actuar como lo hacía antes del accidente, recuperar la relación tal como era, y yo regresar, mientras tanto, a dejar pasar todo, quitarme el miedo, fluir, dejarlo tranquilo, hacer las paces, y cuando fuera prudente, en cuanto a la investigación, dejarlo. No había por qué pasarla mal mientras eso sucedía, no quería conflicto ni ponerlo sobre aviso, eso sí me pondría en riesgo.

—Ya, tranquilo…, no pasa nada. —Lo besé de nuevo y continuamos hasta terminar lo que habíamos empezado.

En ese instante me hice consciente de que, esa forma de percibirme desde niña —la cual consideré una desventaja, un defecto—, en la que me sentía separada de mis actos y como si fuera un espectador de mi propia vida, podía funcionar a mi favor si lo hacía de forma premeditada, y teniendo claro qué quería hacer, cuándo y cómo. Lo podía analizar y no dejarme arrastrar por nada, hacer lo que yo decidiera, construir mi historia. Debía programarme y no dejar que mi lado sensible e indeciso se dejara llevar.

—Oye, me dio mi mamá el teléfono de Sylvia, una amiga de Lorenzo que tiene unas cabañas en la playa. ¿Te parece si le llamo mañana y nos vamos si tiene lugar?

—Me parece perfecto, amor.

—Muero de sueño, descansa, buenas noches.

Dormimos abrazados. Despertamos con los ladridos de los perros, dos labradores amarillos divinos que tenían años en la casa. Nos arreglamos y salimos. Era temprano todavía, ninguna señal de resaca, sin duda el mezcal de la noche anterior era bueno. Desayunamos los manjares que preparó Tere. Mi mamá no se despertaba temprano, así que decidimos irnos de paseo por el centro. Recorrer esa zona era una gozada, me gusta el aire que se respira en ese lugar, los empedrados y adoquinados de las calles, los lugares para comer, los museos, el Zócalo, Santo Domingo, el Jardín Etnobotánico y los mercados llenos de color y de vida, no hacía falta meterse a un lugar en específico, todas las calles de la ciudad te lo transmiten. Las fachadas de las casonas y las construcciones con arquitectura del siglo xviii, entendía por qué mi mamá y Lorenzo

habían decidido mudarse de forma permanente, era un lugar increíble para vivir, para crear, para inspirarse con tan solo salir a dar un paseo, ir por una nieve o hacer la compra en algún mercado.

Mientras paseábamos, le llamé a Sylvia y nos dijo que sin problema, que no tenía ocupadas todas las cabañas. Me explicó cómo llegar y quedamos de estar ahí al día siguiente. Se nos hacía tarde para llegar a comer a la casa, nos apuramos y pudimos sentarnos justo a tiempo. Tere había preparado mole amarillito con conejo, arroz y frijoles de olla, unas tlayudas con tasajo y asiento, agua de limón con chía.

—Con esta cocinera, yo no saldría de mi casa, ¡jamás comería en otro lado! —dijo Paris extasiado por las delicias que había preparado Teresita.

—Pues no salimos. Si queremos convivir, invitamos a los amigos aquí a pasar el día, a comer, a tomar mezcal. De hecho, invité a una amiga hoy, espero que no les importe.

—Para nada, ma, al contrario, ¡qué bien!

Celina llegó con Pablo, su hijo, tendría unos veintitrés. Me pareció rarísimo, sentí que mi mamá lo había hecho a propósito; me cayó bien, pero nada más. Paris comenzó, de nuevo, a comportarse de manera extraña; podía percibir su cambio repentino a una faceta retorcida, nada relacionada con los celos, pero me llamó al jardín y, mientras caminábamos, me tocaba, un poco jugaba, pude adivinar lo que intentaba hacer, la idea era llevar todo hacia crear una tensión sexual. Esperaba el momento en que la vegetación espesaba un poco para pasar su mano sobre mi hombro y después meterla bajo mi blusa y el sujetador; acercaba su boca a mi cuello, dejaba escapar ligeros suspiros sonoros sobre mi oreja; rozaba, con la punta de su lengua, mi cuello mientras me hablaba al oído —jugaba, jugábamos—, hacíamos eso a menudo cuando éramos novios hacía años. Nos gustaba, nos "ponía" pensar que otros más vieran que lo hacíamos y, al vernos, se "ponían" ellos también; un juego en el que el propósito era exhibirnos con sutileza a quienes podrían estar por ahí. Nunca nos habían visto y soltado una carcajada; al contrario, la

complicidad con los extraños voyeristas era instantánea; el morbo, y todo lo relacionado con el sexo, mueve a las personas de maneras misteriosas pero, sobre todo, de manera involuntaria, irrenunciable. No recuerdo una sola vez en la que me hubiera negado a hacerlo, me gustaba sentirme observada, triangular esa energía sin que fuera necesario tocar al número tres, pero era importante atraparlo con la mirada, de otra forma no se creaba el mismo efecto, el contacto visual lo involucraba y lo comprometía, además de generarle una especie de placer extraño, provocarlo y dejarlo impotente, era una invitación tan sutil e imprudente que a algunos les costaba trabajo digerirlo. Más de una vez vimos a alguien sonrojarse y hasta sudar, casi siempre un desconocido, pero esta vez me extrañó que lo hiciera ahí, donde el número tres sería mi mamá, Celina o el hijito de Celina… ¡¿Por qué se le habría ocurrido hacerlo frente a mi mamá?! Se vino abajo el juego. Nos quedamos con las ganas, y eso era bueno. Seguiríamos con la fantasía y la intención de hacerlo hasta que encontráramos el momento idóneo. No hubo nada interesante esa tarde, bastante sosa la plática. Nos fuimos a la cabaña y tocamos el tema del jueguito.

—¡Qué momento más raro escogiste, Paris! —le dije sin poder contener la risa mientras me desvestía y él se rio.

—Nos lo debemos, ¡me gusta! Hace años que no lo hacíamos y de verdad lo disfruto.

—Ya habrá tiempo, pronto, pronto lo haremos.

Nos metimos a la cama y nos quedamos dormidos, los invitados nos habían apagado cualquier chispa de deseo. Despertamos con la luz del sol, desayunamos temprano, y cuando salió mi mamá del cuarto, nos despedimos y quedamos de vernos al volver, antes de regresar a la ciudad.

18

LA NACIONAL

En menos de tres horas estábamos en las cabañas de Sylvia. Me sorprendió verla, su voz por teléfono me había hecho pensar que era más joven, pero estaba cerca de la edad de Lorenzo, un poco mayor que mi mamá. Vestía una túnica gris sencilla con flores bordadas en azul claro y blanco, unas sandalias artesanales. Era especial, tenía una cara muy bonita, parecida a la de una india americana, el pelo largo encanecido, trenzado sobre su espalda.

—Hola. ¿Marion?

—Sí. ¡Hola, Sylvia!

—¿Qué tal el viaje? No es tan largo, ¿no?

Mientras nos daba la bienvenida, nos llevó hacia una terraza con una palapa grande, de palma y troncos, en donde había una mesa ovalada, larga, y sillas de madera. En la punta de un cerro que daba una vista directa al mar, se podía sentir la humedad y el calor. Caminé a un lado de la mesa mientras la recorría con los dedos. Nos sentamos y nos ofreció agua fresca de una vasija de barro decorada a mano. Estaba deliciosa.

—Tengo dos cabañas desocupadas, se las muestro y eligen, ¿les parece?

—Buenísimo, gracias —le respondí mientras terminaba de tomarme el agua impregnada del sabor a barro.

Caminamos sobre una vereda rodeada de arbustos hacia la primera cabaña, que estaba en la parte alta del cerro. El olor del mar otra vez… La cabaña tenía una cama grande, todo decorado con un gusto impecable, estilo mexicano, sencillo. Afuera había una terraza con piso de barro y una pequeña mesa con dos sillas tejidas y una

hamaca. También una pequeña pileta rústica preciosa, hecha de pedazos de mosaico. Se podía ver el mar desde ahí. Nos gustó mucho, le preguntamos si la otra tenía vista al mar y nos dijo que estaba más escondida. Decidimos ya no bajar y quedarnos en la primera.

—Bueno, ¡amor a primera vista! —nos dijo sonriente.

—Está divino el lugar, ¡y qué bonito todo lo que le pusiste!

—Qué bueno que les gustó, Marion. Les explico cómo funcionamos.

En las mañanas se podía desayunar en la palapa, el pueblo no estaba tan cerca, a la hora que despertáramos, podíamos pasar para desayunar algo rico, y si teníamos ganas de bajar al pueblo, lo podíamos hacer con calma más tarde. Para la comida y la cena, si avisábamos, organizaban la comida para tener suficiente para todos.

—Bueno, de entrada, hoy comemos y cenamos, y mañana seguro nos quedamos a desayunar, comer y cenar.

—Muy bien, les va a gustar la comida, es todo local, el pescado nos lo traen después de haberlo sacado del mar, así que pueden comer con confianza todo, les aseguro que es lo más fresco que han comido en mucho tiempo.

—¡Qué rico, Sylvia! —le respondí mientras apoyaba las manos sobre mi estómago, tenía hambre.

Nos explicó que, para ir a la playa, solo haría falta bajarse algo de tomar, toallas, una sombrilla que estaba en la cabaña y seguir la vereda. Nos advirtió que, cuando viéramos que empezaba a haber troncos de madera en el piso, significaba que ya no era el camino a la playa y estábamos en la vereda de la siguiente cabaña.

—Manténganse en la de tierra porque aquí los huéspedes disfrutan de la privacidad de las cabañas, ¡a la mayoría les encanta andar en pelotas! No se vayan a sorprender.

Nos carcajeamos y subimos por las maletas.

Después de media hora estábamos instalados y metidos en la pileta. Encargamos cerveza, refrescos y algunas cosas de comer para tener a la mano. El lugar prometía una estancia de ensueño. La vista del mar, el calor y la tranquilidad nos ayudaron a relajarnos.

Llevábamos un par de días sin pensar en lo que pasaba en la ciudad en nuestra ausencia.

—¿Qué estará pasando allá? —dije sin pensarlo.

—No tengo idea ni tengo la más mínima intención de hablar de eso mientras estemos aquí, ¿te parece?

—¡De acuerdo! Solo a mí se me ocurre.

No podía soltarlo porque seguía intranquila sobre Renato y los besos que nos dimos, esperaba que se enganchara un poco, pero no sabía si él los habría interpretado como algo más de lo que yo intentaba conseguir.

Metidos ahí por horas, hablamos del progreso de Paris, de mis proyectos futuros de trabajo, de los suyos ahora que estaba bien. Estuvimos tanto tiempo, que la piel de los dedos, de pies y manos, se nos arrugó hasta hacerlos parecer envejecidos, y entonces nos salimos para subir a comer. Eran más de las 3 de la tarde.

En la palapa estaba Sylvia. Nos esperaba junto con Alisha, su hija, Miguel, un escritor argentino de unos cincuenta años que estaba en la otra cabaña, y una pareja más de americanos sesentones. Nos presentamos y nos sentamos a comer. La plática estuvo interesante. El argentino escribía un libro, una novela ligada a una historia de alienígenas en la tierra, loca pero bien justificada; era ficción, pero él creía, con fervor, que esos personajes existían aquí y ahora y que hacían cosas increíbles, inexplicables. Alisha, sería unos años menor que nosotros, era hermosa como su madre y tenía rasgos físicos similares, pero mezclados con otros distintos que no lograba descifrar; su piel era más oscura, ojos negros enormes como delineados, una sonrisa franca y blanquísima. Los americanos eran de California, de Los Ángeles, dedicados desde hacía unos años a la producción y distribución de productos medicinales de cannabis después de que se jubilaran; los dos se dedicaban a algo más antes de eso, pero no dieron detalles, en general no hablaron tanto como los demás.

Durante la plática, nos enteramos de que Sylvia tuvo una pareja por años, Hari, quien era de la India. Ahí cobró sentido la apariencia física de su hija. Alisha era abierta y sociable, vivía en Londres con su papá, quien se había mudado hacía varios años. Visitaba cada vez

que podía a Sylvia en sus cabañas, pasaba largas temporadas ahí en época de vacaciones, hablaba buen español e inglés perfecto.

Comimos pescado, tamales de tichinda, que no conocíamos —son tamales de maíz rellenos de una especie de molusco—, ensalada, frijoles negros y arroz, aguas frescas, y cada uno pidió cerveza o alguna otra bebida. Sylvia cocinaba junto con algunas chicas que le ayudaban a hacer todo tipo de quehaceres, limpieza, comida, lavandería, se les podían encargar cosas del pueblo, pues algunas vivían allá. Todo organizado con precisión. Llevaba 12 años en las cabañas y parecía adaptada y feliz. Conocía a todo el mundo y procuraba que cada cosa que se consumía en el lugar fuera hecha por gente local, desde la comida hasta los enseres de los baños.

Los americanos se fueron al pueblo y nos quedamos nosotros cinco a una larga y amena sobremesa. Miguel nos habló sobre varias historias que había escrito antes, siempre había algo misterioso en sus relatos. Como lo dije, estaba obsesionado con el hecho de que había, desde hace mucho tiempo, desde el inicio de la humanidad y entre nosotros, personas que eran más que eso, draconianos y reptilianos, pero también los "hermanos del espacio", los pleyadianos. Parecía una locura, pero al haberlo estudiado con tanta dedicación no sonaba tan imposible. Nos dio nombres de contactados, lugares importantes, mencionó datos interesantes sobre personas influyentes que él decía que eran extraterrestres, nos bombardeó con tanta información que acabamos por creerlo todo. Diferente, fuera de lo que hablaríamos con cualquiera, nos divertimos y se nos hizo de noche ahí mismo, escuchamos música y conversamos con todos. Poco después, llegaron un par de huéspedes más a la cabaña que estaba libre. No los vimos, solo le avisaron a Sylvia que habían llegado y que pasarían directo a su cabaña. Entonces, decidimos ir a la nuestra también, ¡Miguel no tenía llenadera! Quería seguir, pero estábamos cansados después de haber pasado horas en el agua y muy diplomáticamente le prometimos continuar al día siguiente. Nos echamos en la hamaca, hablamos un rato más sin tocar los temas prohibidos y nos metimos a dormir.

Así pasamos un par de días. No salimos de las cabañas, no fuimos al pueblo para nada, solo bajábamos a la playa y comíamos con los que estuvieran ahí. Las dos personas que habían llegado aquella noche no habían subido a la palapa en ningún momento, solo sabíamos que habían ido al pueblo y regresaban, pero no tuvimos ningún contacto con ellos. Miguel ya nos había contado a detalle la historia extraterrestre en el mundo, cada vez nos convencíamos más de que algo había de cierto, sabía mucho sobre el tema y él mismo había tenido alguna que otra experiencia.

Mientras comíamos, Sylvia y Alisha nos invitaron a una fiesta que había en un bar del pueblo vecino. Aceptamos de inmediato porque tanta tranquilidad empezaba a aburrirnos. Bajamos a la cabaña y nos arreglamos para salir. A las ocho en punto estábamos en la palapa, esperamos a que llegaran los demás. Solo llegaron Miguel y los huéspedes misteriosos. Al fin los conocimos, una pareja de cuarentones súper en forma, Lisa y Francisco, quienes por lo poco que dijeron no tenían hijos y se dedicaban a viajar en sus tiempos libres. Eran españoles y vivían en la Ciudad de México igual que nosotros. Abogados los dos, sin duda de alguna firma importante, nos contaron sobre todos los viajes que hacían y era evidente que tenían sueldos increíbles, no paraban de viajar, conocían casi todo el mundo. Por un momento, me imaginé que en el largo plazo así sería mi vida con Paris si permanecíamos juntos. Yo no me veía así, el tema de los niños para mí era importante, si los tuviéramos, ¿cómo iba a compartir con el padre de mis hijos un pasado tan sucio y complicado? Se veían contentos, aunque había algo en ellos que no era lo común, una energía que dejaba ver que todo se centraba en ellos mismos, protagónicos, difícil de describir de primer momento, poco sensibles tal vez. Pensar en esos detalles provocaba que me dieran ganas de acabar con Paris e intentar volver a nacer en otro lado. Y, sí, tener pareja, también tener hijos, pero alejada de mi historia con él. Solo si lograba sentirme como otra persona, en otro lugar, lograría diluir ese pasado tormentoso que tenía y del que no había escapado todavía… Intentaba convencerme de que era solo cuestión de tiempo.

Por fin, salieron Alisha y Sylvia. Nos subimos al coche con Miguel, y ellas, con Lisa y Francisco. Las seguimos y en nada llegamos a un lugar de lo más auténtico, se llamaba La Nacional. No había estado en un lugar así. Desde la entrada, el lugar se anunciaba como toda una experiencia, el letrero neón rodeado de miles de corcholatas cromadas y follaje artificial formaban una concha gigante que centelleaba con el brillo de la luz de la calle.

Adentro, el lugar abigarrado, repleto de objetos pegados en la pared, lleno de plantas artificiales y fotografías en marcos de todos tipos, colores y tamaños. Había retratos de gente famosa, conocida no solo en Oaxaca o en México, sino en el mundo. Desde Enrique Guzmán hasta Salvador Dalí, Chubby Checker, Walt Disney, Marcel Duchamp y André Breton, Frida Kahlo, Ernest Hemingway, María Félix, Paul Anka, Cher, Verónica Castro, Chabela Vargas, María Sabina, la rana René..., un caos visual pero muy divertido. Quien lo decoró tenía una gran habilidad para armonizar espacios, no era fácil lograrlo con tantos elementos y tan diversos. En la entrada, después de pasar las cortinas rojas de terciopelo de piso a techo, se alcanzaba a ver un piano blanco sobre una tarima, centrado en el fondo del lugar y varios atriles vacíos alrededor, un micrófono al centro y una luz cenital blanca. La pared del escenario estaba forrada con papel tapiz en tonos rojos que simulaban un brocado. Además de la barra adornada con luces de árbol de navidad, que cubrían un nopal del lado izquierdo, había mesas pequeñas, todas distintas y lo único que las uniformaba era un mantel de plástico con diseños coloridos, un florero azul con una orquídea artificial, un cenicero con varios paquetitos de mentas Usher y dos abanicos de tela de distintos colores pintados a mano.

Sylvia se movía ágil por el lugar, conocía y saludaba a todo el mundo. Mientras lo hacía, nos llevaron a la mesa; juntaron tres, pues eran pequeñas y nos sentamos casi enfrente del escenario. Nos ofrecieron cocteles hechos con mezcal y nos recomendaron la bebida de la casa, una margarita de zapote con mandarina ácida y mezcal. ¡Ahí había estado mi mamá sin ninguna duda!

Pedimos las margaritas, por supuesto, estábamos todos fascinados en ese lugar tan auténtico. La música, divertidísima,

Héctor Lavoe, Willie Colón, Celia Cruz, Rubén Blades y otros que no conocía. La gente bailaba por todos lados, un ambiente que pocas veces había visto, seguro que todos eran locales y, por lo tanto, fluían de maravilla. El lugar gritaba fiesta.

Nosotros nos sentamos en un extremo de la mesa, y en el medio Miguel, Alisha y Sylvia, del lado opuesto, Lisa y Francisco. El lugar era pequeño, ruidoso y algo oscuro, había que acercarse o hasta mover las sillas para poder escuchar a los demás.

Mientras hablábamos y tomábamos cocteles, subió la dueña del lugar al escenario y anunció que en unos minutos Inda Jani, la cumpleañera, cantaría para todos como lo hacía siempre, pero que esta noche era especial porque cantaba en honor a ella misma y a todos los que pertenecían al tercer sexo. Así fue: después de unos minutos, apareció una mujer morena muy bonita, maquillada y vestida con un traje típico oaxaqueño precioso, bordado con hilos de todos los colores sobre tela negra satinada, flores en el pelo trenzado al estilo de Frida Kahlo; salieron el pianista, un acordeonista y una mujer que puso una mesita con otros instrumentos —una quijada de burro, claves, maracas y una cabasa — y se sentó en un cajón peruano; todos vestidos de blanco.

—Gracias a todos por venir. Me encanta poder celebrar mi cumpleaños rodeada de gente tan especial, amigos entrañables que han sido como mi familia desde que me fui de mi casa y decidí hacer lo que más me gusta, cantar. Les quiero recordar hoy, a cada uno de ustedes, que cada quien es único, que nada ni nadie, ni las palabras, ni las costumbres, ni los roles sociales nos definen, nosotros somos dueños de nuestro destino, nosotros mismos podemos hacer de nuestra vida una aventura llena de gozo y de alegría, o una tumba si decidimos no seguir nuestro verdadero camino. Gracias a Charly, a Rafael y a Sandrita por acompañarme hoy con sus instrumentos. Bienvenidos, esta noche va por los muxes, ¡y feliz cumpleaños a mí!

Todo el lugar de pie aplaudió con una emoción que te ponía la piel chinita. Sylvia nos dijo que Inda Jani era muxe y que su nombre significa "Agua que nace". Nos habló sobre una leyenda que decía que el santo patrón del pueblo, Vicente Ferrer, llevaba una bolsa con semillas masculinas, otra con semillas femeninas y una tercera en la

que las semillas se habían mezclado. Entonces, esta bolsa se filtró en Juchitán y por eso existen los muxes, que además nacieron con una estrella de la suerte.

Comenzó a cantar una canción de Lila Downs. No la había escuchado. Empezó tranquila, hasta dramática, y en un segundo explotó la canción y el lugar también. A partir de ese momento no paró la música, el baile, las carcajadas y tampoco paramos de tomar un mezcal tras otro. Bailamos entre todos. Paris estaba más feliz que nunca, bailaba con Sylvia, con Alisha, con Lisa y con quien se le pusiera enfrente. Miguel enloqueció con todo lo que sucedía, estaba eufórico haciendo cualquier cantidad de desfiguros en la pista. Yo igual. Todos entramos en ambiente de inmediato y nos divertimos como pocas veces.

Llegó un momento en que Inda Jani paró de cantar, volvieron a poner salsa y resultó que Francisco parecía un trompo en la pista, un bailarín inmejorable, experto con pasos de concurso. Sacó a bailar a todas las de la mesa y al final a mí. Estaba tensa porque Paris era un celópata, aunque esta vez parecía que disfrutaba verme bailar con Francisco. No me quitaba la vista de encima, pero no había ni un rasgo de molestia en sus ojos, estaba segura de que ya planeaba algo, por un momento me asustó su mirada.

Regresé a la mesa y Paris me recibió con un abrazo. Me senté un segundo porque mis pies punzaban de tanto bailar. Se sentó junto a mí y me besó, nos dejamos llevar un poco, empezamos con el juego y el número tres esta vez era Francisco, que entre tanto bailar y el cruce de miradas sudaba sin apartar la vista de lo que hacíamos. Ahí estaba el número tres y, para nuestra sorpresa, ¡el cuatro! Lisa también nos miraba sin perder detalle. Ninguno de los dos parecía estar molesto con la situación. El mezcal se había apoderado de nosotros y, sin decir nada, salimos los cuatro del lugar. Lisa, con una botella de mezcal en la mano. Nos subimos al coche y regresamos a las cabañas.

Pasamos a la nuestra. Lisa le dio un trago directo a la botella de mezcal y nos la pasó para que hiciéramos lo mismo. Segundos después, Francisco se sentó en la silla que había a un lado del tocador. Lisa se acercó a mí y me acarició la cara, me besó. Al

hacerlo sin aviso, los nervios me traicionaban, pero seguí con el juego. Paris se unió a nosotras. Lisa me bajó con delicadeza los tirantes del vestido hacia los brazos y este cayó al suelo, mientras ella ya estaba a mis espaldas, echándome el pelo hacia un lado y besándome el cuello. Francisco, al final, seguía siendo el voyerista. Paris, aunque algo nervioso, se veía extasiado; besaba a Lisa, mientras ella le desabrochaba el pantalón para tocarlo. Lisa miraba a Francisco, y yo tocaba a Paris y recorría su cuerpo con la lengua hasta subir y llegar a su cara y besarlo. Sobre su hombro, yo miraba a Francisco y podía notar en su mirada el deseo. Conforme avanzábamos, el ambiente se tornaba más tenso, nos tocábamos con mucha confianza, sin pena. Francisco, en silencio y quieto en la silla, solo miraba. Lisa se paró de la cama y se acercó a Francisco; lo invitó a acercarse sin decir una palabra. Entonces, ella misma quitó a Francisco y sentó a Paris en la silla.

Toda una experiencia. Me sentía extrañamente bien, era una sensación nueva, jamás pensé que lo del juego avanzaría hasta ese punto, me sentía expuesta.

Así, desvestida y con Paris atento a cada detalle, el efecto del mezcal seguía a tope entre el mareo y la excitación del momento. Seguí fluyendo al ritmo que marcaba Lisa, se notaba que sabía lo que hacía, ni de broma era su primera vez en una situación así. Paris tenía una mirada nueva, no sabría cómo explicarlo, una tensión, una energía imposible de poner en palabras, una mezcla de excitación, de sorpresa, de impotencia y de furia contenida nos invadía a todos, pero no eran celos, cada quien tomó el lugar de la silla en algún momento.

Llegó mi turno. Entendí lo que emitía la mirada de Paris. Era como haber pasado a otro nivel, como consolidar la confianza y, al mismo tiempo, tener la oportunidad de disfrutar, observando y siendo observada, de sentir cómo tu objeto de deseo también era el de los otros, pero no solo en lo imaginario, en la acción. Mirar con detenimiento cómo lo tocaba Lisa, el desenfreno cuando lo besaba, estar mirándolo todo desde otro punto, desde ser el espectador, mirar sus reacciones y movimientos, sin ser yo la que lo incitaba, la sensación era más provocadora que estar dentro del trío, te echa a

andar fuertísimo el hecho de mirar sin pertenecer al acto en sí, es excitante. En cualquier otra ocasión, la idea de imaginar a Paris con alguien más me revolvía el estómago, me aplastaba el corazón. Esta vez, no, era distinto, lo miraba y lo habíamos aprobado todos sin hablarlo. Estábamos ahí, de nuevo y de otra forma, dispuestos a hacer cosas que para otros eran perversas y sin sentido.

Llegó el momento en que Lisa fue por mí a la silla. Me acercó a Paris y ellos salieron del cuarto. Nos besamos descontrolados, la sensación era irreal, hicimos el amor, y fue tan inesperado que todo hubiera sucedido de esa manera, que al terminar nos miramos y, sin poderlo controlar, nos carcajeamos hasta casi desmayarnos. No podíamos creer lo que había sucedido.

Me despertó un dolor taladrante en la nuca, nos habíamos excedido en todo. Cruda y cruda moral, estábamos molidos. No nos levantamos de la cama hasta la hora de comer. No sabíamos si el encuentro con Lisa y Francisco sería incómodo, o si los demás habrían notado cuándo y por qué desaparecimos… Subimos a comer y ahí estaba todo el grupo, sentados en la mesa de lo más normales, lo cual nos hizo sentir tranquilos. Nos integramos a la plática y nos enteramos de que Miguel se iba al día siguiente, al igual que Lisa y Francisco. Los gringos se quedaban varios días más. Concordamos que ya habíamos cumplido nuestro tiempo en las cabañas y resolvimos irnos también al día siguiente. Por supuesto, hubo intercambio de teléfonos, direcciones de correo, hablamos un buen rato y después nos bajamos a la playa todos juntos a ver el atardecer.

No había nada cerca, por lo que la sensación de estar ahí era inigualable. Solo se escuchaba el sonido del mar, los pájaros, el viento que además hacía volar nuestro pelo hacia todos lados. Ahí, sentados en silencio, disfrutamos tanto la tranquilidad y la sensación de estar en un lugar apartado de todo. Pude imaginar lo bien que se sentiría vivir en un lugar así, lejos de exigencias sociales, podía percibir una sensación de libertad completa, ahí no había prejuicios a pesar de que eran pueblos o comunidades pequeñas, los criterios eran abiertos, el pensamiento de la gente era más amable, menos juzgón, menos pretensioso en todos los sentidos. Una vida tranquila

y sencilla. La idea de irme lejos había significado poner un océano de distancia, pero tal vez no tendría que irme tan lejos, si decidiera terminar con todo, podría encontrar un lugar así, poner unas cabañas, un restaurante y vivir en paz.

Se puso el sol y, para no caminar de noche en la vereda llena de plantas y bichos, nos apresuramos a subir antes de que oscureciera. Cada uno fue a su cabaña un rato y nosotros recibimos una visita. Lisa y Francisco llegaron sin mayor intención que platicar un poco en la terraza y solo para decirnos que si alguna vez queríamos "vernos" en México, ya teníamos sus datos y que estarían encantados de coincidir otra vez. Respondimos hipócritas que seguro en algún momento nos pondríamos en contacto. Hablamos un poco más y subimos juntos a cenar con el resto del grupo.

Fue un momento raro. Sin duda el haberlos visto la noche anterior desnudos y haber estado en la situación que estuvimos nos daba cierto nivel de intimidad y confianza, pero con una barrera: no eran amigos nuestros, no teníamos nada en común más que lo que había sucedido. Increíble cómo pudo pasar eso con dos extraños, pero fue perfecto. Nada nos ataba a ellos ni nos interesaba que se repitiera. Me imagino que al ser una pareja de esa edad y sin familia, buscaban otro tipo de diversión o de actividades que los sacaran de la rutina monótona que de seguro en ciertos momentos los aburría. Nosotros, no. Estábamos en otra etapa. Lo que había sucedido era un vil experimento, no una actividad que quisiéramos repetir de ninguna manera.

Pasó la noche, agradable y tranquila. Nos fuimos a dormir y al día siguiente bajamos a nadar en el mar y nos subimos para arreglar nuestras maletas y salir de regreso a Oaxaca. Nos despedimos y salimos antes de la hora de comer. A la hora de la comida estaríamos en casa de mi mamá.

Por primera vez, después de esos días en la playa, retomamos el tema de Andrés. La carretera nos regresó a la noche en que sucedió lo de Andrés, las vueltas que dimos para enterrar las partes de su cuerpo en los caminos de terracería para después irnos a Pie de la Cuesta. En ciertas ocasiones, los sentidos te devuelven a momentos

precisos, el olor que entraba por la ventana, a campo, a hierba seca y tierra, nos ubicó de nuevo en aquella noche.

—Paris, ¿tienes idea de que ha pasado allá con Elena? ¿Te ha llamado? ¿Algún mensaje?

—No, nada. Se ve que todo está tranquilo o no se ha avanzado, no tengo idea.

—¿Qué has pensado sobre regresar a trabajar?

—Me llamaron de la oficina porque se enteraron de que estaba recuperándome y me ofrecieron de nuevo mi puesto.

—Buenísima noticia, ¿no?

—Pues sí. Aunque después de pasar estos días aquí, de repente no me encanta nuestro estilo de vida allá. Tan acelerado, y el hecho de perseguir cosas y no objetivos reales…, perseguimos el dinero y lo que se puede comprar con él. Me gustan este tipo de proyectos como el de Sylvia, me parece más gratificante que lo que hago allá, aunque gane el dinero que gane, no sé. Quisiera empezar algo nuevo, contigo si es que tú quieres.

En otro momento, me hubiera emocionado la idea. Sobre todo, el que hubiéramos coincidido en ese pensamiento: después de una relación de bastante tiempo y de haber estado tan enamorados, era lo que tocaba, en teoría. No me emocionó para nada. Quería hacerlo, pero sola. Ahora, ¿cómo iba a decirle que no? ¿Cómo podría postergarlo, si él me lo proponía de esta forma? Como un proyecto de vida juntos.

—Suena lindísimo, aunque ¿crees que funcione? Es decir, ¿ahora? Me parece una meta preciosa, solo siento que nos aburriríamos; es un plan que valdría la pena hacerlo en otra etapa, jubilados o ya que tus hijos están en la universidad…, algo así. No somos tan *hippies* como para renunciar a todo lo que hemos construido y por lo que nos hemos esforzado hasta ahora. Me gustaría, pero quizá más adelante.

—Puede ser que tengas razón, pero lo pienso así porque también nos aleja de todo el desastre que sucede a partir de lo que hice, de lo que hicimos.

Sentí su comentario como una bofetada. Una oleada de ira me golpeó inclemente, él había matado a Andrés y yo, en mi pánico y mi

confusión, había caído como la cómplice perfecta. La sensación que tenía de que no iba a poder zafarme de él ni de lo que pasó estaba por convertirse en una realidad; por momentos, la pasaba tan bien con él, y en un segundo algo detonaba esa oleada furiosa que me encendía, me hacía arder por dentro el solo hecho de recordar que me arrastró a hacer lo que hice, eran picos y picos, hacia arriba y hacia abajo, todo el tiempo. ¿Qué necesitaba para dejarlo todo? ¿Que me hiciera algo? ¿Hacer yo algo imperdonable? ¿Qué podría ser? ¿Qué situación podría rebasar lo que ya había sucedido para romperlo todo? El panorama cada vez se tornaba más enrevesado. Era claro que él no pensaba soltarme; de momento, no. Entonces me sentí atrapada, me faltaba el aire al reconocer que no tenía opción, que ahí era mi lugar para siempre porque no alcanzaba a planear mi escape.

—Pues vamos a pensarlo con calma, Paris, nada nos exige decidirlo ahora mismo.

—Ok, vamos a ver qué pasa con todo ahora que regresemos y tomamos una decisión.

Llegamos a Oaxaca y la casa de mi madre era el lugar idóneo para cerrar el ciclo. Lorenzo había llegado y nos preguntó cómo nos había ido en las cabañas.

—¿Los llevó a La Nacional?

—¡Sí! ¡Estuvo tan divertido! Qué lugar más increíble hay ahí, jamás me lo hubiera imaginado —le dije mientras dejaba esbozar una sonrisa al recordarlo.

—Es un lugar especial. —Hizo una pausa, agachó la cara y levantó una ceja—. Dicen que hay energías fuertes en esa zona que se apoderan de la gente.

—Yo creo que lo que se apoderó de nosotros fue el mezcal —dijo Paris mientras soltaba una carcajada.

Nos quedamos una noche nada más. Estábamos inquietos sin saber lo que sucedía con el caso. Si algo grave hubiera pasado, tenía la certeza de que Renato me habría avisado, pero recordé que existía una persona que sin duda estaría buscando respuestas a la llamada misteriosa: Serra. Él tendría algún dato que nosotros desconocíamos y quién sabe hasta donde habría avanzado a partir

de lo que sabía. Lorenzo era intuitivo y lograba leerme sin hacer mucho esfuerzo; antes de ir a dormir, me llevó a la cocina con el pretexto de darme algunas cosas para llevármelas a mi casa.

—Marion, ¿está todo bien contigo?

—Sí, Loren.

—No necesito que me digas sí o no, yo sé que algo pasa. Soy medio brujo y lo sabes. Además, tengo años en este mundo, he visto de todo y he leído muchas caras, escuchado cientos de ojos hablar y los tuyos hoy me gritan que te ayude.

¡Dios! Lorenzo tenía una sensibilidad impresionante, parecía que sí leía mentes… Tal vez lo hacía. ¿Cómo sabía que me urgía ayuda? Mi mamá le habría contado algo, pero yo sabía que él no se refería a si quería seguir con Paris o no, él intuía algo más. Por un momento, sentí que debía contárselo todo y liberarme, descansar y afrontar las consecuencias; estuve a punto de hacerlo, pero me detuvo pensar que, si lo decía, de inmediato quedaría implicado en el asunto. Él era casi como mi padre, y sin duda sabía que algo malo me pasaba, pero lo más conveniente era plantearlo como el simple y muy lógico conflicto de decidir qué camino tomaría en mi vida, sola o junto a Paris. Dramaticé la situación y listo. Sospechaba que no se lo creería, pero no tenía opción, tocaba seguir mintiendo.

—Pues creo que lo que me pasa es lo que le pasa a mucha gente en cierto punto de la vida, tengo que tomar decisiones que ya no son pasajeras, tienen un efecto más permanente y eso me asusta.

—¿Por qué te asustan? Si alguien sabe con quién quiere estar, no lo duda. Si existe en ti el temor a equivocarte, lo más probable es que te estés equivocando, hijita.

Me puse a llorar, no podía con la ternura con la que me hablaba Lorenzo, me recordó a mi adolescencia. Tan cariñoso conmigo, tan comprensivo, sus palabras tenían un efecto importantísimo en mí. Tenía una fuerza tremenda, era duro pero dulce, imponente. Pocas veces me decía hija o hijita, pero las ocasiones en que lo hacía me reafirmaba su cariño, su amor de padre, me exigía la verdad como algo urgente.

—No estoy lista para contártelo, todavía no —le respondí mientras lloraba desconsolada.

—Calma, solo quiero que sepas que aquí estoy, aquí estamos para ti. ¿Qué puede ser tan grave que no podamos resolver, Marion? No te voy a presionar para que me lo digas ahora si no estás lista, pero quiero que lo que pasa me lo cuentes tú, no quiero saberlo por otro lado. Te veo triste, te veo vacía, no eres la misma, te has endurecido últimamente y bien sabemos que entre más duro es el caparazón más blando está el interior, y esa dureza que aparentas no hace más que decirme que por dentro estás frágil. Tómate tu tiempo, pero no te acostumbres a vivir así. Te espero pronto para hablar. Ven cada vez que quieras o te veo en la ciudad. Voy a montar una exposición en tres o cuatro semanas, y allá nos vemos.

Me dio chocolate, mole, miel, chapulines, jalea de mandarina… En fin, varias cosas que me encantaban y que justificaban nuestra visita relámpago a la cocina. Lo que no se justificaba eran mis ojos de sapo al regresar a la mesa, había llorado y se me notaba a leguas, a lo que Paris reaccionó asustado, sabía lo cercana que era a Lorenzo y lo vulnerable que era yo ante él y sus peticiones. Se desencajó por un momento y yo me preocupé porque Lorenzo no le quitó la vista de encima.

Lorenzo sabía que algo malo pasaba y no me iba a dejar en paz hasta que se lo dijera, se iba a tomar su tiempo, a partir de esa noche yo estaría con la zozobra de que esperaba mi historia, completa, sin mentiras. Paris de momento pensó que le había contado todo. La tensión desapareció poco a poco, después de que Lorenzo desviara la plática hacia otro tema.

Como era de esperarse, Paris me interrogó sobre lo que había pasado cuando nos fuimos a la cama y se lo conté tal y como había sucedido, no tenía caso ocultar nada, solo me reservé lo que me había dicho sobre hablar del tema en un mes, cuando fuera a montar la exposición. Noté a Paris desconfiado.

—Pues no podías decir otra cosa si no querías comprometerte y dejarlo a él comprometido e involucrado en el tema. Quiero saber si te has planteado la posibilidad de contarle lo que pasó a alguien.

—¡No! ¡Imagínate, cualquiera podría delatarnos! Mis papás, no, pero cualquier otra persona no aguantaría esta información. ¿Para qué arriesgarnos? ¿Con qué fin? ¿Tú no le has dicho a nadie o sí?

—No, tampoco. Es algo que me llevaré a la tumba, lo tengo clarísimo. Pase lo que pase. Quisiera sentir que tú harás lo mismo, a veces te siento frágil.

Su comentario me cayó como bomba, sobre todo porque Lorenzo también había hablado de fragilidad y no me gustaba ser percibida de esa forma. Lorenzo tenía razón al decir que me había endurecido y que eso era un síntoma de mi fragilidad interior. ¡Me gustaba sentirme fuerte, no frágil!

—¿Frágil? —pregunté indignada.

—¿Por qué te enojas? No tiene nada de malo, es más, ¡es lógico!

—No, bueno, es que en ningún momento he mostrado fragilidad —comencé a hablar en voz baja—. A partir del momento en que te dispararon no he hecho más que apechugar. No he soltado una palabra de lo sucedido y he aceptado las consecuencias de lo que hicimos sin poner resistencia, he fluido con todo. He hecho cosas que jamás imaginé y las hice por ti, claro que me saca de mi centro que digas que soy frágil.

—Bueno, déjalo ir ya, fue un comentario nada más. Me preocupa que, al no tener con quien desahogarte, te empiece a afectar más de la cuenta.

—No sé a qué te refieres con más de la cuenta... ¿Cómo me debería afectar descuartizar a alguien? Enterrarlo en cachitos por el camino, mentir y mentir después de que quedaste paralítico y aguantar tus humores, tu depresión y tu crueldad cuando no te sentías bien. ¡Ha sido un camino tortuoso! No lo entiendes y no tienes idea de lo mal que la he pasado, el miedo que he sentido todo este tiempo, de ti, de las consecuencias, de ir a la cárcel, o hasta de que me quisieras matar a mí también. ¡No tienes idea! —Cada vez subía más el tono de la plática y preferí parar en seco porque no quería perder el control ahí y que se enteraran de algo—. Bueno, ya, hablamos después.

—Tienes razón, Marion, ha sido difícil y sin duda para ti lo ha sido más. Si quieres mañana lo hablamos, para no armar lío aquí.

No le contesté, me di la vuelta en la cama y cerré los ojos para intentar dormir. Tenía ganas de gritar todo lo que me pasaba por la cabeza, para empezar que no se hubiera librado de que le gritara

que era un pendejo. Él se volteó también y estoy segura de que tampoco se durmió de inmediato. Cada noche, sin excepción, esa reflexión larguísima antes de dormir, pensar en todos los escenarios posibles, en tratar de que no se supiera la verdad, ¿qué mentira había que inventar al día siguiente?, ¿con quién habría que indagar sobre una u otra cosa?, ¿a dónde habría que ir?, era agotadora. No lograba dormir, estaba alterada, furiosa; me sentía impotente, me desbordaba una sensación de estar atrapada en mi propio cuerpo, de no poder escapar de mí misma. Justo esta sensación de querer escapar de mi propia vida se agudizaba conforme pasaban los días junto a Paris. Me levanté de la cama y me salí al jardín a fumar un cigarro, dos, tres… No podía calmarme, imposible deshacerme del pensamiento cíclico sobre la incógnita que representaba mi futuro. Me senté en una banca que había en un rincón del jardín y ahí, rodeada de plantas y del ruido de los insectos, percibí una presencia. De momento, se me erizó la piel porque pensé en algo paranormal, no veía a nadie, hasta que oí su voz…

—Hijita, ¿estás bien?

Era Lorenzo que caminaba silencioso hacia la banca. Se sentó junto a mí, me pasó el brazo sobre los hombros y nos quedamos en silencio durante unos segundos.

—No estoy bien. Pero no te puedo contar nada de lo que me pasa, estoy atrapada a causa de mi propia estupidez, de cómo he vivido los últimos tiempos, Loren, me estoy ahogando…

—Lo sé, y no me tienes que contar nada si no quieres. Te lo repito, hazlo si tú quieres y en el momento que tú quieras, quédate tranquila, yo te voy a ayudar, cualquiera que sea el problema que no te deje dormir, lo vamos a resolver. Ahora, sé que es algo grave y me quedo preocupado de que estés sola en esto. ¿Paris te apoya? ¿Te ayuda? ¿Sabe qué pasa?

No sabía que responder a sus preguntas, me sentí acorralada.

—Sí.

—Mira, no sé cómo ayudarte porque no sé cuál es el problema, pero, por favor, no hagas nada que te comprometa más. Así sucede cuando cometemos un error, uno cava cada vez más profundo; por tapar un problema, cavas otros hoyos para cubrir el primero, y así

puedes quedarte, en un *loop* infinito de cavar y tapar; no va a parar, si tú no decides dejar el último hoyo destapado, ¿me explico?

—Pronto lo voy a resolver, no te preocupes demasiado.

—Está bien, no te preocupes tú ahora porque yo me preocupo, ni porque me tengas que contar lo que te pasa, piénsalo y, en cuanto estés lista, me avisas.

—Gracias, sé que cuento contigo y con mi mamá, es solo que esto tengo que resolverlo yo.

—No le voy a decir nada a Isabel. Ella es frágil ante estas situaciones y más si se trata de algo relacionado contigo. Pero no te vas a salvar de hablar con ella, porque también intuye que algo malo te está pasando y no se tragó por completo la historia que le contaste. Pero nos vemos cuando vaya a montar la exposición.

—¡Quédate en mi casa si quieres! Me vendría bien tener un invitado y más si eres tú.

—Hecho. Ya vete a la cama. Aunque, después de tanto cigarro, te va a costar dormir.

—Estoy súper cansada, yo creo que me acuesto y caigo.

Después de un abrazo largo y apretado me fui a dormir, caí como tabla.

19

EL REGRESO

Llevábamos un rato en la carretera de regreso. Paris había estado demasiado reservado. Retomé la plática de la noche anterior.

—Bueno, pues ahora podemos hablar más tranquilos, ayer no me sentía cómoda.

—Sentí que te saliste anoche, ¿qué pasó?

—Salí a fumarme un cigarro porque no podía dormir.

—Hablaste con Lorenzo, ¿verdad?

—¿Saliste a espiarme?

—Te oí hablar y salí a ver qué pasaba, te vi entre las plantas mientras hablabas con él, ¿qué le dijiste?

—Nada.

—¿Cómo nada? ¡Estuviste un buen rato ahí!

—Bueno, platicamos, pero no le dije nada.

—Mira, ¡ya es hora de que te concentres! No me gusta tu actitud, Marion, estás rara y no me da confianza verte tan inestable. ¡Arreglemos esto de una vez por todas!

Vi cómo sus ojos cambiaban de expresión, estaba desesperado y comenzó a desfigurarse, estaba de nuevo desencajado y con esa mirada… Me dio terror verlo así y, para variar, traté de suavizar la situación, pero esta vez con un objetivo: tratar de hacer cada cosa en plena consciencia y con un plan, no podía seguir con esto, dándole por su lado todo el tiempo, tenía que empezar a actuar y, sobre todo, a planear mi huida. Paris nunca estuvo bien, pero habíamos llegado a un punto enloquecido con todo esto; cada vez lo sentía más propenso al acoso, irascible, con una falta de estabilidad que me conminaba. Me sentí vulnerable. Recordé que fue justo esa

incertidumbre, esa sensación de amenaza lo que lo llevó a matar a Andrés; en cuanto Andrés le dijo que tenía dudas y que estaba asustado, él comenzó a planear su muerte. Temía, en ese momento, que ya estuviera en sus planes hacerme daño.

—Tranquilo, sé que estás nervioso, pero nunca le diría a nadie y menos a ellos, Paris, entiéndelo, no los puedo involucrar en esto, es la única manera que tengo de protegerlos, no decirles nada, no te pongas así, no he dicho nada.

—¡Es que por momentos me asustas, Marion! No sé cómo vamos a poder vivir con esto. Te pido que nos vayamos a la playa a vivir y no quieres, pero tampoco me imagino una vida normal en un lugar donde todo nos persigue, siento que nos acechan todo el tiempo. Te veo frágil, aunque te moleste, siento que estás a punto de quebrarte, ¡y eso me pone mal!

—No, es una racha nada más. No diré nada.

Estaba cansada de tener que "amansar" al demonio que llevaba dentro Paris. No era justo ni quería seguir haciéndolo, ya era suficiente de aguantar y apechugar. Estas dos palabritas insoportables se habían vuelto mi pan de cada día; eso no era lo que quería y no pensaba soportarlo más. Yo también me había convertido en una persona inestable, rayaba en la locura cada uno de mis pensamientos, estaba agotada y cada minuto en silencio me hacía enardecer más y más. Pensaba en cada cosa que no habría querido ni planeado hacer. ¡Aghhhhh, me hervía la sangre! Sentía que la vena de mi frente iba a explotar. Si tenía que ser honesta conmigo misma lo que me hubiera gustado habría sido saltar del coche y perderlo de vista para no encontrarlo en lo que me quedara de vida. Pero estaba encadenada a él. ¡Pinche bola de nieve gigante! Las mentiras eran como las capas de una cebolla que me envolvían una tras otra, ya me urgía dejar de seguir cubriéndolo, me sentía así, ¡aplastada por la inmensidad de mis pendejadas y mi falta de huevos!

Sin que pudiera adivinarlo, después de esta reflexión explosiva, me giré y, casi a gritos, le dije:

—Tienes razón, ya basta de medias tintas, vámonos a vivir juntos, casémonos. Es lo que me sugeriste al hablar de irnos a la

playa a vivir. Pero hagámoslo bien de una vez, ya no podemos seguir en la mediocridad y en la tibieza. No es nuestra naturaleza, Paris, nuestro destino es estar juntos y ¿por qué no consumarlo de una buena vez?

Al decirlo tuve una sensación inesperada, me tranquilicé y me sentí poderosa. Por primera vez, sentí que yo lo orillaba a algo que estaba ahí asomándose todo el tiempo y nadie lo tomaba en serio. No quería casarme con él por estar enamorada. Empezaba a trazar mi historia, al margen de sus propuestas, yo tenía las mías y si quería que el rumbo de mi vida fuera distinto, algo tenía que cambiar. Empezaba ahí, en ese segundo, a vivir mi vida y no la suya.

Se quedó pasmado, se orilló en la carretera y se bajó del coche. Me abrió la puerta y me pidió que bajara. En medio de la nada, rodeados de cerros y plantas a la orilla de la carretera, abrió la cajuela y sacó de alguna parte de su maleta algo que se metió en el bolsillo del pantalón; temí lo peor, empecé a sudar. Se acercó y metió la mano de nuevo al bolsillo. Cerré los ojos un momento, no sabía qué esperar, pero al abrirlos de nuevo me di cuenta de que sacó una cajita de piel color tabaco; la abrió, respiré. Se acercó y pude ver un anillo dentro. La piedra era rara y hermosa, engarzada en oro blanco, con un acabado especial, estilo *raw*, no era el clásico de compromiso, no era liso al tacto, tampoco demasiado brillante, de hecho, se alcanzaban a ver sutilmente en el metal las huellas de quien lo hizo. Me miró, había un silencio que solo se rompía con el sonido del viento chocando con nosotros y me preguntó si quería casarme con él. Espantaba: siempre un paso adelante ya sabía que eso era lo que seguía.

Por supuesto, le contesté que sí. Me puso el anillo en el dedo anular y me quedó perfecto. Nos abrazamos, con la cara apoyada sobre su hombro sentí rodar sobre mi pómulo una lágrima, que no era de emoción sino de miedo; mi instinto me decía que estaba en peligro, ponerme en esa situación me convertía en un blanco fácil a sus ojos. Pero funcionaba. Eso era justo lo que yo quería que él pensara en todo caso, que ya me tenía.

Regresamos al coche, en el camino solo hablamos de lo perfecto que había sido el momento del anillo. Me contó que le costó sangre

encontrar quien tallara ese diamante. Era un diamante en bruto que había conseguido en un viaje hacía años. Seré franca, me pasó por la cabeza que podría haberlo robado cuando se metían a las casas de sus novias, pero, para ese momento, ya era lo de menos.

—Ese diamante es un Stone de 4 quilates. Es una piedra especial y además la mandé tallar solo a una parte, tiene todo un significado para mí, para nosotros, ¿sabes?

—¿Por qué? —le respondí mientras miraba el anillo embobada.

—Lo más común es que, de los diamantes en bruto Stone, en esos tamaños, se saquen dos piezas talladas, pero a mí me interesaba que esa piedra tuviera dos caras. Simboliza nuestra historia, lo que hemos sido, dos piezas que podrían estar separadas y que están juntas a pesar o gracias a sus diferencias, con dos facetas distintas. Sabes a lo que me refiero. Me encantó la piedra y más el trabajo que le hicieron con la talla y la engarzada.

—Es increíble lo que hicieron con ella, es preciosa y el trabajo con el metal, de verdad, diferente, fuera de lo común, como nosotros.

Hablamos sobre eso un buen rato y después se hizo un largo silencio en el que yo estaba absorta. En lugar de tomarme las cosas con calma, me había precipitado al vacío, pero era parte del plan. ¿A mí ya qué me podría asustar? Mejor lanzarse que estar en la orilla, mejor volar que arrastrarse para no ser notado, para pasar desapercibido, había llegado el momento de no dar tantas vueltas y aventarme.

Llegamos a la Ciudad de México y Paris me dejó en mi casa, nos veríamos al día siguiente para darles la noticia a sus papás y de paso comenzar a buscar casa para mudarnos en cuanto fuera posible. Cambios, muchos cambios. En esta ocasión, con un objetivo nuevo.

20

OTRA YO

Me quedé en mi casa y me serví un vaso con *whisky*. Me gustaba la sensación de cambiar…, tenía que empezar a acostumbrarme a ser otra yo. Decidir era mi nuevo objetivo en la vida, dejar de ponerme flojita y ser arrastrada hacia donde me llevaran los impulsos y los planes de alguien más. Se me ocurrió llamar a Paris, y por el puro placer de no hacer lo que él tenía planeado le dije que mejor nos viéramos pasado mañana porque tenía cosas que hacer. Aceptó, por supuesto, pero pude notar en su voz la extrañeza que le causó mi petición. Me tomé dos *whiskys* más y me fui a la cama.

Dormí bien, me desperté animada, mi anillo estaba increíble y me atraía tanto la parte nebulosa del diamante; me parecía que debía dejar de intentar ser perfecta, comenzar a brillar por mis cualidades, estaba harta de intentarlo y hasta de lograrlo, era aburrido, de hueva... Ya no me provocaba ser así. Llamé a la peluquería y pedí una cita por la tarde. Le llamé a Laura y le pregunté si tenía tiempo para un café en un par de horas, a lo que sin dudar contestó que sí.

Llegué anticipada al café y pedí un *espresso* doble cortado sin azúcar. Antes habría pedido un cappuccino o algo muy dulce…, no más de eso; desde las cosas más simples hasta las más complejas, el cambio debía ser radical. Café sin azúcar, *whisky*, anillo de compromiso, sin miedo, en control de mi vida, no más *go with the flow*.

—¡Lau!

—¡¿Qué pasó, Marion?! —Laura era tan lista que sabía que había algo importante y nuevo que contar.

—¿Qué piensas que te voy a contar? ¡Vienes con una cara de curiosidad!

—¿Cortaste a Paris?

—No, me voy a casar con él.

Laura se desfiguró. Su cara fue la de alguien que esperaba una buena noticia y fue decepcionado. No lo pudo ocultar.

—Ay, me sorprendiste. Perdóname, Marion.

—¿Perdón? ¿Por qué? Para mí también es algo repentino. Pero, mira, esta historia tiene que avanzar hacia algún lado y por lo visto es para acá. ¡Mira mi anillo!

—¡Marion! ¡Qué impresionante está! Seguro le costó un riñón, es un diamante rarísimo, cuéntame.

Repetí sin mucho detalle lo que Paris me explicó sobre el diamante y el anillo; Laura estaba impresionada. Yo no sé nada de diamantes, pero para una cazadora nata de anillos de compromiso como era ella el tema era un festín, sabía todo sobre joyas, joyeros, precios, tendencias. Y aunque su futuro esposo le había dado un anillo carísimo y hermoso, no podía quitarle la vista de encima al mío.

—¡No, wooow! ¡Aplausos! ¡Qué bárbaro! Así cómo le ibas a decir que no, Marion, aunque sea para poder salir corriendo después de que te lo diera, jajaja. Está bellísimo, qué buen gusto tiene este hombre y, la verdad, ¡qué guapo es! El día que comimos juntos, te lo dije, está mejor que antes y por lo visto sigue encadenado y poseído de amor, amiga.

—Ay, Lau, pues parece que él ya llevaba tiempo planeándolo, me lo pidió en plena carretera, rodeados de montañas y con el sol y el viento en la cara. Me sorprendió lo bonito del anillo, no me esperaba algo así y, pues, amiga..., me tendrás que ayudar a planear la boda. No se me ocurre alguien más ideal que tú para asesora de bodas.

—¡Faltaba más! Claro, no te ayudo, ¡te la organizo! Tengo toda la información porque, ya me conoces, soy una obsesa de las bodas desde que nací, no hay nadie más que te vaya a resolver como yo. Además, tengo todo fresco porque Fede y yo escogimos entre muchas opciones hace muy poco. ¡Qué emoción, Marion! Me da tanto gusto por ustedes. Olvídate de todo lo malo que te he dicho de

Paris, perdóname, bórralo de tu mente, para mí es como si fuera nuevo novio, cuéntame todo, sin pena y sin filtros.

Hablamos de varios detalles. Mencionó a Renato, me dijo que andaba raro y nos quedamos de ver en unos días para seguir con el plan. Nos despedimos y fui directo a la peluquería, ahí estaba Gustavo, mi argentino favorito, quien sabía todo acerca de mi pelo rizado rojizo, el único que entendía cómo me gustaba y además sabía cómo hacerlo. Le pedí algo que lo dejó boquiabierto.

—Hermosa, ¿estás segura?

—Sí.

—Nunca me has pedido algo así, ya no sé si te zarpaste…

—No, en serio, quiero alaciado permanente y color negro.

—Ay, Marion, sos preciosa, pero un cambio tan radical, ¿tú que mantienes tu *look* tan natural? Lo que tú quieras, y te vas a ver fenomenal, pero sí es un cambio fuerte bonita, no quiero que regreses fuera de ti a pedirme que te devuelva a la que eras antes. ¡Estaríamos al horno!

—Te firmo con sangre que no voy a regresar a pedirte ser la de antes.

—Bien, pues ¡vamos a romperla, boluda! ¡Me gusta esa actitud!

Respiré hondo, estaba nerviosa pero convencida, eso era parte de concebirme otra yo; mi pelo, el tiempo de mi cuerpo, lo que marca el paso de los días, los meses y los años. Cada proceso que hacía Gustavo en mi pelo era como una capa de piel que se me caía, como a las víboras, mudaba una tras la otra hasta estrenar otra piel. En este caso, yo con otro pelo. Necesitaba verme nueva, fuerte, camuflarme ante estas nuevas situaciones que yo misma había decidido provocar... También esa palabra describe lo que sentía.

Provocar. Del lat. *provocāre.*

1. tr. Producir o causar algo.
2. tr. Buscar una reacción de enojo en alguien irritándolo o estimulando con palabras u obras.
3. tr. Excitar en alguien el deseo sexual.
4. tr. coloq. Incitar el apetito, apetecer, gustar.

Eso era lo que yo quería, dar la vuelta a esa provocación de Paris en la que estuve por años, y que, ahora, él fuera el que no pudiera

descifrarme, quien estuviera temeroso, indeciso, ante una nueva yo impredecible, desde mi aspecto físico hasta cualquier otro rasgo de mi personalidad.

Por fin terminó Gustavo. Me miré bien al espejo y me dije en silencio: esta eres tú hoy, nunca la de antes, nunca más.

—Marion, tengo que decirte que no pudiste haber tomado una decisión más acertada. ¡Te ves mortal!

—Me encantó, Gustavo, este cambio es el principio de toda otra historia para mí.

El sol de la mañana calentaba mi espalda mientras tocaba la puerta en casa de Paris. Con mi nueva capa de piel, otra…, toda yo, decidida —como había dicho Gustavo— ¡a romperla! Me abrió Adela y se quedó pasmada, pero no se atrevió a decir nada. Pasé directo al cuarto de Paris. También pasmado, casi se le cae la quijada.

—¡Marion! ¿Neta? ¡Te ves guapísima! Fue el anillo de compromiso, ¡¿o qué te picó?!

—Pues traía ganas, y en vista de que estamos en plan de tomar decisiones, pues tomé esta también.

—Wow, me gustas.

Nos besamos. Con la respiración agitada, empecé a hacer todo diferente. De verdad era otra. Lo besé distinto, lo toqué de formas que ni yo misma había pensado. Él respondía sin ninguna barrera y por completo abierto a la novedad. Fue increíble. Empecé a sentir poder, me regresaba un poco la sensación de los robos, comenzaba a sentirme victoriosa, fuerte, impredecible. No fluía, no complacía, ponía resistencia, me imponía y hasta lastimaba y entonces él cedía, le gustaba lo nuevo y lo inesperado y de momento yo se lo ofrecía, así sin más.

—¿Sabes de qué tengo ganas? —le pregunté después de terminar mientras me fumaba un cigarro, todavía desnuda sobre su cama.

—Dime, lo que tú quieras yo también quiero.

—Quiero éxtasis otra vez. O quiero otro robo. ¿Te hará daño el éxtasis? Digo, por lo de tu cirugía.

—¿En serio? Sí que andas rara… Sobre el éxtasis, no sé, está reciente y todavía siento a ratos un poco de electricidad en la espalda… Déjame preguntarle a Julio.

—Pregúntale, quiero sentirme así otra vez, extraño sentirme así..., como que se te escurra la vida en el placer. Quiero coger en éxtasis, tengo un plan.

—¿Y lo del robo? ¿Qué tienes en mente? Tendríamos que elaborar toda otra dinámica.

—Déjame pensarlo, solo necesito sentirme estallar como antes, vamos a planearlo.

Quería más, me urgía mantener esa sensación de estar en control. Como bien lo dicen, quien es adicto tiene que alejarse por completo de lo que le provoca la adicción, no acercarse ni siquiera un poco. Al ansiar esa sensación de poder, de victoria, de sentirnos por encima de los demás, de engañar, de robar, de salirnos con la nuestra, esa probadita que me había dado sorprenderlo me regresó a ese estado de adicta activa. Necesitaba de nuevo saciarme e iba a intentar lograrlo de la manera que fuera posible, y con mi objetivo bien claro, recuperar mi vida al costo que fuera.

21

TE MUERES O TE MATO, 1999

—Así lo decidí y así va a suceder —dije en voz alta mientras me miraba en el espejo después de bañarme—: "te mueres o te mato".

No me había percatado de lo poderosa que era. Me miraba desnuda en el espejo aún borroso por el vapor, el agua me escurría desde las raíces hasta las puntas de mi ahora pelo negro, hacia los pechos, el abdomen, perdiendo la dirección cuando se metía hacia la pelvis, para dirigirse hacia a una u otra pierna y llegar hasta los pies. Me había purificado. Tanto dolor me había llevado a no sentirme la misma y en ese momento me sentí rebautizada. Tenía la extraña sensación de haber renacido. Marion, la de antes, ya no estaba, y eso me daba la oportunidad de empezar de nuevo. Solo me hacía falta algo que escuché en alguna parte: "Cambia tu nombre, cambia tu destino". Sí, esa frase giraba desde hacía años en mi cabeza, la importancia de mi nombre y lo que estaba escrito por esa causa. Tiempo atrás, un amigo yogui se cambió el nombre; en algún punto, lo cambian a su nombre espiritual porque ese cambio significa una herramienta a través de la vibración sonora que aporta al proceso de elevar la energía, significa un desafío para vivir en la más alta conciencia y eso los lleva a su verdadero destino final. Me pareció interesante. Los judíos también hablan de los cambios de nombre. Dicen que cambian desde el destino hasta sus personalidades, pues las letras tienen un valor numérico y esta numerología tiene significados distintos y sagrados; mucha de nuestra historia está predestinada a partir de nuestros nombres, de nuestros números, la historia de nuestras familias, nuestros orígenes, la historia del

mundo a través de lo que todos nuestros ancestros vivieron, lo que heredamos como forma de vida, de educación, de energía, de lazos, de cargas, de buenos y malos recuerdos. Herencias espirituales. No me iba a poner un nombre espiritual yogui ni uno hebreo, así que me acerqué al espejo y pronuncié, en voz baja, Mar...

Mar.

Tan simple. Tenía tanto que ver conmigo ahora. Era solo una parte de mi nombre: justo la mitad y la mitad que tenía sentido. Me recordaba cosas, eventos, situaciones que hoy y sin desearlo eran parte de mí. Estaban todas instaladas, vivían en cada una de mis células, me recorrían todos los días. La adrenalina, hoy era lo de menos, esa que nos provocaba drogarnos, engañar, robar, mentir, matar, herir, llorar y que nos parecía tan divertida e irresistible. Hoy ya no se trataba de eso. Se trataba de darle una vuelta a la vida, de no ser "nosotros". Sin acordarlo, en una especie de inercia que dictaba el universo, Paris intentaba ser sensato, una buena persona, hundiendo en lo más profundo de su ser a su natural y feroz alter ego destructor, para así dejar que su minúscula, pobre e insignificante parte buena aflorara ridículamente y sin saber cómo caminar por la vida, siendo una brasa apagada, el resto de algo que antes ardía amenazante, la ceniza del fuego que un día lo incendió todo. Yo, por otro lado, una ingenua total que había seguido y solapado todo con tal de sentir la brasa encendida junto a mí y permanecer hipnotizada por su calor y su conducta impredecible, que me sentía protegida por su fuerza que en paralelo representaba una amenaza constante, que no sabía cuándo podría venírseme encima porque era salvaje y volátil, sin temor a equivocarme les digo que yo estaba en mi elemento siendo Mar.

Había tenido, a fin de cuentas, un inteligente, osado, maquiavélico y paciente maestro a mi lado durante años. Al que le bebí insaciable el arrojo que no estaba en mi naturaleza y ahora artificialmente me daba la oportunidad de liberarme de mi verdugo, que también había sido mi gran amor.

Tenía que acabar con él para seguir viva.

Ahora él era dócil. Al menos casi todo el tiempo, y lo mejor: estaba convencido de que quería serlo.

Me vestí y me puse mi anillo de compromiso. Salí a buscar a Paris en una suerte de hipnosis, de convencerme de que lo amaba. No podía actuar de otra forma si nos íbamos a casar después de toda esta historia. Tenía que encontrar la forma de hacerlo todo de manera que lo que fuera a suceder con la policía no me tocara; y, en otro contexto, lograr que él no descubriera que detrás de mi cambio había todas estas intenciones: dejarlo, cambiar de vida, engañarlo para ser libre, al costo que fuera.

Llegué a su casa y ya me esperaba afuera. Se subió al coche, olía delicioso, me besó, le tomé la cara con las manos y lo miré a los ojos. Él me miraba sorprendido.

—Te sentí como hace mucho no lo hacía.

—Yo también me siento como hace mucho no me sentía —le respondí mientras, cínica, sonreía.

—Me encanta cómo te ves así, siento que eres otra, pero al mismo tiempo…, sé que es una estupidez decirlo así, ahí estás...

—Te amo.

Esas dos palabras salieron de mi boca mientras podía sentir todo mi poder.

—Yo también te amo.

De a poco empezaba a alcanzar mi objetivo, él comenzaba a sentirse como me había sentido yo en algún punto de la relación. Mar… Pero en el fondo ahí sigue Marion... Me pasó varias veces con él, percibir esa dualidad es raro, te mantiene lleno de dudas, te confunde, te excita, y eso a mí me daba ventaja, ser impredecible, y a él de seguro le plantaba la semilla de la inseguridad; entre menos certeza pudiera sentir sobre mí, mejor.

En su cita con Julio. Era importante dar seguimiento, aunque Paris estaba como nuevo, sin un solo achaque y las sensaciones muy leves como secuelas de la cirugía. Nos recibió enseguida y, después de la revisión, salimos muy contentos porque lo dio de alta al cien por ciento. Comentamos el punto al subir al coche, lo felicité y lo abracé un buen rato.

—Oye, amor, ¡lo que te dije sobre el éxtasis es en serio!

—Sí. Sabía que me ibas a decir que no le pregunté, me dio pena decirlo ahí en la consulta. Mejor le llamo, aunque, para como es..., seguro me va a decir que no lo haga, ¡que estoy bien pendejo!

—¡Ay, muero de ganas! Además, ya sabemos cómo es esto, Paris, nos vamos a casar, nos vamos a volver señores y en unos pocos años vamos a renunciar a la idea, lo sabes. Por los hijos y demás, ya no lo vamos a poder hacer, o no con esta libertad que tenemos ahora, ¿me explico?

Antes de despedirse y bajarse del coche, me dijo que la idea lo echaba a andar muy fuerte y que le preguntaría sin falta por teléfono. Me encendí un cigarro en el camino de regreso, le llamé a Lorenzo para preguntarle cuándo vendría a lo de la exposición y me respondió que la habían aplazado un poco, pero que, si lo necesitaba, vendría solo a verme. No era necesario, él me oyó bien y no se preocupó más, así que lo dejamos para otra fecha. También le llamé a Renato. No lo había hecho desde que nos fuimos a la playa, ya había pasado un rato.

— Hola, Ren, ¿cómo estás?

— Hola, bonita, ¿cómo andas? ¿Cómo va todo? Ya te extrañaba.

—Pues bien, pero no dejo de pensar en qué pasa con lo de Andrés. ¿Se ha sabido algo nuevo?

—La verdad no gran cosa, intentan encontrar algo nuevo sobre la llamada y el mensaje, pero no nos dicen nada, no se puede.

—Ok, pues solo era eso, Ren, ¿cómo has estado tú?

—Pues mucho trabajo y en espera de noticias tuyas, estaba preocupado. Nada más no te llamo porque sé que sigues con Paris.

—Así es, Ren.

—Me dijo Laura que te dio un anillo de compromiso impresionante.

Lo escuché triste al decirlo, no podía ocultarlo. Renato había esperado paciente a que hubiera una pausa con Paris para entrar ahí y no soltarme. Pero las circunstancias de los últimos años no habían dado esa pausa ni dejado la grieta por la que pudiera filtrarse. Aunque aquel beso que nos dimos pudo haberle dado esa sensación. Esperaba que, aunque fuera absurdo, él albergara una mínima

posibilidad de que yo enloquecería y, ya con anillo y todo, me decidiera a dejar a Paris y regresara con él.

Me serví un trago al llegar a casa y, con cierta urgencia, le llamé a Lau.

—¿Qué pasó, Lau? ¿Cómo estás?

—Todo bien, amiga, aquí picándome los ojos... Tengo todo listo para mi boda, soy una persona con muchos problemas mentales —me dijo mientras la escuchaba carcajearse—. Faltan meses y ya tengo todo pero todo arreglado, el vestido, la fiesta, la comida, el viaje, cualquier trámite ya está resuelto. Me pone más nerviosa no tener nada pendiente y estar de ociosa. ¿Tú qué? ¿Cómo va todo?

—Pues todo bien, vente a mi casa, si estás tan aburrida.

—Ay, te voy a tomar la palabra porque ya no encuentro qué hacer. ¿Qué te llevo? ¡No me vayas a querer dar *whisky*, güey!

—Jajaja…, eso te iba a dar porque no tengo otra cosa.

—Ay, Marion, guácala, no. Yo llevo cosas de aquí. Te caigo como en media hora.

Escucho sonar la campana.

—¡Por fin! ¡Cómo te tardaste Lau, yo estoy en super fachas y tú toda elegante!

—¡Marion! ¡No mames, güey, no me dijiste que te ibas a hacer este cambio tan radical! ¡Te ves como otra persona! Guapísima, por cierto, esa otra persona...

—¡Lau, es cierto, no te dije nada por teléfono y no nos habíamos visto! ¿Cómo ves?

—Pues te veo y no te reconozco. ¿Tú? ¿Que siempre abogaste por ser natural? ¿Que ni las uñas te querías pintar y ahora resulta que eres una morocha sexy despampanante? Quedaste impresionante, amiga. Qué te digo, eres otra y, tu nueva yo, ¡muy bien!

—Gracias, Lau. Cálmate, no exageres, pero sí quiero ser otra. Es más, desde hoy soy Mar, solo la mitad de Marion.

—Awww, ¡qué bien!¡Mar serás!

Mientras comentábamos el punto, nos metimos a la casa, y ella traía, en un par de bolsas, todo un kit de fiesta, cosas para picar deliciosas y un tequila, un vino, y lo que más me sorprendió fue que sacó de su bolsa una cajita metálica vintage que abrió de inmediato y tenía adentro una mini máquina para hacer porros.

—Lau..., ¿y dices que yo estoy irreconocible? ¿Neta? Jajaja. ¿Desde cuándo eres pacheca?

—Ay, no mames, fumo hace mil años. Otra cosa es que jamás me verás haciéndolo en público y menos sin glamur. Seré bien mariguana, pero ¡antes muerta que sencilla!

—Eres un misterio, Laurita, ¡que bárbara! Pues pongamos todo en estas charolas y nos vamos a la terraza.

Pusimos todo en la terraza y nos sentamos por horas a contar cualquier cantidad de chismes y estupideces, a tomar tequila, a fumar porritos. ¡Y a reír se ha dicho!

—Hablé con Ren... Ya me despedí de él para siempre. Aunque, no se dijo eso, pero es obvio que de no haber nada pendiente en el tema de la investigación, pues ya no le voy a llamar.

—¡Uy, se va a poner mal ese pobre hombre! No sé por qué en los últimos días lo notaba como con cierta seguridad sobre ti, como que muy "tú las traes". Pero ya estás apartada, amiga, ya eres de Paris con ese anillazo.

—Pues sí, Ren y yo no combinamos, ya lo comprobamos ese tiempo juntos. Se asusta con mis ideas, es demasiado perfecto y *by the book* para mí, y yo, un desastre para él. Mejor así.

—Amiga querida…, tú eres una pieza fina, en todos sentidos, en el bueno y en el malo. Te lo digo sin pena y porque te adoro: sí estas medio zafada..., jajaja.

—Lo sé, y no estoy hecha para una vida plana, Lau. Y así sería con Renato. Me faltaría la parte picosita...

—Pues ¿qué tanto haces con Paris? ¡Son bien misteriosos! Yo sé que hacen cosas raras, pero no he logrado descifrarlos.

—Nos gusta un poco estar en el borde, ¿sabes? El tiempo que estuvo sin poder caminar ha sido transformador, pero la neta sí nos gustan las cosas impredecibles, situaciones en las que podamos

correr algún riesguito... ¿Te cuento algo? —le dije con una sonrisa picarona.

—¡Ay, mugrosa! ¿Qué hiciste? ¡Ya te vi la cara de culpable!

No podíamos parar de reír. Le conté lo de Lisa y Francisco. Lau estaba a punto de salir por patas a buscar a Fede para proponerle algo así.

—Es que te voy a decir algo, Marion. Mar, perdón. Todos imaginamos cosas cuando tenemos la oportunidad de hacerlo, pero no todo el mundo las ejecuta, ¿me entiendes?

—Es que ahí está el detalle, Lau, nosotros no lo planeamos así, y ahí radica esa cosita que tiene él y que también tengo yo de dejarnos llevar sin pensarlo y sin planearlo todo porque entonces pierde sentido...

Qué forma tan naif de describir a dos personas trastornadas.

—Toda la razón, negra, jajaja. Es que no me acostumbro a tu nuevo *look*.

—Pues hasta eso fue de un momento a otro. Sin darle demasiadas vueltas porque, si se las das, acabas igual, con el mismo corte de pelo y con el mismo novio que no se anima a hacer nada... ¡Imagínate a Renato en una situación así! Golpea al tipo, me corta, le grita a la mujer y la cachetea si es que no le da un infarto antes.

—Pero, a ver, Mar, explícame una cosa, ¿esto lo ves tú como una relación que va a seguir así todo el tiempo? ¿Cómo detienes esos arranques? O como quieras llamarles.

—Pues eso es parte de lo mismo, no sé qué va a pasar. ¿Tú sí sabes que va a pasar con Fede en todo momento? ¿En un año? ¿En diez? ¿En cinco minutos?

—Un poquito, sí... Bueno, no soy pitonisa, pero no hace falta serlo si eres una persona como yo, casada con un hombre como Fede... Vamos, sobre un camino bien trazado. La verdad, yo no sé cómo puedes vivir así, yo estaría mordiéndome las uñas.

—Nadie dijo que yo no lo estoy haciendo.

—¿En serio? Amiga, eso no está tan bonito... Ahorita, sí, qué excitante, ¿no? Pero en unos años ¿qué vas a hacer?

—No lo sé.

De mis ojos botaron desobedientes ríos de lágrimas. ¡Qué ingenuidad la mía! Según yo, tenía todo bajo control. Muy cabrona haciéndome cambios de *look*, aceptando el anillo de compromiso de mi supuesto gran amor que hoy era mi verdugo. No estaba en control de nada en ese momento. Esa plática con ella otra vez me devolvía a mi esencia.

—Ay, perdóname, Mar. Toma un kleenex. ¡Perdón, perdón!

—No, no, Lau. Me hace bien hablar contigo. Así es esto, no es que algo ande mal, así soy y me acepto, me gusta mi vida, no es que esté triste. Solo que siento que cargo con algo bien pesado, pero nos amamos a nuestro modo y somos uno para el otro, embonamos.

—Sí, amiga, así es el amor, único, cada quién encuentra a su otra mitad—me decía desesperada, en un intento por justificarse a toda velocidad mientras me secaba, nerviosa, las lágrimas de la cara.

—Sí, seguro sí, Lau.

Bajón de energía. Me crucé con los porros o me afectó demasiado la plática. Y nos fuimos a dormir.

Desperté en medio de la noche. Lau ya no estaba. Todavía no salía el sol y le llamé a Paris. Se asustó por la hora y solo le dije que, por favor, viniera a mi casa.

No tardó en llegar. Le abrí la puerta y lo abracé. Me aferré a él. Como lo dije en un principio, ese aferrarme desesperada me paralizaba, estaba agotada, sabía que lo iba a tener que soltar tarde o temprano y no sabía si me iba a hundir con él o si tendría la suerte de llegar a la orilla para salvarme. No me preguntó nada, me llevó a la cama y se acostó conmigo. Me abrazó y nos quedamos dormidos.

Desperté tarde. Paris se había parado de la cama. Me miré en el espejo y no me gustó verme así con ojos de mapache, con el pelo enmarañado y la cara hinchada. Entonces, regresó Mar, no podía descuidarme. Escuché ruidos abajo, me arreglé un poco el pelo, me puse una bata y bajé a ver qué hacía Paris. Me preparaba café, en boxers, súper tranquilo, de verdad era claro que había logrado hacer un cambio en su persona, por el momento. Él estaba mejor, ¿y yo?

Lo abracé por la espalda, me tomó de las manos, me volteó y me dio un beso.

—¿Cuándo nos casamos? —me dijo mirándome fijo.

—Te parece... ¿en un mes?

—Acepto.

Fue duro darme cuenta de que, hiciera lo que hiciera, era cierto que la única persona que embonaba conmigo era Paris, estaba ahí. Yo sabía que, si en diez años no nos viéramos y yo tuviera un problema, él iría por mí a ayudarme, a tratar de resolver para mí cualquier cosa que estuviera en sus manos o aun fuera de su alcance. Era incondicional conmigo, estaba loco, era perverso, dulce, apasionado, como fuera, pero él estaba para mí, pasara lo que pasara.

Tenía que ser Mar, aunque tuviera que eclipsar parte de mi esencia y mi personalidad. Tenía que enfrentar las consecuencias de la decisión que había tomado y, aunque de cualquier forma el futuro era incierto para todos, el mío dentro de esa incertidumbre, sabía que no era uno parecido al de Laura o al de Renato o al de cualquier otra pareja, digamos..., más normal. Me dediqué a organizar la boda con Lau, quien por cierto estaba preocupada por todo lo que platicamos aquella noche. Pero yo estaba decidida a hacer lo que fuera necesario para llegar a lo que tenía proyectado. Era la culminación de mi plan, lo que pensaba hacer en la boda me ayudaría a salir del ciclo brutal y enfermizo que habíamos alimentado por tantos años. El amor intenso y apasionado que teníamos en un principio, después de la muerte de Andrés se había transformado en una especie de terror que me mantenía atada a él; la complicidad había crecido como una plaga destructora, de un modo invasivo y paralizante. La fachada positiva que Paris mantenía en ese momento no podía engañarme, tenía la certeza de que habría algo, tarde o temprano, que tocaría una fibra sensible y lo haría explotar. Esto me dejaba en una constante psicosis, pues yo sabía cuáles eran sus alcances. Era un hecho que, al pasar el tiempo y como resultado de tener que reprimir sus arranques, el día en que estallara de nuevo sería a un nivel desproporcionado y peligroso, atómico. Lo sabía bien. Era solo cuestión de tiempo.

22

UH MAY

Elegimos el lugar para casarnos, nos rondaba, como era nuestra costumbre, la idea de hacer algo diferente. Paris quiso que la luna de miel fuera sorpresa para mí, así que al día siguiente de la boda nos iríamos temprano, sin tener yo una idea sobre el destino. Decidimos que la boda sería en un lugar selvático. Francisco Uh May, un lugar entre Tulum y Cobá, en medio de la jungla, entre el canto de los pájaros, los grillos, la humedad de las exhalaciones de la vegetación que se teje espesa desde el suelo y por encima de los árboles. Los lugares tocados por los mayas me parecen cargados de energía y de poder, justo lo necesario para lo que tenía planeado. Tenía que lograr zafarme de él y sentía miedo de hacerlo. Aunque el miedo de permanecer a su lado era por mucho superior. Traía puesto el anillo de compromiso todo el tiempo, pero no dejaba de pensar en que lo que nos cambió la vida estaba relacionado, en realidad, con la energía del anillo del ópalo de fuego.

Había un antes y un después de él. A partir de que lo vi por primera vez, todo cambió. En ese estacionamiento del hospital, la noche del disparo, ahí estaba entre la sangre derramada en el asiento, llamándome con su brillo insuperable, atrayéndome poderoso. Una noche de ocio, me dediqué a buscar información sobre esta piedra. Me fui más al fondo, más allá de las leyendas que contaban sobre los ladrones, la invisibilidad y las maldiciones. Me sentía poderosa al portarlo. Lo curioso es que el ópalo se recomienda a personas con falta de confianza; para sanar malas experiencias; liberar malos recuerdos, ayudar a salir de la inmersión de una relación complicada. Los datos cobraban sentido y a la vez

parecían sacados de una revista de moda. De haber terminado con todo aquella noche, nada de lo demás habría sucedido. No debí acceder a los robos ni siquiera como espectadora, pero ya estaba hecho, y aun con el ópalo puesto en mi dedo, no llegué a ver las cosas como eran en realidad. Estaba todo mal, había continuado el enredo hasta llegar a este momento en el que, de forma irónica, organizaba voluntariamente mi boda con un asesino.

Hay que ver las cosas como son, y si quitamos nuestra historia previa, cuando éramos más jóvenes, todo lo que siguió fue a peor. Quería terminar con esto y terminarlo de raíz. Hacía falta estar en el lugar y el momento correctos para hacerlo. Para mí, el día de la boda sería el último de mi vida con él.

Busqué mi vestido de novia. Mi mamá me sugirió ir a Oaxaca porque ahí hay una generación de diseñadores dedicados a estudiar todo el tema del textil y quienes hacen cosas espectaculares. Fui de pisa y corre. Elegí, en uno de los talleres, dos tipos de textiles blancos y me los traje para que con ellos me hicieran el vestido. Por supuesto, salió el tema de la boda y los cuestionamientos. Mi mamá y sus peces en el mar; Lorenzo me miraba reservado, lo noté incómodo, molesto. No fue la mejor visita, pero por fortuna fue corta. Ya no había marcha atrás y esta vez no estaba en busca de consejos ni de opiniones.

Así y con todo lo que implica la organización de una gran celebración se acercaba el día. Laura cumplió con su promesa de ayudarme y lo hizo increíble. Paris y yo nos fuimos a Uh May dos días antes. El pueblo era sencillo y tranquilo, pero con la energía vibrante de la selva. Él, por su lado, se encargó de conseguir ciertos *goodies* para la fiesta. Aquel plan de volver a tomar éxtasis tomaría forma aquella noche después de la boda. El robo hubiera sido imposible, hubiéramos tenido que haber ido él y yo solos, no queríamos contactar a los demás después de la muerte de Andrés y no quisimos arriesgarnos, la nueva faceta bondadosa y madura de Paris no nos permitió consumarlo.

El lugar que elegimos para la boda era espléndido e imponente. El gris claro del cemento serpentea en formas orgánicas entre el paisaje verde y remata en lo alto con los techos tejidos con ramas

marrones; el hipnotizante sonido de la selva sería la música de fondo, melódico y por momentos intenso; familia y amigos, citados a la una de la tarde en el centro del lugar donde nos casaríamos; terminada la ceremonia nos quedaríamos nada más los amigos cercanos a celebrar y la fiesta comenzaría de lleno a las 8 de la noche, tras la puesta de sol; la fiesta *petit comité* se mudaría a otro lugar, una caminata de pocos minutos para llegar a una casa que rentamos con anticipación para poder estar más en privado y tranquilos porque el plan era volarnos la cabeza.

Mientras comíamos en un lugarcito en el pueblo, planeábamos los últimos detalles. Me confirmó que había traído varias cosas para divertirnos.

—Yo también conseguí algo para ti y para mí.

—¿¡Qué!? —preguntó frotándose las manos.

—¡Sorpresa! Tú déjate querer.

—Me emociona que tomes la iniciativa. La verdad, me gusta esta nueva faceta tuya.

—¿Qué sería de la vida si no hubiera sorpresas? ¿A poco no? Tantos años me tuviste una sorpresa sobre otra y ahora me toca a mí. ¡Agárrate!

En la cabaña donde estábamos hospedados terminamos de planear todo lo que faltaba de la fiesta. Un día, solo uno, y llegaría el momento.

Desperté con los nervios previos al día de la boda. Comenzaron a llegar los invitados. Nuestros amigos más cercanos se hospedaron ahí, y algunos otros quedaron en otros hotelitos o cabañas de la zona. Mi mamá y Lorenzo se quedaron en unas cabañas cerca de ahí; los padres de Paris igual. Llegaron Laura y Fede, y nos instalamos en la terraza de nuestra cabaña a platicar. Fede solía parecer rígido, pero esta vez lo noté relajado.

—Amigaaa, ¡qué bonito lugar eligieron! Muy auténtico todo, me encantó, va con ustedes, es un lugar especial y, la verdad, la verdad, misterioso, tiene mucha energía.

—¿Misterioso? Jajaja. Ay, Lau, ¿cómo que misterioso? —le respondí burlona.

—Óyeme, un lugar en medio de la selva guarda una parte misteriosa, ¡no me digas que no! Es espectacular, pero tiene su parte enigmática.

—Laura, contrólate —intervino Fede—, este lugar es increíble, qué buena idea tuvieron al hacerlo aquí, así nos obligan a salir, relajarnos un fin de semana y estar en un lugar diferente. Yo se los agradezco, me hacía falta salir de la rutina.

Laura parecía estar controlada por Fede. Apenas se alejaba de su vista, era una mujer de armas tomar. Tenía carácter, era fuerte, parecía otra cosa, una mujer frívola y mimada, cuando en realidad era profunda y analítica. Yo sabía de sobra que todos sus comentarios tenían una doble lectura, al menos en los que me hacía a mí. Las pláticas, en apariencia superficiales, me confrontaban cada vez que la veía. Ella sabía que algo andaba mal, que algo en mi relación estaba chueco. No me lo iba a decir con esas palabras. Me empujaba a analizar y a repensar sobre esta situación. La sentía como a una aliada, aunque sabía que jamás hubiera secundado las atrocidades que habíamos hecho. Eso estaba fuera de cuestión, nunca podría decírselo. Sin embargo, estaba consciente de que, manteniendo el verdadero secreto oculto, podía contar con ella. Al final, no tenía idea de la proporción de las cosas, pese a que se oliera algo malo sobre Paris.

—Oye, amiga, cuéntame, ¿cuál es el plan de la posboda? Estoy segura de que algo escondes. Te conozco. Dime, por favor, ¿qué tienes planeado? ¡Muero de curiosidad!

—No es nada fuera de lo que podrían imaginarse. Nos mudamos después de la boda solo con amigos cercanos a un lugar más íntimo para estar tranquilos y relajados, nada de familia ni de invitados por compromiso.

—¿Fumar porritos? —me interrumpió Laura—. Y algo más, no te hagas...

—Bueno, Lau, obviooo —le dije mientras se me escapaba una carcajada—. El espacio está pensado para que cada quien se sienta libre de hacer lo que quiera.

—Yo traigo para hacer porritos. A mí nadie me revisa, amiga, no doy el *look* de sospechosa.

—Ay, Laura, ¡por Dios!, te balconeas horrible, mi amor, ¿de qué te sirve el disfraz de señorita Limantour? —dijo Fede mientras sonreía y volteaba los ojos—. Es tremenda tu amiga. Paris, a que no te sabías esa, que Lau es pachequísima.

—No me lo hubiera imaginado por el *look* y se ve que se guardan los secretos estas dos. Porque Mar no me ha dicho nada...

Así seguimos y, pues, ¿por qué no?..., Laura empezó con lo de los porritos, nos fumamos uno los cuatro y tomamos unas cervezas y de verdad que la pasamos bien. Por momentos, y como era una constante en mi relación con Paris, la vida transcurría ligera, tenía una falsa sensación de que podíamos ser normales, pero esta se esfumaba en segundos y regresaba a la realidad, la cruel y triste realidad, tener que acabar con eso y despedirme de él para siempre.

—¡Llévame a la selva, amiga! Un paseo de reconocimiento para no perderme mañana o al rato que ande sola por aquí.

Paris y Fede se quedaron en gran plática, se caían bien, aunque se habían visto poco. Nos fuimos ya bien puestas a pasear por ahí cerca. Nos moríamos de risa mientras caminábamos.

—Oye, babosa, no nos vayas a salir con sorpresas de *swinger* en la posboda, ¡eh!

—Ay, qué buena memoria, pinche Laurita. Te quedaste con el antojo, ¿verdad? Me lo dices porque quieres que suceda, ¡no te hagas, puerca!

—Ay, sí, ahora yo soy la puerca por imaginármelo y no tú que te pones en acción. ¡No, bueno!

Seguimos con la pelea y la risa como locas hasta que, al habernos alejado lo suficiente como para que no nos escucharan hablar, le dije:

—Lau, ¡Paris trajo éxtasis! No te quería decir ahí enfrente de Fede porque no sé si se saca de onda con eso.

—Uy, si yo te he dado sorpresas... ¡Fede me la mata, amiga! Ese señorito relamido y de *look* de viejito ha hecho de las suyas. ¿No te acuerdas de que se fue a Alemania a estudiar la maestría? Pues ahí se soltó la greña, probó de todo y más. No se hizo *skinhead* de milagro, pero regresó y se volvió a poner en personaje de bien portado. Seguro le entra a algo si se pone de ambiente. ¿Sí vienen

todos a los que invitaste? Él conoce a varios, mira..., Toño Uriarte, Lobo, Sebastián Rossi, Carlos el de Mariana.... varios, varios.... Y no me digas que ellos no se van a volar la cabeza también.

—Ay, pues ¡yo digo que todos nos la volemos!

—Oye, ¿viene la mamá de Andrés? ¿Nadine?

—Sí, vienen las dos.

—¡Qué fuerte, qué difícil Mar! Pero piensa en lo bonito y mantén tus pensamientos en la boda y tu felicidad.

En el camino de regreso, Laura no dejó de preguntarme si estaba segura, que me iba a casar y aquella noche había llorado por el miedo o la incertidumbre sobre mi vida con Paris. Le respondí que sí y no le di mucha cuerda para ahondar en el tema. No quería dar explicaciones ni detalles. Yo sabía lo que hacía. Regresamos y Paris me avisó que mis papás habían llegado. Me fui directo a encontrarlos en las casitas que estaban a unos pasos de las nuestras. Los saludé y estuve un rato con ellos. Lorenzo salió de la casa un momento a preguntar algo sobre un ventilador que no servía, y mi mamá y yo, a solas, nos sentamos en la cama. Hablamos y la noté preocupada. Me reafirmó su apoyo y me preguntó si algo había cambiado o por qué había cambiado de opinión tan de repente.

—Ma, me puse a pensar en que todo lo que hemos pasado me ha demostrado que Paris y yo sí somos complementarios, sí embonamos, no sé cómo explicártelo. Siento que nadie más me entendería como él, está ahí todo el tiempo, somos cómplices de muchas cosas, hemos crecido juntos, no me veo con alguien más. El otro día con Lau platicábamos sobre eso y fue duro darme cuenta de que mis dudas se disiparon en cuanto hice el ejercicio de visualizarme con alguien más normal..., no sé si me explico.

—Pues confío en que sabes lo qué haces y, sobre todo, por qué lo haces.

—Sí, ma, créeme, lo sé.

Entró Lorenzo y empezamos a hablar de cualquier cosa, sobre la boda, el lugar que se sentía mágico, etcétera. No me dijo nada, creo que en mi visita exprés a Oaxaca le había quedado claro que estaba decidida.

El cielo comenzó a oscurecer y me regresé a la cabaña. Por una cuestión de hacerla de emoción nada más, yo me quedaba en una, y Paris, en otra; para no dormir juntos el día previo a la boda y para jugar un poco con el misterio sobre la novia, poder arreglarme antes sin que él me viera y hubiera más sorpresa para los dos.

Años y años juntos, experiencias buenas y malas, muy malas, estaban por cerrar un ciclo que haría empezar uno nuevo. Por supuesto, yo tenía toda mi esperanza puesta en que esta etapa fuera algo nuevo, mejor que lo anterior. Saqué de mi maleta una bolsita con los accesorios que llevaba para la boda y, además, la sorpresa que tenía reservada para Paris la noche siguiente. Conseguí con un amigo del despacho donde trabajaba una sustancia que me dijo "nos haría volar". Mi plan era dárselo a él nada más para poder seguir con lo que tenía pensado. Claudio, el amigo que me la consiguió, me dijo:

—Hay que tener cuidado con la dosis porque es una sustancia peligrosa si se toma así nomás. Es una mezcla de flunitrazepam, o sea Rohypnol, cortada con alguna otra sustancia que te va a hacer viajar a otro planeta, mi Mar. Pero si se pone muy loca la cosa, porque puede pasar que quien la consuma por primera vez se ponga muy agresivo y eufórico, usan la escopolamina, con eso se te baja y te pones obediente y puedes llegar a sentirte súper *down*. Has oído de la burundanga, ¿no?, pues eso es esta cosa, la droga zombi.

—Claudio, ¡qué miedo! ¿Cómo?

—Sí, sí, hombre, no es tan grave. Si no usas mucha escopolamina, solo te alivianas y te pones flojito. Es una droga de sumisión. Si te la tomas o se la das a alguien y le dices vete a dormir o recoge el tiradero o lo que sea, lo hace. No tengas miedo, no está tan *heavy* como lo pintan, tú no eres una delincuente.

Su comentario me retumbó en la cabeza.

—Ok, ya me asustaste, no sé si lo vaya a usar.

—Tú valora, depende de cómo se sientan… Ya decidirás si la usan o no..., y listo.

Claudio era un chavo bastante entregado al trabajo. Su situación era compleja, problemas en su casa, hermano *dealer* que de hecho creo que hasta estuvo en la cárcel y era más joven que nosotros. La

situación económica que enfrentaba no era sencilla y hacía lo que tenía que hacer en el despacho; nos buscaba cosas, materiales, telas, objetos raros, antigüedades; conocía a la perfección los barrios en donde podíamos conseguir pedidos especiales y diferentes, la Lagunilla, el centro, Tepito, la Zona Rosa; en el despacho se creaban piezas únicas y las construíamos desde cero a partir de ideas bastante fuera de lo común y generábamos piezas de diseño y mobiliario irrepetibles; sus contactos le permitían conseguir lo que fuera y digamos que tenía bastante experiencia en el campo. Entonces, solo me quedaba confiar en lo que me decía y memoricé las dosis para "pasarla bien". Mi intención era exagerar un poco la dosis de *roofie* y mantener la de la escopolamina para que al final él estuviera, como dijo Claudio, "flojito".

Todo transcurrió como era esperado. Los invitados llegaron puntuales a la cita y ahí, en medio de la selva, en una ceremonia híbrida, porque ninguno de los dos éramos católicos excepcionales, nos casó un monje que era amigo de la familia de Paris. Hicimos un par de rituales, tomamos ideas de bodas hindúes y budistas y cerramos con el clásico: "Yo Paris te acepto a ti Mar como mi esposa...", blablablá. Al llegar mi turno, metí la mano a la bolsa, que con toda intención mandé a poner en la falda de mi vestido, mientras decía la frase esperada: "Yo Mar te acepto a ti, Paris, como mi esposo, y prometo amarte, respetarte y serte fiel todos los días de mi vida". Llegado el momento en que Paris me colocara el anillo, extendí la mano y su mirada, incrédula y convulsa, pasó de mi mano a mis ojos. Sí, me había puesto el ópalo en lugar del que me dio de compromiso. Siguió después de unos segundos y lo colocó en mi dedo anular. No me quitó la vista de encima. Lo veía y no podía evitar sentirme poderosa y en control de la situación. Lo había puesto a temblar, el resto de la gente no notó más que la pequeña pausa que se hizo cuando me colocó el anillo en el dedo y no le dieron importancia. No estaban lo suficientemente cerca para ver el ópalo, ni sabían lo que sucedía. Él y yo sabíamos lo que significaba y

sin duda él estaba más que incómodo sin poder decir palabra, sin poder preguntarme si estaba loca o qué me había sucedido.

La ceremonia terminó y caminamos para salir del lugar, mientras volaban sobre nosotros pétalos de flores y arroz. La imagen idílica de los novios perfectos casándose. Pura felicidad, me sentía tan emocionada que no podía pensar en lo que seguía. Podría decir que veía todo lo que sucedía como si estuviera fuera de mi cuerpo, viéndolo desde afuera, como un espectador otra vez. A veces me sucedía eso, veía todo como si fuera un director de cine, como si yo fuera también una actriz guiada desde afuera por mí misma. Me vi salir de la ceremonia, con una sonrisa que abarcaba toda mi cara, veía caer los pétalos coloridos desde un punto alto, tal como me sucedió la noche que destacé el cuerpo de Andrés.

Cuando menos lo imaginé, estaba viéndolo todo desde mis ojos otra vez. Ya no sabía qué pasaba conmigo. No le presté atención y seguí con los abrazos de amigos y familia, cientos de brindis, risas y fiesta. Paris, incómodo, me miraba sin distraerse, y yo evadía su mirada porque me exigía en silencio una explicación. Era lógico que, ante la sorpresa, hubiera quedado mudo en ese momento. Pero, a pesar de toda la atención que nos requería recibir las felicitaciones, los abrazos, los buenos deseos, un brindis por aquí y otro por allá, él fijaba la mirada para que nos apartáramos del barullo un momento y yo no le hacía caso, no quería dar explicaciones, seguí en lo mío.

Llegó la hora de comer y nos sentamos.

—Mar, ¿qué pasa? ¿Qué pedo con lo del anillo? —me dijo entre dientes con boca de ventrílocuo.

—Nada, me encanta y me siento feliz de haberlo hecho.

—No puedo creer lo inconsciente que eres, en serio, no doy crédito de tu nivel de estupidez.

—No me importa.

—Espérate un ratito... —me dijo amenazante mientras sonreía hipócrita para que nadie notara el desaguisado.

Se sentaron sus papás de un lado, y los míos, del otro, por lo que no pudimos seguir con el tema, y yo estaba como un pavo real. La sensación de poder que me dio sorprenderlo de esa manera me tenía más que satisfecha.

Bailamos, cantamos y seguimos como si nada. Me di permiso de divertirme a lo grande, sin hacer caso de nada; la presencia de Nadine y de Elena no ensombrecieron el momento. Eso era raro en mí, pero lo decidí desde que me puse el ópalo, sabía que venían problemas y aun así no renuncié al momento de poder que me dio esa sorpresita.

Llegó el momento esperado. La gente mayor —que era poca— empezó a levantarse de las mesas y a despedirse. El calor, la humedad y los ataques de los mosquitos por la noche nos ayudaron a desalojar a quienes no estaban invitados a la segunda parte de la boda.

Al poco rato, estábamos en el Camino Blanco, la calle principal del pueblo. Transitábamos a pie hacia la casa donde sería la verdadera fiesta y la hora de mi liberación, con las consecuencias que ello pudiera traerme. Estaba decidida y no pensaba claudicar. De camino, Paris ya medio enfiestado, se me acercó al oído y me dijo:

—No sé qué en qué pensaste cuando decidiste cambiar el anillo, pero me diste miedo.

Me estremecí. No era una reacción que yo hubiera esperado de él, más bien esperaba que estuviera furioso y en plan vengativo.

El miedo es la reina de las emociones. Una persona con miedo es capaz de lo que sea, capaz de hacer cualquier cosa, aun cuando esté en contra de todos sus principios. El miedo es la emoción más primitiva en el ser humano, instinto que nos detiene o nos empuja a saltar hacia un precipicio. No habíamos estado antes en esta posición, yo en control y generándole un estado de incertidumbre inexorable. Esto era el parteaguas que yo había buscado durante tanto tiempo y lo conseguí.

Guardé silencio y seguí, no le respondí, y eso lo sacó aún más de su centro. Lo pude ver en sus ojos. Llegamos a la casa, ya era de noche, y todo estaba decorado impecable, con luz tenue y en un espacio grande y abierto. Les pedí a los que arreglaron el lugar que generaran varios círculos acomodados independientes y separados como células con el mobiliario, y al centro un mirador de estrellas

grande con colchonetas, una fogata, hieleras con bebidas de todo tipo, fruta, chocolates. El DJ, por supuesto, estaba contemplado y bien instalado cerca de la terraza. Seguro, más de uno querría poner algo de música. Los invitados, felices, agrupándose en donde se sintieran cómodos, grupos íntimos que se rompían y se rehacían, orgánicos. Después, todos juntos nos parábamos a bailar.

Paris y yo nos fuimos al cuarto para cambiarnos de ropa. Entramos, y cerró la puerta.

—¿Quieres una sorpresa tú también? —me preguntó con una expresión sádica.

—¿No me digas que lo que hice no le agregó emoción al momento? —le dije en plan juguetón mientras me acercaba a él para seducirlo.

Yo también tenía miedo, pero creía estar en control de la situación.

—¿Desde cuándo te volviste tan arrojada, amor? Hay momentos en los que no te reconozco.

—Pues está dentro de mí, tú mismo me lo has dicho. Me encantó tu cara al verlo, algo inesperado mantiene la emoción viva, no podemos permitirnos una relación plana y de hueva, ¿no te parece? ¿Qué mejor manera de empezar un ciclo nuevo?

—Tienes razón, pero ¡qué susto me diste! No me lo esperaba de ninguna manera... ¿Qué intentas hacer preciosa? —Me acarició la cara.

—Pues lo que veo es que toda esta situación te pone...

Lo besé, me besó de regreso y me desvistió apresurado. Él también se quitó la ropa. Me empujó contra la pared y me tomó del cuello con una mano, metió la otra entre mis piernas, como si quisiera cerciorarse de que yo estaba igual de excitada que él. Entonces, al confirmarlo, me apretó el cuello despacio y cada vez más fuerte; hubo un punto en que sentí cómo mis pies dejaron de tocar el piso; siguió poco a poco hasta que no podía respirar, sentía la presión en escalada en mi cabeza, en mi boca, en especial en mis ojos; empecé a sentir que mi visión cambiaba a verlo todo como en un túnel; era claro que él se excitaba al verme perder el control; su mirada no renunciaba ni un segundo a la mía, de sus ojos brotaba

un deseo salvaje; hasta que llegó a un nivel en que no apretaba más, pero mantenía la fuerza; y la sensación que esto provocaba en mí era sublime y a la vez aterradora; la incertidumbre jugaba un papel importante, yo no tenía ninguna garantía de que se detendría; la visión de túnel se hacía cada vez más angosta; cuando estaba casi desmayándome, entró en mí con fuerza y me soltó el cuello para abrazarme y sentir cómo se estremecía todo mi cuerpo.

Lo tengo que admitir: era demasiado placentero, me gustaba. Él encontraba la manera de hacer que las cosas salieran de la norma. Me hacía sentir vulnerable y asustada, y en el momento preciso, paraba y cambiaba la situación. La energía sexual fluía de manera inesperadamente afortunada. Mientras se movía dentro de mí con fuerza, yo tosía a causa de la asfixia y trataba de recuperar el aliento. Me vino a la cabeza, con tanta claridad, que eso era lo que me sucedía todo el tiempo. Es en apariencia bastante ilógico y descabellado decir que el miedo incrementa el deseo y la intensidad sexual, pero así es. A esto vamos a sumarle que la falta de oxígeno en el cerebro genera pérdida de lucidez y alucinaciones ligeras, que emulan el efecto de algunas drogas, que resulta en una potencializada sensación de placer. Llevado a un día a día el miedo que yo sentía de forma permanente y la sensación de estar a la espera de una sorpresa grata o terrible, me mantenía al filo con él y, a su vez, él disfrutaba ponerme en esa situación.

El cerebro libera adrenalina y dopamina si sentimos miedo. Pero también al haber satisfacción o bienestar. La dopamina es un neurotransmisor; para ser específica, el que regula el deseo y la motivación. Liberamos dopamina: nos entran unas ganas enormes de encontrar el placer y, al llegar a este, las endorfinas o encefalinas nos lo hacen sentir. Es un ciclo infinito, pues el deseo nos lleva a buscar placer y el placer aumenta las ganas de buscar el deseo. Para hacer un cierre perfecto, la dopamina está fuertemente ligada a la sorpresa, por lo que, cuanto más inesperado resulta un acontecimiento, más dopamina se libera. Cuando Paris y yo hemos estado separados o tristes, ¿no ha sido más que un déficit de dopamina? La época en que Paris estaba aislado de todo en una silla de ruedas lo sumía en la sensación de desazón y desasosiego por la

ausencia del "premio", aunque ese premio fuera algo que lo perjudicara, pues eran situaciones peligrosas y poco usuales, en su mayoría fuera de la ley o demasiado riesgosas, como en este caso apretarme el cuello hasta el punto de matarme. Ese "premio" lo mantenía vivo y también mantenía encendida la relación. No sería fácil para él ni para mí encontrar otro cómplice o intentar renunciar a esa vida en la que llevábamos años juntos.

Terminamos. Me besó y lo besé. Se me escurrió una lágrima.

Mi parte sensata me habría convencido de escapar de la situación, pero no dejaba de dolerme.

¿Cuántas veces nuestro diálogo interno nos mantiene en una lucha por hacer lo que consideramos correcto y el hecho de elegir lo que nos da placer, o a lo que nos lleva sin control nuestra naturaleza, aunque nos haga daño?

Solo se escuchaba nuestra respiración jadeante; la música y la gente fuera de la habitación. Me senté en la cama para recuperar el aliento. Él comenzó a vestirse y no me dirigió la palabra, ni siquiera me volteó a ver. Cerré los ojos y tomé aire. Me levanté de la cama y le ayudé a abotonarse la camisa. Le di un sobre con una nota y el regalo sorpresa.

Lo abrió y leyó en silencio el mensaje.

"Te espero en la selva, cerca del cenote, a las 3 a. m.".

La sorpresa era otro sobre chiquito que contenía las pastillas.

—¿3 a. m.?

—Ahí nos vemos sin falta. —Lo besé y me vestí para salir juntos.

Salimos de la habitación. En cuanto nos vieron salir, el DJ puso la música a todo volumen. La fiesta empezaba. Lau y Fede llegaron con dos margaritas. Brindamos y todos gritaban: ¡beso! Nos besamos y sentí que Paris me pasaba algo amargo mientras lo hacíamos. Su lengua en mi boca dejó una pastilla deshaciéndose, la cual me pasé con el resto de la margarita.

—¡Concedido, esposa! —me dijo mientras me miraba y sonreía con la misma dulzura que cuando éramos adolescentes.

Sacó de la bolsa de su camisa otra pastilla de éxtasis y se la metió a la boca.

Mariposas en la panza, ahí viene de nuevo esta sensación.

Pasábamos de un grupo a otro, moviéndonos por todos lados mientras bailábamos juntos. Después de un rato, empecé a sentir los temblores, la quijada trabada, suspiros incontenibles, ahí estaba ya. Él, con las pupilas enormes, igual que yo, con esa expresión que solo reconoces si has estado así. Sabes lo que el otro siente, lo que su cuerpo experimenta, igual que el tuyo. Ahí, en ese instante, te conectas de nuevo y ves los rayos de energía pasar desde donde tú estás hacia cualquier otra parte, de las puntas de tus dedos hacia las manos de otros, hacia el cielo o hacia la tierra; ahí está esa energía que nos conecta a todos y que no podemos ver en un estado de conciencia normal. Bailamos un buen rato, sudábamos, nos quedábamos pegados en los abrazos largos de todos, acompañados de frases melosas, amorosas, empáticas, las risas y la sensación de comunión con todo lo que nos rodeaba. Era pura intensidad.

Es sorprendente observar cómo actúa el ser humano en cuanto hay algo que lo aparta de la realidad. Como en el caso de haber consumido estas sustancias: comienza un movimiento social magnético. Los que están conectados en ese nivel de conciencia alterada se agrupan en un lugar; los que consumieron otra cosa, se encuentran en otro, y así, congregados, cada quien con su tribu. En menos de una hora la fiesta estaba en llamas.

Después de un buen rato de bailar, cansados, nos apartamos de donde estábamos y de todos los invitados enloquecidos que giraban y se movían al ritmo de la música. Él y yo, recostados cerca de la fogata del centro junto a varios amigos, entre ellos Lau y Fede, que ya viajaban con los ruidos de la selva. La magia se hacía presente en todas sus formas; visualmente podíamos percibir la energía de las hojas de las plantas, del agua, de los cuerpos de los que bailaban y que al moverse dejaban estelas de luz por donde pasaban. Los sonidos se percibían fascinantes y misteriosos. Si nos mirábamos a los ojos en plena atención y consciencia, podíamos ver dentro de las pupilas del otro el universo.

Paris me tomó de la mano y nos levantamos. Me llevó a la habitación, nos quitamos la ropa y nos metimos a la cama. Nunca habíamos hecho el amor en ese estado.

Nos besamos. Sentí tal intensidad en esos besos, lentos y suaves, que éramos uno solo otra vez. El placer y el amor son dos conceptos muy complejos para ser explicados, por lo que tampoco sería fácil describir lo que sucedía en ese momento, lo que sentíamos estaba fuera de este nivel de conciencia. Nuestros sentidos, en otra dimensión, en otro lado; el cuerpo me vibraba entero; la piel se sentía como un traje apretado, no cabía dentro de mí. No podía mantener los ojos abiertos, la realidad no me alcanzaba. Y así, sin ver, me dejé contemplar las manchas que no tenían sentido cuando apretaba los párpados. Me permití viajar dentro de mí, dando forma a cada lucecita, convirtiéndola en las flores más increíbles, en estrellas, en seres fantásticos.

Todo tiene una explicación científica que por lo regular usamos para mitigar la curiosidad. De manera estricta, eran solo fosfenos, manchas luminosas visibles al cerrar o apretar los ojos que son producidas en realidad por ellos mismos. Nuestras células son capaces de emitir fotones, partículas lumínicas, así como las especies de las profundidades marinas o como las mariposas que pueden ser fluorescentes. El estímulo siempre viene de nuestras propias células. Somos increíbles y estamos atrapados dentro de nuestros cuerpos y nuestras mentes limitadas, amaestradas y cerradas.

Por eso me mantuve sin abrir los ojos. Mientras me dejaba ir con cada sensación de mi cuerpo, todo se percibía diferente. Los sonidos, la temperatura de la piel, el sudor, los fluidos corrían como ríos tibios y aterciopelados entre mis piernas. Fue extenuante y divino, como una experiencia mística el placer se anunciaba. Quedé agotada y no tuve la fuerza para abrir los ojos y pararme de la cama. Me abandoné, sin más, a un sueño profundo y largo sin importarme nada, ni los planes, ni la boda, ni la cita en la selva.

Me perdí.

23

MIENTRAS DORMÍAS

De manera intermitente y muy lento regresé a la realidad. La luz golpeaba inclemente mis ojos y las manchas que percibí la noche anterior ya no eran para nada mágicas, se sentían como agujas que penetraban desgarrando mi cabeza hasta la nuca. El cuerpo entero, como pegado a la cama; y una sensación de efervescencia generalizada —no exagero, podía sentir que burbujas diminutas me corrían por las venas—. La boca árida. Me costaba respirar. Traté de moverme poco a poco, tuve que esforzarme, pero entonces sentí que en efecto había algo que me tenía medio pegada a la cama. Abrí los ojos, fue como despertar en otro lado. Hubiera querido gritar aterrorizada y no me salía la voz. Estaba bañada en sangre y el olor a hierro de la sangre casi seca, coagulada, me abrumó a un grado desproporcionado. Me dieron arcadas. Quise correr, logré pararme de la cama con la sábana pegada a mi cuerpo todavía desnudo. Mis manos ensangrentadas por completo, hasta debajo de las uñas. Me arranqué la sábana asqueada y corrí hacia la puerta. No podía abrirla. Encerrada en la habitación, no sabía si gritar. Comencé a llorar. Me mordía los labios. Paris no estaba. ¿Qué habría pasado? ¿A quién le hice daño? ¿A Paris? ¿Soy yo la que sangra? Me senté en el piso, confundida, y me abracé las piernas no sé por cuánto tiempo, la espera se sentía eterna. Entonces, escuché pasos que se acercaban a una velocidad nerviosa. Solo me moví un poco para que la puerta no me pegara al abrir, ¡no sabía qué hacer! No tenía energía para levantarme y meterme en el baño o cubrirme. Se abrió la puerta de golpe y entró Paris empapado en sudor, sus

movimientos eran raudos y su semblante el de alguien por completo desesperado. Cerró enseguida.

—Marion, métete a bañar. ¡Rápido!

—¿Qué pasa, Paris? ¿¡Qué hice!? ¿Por qué todo esta así? ¿Por qué hay sangre en todos lados? ¡Ayúdame!

—¡Métete a la regadera ahora! Luego te explico.

Me cargó hasta el baño. Abrió la regadera, me ayudó a bañarme. La sangre caía incesante, disuelta entre el agua. En ese momento me percaté de que la sangre no era mía, no tenía heridas, no me dolía nada, no podía entender, no podía hablar, me movía despacio. Me ayudó a bañarme como si fuera una niña pequeña, era evidente que la sangre tampoco era suya, estaba entero y absolutamente enfocado. Me sacó. Me sentí mejor, con más energía, la adrenalina de nuevo haciendo lo suyo. A toda prisa me sequé y me vestí; mientras tanto, Paris metió todo en las maletas y me dijo que esperara un momento.

Salió del cuarto.

Regresó después de unos minutos y me dijo que saliéramos de prisa y que me subiera al taxi lo más rápido posible.

Salí sin voltear a ver nada ni a nadie. Me olvidé de los invitados, de sus padres, de los míos, de Laura, de Nadine y de Elena. Encontré el taxi, nos subimos y el chofer arrancó con destino al aeropuerto. No dijimos nada en todo el camino, no podía explicarme mientras el taxista nos llevaba, nada bueno había pasado, eso era un hecho. Lo veía y lo notaba a punto de quebrarse. Respiraba agitado, no me miraba ni de reojo. ¡Dios! ¿Qué habíamos hecho? ¿Qué pasó con lo que le di en el sobre?, no me pasó por la cabeza ya drogada ni me acordé del rohypnol, de la escopolamina.

¿Qué hicimos? ¿Qué hice yo o qué hizo él?

Le pregunté si había cerrado la puerta de la habitación y me contestó que sí.

—Puse el letrero de no molestar y cerré con llave.

—Ok. ¿Viste a alguien?

—No.

—¿A dónde vamos?

—A la luna de miel. —Tomó aire justo después de decir esto y contuvo las lágrimas.

Después de un buen rato, llegamos al aeropuerto de Cancún. Nos bajamos del taxi y pasamos directo al mostrador. Yo calladita. Llegó y pidió dos boletos a Madrid, los pagó en efectivo. Ya eso era muy raro. ¿Cómo no había comprado antes los boletos de avión? Luego, pasamos a otro mostrador a hacer *check-in* a la Ciudad de México. No entendía nada, pero era claro que todo esto era un intento por escapar y tratar de enredar las cosas.

El vuelo salía en cuatro horas, así que salimos a comprar algo de comer y fumar un cigarro. Al salir, le dije que me explicara qué había pasado y volvió a tomar aire para arrancar.

—No sé por dónde empezar, está todo horrible y no sabría que decirte. Matamos a alguien.

—¿Cómo? ¡Yo no maté a nadie! ¿A qué hora? Nos metimos al cuarto y después a la cama y pues nos quedamos dormidos, ¿no?

—¿Hasta ahí te acuerdas? ¡Eso fue a las 12 de la mañana, máximo! ¡Son las 4 de la tarde del día siguiente!

—No, espérate. ¿Me estás diciendo que después de que nos metimos al cuarto pasaron más cosas?

—¿Qué metiste en el sobre? Marion, ¿qué hiciste? ¿Qué compraste? —me decía mientras me tomaba de los hombros y me sacudía—. No puedo creer que no sabías lo que compraste, ¡no mames!

Desesperado se puso las manos sobre la cara y empezó a llorar. Trataba de disimularlo, pero parecía que él tampoco sabía bien qué había pasado la noche anterior.

—Venga, tranquilo. —Puse mi mano sobre su hombro y se quitó furioso.

—¡Suéltame! —me dijo en voz baja y de manera muy despectiva —. ¿Qué eran esas pastillas?

—Rohypnol cortado con algo más y otra cosa que se llama escopolamina. Era para tomar una primero y, después de un rato, la otra.

—No, no, no. ¡Nooo! No mames. En serio, ¿qué vamos a hacer? ¿Sí sabes lo que son esas madres por lo menos?

—Sí.

—Pues ¿¡cuál era tu pinche plan increíble, carajo!?

—Te juro que no era este, Paris. Lo siento.

—¿Qué es lo que sientes? ¡Si ni siquiera sabes qué pasó!

—Bueno, tú explícame lo que puedas.

—No quiero ni acordarme, pero tienes que saberlo. Estábamos en la cama y se me ocurrió que se nos estaba pasando el efecto del éxtasis y que era hora de darle la oportunidad a tu "gran sorpresa". El cuarto estaba obscuro y metí la mano a mis pantalones, saqué el sobre y agarré dos pastillas, a tientas, jamás las vi. Una te la di y la otra me la tomé yo. ¿Ahora entiendes el pedo en el que estamos metidos? Esas dos sustancias, justo esas dos, ¡dan amnesia! O sea, que ninguno de los dos vamos a saber nunca qué pasó con nosotros. ¿Qué hicimos? ¿A quién? No sé ya qué decirte. ¡Estás loca y los dos somos unos imbéciles! Ahora sí no se me ocurre qué vamos a hacer para salir de esta. Por más que lo pienso, no hay manera.

—Bueno, pero ¿cómo sabes que matamos a alguien? ¿A dónde fuiste mientras yo estaba dormida?

No podía creerlo. Tampoco podía creer el estado en el que estaba Paris, fuera de control y aterrado.

—Me desperté y enseguida noté que algo me oprimía el abdomen. Sentía todo pegajoso y el aire olía horrible. No me pude mover, estaba como si me hubieran agarrado a palazos. Cuando abrí por fin los ojos, tenía a alguien lleno de sangre encima de mí, y tú, a un lado.

—¿Cómo?

—Pues, así como lo oyes. ¿Qué más te puedo explicar?

—Pero ¿quién era?

—¡No lo sé, tenía la cara hecha mierda! Era una mujer.

—La ropa, ¿qué?

—No mames, ni me fijé. Un vestido, pero ya todo rojo lleno de sangre, no me quiero ni acordar. Ya no me hagas pensar en todo lo que tuve que hacer. Y, mientras, trataba de despertarte y ya no sabía si estabas viva o si también estabas muerta. Fue lo más horrible que me ha pasado, de verdad, ya. Por ahora, ya, ¡déjame en paz!

—Bueno, solo dime, ¿qué hiciste con el cuerpo?

—Lo envolví en la sábana de arriba y me lo llevé a la selva. Encontré una especie de zanja y ahí lo escondí. Por suerte, todavía estaba oscuro. Caminé como una hora, nadie me vio, estoy seguro de eso cien por ciento. Regresé, me bañé y me vestí. Salí otra vez para ver si había alguien por ahí y nada. Entonces, volví, y lo demás ya lo sabes.

—¡No mames! ¡No, no, no!

—Ya déjalo por un rato, Marion. Tengo una náusea horrible, no puedo respirar bien, ¡ya!

Nos quedamos callados. Nos sentamos en la banqueta. Estábamos muy cerca del aeropuerto, solo habíamos caminado un poco para alejarnos de la gente. No hablamos. Pasó un rato y compramos un par de sueros, pues ya no podíamos más con la sed y la cruda, el *shock*, todo estaba mal. No sabíamos y era probable que no supiéramos nunca qué había pasado en esas horas que estuvimos drogados, quien sabe con qué cada uno. Los dos en *blackout* total. Me preocupaba la droga zombi, si la habíamos tomado los dos o solamente uno, ¿quién habría sido el que daba las órdenes y quién el que obedecía?

Caminamos hacia el aeropuerto y sentí que tenía algo debajo de las uñas. Comencé, como pude, a quitarme lo que quedó, y en ese instante me percaté: ¡no traía ningún anillo! Ninguno, ni el ópalo ni el de casados.

—Paris... —le mostré la mano y se puso más pálido de lo que ya estaba.

—No. ¡El anillo!

—¿Qué hacemos?

—No podemos hacer nada ya.

—¿Cuándo fue la última vez que me los viste puestos?

—No tengo idea, no me acuerdo para nada. Pero, bueno, sí recuerdo haberlos sentido mientras me tocabas o me abrazabas en la noche.

—¡Por Dios! ¡Eso está peor! El ópalo me aterra. ¿Dónde quedó? ¿Quién lo tiene? ¿Habremos estado solos con la mujer muerta o

había alguien más? No me parece lógico, ¿por qué no lo traigo puesto? ¡No sé qué pensar!

—Ya no pienses, tendremos unas diez horas para inventar algo, a ver qué se nos ocurre.

Seguimos. Él detrás de mí. Por completo alejados, en todos los sentidos, me sentía fatal. Todo mal, todo mal... Nada que pudiera resolverse, pues no teníamos idea de dónde estábamos parados y mucho menos hacia dónde caminar, hacia dónde movernos con esta historia.

La sensación de esperar era desquiciante. Sacamos las mayores cantidades de dinero del cajero los dos y lo cambiamos a dólares. Pasaron las dos horas restantes y abordamos el avión a Madrid. Mientras volábamos, hablamos un buen rato acerca de lo que podríamos hacer allá, pues sería absurdo tratar de descifrar lo que había pasado, era una pérdida de tiempo, no había manera. Estábamos indecisos acerca de a dónde ir. Un lugar lejano y pequeño o una ciudad grande en donde podríamos aprovechar el anonimato que da la gran cantidad de gente y el movimiento continuo del flujo de personas en el tema turístico. Sin duda, nos convenía más la ciudad por el momento.

—De acuerdo. Me siento absurda pidiéndotelo, pero, por favor, no estés enojado. Yo estoy en las mismas que tú. Yo no sé ni qué pasó ni qué me diste, nada.

—No, bueno, ¡nada más eso me falta! ¡Que te indignes porque yo te di las mamadas que tú, tú conseguiste! ¡No me chingues! —mascullaba furioso mientras intentaba no llamar la atención.

—Ok, ok…, solo déjalo ir ya, por favor, no es posible que sigamos así todo el tiempo. Ya sé que vas a decir que estoy loca, pero sigamos y hagamos lo que se tiene que hacer. ¿O te quieres entregar y decir que no sabemos qué pasó y que alguien resultó muerto? No sabemos si van a indagar y nos puedan conectar con lo de Andrés, seguro ahora no somos personas comunes, seríamos un blanco perfecto para ligar ese caso y nos van a descubrir con todo.

Me llegó un flashazo, me acordé del tal Serra, era un hecho que podría conectar todo, si nos descubrían, y entonces sí estaríamos hundidos.

—¡A ver si no acabamos en la cárcel! Yo seguro no la libro. Además, yo fui a esconder el cuerpo y, bueno, ya estoy más embarrado que nunca con toda la situación. Es el karma, Marion, en serio no dejo de recordar lo que nos decía Andrés sobre el papá de Alejandra, que tenía las cosas tan a la mano porque él creía en que el karma se encarga de todo. No hemos hecho más que una chingadera tras otra, y la vida, o el karma, ya se está haciendo cargo de nosotros. Dime, Marion, ¿qué pensabas hacer con esas malditas pastillas que conseguiste? Por más que le doy vueltas no le encuentro la parte divertida a que nos metiéramos esas cosas. ¿Cuál era tu gran plan?

La pregunta me sacudió. Jamás pensé que habría tenido que dar una explicación a eso. Las opciones no contemplaban nada de lo que había sucedido. No era ningún tonto y su enojo iba más por ese lado. La razón por la cual yo había conseguido esas sustancias no tenía ninguna lógica, no era nada divertido, nada excepcional, cualquier otra cosa hubiera estado más justificada que esas dos drogas horribles..., no tenía sentido para él. Mi respuesta fue de lo más estúpida.

—Pues pensé que podríamos usarlas para pasar un momento diferente, experimentar algo nuevo un poco más fuerte; podríamos haber usado esa droga de sumisión para jugar un poco con el sexo. No sé, Paris, yo también estoy rebasada, ya no le encuentro lógica, está muy mal todo lo que está pasando. Jamás me lo imaginé.

—Bueno, si tú lo dices... La realidad es que me parece demasiado sospechoso que hayas llevado esa mierda para festejar. Nada padre, nada que ver con la ocasión. Esas drogas las usan los maleantes violadores... No mames, no te creo nada.

—Ay, pues jamás pensé que escalaría a estos niveles, Paris. ¿Cómo se me iba a ocurrir esto? ¿Te pasó por la cabeza algo así en algún momento?

—Pues a mí, no, pero tú andabas ya portándote extraña desde lo del anillo. ¿En qué cabeza cabe?, en serio... No sé, pero me da mala espina, como si quisieras que algo horrible pasara el día de nuestra boda, que tanto tiempo juntos acabara en esto. No mames, no hay

manera de que yo me crea que fue tu ingenuidad... No hay manera...

Se volteó y se acomodó para dormir. Me quedé sola, dándole vueltas. Dejé mil cabos sueltos.

La realidad es que yo tampoco sabía qué había pasado. Pude haber sido yo, poseída por alguna de esas sustancias, o él podría estar engañándome, la mujer que habíamos matado, en teoría, ¿qué hacía ahí? ¿De verdad había encontrado su cuerpo inerte sobre él? Pudo ser él o yo o alguien más y no lo sabíamos. El primer día del nuevo gran ciclo que había imaginado era estar hasta el cuello de mierda. Sin salida.

24

EL ESPERADO NAUFRAGIO

Encorvados, bajamos del avión en Madrid, no queríamos que nadie nos notara. Varias horas de vuelo nos separaban de lo que fuera que estuviera sucediendo en Uh May. Era obvio que no tendríamos contacto con nadie. Recoger las maletas. Retirar más dinero. Era arriesgado, pero debíamos conseguir la mayor cantidad en efectivo, lo íbamos a necesitar. Por fortuna, los dos habíamos destinado una buena cantidad de efectivo en dólares para la luna de miel, más esto que conseguimos de última hora.

Nos fuimos directo al metro para alejarnos del aeropuerto, que nos parecía un lugar peligroso. En Chamartín, tomaríamos el tren que nos llevaría a Bilbao al día siguiente. No podíamos más. Nuestra energía drenada por completo. Recorrimos la zona hasta encontrar un hotel pequeño. No era el plan, pero teníamos que descansar y hacer algunas cosas antes de seguir. Salí a comprar unas aspirinas, mientras Paris se bañaba. El dolor de cabeza me estaba matando. Había una tienda de autoservicio por ahí y me metí a buscar. Mientras paseaba por los pasillos sin quitarme los lentes oscuros, encontré unos tintes para el pelo. Me sentía en una historia de ficción. Compré uno para cambiarme el color, tijeras, un rastrillo. Encontré las aspirinas, pagué y me dirigí a la salida. Paris estaba acostado en la cama, cuando regresé al hotel. La barba le crecía por minuto, después de dos días de no rasurarse el contorno de su cara se había oscurecido.

—No te rasures, déjate crecer la barba, entre menos nos parezcamos a como somos será mejor. Compré estas cosas.

—¡Cálmate, no estás en una película!

—Ojalá estuviéramos en una. Pero si nos vamos a mover, a partir de aquí será mejor no estar tan reconocibles.

Frente al espejo del baño, tomé las tijeras, respiré profundo y di el primer tijeretazo. Con cierto dolor, terminé cortándome el pelo hasta la altura del cuello y lo decoloré hasta quedar rubia. Al terminar, le llamé y lo senté en el escusado, recorté su melena crecida, que me parecía tan sexy, y lo dejé casi rapado.

El camino hasta Bilbao era larguito, unas cinco horas más o menos. En el tren estuvimos casi en silencio, no podíamos hablar sin empezar a discutir, Paris no podía disimular su enojo. Seguía pareciéndome injusto que estuviera tan indignado. Desconsiderado y egoísta. Pasé los peores momentos de mi vida por haberlo seguido y por intentar librar cada cosa en la que me había involucrado y no sentía esa reciprocidad de su parte al haberme equivocado. Era obvio que ese error lo había llevado a sospechar y había minado su confianza en mí. Estaba pensado como una niña, era ridículo. Pero por más que las pastillas las hubiera llevado yo, la forma en que sucedieron las cosas lo había convertido todo en un accidente.

Llegamos a Bilbao, y de inmediato, en la estación, nos pusimos a buscar un lugar para comprar unos teléfonos —nos habíamos deshecho de los nuestros antes de salir de Cancún—. Mientras comíamos un sándwich en un bar, cribamos los periódicos locales en busca de un departamento de renta por mes. Dimos con uno de una sola recámara y que además no mermaría de forma importante la suma de dinero que teníamos disponible. Paris notó mi preocupación y me confesó que antes de la boda había logrado vender varias de las cosas que formaban parte de su tesoro y, por lo tanto, el dinero no sería un problema, al menos en el corto plazo.

Pasamos varios días ahí. La vida se sentía forzada en ese lugar. Intentábamos pasar desapercibidos, pero la gente nota a quienes llegan, hablan y se ven diferentes. No sentimos hostilidad, pero sí, nos notaban. Un murmullo permanente, formado de todas las ideas que enunciábamos para salir librados del problema, se había convertido en parte del ambiente.

—Paris, ¡ya lo tengo!

—Dime..., ya tenemos demasiadas opciones y ninguna funcionaría.

—Nos buscan juntos, tenemos que separarnos un rato.

—No lo había pensado. Sí. No es mala idea. Podríamos separarnos un par de semanas o tres, máximo. Quizá…, quizá si tú buscas un lugar pequeño, algún pueblito, y dices que eres artista o escritora y que vienes por una época nada más, que necesitas estar concentrada y sola.

—Sí, sí, algo así. Después llegas y decimos que somos hermanos. ¡Se acabó! Nos da tiempo para organizarnos mejor y, con suerte, no nos descubren en un buen tiempo o nunca, y es que tengo la sensación de que nos están pisando los talones, estoy segura de que nos buscan también aquí en España, por los retiros, los boletos de avión y el pasaporte.

—Tendrías que irte pronto. No sabemos cuánto tiempo tenemos antes de que den con nosotros.

—Está bien, Paris, me encargo de eso y te aviso en cuanto esté instalada. Sigo sin poder recordar qué hicimos. ¿Te ha llegado algún recuerdo, algo que nos dé alguna pista de qué sucedió? ¿Quién era la mujer? ¿Qué hacía ahí? ¿Estábamos solos con ella? No dejo de pensar que tal vez tú y yo no la matamos. Pero todo puede ser.

—En las noticias dijeron que en un principio pensaron que nosotros también estábamos muertos y desaparecidos hasta que dieron con el dato de los boletos de avión. No sé qué tantas cosas pasaron en esas horas que estuvimos hasta la madre, he pensado de todo. Lo peor es que decían en el noticiero que ya teníamos una alerta roja de la Interpol, jamás imaginé algo así.

—Es que no recuerdo haberme parado de la cama, seguíamos sin ropa cuando despertamos, alguien pudo meterse al cuarto. Es que… ¡es un hecho que alguien estuvo ahí! De lo contrario, tendría puesto mi anillo. Eso me tiene aterrada, ¡ese puto anillo nos incrimina! Me siento amenazada por todas partes, es urgente resolver qué haremos, estamos corriendo demasiados riesgos con el ópalo perdido —le dije con toda la intención de que se alterara y tomara una decisión de inmediato.

—Ya no me digas, me cago de miedo de saber que estamos a punto de ser descubiertos, ¡vete ya!, mañana mismo. Nos están buscando y, aun si libráramos esta, lo de Andrés nos refunde en la cárcel. Ya te dije que no me perdonaría que tuvieras que pasar tu vida ahí. Esa persona de la que hablas, la que tiene ahora el ópalo, tiene absoluto poder sobre nuestro futuro. ¡Ya! Esto es un cambio radical de vida, está de la chingada, pero, mientras, es lo que nos queda.

Sacó de su maleta un sobre repleto de efectivo.

—Toma este dinero, es más que suficiente para lo que te haga falta por un tiempo. Y de verdad no hay que aplazarlo, vete mañana mismo, por favor.

25

LA FUGA

Salgo de Bilbao. Sola, al fin. Paris es inestable, de siempre. Asesinar a una mujer, ¿yo? Me parece inaudito, esto es demasiado. Ni siquiera bajo la influencia de alguna sustancia. Estaba segura de que algo más había pasado, pero no estaba dispuesta a asumir la responsabilidad ni tampoco el riesgo. Las personas pueden mentir, pero las energías, no, y hay algo que no me deja en paz, podía intuir algo raro acerca de lo sucedido. Tengo que aprender a escuchar a mi instinto. Esta idea genial de separarnos me daba tiempo y ventaja sobre él. Salgo de la Estación del Norte hacia Pontevedra. El viaje es largo. Siento la necesidad de alejarme de él lo más posible y de jalón. Acordamos no llamarnos ni mensajearnos hasta que yo estuviera instalada en algún lugar seguro y comprara otro teléfono. Él mismo me dijo que no quería saber a dónde iba, que buscara el tren que mejor me pareciera por seguridad, tiempos y demás. Cerca de ahí, buscaría un lugar para instalarme y decidiría si le llamaba o no. Este era mi plan de escape por el momento.

Llevaba un par de horas en el tren y trataba de dormir. No lo lograba, apenas cerraba los ojos me venían sensaciones y recuerdos brutales de la escena de la habitación: la sangre, la cama encharcada, me regresaba la peste del olor a hierro. ¿Por qué? ¡¿Por qué?! Cada vez me sentía más perdida, no podía librarme de él, de todo lo que implicaba estar con él. No quería. Ya no. Este era el momento perfecto para no tenerlo cerca nunca más. Pude sentir que había llegado la hora de terminarlo todo. ¿Por qué esperar y huir juntos por tiempo indefinido? Esto iba a acabar tarde o temprano, no podía más con la culpa y el miedo. Mejor de una vez.

No lo pensé demasiado. Esperé a la siguiente parada larga y me bajé del tren. Tomé un teléfono público y llamé a la policía. Marco el número y me contestan de inmediato.

—Policía Nacional de España, buenas noches.

—Quiero reportar que he visto a una persona buscada por la Interpol, lo he visto en Bilbao —respondí, intentando imitar el acento español lo mejor que pude.

—Señorita, por favor, necesito que sea más precisa. ¿A quién vio y en dónde?

Me quedé callada un momento. Esto era decisivo en mi vida y en mi futuro. ¿De verdad quería hacerlo?

—Señorita, ¿está ahí?

—Sí, aquí estoy.

—Por favor, dígame, ¿a quién cree haber visto y en qué lugar de Bilbao?

—He visto al fugitivo mexicano, al que pasaron en las noticias. Lo vi mientras hacía la compra en el mercado de la Ribera.

El departamento que rentamos estaba muy cerca del mercado y sería una de las salidas obligadas de Paris para abastecerse de comida, era inevitable.

—Permítame un segundo.

Me mantuve en la línea, un minuto. Dos. Me empezó a dar miedo que pudieran rastrear la llamada y me cayera a mí la policía.

Colgué.

26

ISLA DE AROUSA, PONTEVEDRA, 2005

Todavía no amanece. Abro los ojos y, aún incrédula, pienso en aquella tarde que dejé a Paris en Bilbao.

Me levanto de la cama y me pongo unos pants y tenis para ir a correr. Meto a mi bolsillo el celular, me cuelgo los audífonos del cuello y tomo la correa de Pollock, mi hermoso compañero, un pastor australiano *blue merle*.

Salgo de la casa, el ambiente está helado..., el lugar es de una belleza abrumadora. El brazalete en mi tobillo me lastima a la hora de ejercitarme, pero no hay de otra. Empiezo a calentar, no puedo dejar de hacer ejercicio por recomendación del psicólogo, liberar sustancias químicas en el hipocampo y la corteza cerebral, adrenalina, norepinefrina, dopamina, mantener mi cerebro estimulado y sano.

—¡Vamos, Pollock!

Corro a la orilla del mar hasta que me agoto. Llegamos a la zona rocosa. Pollock me mira y brincotea para que siga corriendo con él o para que juguemos un rato con la pelota, pero no la traigo. Me siento en una roca húmeda mientras todavía jadeo. Él retoza sobre el agua. El aire revuelve mi pelo largo y rizado. El sonido de las olas. Las gotas salpican mi cara. Solo puedo recordar aquella tarde en la playa de las cabañas de Oaxaca cuando mirábamos el cielo: libertad total.

Mar..., mi otra yo que duró tan poco. Añoro esa sensación, ya son muchos años sin sentir verdadera libertad. Extraño mi vida de antes, todo era mejor, aun con la serie de complicaciones que teníamos y que resolvíamos día a día. Aquel tiempo en el que había hecho todo

lo que a él se le ocurría y que nos puso en situaciones con consecuencias tremendas… Y la primera idea mía me fue a meter en el lío más gordo de todos. Un paso, uno solo dado en falso fue suficiente. Esta espera es insoportable, casi seis años sola se dicen fácil, pero no son pocos. En pausa, en espera de saber qué destino tendrá mi vida.

Me doy tiempo de contemplar el paisaje por un rato. Pollock está inquieto, ladra, da vueltas sin cesar, quiere su pelota, me apena haberla olvidado. Me pongo de pie y le llamo de nuevo.

Comienzo a trotar para regresar a mi libertad controlada, a una libertad ficticia, absurda. Mientras me dirijo al puerto pesquero, no puedo dejar de pensar en cómo algunos días noto en la gente reacciones extrañas. Bueno, no tan extrañas si tomamos en cuenta quién soy y el hecho de que ellos lo sepan.

Me detengo y entro a uno de los establecimientos. Pido dos lomos de pescado. El hombre que despacha me mira con una sonrisa que no sabría interpretar, no sé si es condescendiente o más cercana a la incomodidad o al miedo. Toma un pescado de una cubeta todavía llena de agua. Resbaladizo, bailotea convulso entre las manos de su verdugo, en un último intento por sobrevivir.

Me giro a ver en dónde está Pollock.

Escucho, a mis espaldas, un leve golpe del cuchillo contra el cuerpo del pescado, apoyado ya en la mesa. Luego, oigo cómo recorta las aletas, ayudándose con unas tijeras; lo mismo con las espinas dorsales. Cambia otra vez al cuchillo. Y entonces mis oídos perciben, exacto, el tronido de la piel cuando comienza a separar su cabeza. Me paro de puntitas frente al aparador para ver cómo lo hace. Arranca la *kokotxa*, luego el cogote y, ya habiéndola separado, lo desescama. Limpia el cuerpo decapitado pasándole un trapo empapado con agua salada para retirar las escamas. Hace una incisión a todo lo largo para sacarle las visceras. El pescado no sangra demasiado, no como otros animales o como el cuerpo humano; su carne, blanca, permanece intacta, y solo en la zona de la tripa fluye un poco de sangre, suficiente para embarrarle las manos al hombre con ese fluido de color rojizo, que en algunas zonas ya se ve renegrido y más pegajoso. Para terminar, remata con

un golpe seco y certero del cuchillo que le parte la cola. Se me pone la piel de gallina.

Lo miro todo con cierta fascinación y siento mis pupilas dilatarse. La escena me transporta a un lugar conocido y, de inmediato, de forma simultánea, un reflejo nauseoso repentino me sacude. Noto también que mi corazón se acelera, el pulso de mi sangre retumba en mis oídos. Me pasmo. Algunas imágenes de la vida cotidiana logran surtir un efecto de encantamiento sobre mí. Ahí mismo, por ejemplo, el pescado abierto en canal sobre la tabla, mórbido, como aquel estudio sobre la luz de Rembrandt, *El buey desollado*, o como los bodegones de Manet, que justo retratan un pescado y camarones o anguilas. Cuerpos inanimados que evocan la belleza que emerge de esa misma muerte. Hay un grado profundo de oscuridad en ellos y es justo eso lo que permite que se haga un estudio tan preciso sobre la luz.

Funciona así, en muchos sentidos. La falta de una característica robustece a su opuesto. El contraste de los fondos lóbregos y sombríos cuando explota el rojo de las fibras sangrantes del músculo del buey, el anaranjado pírico y potente de los camarones, el gris tenue y tornasolado de las escamas en la piel del pescado, y los blancos de su carne envueltos en una bruma que los convierte en una imagen casi onírica. Las pinceladas parecen veladas con sangre real, como si después de terminarlos hubieran pasado un trapo ensangrentado que oxidara la escena entera. Así como lo hace al terminar aquel hombre que me despacha el pedido y limpia sin cuidado los restos de las vísceras pegadas a la tabla.

No puedo dejar de pensar lo fácil que es y el poco tiempo que toma arrancar una vida.

Lo envuelve todo en papel y alarga la mano para entregármelo, pero embobada no puedo dejar de mirar.

—¡Hey! —Me llama la atención sin decir nada más.

Nota, con extrañeza, ese segundo en que me abstraje. Parece asustarse. Lo delatan sus ojos bien abiertos en un gesto de alerta y un ligero temblor en la mandíbula mientras exhala.

Entra otra mujer y le pregunta sobre los mejillones que acaban de traer. Aprovecho su distracción y salgo de la tienda.

Mientras camino hacia la casa, me percato de que el otro día me solté a contarle cosas demasiado personales y sentidas a Antonio, mi agente de prisión domiciliaria, cuando vino a revisar que todo estuviera en orden. Sin duda es una consecuencia de mi soledad y de que Pollock es mi único interlocutor.

Trabajo en casa. Regresé a hacer el mobiliario que construía en el despacho en el que trabajaba.

Si antes era buena, ahora soy mejor, mucho mejor.

Confieso que he creado piezas extraordinarias, la soledad me ha obligado a estar concentrada y a exigirme más en el tema profesional. Tengo todo el tiempo del mundo, pongo absoluto cuidado en los detalles. Torneo las piezas de madera, las pulo, las aceito, las entinto o las pinto a mano, son verdaderas obras de arte. Esto no quita que me haya sucedido que, al enterarse la gente que soy yo quien vende las piezas, ya no las quieran más. La carga social y moral de los sucesos en mi vida son un estigma muy poderoso, y con toda razón.

La gente piensa que soy un monstruo.

En el otro polo, me asombra tanto que también están los que, presas del morbo, ansían poseer una de mis piezas a cualquier precio. Como un objeto de colección, casi de culto. Un artículo que contiene impregnadas mis huellas digitales, mi energía macabra y perversa... Hay de todo, pero al final mi único interés es mantenerme ocupada y generar dinero.

Días agrestes. Sin alguien con quien hablar o compartir mis reflexiones. Mi madre y Lorenzo han estado al pendiente en momentos cruciales, pero ni pensar en que se aparezcan por aquí muy seguido. Laura me reclamó varias veces, vía correo electrónico y por teléfono, que por qué no le hice caso. Insistía en que me lo había advertido muchas veces, que estaba fuera de su comprensión que no hubiera dejado a Paris cuando estuve a tiempo de librarme de todo el caos y el horror que habíamos provocado. En nuestra última llamada, me hizo saber que la única explicación que le encontraba a todo esto era que yo era igual de perversa que él y que no quería tener más contacto conmigo. Al colgar tuve que ir a lavarme las manos. El contorno de mis uñas sangraba. Canalicé ahí

mi frustración al escucharla emitir esa cantidad de juicios; estaba histérica. ¿Qué podía saber ella de lo que había pasado? ¿Y quién se creía para insultarme de esa forma?

Mi único aliado solidario es Renato. Solo él me llama, me ayuda a pasar esta vida que llevo ahora. Ha dedicado largos ratos a explicarme temas legales que no entendería si no fuera por él, y estoy tranquila gracias a toda la ayuda que me da. Sigue soltero, ahora es dueño del despacho. Los socios eran ya muy mayores y decidieron que se quedara con el bufete. Podría decir que a él es al único que no le doy miedo.

Llego a la casa exhausta. Abro la reja y camino por el frente. Paso un momento a mi taller en el *garage* del chalé, reviso que las patas del sillón que estaba por terminar estuvieran bien pegadas, las envuelvo con un trapo para poder apretarlas con unas pinzas sin maltratarlas. Pollock se pone nervioso, está agitado.

—¡Pollock! ¿Qué pasa amigo? ¿A dónde vas?

Corre hacia la casa y regresa al taller, una y otra vez. Creo que tiene hambre o sed. O quiere su pelota. ¡Claro!

Suelto la herramienta y me apresuro a entrar a la casa para traerla y jugar con él un rato, se lo debo. Dejo el pescado en la barra de la cocina y tomo la pelota que estaba en la sala. Salgo, se la lanzo y no va por ella. ¿Por qué sigue nervioso?

Ahora entra y sale de la casa cada vez más alterado, y empiezo a sentir que algo no anda bien.

Vuelvo a entrar con Pollock. Ladra, se mueve de una habitación a otra, se mete a mi cuarto y olfatea todo... La cama destendida sigue idéntica, mis cosas, el baño, normal. Reviso debajo de la cama, el closet, nada... Todo parece estar como lo dejé.

Vuelvo a salir, ahora temerosa, y doy una ojeada general. El viento sopla, mueve las ramas de los árboles y provoca que algunas hojas caigan al suelo. Recorro el lugar con la mirada de nuevo. Me estoy sugestionando, todo está bien.

Regreso al interior y entro a mi cuarto. Me echo en la cama y comienzo a sentirme aliviada.

—Pollock, ¡ya! No pasa nada, no hay nadie aquí, ¿qué te traes? Ya, tranquilo..., tranquilo....

Lo animo a que se suba conmigo a la cama. Se sube con la cola entre las patas y lo acaricio.

—¡Estás empapado!

Desabrocho y le quito el collar mojado. Cuando me dispongo a apoyarlo sobre la mesa de noche, mis ojos se encuentran con mi cajita de joyas.

Sin aliento.

Y una vez más siento que mi corazón se detiene.

Como si hubiera regresado en el tiempo, un *flashback* velocísimo y abigarrado de imágenes. Empezando por la noche en la que pensaba terminar con Paris. Los paseos en Roma. Venecia tomados de la mano. La buhardilla. Oaxaca. El olor del mar. El viento en mi cara. El anillo de compromiso. La Nacional. La propuesta del primer robo. La lágrima, provocada por el miedo, que escurrió helada sobre mi pómulo. Yo intentando ser otra. La huida entre los coches. Mi pelo negro. Cruz. Los hilos de sangre en el huevo flotando dentro del vaso. Desbarrancarme hacia el río. El abrazo con Andrés en el estacionamiento. Francisco y Lisa. La persecución con el vestido verde. El sexo desenfrenado en el coche. La noche en que Paris recibió el disparo. El brillo del ópalo en el asiento del coche. Y mirarlo colocado en mi dedo. La noticia de la parálisis de Paris. Tomar éxtasis. El fuego de la cabaña y el calor que irradiaba sobre mi cara. El humo envolviéndonos mientras nos besábamos en Pie de la Cuesta. La expresión en su cara al ver el ópalo en nuestra boda. El beso en la fiesta y lo amargo de la pastilla disolviéndose en mi boca. La sensación de no caber en mi cuerpo. Las formas mágicas con los ojos cerrados. La expresión de los ojos de Paris, de pie en la lancha, sus dientes, su respiración, su saliva. La imagen, que conservaba intacta, mirándome desde fuera de mí, desmembrando el cuerpo. Los fluidos que emanaban de él. La sensación brutal de cortar y arrancar. La sábana ensangrentada pegada a mi cuerpo y el olor a hierro. Escapar juntos. Mi visión distorsionada con las manos de Paris apretándome el cuello. Los pasos detrás de mí en Venecia. El disparo. Andrés muerto.

Los ojos se me llenaron de lágrimas.

Me siento en el borde de la cama.

Un calor agobiante escala a galope sobre mi cara.

Cierro los ojos un instante, respiro hondo, abro la caja y lo vuelvo a ver.

Sí. Exhalo aliviada.

Mi ópalo. Ahí está.

Todavía.

Y entonces recuerdo las palabras de Paris en nuestro aniversario.

"Esta experiencia se va a quedar en tu memoria irremediablemente, no solo en tu cabeza, en la memoria de tu cuerpo. Cada vez que la revivas, tu corazón se va a acelerar, tus manos se van a humedecer y tu respiración agitada me hará volver a ti, estemos juntos o no. Este es un regalo que hará que yo te habite para siempre".

AGRADECIMIENTOS

Para Francesca y Rocco,

May your wishes all come true
may you always do for others
and let others do for you,

BOB DYLAN, *Forever Young.*

Gracias infinitas a Francisco Prieto, quien notó, incluso antes que yo, que debía intentarlo y hacerlo suceder.

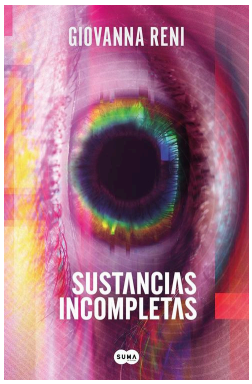
A Guillermo Arriaga, por su valioso tiempo, su generosidad y su rigor.

León Larregui, por leerme y por sus entrañables palabras.

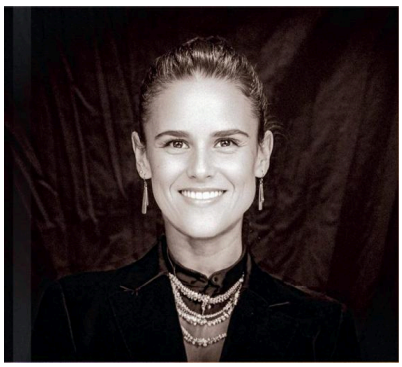
Muchísimas gracias también a Roberto, Giorgio, Kena, Giorgio R., Gian, Ricardo, Paulina, Amaranta, Ada, Vero, Toño G. y Toño C.

A todos los que me impulsaron a seguir y saben quiénes son, aunque no los nombre.

Una novela para reflexionar sobre la amistad y la vida



Un sorbo amargo, latidos descompasados, la presencia inminente de la emoción y el miedo. Marion y Paris: una pareja joven que se expone de continuo a transgresiones en la búsqueda de experiencias extremas. Narcotizados por las sensaciones que les regala la química de sus cuerpos puestos al límite, se desenvolverán en una atmósfera nebulosa que los llevará a crear una complicidad perversa e irrenunciable. Sin remedio, su futuro cambiará y los empujará por escenarios llenos de los más bajos instintos del ser humano. Sustancias incompletas es una novela que nos muestra la voluntad o la energía detrás de nuestras decisiones y revela cómo eso sucede en ocasiones por el seductor efecto de la adrenalina, y en otras, por el inevitable efecto del infortunio. A decir de León Larregui: "Extraordinaria, Giovanna —a quien con entrañable orgullo también puedo llamar amiga y desde la infancia— sorprenderá al mundo con su talento y flamante forma literaria de la misma manera que me asombró y me conmovió a mí. Forza, mi genia amiga".



Giovanna Reni/Sustancias incompletas

Giovanna Reni es licenciada Artes Plásticas, egresada de la ENPEG, "La Esmeralda". Residió un periodo en Venecia trabajando en The Peggy Guggenheim Collection. Su obra abarca pintura, cerámica, collage, gyotaku y esculturas construidas a base de objetos encontrados e intervenidos.

Es asesora de diseño de espacios y adquisición de obras de arte en México y Estados Unidos. De forma paralela, su trayectoria abarca también más de 15 años de experiencia en moda y diseño de vestuario en México y Miami. Es escritora y Sustancias incompletas es su primera novela.



Sustancias incompletas

Edición en formato digital: julio, 2025

D. R. © 2025, Giovanna Reni

D. R. © 2025, derechos de edición mundiales en lengua castellana:
Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. de C. V.
Blvd. Miguel de Cervantes Saavedra núm. 301, 1er piso,
colonia Granada, alcaldía Miguel Hidalgo, C. P. 11520,
Ciudad de México

penguinlibros.com

Diseño de cubierta: Penguin Random House / Colin Landeros
Imagen de cubierta: © iStockphoto / Jun
Fotografía de solapa: © Ricardo Coeto

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del Derecho de Autor y *copyright*. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

Se reafirma y advierte que se encuentran reservados todos los derechos de autor y conexos sobre este libro y cualquiera de sus contenidos pertenecientes a PRHGE. Por lo que queda prohibido cualquier uso, reproducción, extracción, recopilación, procesamiento, transformación y/o explotación, sea total o parcial, ya en el pasado, ya en el presente o en el futuro, con fines de entrenamiento de cualquier clase de inteligencia artificial, minería de datos y textos, y en general, cualquier fin de desarrollo o comercialización de sistemas, herramientas o tecnologías de inteligencia artificial, incluyendo, pero no limitado, a la generación de obras derivadas o contenidos basados total o parcialmente en este libro y cualquiera de sus partes pertenecientes a PRHGE. Cualquier acto de los aquí descritos o cualquier otro similar, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o

préstamo público, está sujeto a la celebración de una licencia. Realizar cualquiera de esas conductas sin licencia puede resultar en el ejercicio de acciones jurídicas. Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase a CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, https://cempro.org.mx).

ISBN: 978-607-385-736-9

Composición digital: Simon and Sons ITES Services Pvt. Ltd., Chennai

Facebook: @penguinebooks
X: @penguinlibrosmx
Instagram: @penguinlibrosmx
YouTube: @penguinlibrosmx
TikTok: @penguinlibrosmx

Table of Contents

Tu potencial magnético
Dedicatoria
1 Marion, 1996
2 Paris
3 Italia, 1993
4 Ciudad de México, 1996
5 El aniversario 1997
6 El viaje
7 El ópalo
8 Los amantes
9 El día después
10 La fina línea azul del mar
11 El sube y baja
12 No lo busques en mis ojos
13 El nómada
14 La luz
15 Laura
16 Sorpresa
17 Historia de familia
18 La Nacional
19 El regreso
20 Otra yo
21 Te mueres o te mato, 1999
22 Uh May
23 Mientras dormías
24 El esperado naufragio
25 La fuga
26 Isla de Arousa, Pontevedra, 2005
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre los autora
Créditos